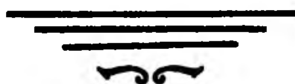
ANGELES, DEMONIOS, MAGOS...
Y
TEOLOGIA CATOLICA

por el

P. JESUS BUJANDA, S. I.
Profesor de la Facultad Teológica
de Granada



Editorial RAZON Y FE, S. A.
Exclusiva de venta: Ediciones FAX
Zurbano, 80.—Apartado 8.001
MADRID

ANGELES, DEMONIOS, MAGOS...
Y
TEOLOGIA CATOLICA

INDICE

Págs.

Imprimi potest:
IOANNES M. PONCE, S. I.
Praep. Prov. Baet.

Nihil obstat:
ABILIO RUIZ DE VALDIVIELSO,
Cens. eccles.

Imprimatur:
✠ JOSÉ MARÍA,
Obispo Auxiliar y Vic. Gral.

Madrid, 4 de julio de 1955.

IMPRESO EN ESPAÑA
1955

Bolaños y Aguilar, S. L.—General Sanjurjo, 20. Madrid.

PROLOGO

Ayudar a difundir la verdad entre el mayor número de personas, y formar a muchos entendimientos descarriados, lo mismo entre los descreídos que entre los piadosos, es el objeto de las líneas que siguen.

Piensan algunos, equivocadamente, que ni los ángeles ni los demonios intervienen para nada en la vida de los hombres. Otros, por el contrario, los hacen intervenir más de la cuenta, lo mismo en lo bueno que en lo malo que sucede en el mundo. Los primeros no creen en nada que supere las fuerzas perceptibles por los sentidos. Los segundos ven intervenciones diabólicas a granel.

Ambos errores son lamentables. Angeles buenos y demonios ejercen su influjo sobre los hombres, pero sólo a modo de excepción se hace aquél notar de una manera sensible.

Como regla general, las cosas suceden movidas por causas sensibles de orden natural, sin que sea necesario acudir ni a los ángeles ni a los demonios para su explicación. Esos

seres pertenecen a un mundo superior al de los sentidos, y, por lo mismo, no se ha de acudir a ellos cuando en derredor nuestro tenemos elementos suficientes para explicar los hechos que en nuestro mundo se verifican.

ABREVIATURAS

D = Denzinger, *Enchiridion symbolorum* (Manual de Credos). Usamos la edición 30.

MG = Migne graeca, *Patrologiae cursus completus* (Curso completo de Patrología). Serie griega.

ML = Migne latina. Serie latina.

Los libros de la Escritura se citan con las primeras letras de sus nombres en castellano. Asi, San Mateo 8,2 significa que la cita correspondiente está en el Evangelio de San Mateo, capítulo octavo, versículo segundo. Otras abreviaturas, por ser suficientemente claras, no tienen por qué ser aquí explicadas.

CAPÍTULO PRIMERO

¿EXISTEN LOS ANGELES?

Comencemos por explicar lo que esa palabra quiere decir. La voz *ángel* nos viene del griego, y en esa lengua se significa con ella un ser que lleva a otro una comunicación. Anunciar o comunicar una embajada es oficio del ángel, y esta última palabra significa nuncio o embajador. Los hebreos se servian para designar a los ángeles de un vocablo que en su lengua quiere decir *enviado*.

Ambas significaciones, la griega y la hebrea, no se oponen, sino se complementan. En hecho de verdad, el que comunica a otro un asunto por orden divina es un enviado de Dios y un nuncio o embajador del mismo.

Pero si esto nos aclara un tanto el oficio u ocupación de los ángeles, no nos dice todavía nada de su naturaleza. ¿Se parecen a Dios? ¿Se parecen a los hombres? ¿Son seres de naturaleza diversa de la divina y de la nuestra? ¿Son más o menos sabios y poderosos que los hombres?

Si son intelectuales como Dios y nosotros, son, sin embargo, inferiores a aquél y son superiores a los hombres Son, pues, algo intermedio entre Dios y nosotros, como las plantas son algo intermedio entre una piedra y un animal.

Una piedra, en efecto, no tiene vida ninguna, no crece, no se desarrolla, no vive, no se multiplica. Un animal, siente. Una planta, vive, pero no siente, no ve, no oye ni experimenta ninguna otra sensación. Es, pues, algo intermedio entre la piedra y el animal.

Un ángel no ve, ni oye, ni come, ni se reproduce como el hombre, porque carece de cuerpo. Dios no puede estar sujeto a nadie ni hacer pecado ninguno. Un ángel es, pues, algo intermedio entre Dios y el hombre, porque puede ser enviado y pecar como el último, pero es de categoría inferior a la divina, no obstante su espiritualidad o su carencia de cuerpo. Tenemos, pues, que un ángel es un ser dotado de entendimiento, superior al hombre e inferior a Dios. ¿Existen en realidad esos seres intelectuales inferiores a Dios y superiores a los hombres, a los que designamos con el nombre de ángeles?

No, no existen, decía ya una parte de los judíos en tiempo de Cristo, aquellos que pertenecían a la facción o partido llamado de los saduceos (1). No existen, dijeron los he-

(1) Hechos, 23, 8.

rejes anabaptistas del siglo XVI. No existen, repiten algunos intérpretes racionalistas de la Escritura, que no quieren seguir otra norma que la razón, y que, por lo mismo, rechazan cualquiera revelación divina superior al entendimiento humano. No existen, repiten a coro los materialistas, para los cuales no se da ninguna otra realidad que la materia, es decir, aquello que es directamente perceptible por los sentidos, como las piedras y las plantas, o es de la misma naturaleza que aquello que por medio de los sentidos percibimos, como la luz o la electricidad.

La teología católica afirma, por el contrario, que es verdad de fe, es decir, doctrina enseñada por Dios, que ni puede engañarse ni engañarnos, y, aparte de eso, doctrina propuesta por la Iglesia católica a todos los fieles para que la crean como enseñada por Dios, que los ángeles existen.

Documentos de la Iglesia.— Dios, desde el principio de los tiempos, nos dice el Concilio IV de Letrán, creó ambas clases de seres, es decir, los espirituales y los corporales, los ángeles y los que forman el mundo visible, y, aparte de eso, la naturaleza humana, que es común a ambos, constituída, como está, de cuerpo y espíritu.

Aquí, pues, el Concilio nos enseña, como doctrina que hay que creer, que Dios creó a los ángeles y a los hombres, y esa misma doc-

trina la repite seis siglos más tarde, en 1869, el Concilio Vaticano (2).

Por lo demás, y aun dado caso que los Concilios no nos propusieran como doctrina de fe la existencia de los ángeles, no por eso dejaría de ser obligatorio el creerla para todos los cristianos. La Iglesia, en efecto, en su magisterio universal ordinario, en su predicación y en su liturgia, nos propone la existencia de los ángeles como un dogma fundado en la revelación divina, que todos debemos aceptar.

Celebra, en efecto, misa en honor de los ángeles custodios en general y de S. Miguel, S. Gabriel y S. Rafael en particular. En el rezo del Breviario, en las letanías de los Santos, en las exequias de los difuntos y en otras muchas preces se hace mención de los ángeles, o incluso se implora su auxilio, prueba palmaria y manifiesta de lo que la Iglesia siente en ese particular y de lo que quiere y exige que crean todos los fieles.

A pesar de lo dicho hasta ahora, podría alguno pensar que esos documentos nada prueban en orden a persuadirnos la existencia de los ángeles. Nosotros, en efecto, hemos dicho de ellos que son seres intelectuales, intermedios entre Dios y los hombres. Ahora bien: los documentos o pruebas adu-

---

(2) Véase D. 428 y 1.783.

cidos hablan, sí, de la existencia de unos seres que son designados con la palabra «ángeles», pero no nos dicen que sean inferiores a Dios y superiores a los hombres. Consiguientemente, aún no parece que esté demostrada su existencia. La dificultad está muy bien puesta, y a ella responderemos brevemente en las líneas que se siguen.

Decimos, en primer lugar, que cuando la Iglesia usa de esa palabra ángeles, significa con ella seres inferiores a Dios y superiores a los hombres, porque ése es el significado que tiene en la Escritura Sagrada, de donde la Iglesia tomó ese vocablo. No fué ella quien lo inventó, sino que lo encontró en los libros sagrados, y tal como en éstos se encuentra lo trasladó a sus documentos y lo puso en su liturgia. Si, pues, la Escritura Sagrada entiende por ángeles seres intelectuales inferiores a Dios y superiores a los hombres, como veremos en seguida en este mismo capítulo, eso mismo entiende la Iglesia cuando usa la palabra «ángeles» en sus documentos o en sus preces (3).

---

(3) En la Escritura se llama también ángeles al mismo Jesucristo y a S. Juan Bautista (véase Malaq. 3, 1, y la interpretación que da de este texto el mismo Salvador en S. Mateo, 11, 10). Se da también el nombre de ángeles a los obispos (Apocalipsis, 2, 1 y 3, 1), e incluso a las criaturas irracionales, como lo hace el salmista refiriéndose a los vientos (Salmo 103, 4).

La razón es que todos ellos son a modo de ministros enviados por el Señor, y la palabra con que en hebreo

En segundo lugar, si no de una manera explícita, sí se afirma implícitamente que los ángeles son inferiores a Dios y superiores a los hombres. Nos dice, en efecto, que Dios los creó a ellos y a todos los demás seres, lo que equivale a decir que son inferiores a su Creador.

Nos dice, asimismo, que creó el mundo material (plantas, tierras, animales) y el mundo espiritual (los ángeles), y más tarde al hombre, que participa de entrambas naturalezas: de la material, por su cuerpo, y de la espiritual o angélica, por su alma. Ahora bien: como el alma es superior al cuerpo y el espiritu a la materia, los ángeles, que carecen de esta última y son, por lo mismo, sólo espíritu, a diferencia del hombre, que es en parte espíritu y en parte materia, son superiores a nosotros.

Para mejor entender esto último, piénsese que Dios, que es infinitamente perfecto, es sólo espiritual, y no tiene cuerpo ninguno. Con esto pasamos a demostrar la existencia de los ángeles sirviéndonos de lo que nos dicen los libros sagrados.

---

se designa a los ángeles significa propiamente enviado. Pero en los casos citados en esta nota, la voz ángel no se emplea en sentido propio, sino metafórico. Lo mismo hacemos nosotros al decir de un joven o de una joven muy puros que son un ángel, queriendo significar con ello que viven de tal manera, que, a semejanza de los ángeles, parece que no tienen cuerpo.

Prueba de la Escritura.—No una, sino cientos de veces se nos habla en ella de los ángeles. Escogeremos, pues, de entre esos pasajes algunos de los ejemplos más claros para probar nuestro aserto acerca de la existencia de los mismos. Que éstos sean seres intelectuales, resulta evidentísimo en el nacimiento de Cristo, en la anunciación de la Virgen y en la resurrección del Señor.

Un ángel, en efecto, anuncia a los pastores que Jesús ha nacido y les da las señales para reconocerlo. Una multitud de ellos canta aquella divina alabanza: *En las alturas gloria a Dios, en la tierra paz, en los hombres buena voluntad.* Previamente a todo esto, el ángel S. Gabriel había anunciado a María que ella sería la Madre del Mesías. Y, finalmente, en la resurrección del Señor, un ángel es quien anuncia a las mujeres, en las primeras horas del día, que Jesús, cuyo cadáver iban a ver en el sepulcro, está ya resucitado (4). Es, pues, claro como la luz que la Escritura designa con el nombre de ángeles a seres dotados de entendimiento.

Con la misma facilidad y claridad se prueba que son inferiores a Dios, ya que todas las cosas, lo mismo las visibles que las invisibles, llámense éstas tronos o dominaciones, han sido hechas por El y para El, según nos

(4) Véanse esos pasajes citados en S. Lucas, 1, 28 y 24, 4, juntamente con S. Mateo, 28, 2.

enseña S. Pablo (5). Los tronos y las dominaciones son dos clases de ángeles, como veremos más tarde en el capítulo cuarto. El mismo Dios ha preparado un castigo eterno para Satanás y los ángeles malos, según nos dice Jesús en su Evangelio (6), y esto porque pecaron y no obtuvieron perdón de su culpa (7). Ahora bien: ser creados por Dios, ser castigados por Él a un tormento eterno, caer en pecado, todo esto nos está diciendo que son inferiores a ese mismo Dios.

No resta, pues, sino que probemos por la misma Escritura Sagrada que son también superiores a los hombres. *¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él?*, pregunta S. Pablo, recordando unas palabras del salmista. *Lo has hecho un poco inferior a los ángeles* (8).

Hablando Jesús del día del Juicio final, dice a sus Apóstoles que nadie sabe «cuándo será, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre» (9), que es lo mismo que si nos dijera: tan difícil es saber el día en que Dios vendrá a juzgar a los hombres, que no sólo éstos, pero ni aun los ángeles lo saben, aunque son a ellos superiores. Más aún: no lo sé Yo mismo, sino sólo mi Padre.

---

(5) Colosenses, 1, 16.
(6) S. Mateo, 25, 41.
(7) 2 S. Pedro, 2, 4.
(8) Hebreos, 2, 6 y 9.
(9) S. Marcos, 13, 32.

Jesucristo sí lo sabía, no sólo porque es Dios como su Padre, sino también en cuanto hombre, según enseña la Teología católica (10). Pero no *había recibido la misión* de comunicarlo a los hombres, sino de reservarlo oculto; y por eso a los Apóstoles, que le habían preguntado cuándo tendría lugar ese Juicio, les respondió como si lo ignorara.

La razón natural y la existencia de los ángeles.—Hemos ya demostrado por la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia que los ángeles existen. ¿Se podría demostrar lo mismo con razones de orden natural? Demostrarlo propiamente, no; traer consideraciones por las cuales se pueda exponer la conveniencia de que los ángeles existan, sí. He aquí algunas de esas consideraciones que hacen alguna fuerza al entendimiento, pero que no llegan a convencerlo.

Primera. Vemos que en el mundo hay cosas que existen, pero que no tienen vida ninguna, como las piedras. Otras hay que tienen vida, como las plantas. Otras que, además de la vida de los vegetales, tienen la capacidad de sentir, como los animales; y otras, en fin, que, además de las propiedades anteriores, tienen entendimiento, como los hombres.

La escala de los seres de la creación com-

---

(10) Véase nuestro *Manual de Teología Dogmática*, número 398.

prende, pues, estos grados: existir, vivir, sentir y entender.

Si ponemos en la creación seres que entienden y no tienen cuerpo ninguno, la escala es más armónica y completa; seres inanimados, seres vivos, seres sensitivos, seres intelectuales con cuerpo, como el hombre, y seres intelectuales sin cuerpo, como Dios. Como la naturaleza hace las cosas perfectas, y esa perfección se muestra mejor si los ángeles existen, podemos admitir que, en efecto, se dan en este mundo.

La *segunda* consideración es de orden histórico. La Historia, en efecto, en el correr de los siglos, ha recogido, lo mismo entre los países paganos que en las naciones cristianas, hechos maravillosos que no pueden ser atribuídos a Dios, puesto que se nota en ellos una intención perversa.

Si, pues, no existen otros seres que los visibles de la creación, si los ángeles no existen, no quedaria otra solución que atribuirlos a las almas de los hombres separadas ya de sus cuerpos.

Pero la razón humana se resiste a atribuir a las almas humanas separadas de la materia mayor poder sobre ésta que el que tenían cuando a ella estaban unidas. No quedaría, pues, otra solución para esos fenómenos sobrehumanos que no pueden ser atribuídos a Dios, sino admitir la existencia de los ángeles, es decir, seres intelectuales

inferiores a Dios, pero superiores a los hombres.

Qué fenómenos sean ésos, lo diremos después, al hablar de la posesión diabólica y de la magia propiamente dicha, o magia negra.

CAPÍTULO SEGUNDO

¿TIENEN ALGUN CUERPO LOS ANGELES?

Hemos ya visto en el capitulo primero que los ángeles no tienen este cuerpo material que nosotros tenemos, sino que son espirituales, como lo son también nuestras almas. Pero ocurre ahora preguntar: Así como los hombres se componen de dos partes, alma y cuerpo perceptible por los sentidos, ¿no estarán, tal vez, los ángeles compuestos de dos sustancias, la una espiritual como nuestras almas y la otra corporal, un cuerpo no de la naturaleza del nuestro, sino mucho más sutil e impalpable, un cuerpo aéreo o parecido al aire, según algunos se expresaron?

En realidad, hubo escritores eclesiásticos de gran significación, como S. Agustin, S. Fulgencio y S. Bernardo, que hablaron con ambigüedad acerca de la espiritualidad perfecta de los ángeles, o incluso la negaron (1)

---

(1) Pueden verse las citas en *Sacrae Theol. Summa*, volumen 2, n. 301 y siguiente.

El Cardenal Cayetano escribía así sobre este particular a principios del siglo XVI: «Yo creería que los demonios (es decir, los ángeles malos) son espíritus aéreos. Pero con esta expresión no quiero significar este elemento que llamamos aire, sino un cuerpo sutil que no conocen nuestros sentidos..., destinado a ser movido por el alma a diversas posiciones, y esto sin que el cuerpo le ofrezca resistencia de ninguna clase.»

Su pensamiento es claro. Los ángeles tienen cuerpo, pero éste es tan sutil y ligero, que, por lo que hace a ser movido de una parte a otra, no presenta resistencia ninguna. En otras palabras: el cuerpo de los ángeles es de naturaleza muy distinta de la de los hombres.

Bueno es advertir, sin embargo, que en otro pasaje de sus obras está ese autor por la perfecta espiritualidad de los ángeles, es decir, porque ni son ellos materia ni están destinados a unirse naturalmente a ella, como lo está el alma humana antes de la muerte (2).

Si, pues, entre los autores católicos, hasta el siglo XVI, andaban todavía algunos de ellos dudosos sobre la perfecta espiritualidad de los ángeles, esto quiere decir que esa doctrina no era entonces de fe, que por lo mismo no había ningún documento de la Iglesia que

---

(2) Comentario a la Carta a los de Efeso, 2, 1. *In* I, *Quaestio*, 50.

la propusiera como tal, y que tampoco en la Escritura Sagrada aparecía con claridad. De otra suerte, la Iglesia la hubiera enseñado como de fe, al menos, en su magisterio ordinario.

Ni siquiera hoy día se considera todavía como de fe, es decir, como revelada por Dios y propuesta a los fieles para que la acepten como tal, sino únicamente como una conclusión teológica, o como una doctrina que es cierta en teología, pero no de fe. Así piensan hoy unánimemente los teólogos, y su consentimiento es suficiente garantía de la perfecta espiritualidad de los ángeles.

Documentos eclesiásticos.—Podría parecer a algunos menos versados en Teología, e incluso a muchos que han cursado la carrera eclesiástica, que el Concilio Lateranense IV y el Vaticano habían propuesto como doctrina de fe la perfecta espiritualidad de los ángeles. Ellos, en efecto, dicen así: «Creemos firmemente... que no hay más que un solo Dios... que con su virtud omnipotente creó desde el principio de los tiempos ambas clases de seres, es decir, los espirituales y los corporales, los ángeles y los que forman el mundo visible, y además la naturaleza humana que es común a ambos, constituída como está de cuerpo y espíritu» (3).

(3) D. 428, y lo mismo, con casi idénticas palabras, se dice en D. 1.783.

Aquí nos propone el Concilio una verdad de fe que la Iglesia cree, y en esa doctrina se dice claramente que los ángeles son espirituales, y que los seres visibles son materiales.

Se añade luego del hombre que es común a ambos, por estar compuesto de cuerpo y espíritu (de cuerpo como las demás cosas visibles, y de espíritu como los ángeles). Dicho en otras palabras: los ángeles no tienen materia ninguna, porque si la tuvieran no habría diferencia entre ellos y los hombres. Ahora bien: el Concilio expresa claramente esa diferencia; luego según su modo de hablar, los ángeles no tienen materia ni están, como el alma humana, destinados a unirse a ella, y, por lo mismo, son puramente espirituales.

Hay que conceder que en este razonamiento hay mucho de verdad. Precisamente después del Concilio IV de Letrán, del que son las palabras citadas, comenzaron ya los teólogos a defender unánimemente la perfecta espiritualidad de los ángeles, y hoy esa doctrina, antes sólo probable o probabilísima, hay que considerarla como teológicamente cierta.

Pero ese mismo Concilio de Letrán no trató de definir como de fe la espiritualidad de los ángeles, sino que todas las cosas habían sido creadas por una sola causa, el único Dios; y no como fingían los albigenses de entonces, repitiendo el antiguo error de los

maniqueos, por una doble causa o principio. Dios había creado, según ellos, las cosas buenas o espirituales, y un principio o causa mala había creado las cosas materiales.

Contra este error definió como de fe el Concilio IV de Letrán que el único verdadero Dios era la causa de los seres materiales y de los espirituales, y esa misma definición la repitió el Concilio Vaticano seis siglos más tarde. La espiritualidad de los ángeles no es, pues, doctrina de fe por esos documentos.

Hay otros teólogos que pretenden probar que lo es porque asi lo enseña la Iglesia en su magisterio universal ordinario. No es nuestra intención ahora defenderlo ni impugnarlo. Nos contentamos únicamente con afirmar que la perfecta espiritualidad de los ángeles es hoy en dia doctrina, al menos teológicamente cierta, por estar en ella de acuerdo todos los teólogos.

Prueba de la Escritura.— Nunca en ella se habla de los ángeles como si estuviesen compuestos de cuerpo y espiritu como lo está el hombre. Por el contrario, cuando esa misma Escritura habla del último, señala el cuerpo y el alma. *El cuerpo sin espiritu está muerto,* nos dice Santiago hablando del hombre (4). *No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma,* nos dice Jesús

---

(4) 2, 26.

en el Evangelio, *sino temed. más bien a aquel que puede echar cuerpo y alma a los infiernos* (5).

Si, pues, la Escritura nunca habla del cuerpo de los ángeles como si éste formara parte de su ser, y, en cambio, al hablar de los hombres, distingue claramente el elemento material (o cuerpo) y el espiritual (o alma), eso es clara demostración de que los ángeles no tienen cuerpo, y son, por el contrario, espíritus puros.

A la misma conclusión llegaríamos considerando que en la Sagrada Escritura se llama a los ángeles espíritus. San Pablo, en efecto, dice, hablando de los ángeles buenos, que todos son ministros espíritus de Dios (6), y S. Mateo, hablando de los ángeles malos, nos dice que Jesús echaba a los *espíritus* (7) de los hombres que estaban poseídos por ellos.

Ahora bien: si los ángeles constaran, como los hombres, de cuerpo y espíritu, no serían llamados espíritus, sino que se diría, refiriéndose a ellos, el espíritu del ángel, como se habla del espíritu del hombre (8) o del espíritu que está dentro del hombre (9). Vemos pues, nuevamente, que del modo de hablar

(5) S. Mateo, 10, 28.
(6) Hebreos, 1, 14.
(7) S. Mateo, 8, 16.
(8) S. Lucas, 23, 46: *En tus manos encomiendo mi espíritu.*
(9) 1 Cor., 2, 11.

de la Escritura se deduce que los ángeles son puramente espirituales, es decir, que ni tienen cuerpo ni están destinados a unirse naturalmente a cuerpo alguno para formar de ese modo un nuevo ser, compuesto de cuerpo y espíritu, como acaece en el hombre.

De que los ángeles son espirituales se sigue que todos ellos caben en un espacio muy reducido, e incluso en la cabeza, y aun en la punta, de un alfiler, y que todavia sobra muchísimo sitio. Recordemos, para comprenderlo mejor, que en la cabeza de un alfiler hay infinidad de moléculas, mayor número de átomos y mucho mayor todavía de las partes diversas de que consta un átomo, como son protones, neutrones y electrones. A medida que un cuerpo es más pequeño, cabe más cómodamente en la cabeza de un alfiler. Como los espíritus ni siquiera tienen cuerpo, no ocupan lugar ninguno, de suerte que impidan a otros estar donde ellos se encuentran. Por lo mismo, caben todos en la cabeza o en la punta de un alfiler.

Una dificultad y su solución.—No una, sino muchísimas veces en el decurso de la Escritura tropezamos con que se atribuyen a los ángeles propiedades que parece no pueden aplicarse más que a seres dotados de cuerpo como los hombres; luego los ángeles tienen cuerpo como ellos. La objeción es muy verdadera.

Los ángeles aparecen en forma sensible, por ejemplo, en la resurrección; hablan con voz sensible, como en esa misma escena, en la Anunciación o en el libro de Tobias; toman alimento como los hombres, como se dice en el Génesis (cap. 18, vers. 8 y 19,3), o al final del mismo libro de Tobías, y luchan con los hombres, como luchó un ángel con Jacob (Génesis, 32, 24). Además, el sonido del arpa (10) o el humo producido por el hígado asado de un pez (11) los ahuyenta.

Finalmente, un ángel detiene a otro prisionero (12); más aún: cuando un demonio ha sido echado del cuerpo de un hombre, se va en busca de descanso por terrenos áridos y deshabitados (13).

Ahora bien: aparecer y desaparecer en forma sensible, luchar con los hombres, hablar y comer, sentirse molestos por ciertos sonidos o por el humo, poder ser retenidos prisioneros en un lugar material e irse en busca de descanso a lugares áridos y deshabitados, eso es propio de seres corporales y no de meramente espirituales. Para buscar descanso, ¿qué más le da a un alma ya separada del cuerpo un desierto arenoso como el de Libia, que un gran parque botánico o zoológico?

La respuesta a todas esas objeciones y

---

(10) 1 Reyes (o Samuel), 16, 23.
(11) Tobías, 6, 8 y 19.
(12) Tobías, 8, 3.
(13) S. Mateo, 12, 43.

otras similares que pudieran proponerse, es la siguiente: Los ángeles aparecen en forma sensible, luchan y parecen comer como los hombres, porque toman un cuerpo que no es suyo. Un rey puede presentarse como un labriego, tomar los modales de éste y usar sus expresiones descorteses. Todo eso es ficticio. De un modo parecido, un ángel puede expresarse como un hombre, luchar con brazos no suyos y aparentar que come como los hombres lo hacemos.

El que se sienta molesto por el sonido de la cítara o el humo del pez puesto al fuego, no es porque el sonido o el humo afecten al demonio por sus propiedades naturales, sino porque así lo dispone Dios. De un modo parecido, el agua bendita que la Iglesia puede usar en los exorcismos, o la imagen metálica del crucificado, no molestarán al demonio por ser agua o metal, sino porque Dios quiere obligarlos a salir de los posesos sirviéndose de esos seres como podría servirse de otros.

Digase lo mismo del ser retenido en un lugar por otro ángel. Asi como un hombre de mayores fuerzas puede retener a otro en un sitio, aun en contra de la voluntad del último, así podrá también hacer eso mismo un ángel con respecto a otro, porque su poder natural es mayor o porque Dios le ayuda para ello.

Queda por solucionar el por qué el demonio, al ser echado de los cuerpos, se va a buscar descanso por sitios áridos en vez de ha-

cerlo en otros amenos. Jesucristo, que hablaba para hombres, se acomoda aquí al hábito y modo de pensar de los últimos. Cuando un hombre culpable se ve reprendido por la autoridad, se va de ordinario a donde nadie lo vea, a un lugar solitario y deshabitado, mejor que a la calle, donde sea reconocido. De un modo semejante, el demonio, al ser echado de un poseso, *se nos pinta* aqui como huyendo a donde no se encuentre con nadie, un lugar desierto donde no halle persona alguna.

CAPÍTULO TERCERO

¿VIVIRAN ETERNAMENTE LOS ANGELES?

He aquí una propiedad de los espíritus angélicos de la cual no nos habla nunca la Sagrada Escritura. Podrá ello parecer extraño, pero es un hecho muy real. Más bien que afirmar que son de hecho inmortales, lo supone. Mas, antes de adentrarnos en esta cuestión, digamos en qué consiste la inmortalidad misma.

Inmortalidad es inmunidad de sujeción a la muerte en un ente dotado de vida. Una piedra no puede morir, pero no tiene inmortalidad. No es inmortal, porque la inmortalidad es propia de los seres vivos.

Si recorremos los diversos seres que tienen vida, veremos que unos son mortales, como los animales, y otros que son inmortales, como Dios y el alma humana. Y entre los seres que son inmortales hay de nuevo tres clases diversas. Los unos no pueden perder su inmortalidad ni nadie se la puede arrebatar. Tal, por ejemplo, Dios y sólo Dios. Se dice

de Él que tiene inmortalidad esencial, y con esto se quiere significar que en ningún caso puede morir.

Hay otros que tienen inmortalidad natural, tal, por ejemplo, el alma humana. Se quiere afirmar con esto que el alma del hombre es de tal naturaleza que no tiene nada en sí misma de donde le venga la muerte, y que nadie (fuera de Dios) le puede arrebatar la vida. Pero el mismo Dios que la sacó de la nada podría, si así lo hubiera determinado, reducirla a la nada quitándole la existencia.

No lo hará, porque Dios no destruye lo que hizo indestructible para que siempre existiera, pero en absoluto podría hacerlo. La inmortalidad del alma humana no es, pues, esencial como la de Dios, sino solamente natural.

Hay todavía otra clase de inmortalidad que no es ni esencial como la de Dios ni natural como la del alma humana. Tal sería, por ejemplo, la de un animal, si Dios, haciendo un milagro, lo preservara para siempre de la muerte. A ésta se la denominaría inmortalidad graciosa o gratuita, porque no tiene su asiento en la misma naturaleza del ser que la posee, sino en la gracia, favor o beneficio de Dios. Tal será la inmortalidad concedida a los hombres, lo mismo buenos que malos, en la resurrección poco antes del Juicio final.

Quedaría todavía otra clase de inmortali-

dad distinta de esta última, y sería la de aquel ser que estuviera inmune de la muerte si él quería conservar la vida. Así, Adán, según enseña la Teologia católica, podia haberse visto libre de la muerte. Le bastaba para ello con no pecar. Pecó y perdió la inmunidad que hasta entonces tenia con respecto a la muerte, y murió como mueren todos los hombres y todos los animales. Es evidente que esta inmortalidad es también gratuita, puesto que proviene de un mero beneficio de Dios concedido a una naturaleza (la humana), que es de suyo mortal.

Resumiendo ahora clara y brevemente cuanto llevamos dicho, tendremos que inmortalidad significa estar libre de morir, que inmortalidad esencial es la que tiene un ser vivo que en ningún caso puede perder la vida; inmortalidad natural, la que tiene un ser vivo y radica en su misma naturaleza, y graciosa si radica en puro beneficio de Dios.

¿Cuál de estas tres inmortalidades tienen los ángeles? No la esencial, que es propia y exclusiva de Dios; no la de los hombres resucitados, porque el cuerpo es de suyo mortal y sólo por un milagro reciben uno inmortal, sino la inmortalidad natural. En otras palabras: los ángeles son inmortales, por ser seres dotados de vida que no tienen en su naturaleza nada de donde les pueda venir la muerte.

Pero ¿cómo probar esta afirmación? Ya

hemos dicho que la Sagrada Escritura nunca nos dice expresamente que los ángeles son inmortales. Nos habla de ellos como de seres que tienen vida y continúan viviendo, y de los que nunca se nos dice que mueran.

Otro tanto sucede con los documentos eclesiásticos. Nos los presentan como seres dotados de vida que continúan viviendo y a los que rendimos culto, pero no hay ninguna definición que nos enseñe directamente que son inmortales. Es, pues, más bien una doctrina que está implícitamente en la Sagrada Escritura y en el magisterio ordinario y universal de la Iglesia, pero que para que aparezca nítida es menester servirse de algún raciocinio explicatorio. He aquí uno de ellos.

Cristo nuestro Señor dirá a los réprobos en la sentencia final: *Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para Satanás y sus ángeles* (1). De estas palabras del Salvador se sigue que los ángeles son inmortales, porque, si el castigo que se ha preparado para ellos es eterno, es evidente que también ellos lo son, ya que no se prepara un castigo eterno para unos seres que no duran para siempre. Los ángeles, tienen, pues, por lo menos, la inmortalidad gratuita.

¿Se podría también deducir de este mismo texto que tienen la inmortalidad natural?

---

(1) S. Mateo, 25, 41.

Parece que sí, porque si los ángeles no fueran naturalmente inmortales, y, a pesar de todo, Dios los castigara eternamente, tendríamos que Dios parecería castigarlos más de lo que merecen. Ahora bien: esto último es inadmisible, por ser contra su justicia; luego los ángeles son naturalmente inmortales.

Contra este raciocinio tan simple y obvio se puede, sin embargo, poner esta dificultad. Según la Teología católica, Dios, después del Juicio final, castigará eternamente, con castigo que afecte no sólo al alma, sino también al cuerpo, a los condenados al infierno. Ahora bien: el hombre es mortal por su naturaleza en cuanto al cuerpo; luego el hecho de que los ángeles sean castigados con un suplicio eterno no arguye que sean naturalmente inmortales, como no lo arguye en el hombre.

La solución a esta dificultad es la siguiente: Dios castigará eternamente a los réprobos, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo, aunque por su naturaleza no sean inmortales cuanto al último, porque por un favor especial los creó y los destinó a vivir eternamente en cuerpo y alma después de la resurrección. No los hizo, pues, inmortales por naturaleza, pero sí por gracia, y, una vez hechos inmortales, justo es que, si se condenan, sufran eternamente en cuerpo y alma, como justo es que gocen en cuerpo y alma si se salvan.

En cambio, de los ángeles no hay razón ninguna para pensar que fueron hechos inmortales por gracia, porque en ninguna parte se nos habla de ello, ni en la Escritura ni en la Tradición; luego si Dios los castiga eternamente, hemos de concluir que son inmortales por su misma naturaleza, como lo es el alma racional. Esto es lo que nos dice el raciocinio teológico.

Para probar que los ángeles son naturalmente inmortales, sirviéndonos de sola la razón natural, sería menester acudir a un argumento no tan fácil de exponer ni de comprender. Se reduciria, en resumen, a lo siguiente: Los ángeles son puro espíritu sin mezcla de materia, luego no tienen nada en sí mismos por donde les pueda venir ni la destrucción o aniquilamiento, ni su disolución o fraccionamiento.

¿Por qué se corrompe el cuerpo del hombre y muere? Porque al cabo de los años se hace inepto para seguir funcionando, como una máquina se inutiliza con el uso y no se le puede hacer funcionar indefinidamente. Si el cuerpo no se inutilizara para la vida, el hombre seguiría viviendo indefinidamente. Como los ángeles no tienen cuerpo, siguen siempre con vida.

Pero, ¿y si el espíritu (o el alma humana) se fracciona o disuelve en los diversos elementos que lo forman, como se desmorona un edificio o una montaña con el correr de

los siglos? Un edificio o una montaña se desmorona porque es un ser compuesto de la adición de muchas partes muy pequeñas; el espíritu, en cambio, es simple, no se compone de partes. Todo él es un punto indivisible de orden espiritual. Aunque un hombre vaya perdiendo partes notables de su cuerpo, un dedo, un ojo, una oreja, un pie. un brazo, una pierna, su espiritu queda entero, discurre como antes, recuerda como antes.

Para buscar un objeto perdido raciocina asi. El hecho es histórico y no ficticio. Yo me encuentro ahora sin mis gafas, y es un hecho cierto que las usé mientras decía misa, porque sin ellas leo con muchisima dificultad. Después de la misa he ido derechamente a la sacristía, luego a mi cuarto, luego al confesonario. Allí he querido de nuevo leer, y me he encontrado sin anteojos. ¿Dónde están? Necesariamente, en mi cuarto o en la sacristia o en el altar, donde a veces me las quito para consagrar o repartir la comunión.

Pero, por más que miro y remiro en todos esos sitios, las gafas no aparecen, ni el monaguillo que me ha ayudado la misa, y a quien interrogo, las ha visto en parte alguna. Pero ese mismo punto indivisible que es el espíritu ve que eso no puede ser. No ve una parte de mi espiritu una conclusión y otra otra diversa; no. El mismo punto tie-

ne que verlo todo; de otra suerte, no podría ver que estuvo en tantos sitios, que se perdieron las gafas, que no se encuentran, que deben estar en alguna parte.

Cuando, más tarde, el monaguillo quiso ponerse de nuevo el roquete para salir a la iglesia, notó que de una de las mangas pendía alguna cosa que le hacía estorbo. Eran las gafas, que allí estaban agarradas.

La explicación era muy sencilla. Al dar la comunión, o más bien al fin de la misa, yo las había dejado sobre el altar. El monaguillo se las había llevado colgadas en la manga. Yo no las volví a necesitar hasta más tarde, cuando volvi de mi cuarto al confesonario, y siguieron en la sacristía, colgadas del sobrepelliz, que continuaba en la percha a él destinada.

Si el espíritu constara de diversos puntos, uno veria una cosa y otro otra diversa, y no podríamos tener un raciocinio o visión de conjunto y tomar razonablemente, y no por mero instinto o automáticamente, como sucede en los animales, las necesarias disposiciones; como si en una batalla un oficial ve una cosa y otro otra diversa, no se podrá tomar una decisión conforme con aquéllas si no hay un solo hombre, el jefe, que las vea ambas. Lo que ven los ojos, oyen los oídos, gusta la lengua, raciocina el entendimiento, lo retiene el espíritu.

El espiritu, pues, es indivisible; no se pue-

de desmoronar, y como es un punto dotado de vida, es naturalmente inmortal. Los ángeles, que son espíritus, son naturalmente inmortales. Mas todo esto son consideraciones difíciles de explicar y comprender según dijimos antes. Pueden tener la ventaja de ayudar a conocer racionalmente la espiritualidad e inmortalidad del alma, pero en Teología no nos son necesarias. En Filosofía y en las ciencias se prueban las cosas por raciocinio; en Teología, por autoridad. Pongamos un ejemplo que lo explique.

Yo puedo discurrir, por raciocinio, que lo que se contiene en una cajita de madera tiene que ser un metal bastante pesado, porque, dadas sus dimensiones y su peso, no puede contener otra cosa. Yendo aún más adelante, puedo asegurar que ese metal es casí necesariamente el oro, ya que ningún otro pesaría tanto, dadas las dimensiones de la cajita que lo contiene. Y, siguiendo aún más adelante, y con el mismo raciocinio, podría concluir que el oro estaba en polvo. Y, a pesar de todo, podré equivocarme.

Pero habría un modo más sencillo y seguro de saberlo, y sería preguntarlo al dueño de la cajita, que había metido en ella su contenido. Este podria decirme: es un trozo de platino, encerrado en su cajita de cartón. Todo ello va envuelto en una cajita de madera.

Lo que en este caso el dueño, eso vienen a

hacer la Sagrada Escritura y la Iglesia en el caso de la inmortalidad del alma y de los ángeles. La razón discurre por sí sola, y sólo con mucha dificultad y alguna oscuridad, se pronuncia en favor de la inmortalidad; la Escritura y la Iglesia nos dicen claramente que son inmortales o nos proponen tales doctrinas, de las que esa inmortalidad se deduce fácil y claramente.

Antes de terminar este capítulo queremos salirle al paso a una dificultad que podría surgir al leer ciertas obras de los Santos Padres. Algunos de ellos dicen a veces que los ángeles son mortales y otros, en cambio, que son inmortales.

Para que no todo sean meras afirmacio- citemos algunos casos concretos. San Juan Damasceno, en su libro *De Vita ortodoxa,* dice así: «El ángel es inmortal, no ciertamente por su naturaleza, sino por gracia y beneficio de Dios. Porque lo que tuvo nacimiento (o comienzo de existencia) también tendrá (o tendria) fin, atendida su naturaleza (2). San Ambrosio, por su parte, nos dice: «Tampoco el ángel es naturalmente inmortal, estando su inmortalidad pendiente de la voluntad del Creador» (3).

Estos Santos Padres, y otros que pudiéramos todavia citar, están a primera vista con-

(2) Libro 2, cap. 3, MG. 94, 867.
(3) *De fide,* libro 3, cap. 3. ML. 16, 593.

tra lo que defendemos nosotros, o sea contra que los ángeles son naturalmente inmortales. En hecho, de verdad no son, sin embargo, contrarios. Lo que quieren decir es que no son de tal naturaleza que no puedan ser aniquilados por Dios; en otras palabras, que su inmortalidad no es esencial, como lo es la divina.

Ellos distinguen dos clases de inmortalidad, la divina y la de cualquier otro ser que pudiera ser aniquilado por Dios. A la primera la llaman natural y a cualquiera otra gratuita. Nosotros, en cambio, llamamos esencial a la de Dios, natural a la de los ángeles, como fundada en su misma naturaleza, y gratuita a la de un ser mortal, a quien Dios conserva la vida para siempre, como la conservará a los hombres después de la resurrección. Y las llamamos así porque así las llaman todos los teólogos.

CAPÍTULO CUARTO

ALGUNAS OTRAS CUESTIONES RELATIVAS A LOS ANGELES: NUMERO, DIFERENCIA, MOMENTO EN QUE FUERON CREADOS Y COMO HABLAN ENTRE SI

En los capítulos anteriores hemos hablado de la existencia y naturaleza de los ángeles, pero nada hemos dicho de su número, de cómo se distinguen entre si, de cuándo fueron creados o de cómo se comunican unos con otros. En el presente diremos algunas palabras acerca de cada una de estas cuestiones y de algunas otras que se vayan ofreciendo como unidas naturalmente con ellas. Entremos, pues, inmediatamente en materia, comenzando por el

Número de los ángeles.—Cualquiera que desde el pico de una montaña elevada divisa a sus pies un extenso bosque cubierto de grandes árboles, puede asegurar sin más que estos últimos son muchísimos, pero no puede precisar su número ni siquiera aproximada-

mente. Quien contemplara en invierno o primavera millares de almendros o cerezos en plena floración, podría asegurar que veía muchísimas flores, pero le seria imposible decir concretamente cuántas.

Lo que a ésos les pasaría con respecto al número de árboles o de flores le pasa a los teólogos con el número de los ángeles. Saben que son muchos, pero no pueden decir cuántos, ni siquiera al poco más o menos.

Saben que son muchos.—El profeta Daniel nos dice que ante el trono de Dios le servian, en la visión a que el profeta se refiere, un millón de ángeles, y que mil millones estaban en su presencia (1).

Jesucristo dice a S. Pedro, en el huerto de los Olivos, que podría hacer oración a su Padre, y Éste le enviaría más de doce legiones de ángeles, lo que supone un ejército de unos 60.000 espíritus (2). San Pablo, por su parte, nos habla de una gran multitud de ellos (3).

Querer precisar con estos datos el número de ángeles, no ya con exactitud, pero ni si-

---

(1) Daniel, 7, 10. Véase Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*, 1, 580. Damos la versión que parece más exacta. Nácar Colunga traduce: millares de millares le servían y le asistían millones de millones.

(2) S. Mateo, 26, 53. El número de soldados en la legión romana varió desde 4.000 en los primeros tiempos hasta 6.000 en los posteriores.

(3) Hebreos, 12, 22.

quiera con aproximación, es, además de pueril, imposible. El número asignado por Daniel como visto en la visión no hay que tomarlo necesariamente al pie de la letra, sino como un número redondo que expresa una ingente muchedumbre.

Algo más que del número sabemos de la *jerarquía* de los espíritus celestiales o de los diversos órdenes, agrupaciones o clases en que están distribuídos, aunque tampoco en este punto se pueden dar precisiones exactas, y hay que contentarse en muchas cuestiones con un mayor o menor grado de probabilidad.

Desde luego, parece un hecho cierto que todos los ángeles no son de la misma categoría, ya que la Sagrada Escritura nos dice de S. Miguel que es uno de los principales jefes (4). Además, el mismo nombre de arcángeles (5), empleado en los libros sagrados, parece indicar sin género ninguno de duda un grado superior al de los simples ángeles, si no queremos decir que el vocablo no corresponde a la realidad.

Se les da también el nombre de principados, potestades, virtudes, dominaciones (6), tronos (7), querubines (8) y serafines (9). Pero, ¿qué significan en concreto estos nom-

---

(4) Daniel, 10, 13.
(5) 1 Tes., 4, 16. S. Judas, 9.
(6) Efesios, 1, 21.
(7) Col., 1, 16.
(8) *Gén.* 3, 24.
(9) Isaías, 6, 2.

bres? ¿Indican diversos grados de perfección, o solamente diversos oficios?

En la jerarquia civil o militar, un gobernador no tiene diversa naturaleza ni mayor perfección que un alcalde o un ministro. De la noche a la mañana a un alcalde o gobernador se le hace ministro, sin que por eso haya cambiado ni su naturaleza humana ni incluso su perfección. Es únicamente el oficio el que es diverso.

En la jerarquía eclesiástica no siempre es así. Un sacerdote, por ejemplo, tiene no sólo oficio diverso al de un simple cristiano, sino una realidad diversa. El sacerdote puede consagrar la Eucaristía; el simple fiel, no. Puede también perdonar los pecados delante de Dios; el simple fiel no puede hacerlo. Tiene, pues, una perfección que no tiene el simple fiel.

Lo mismo acaece con el obispo respecto del simple sacerdote. El obispo puede dar a quien le parece la facultad de consagrar la Eucaristia y de perdonar los pecados; el simple sacerdote no puede hacer ni lo uno ni lo otro. Y esto, no porque aquél tenga oficio diverso, que puede no tenerlo, es decir, puede no ser obispo de ninguna diócesis, sino porque tiene una perfección espiritual que no tiene el simple sacerdote. ¿Es así también entre los ángeles? Aquellos nueve nombres diversos ¿significan diverso grado de perfección o simplemente diversos oficios,

como son oficios diversos el de ministro y gobernador?

A esta pregunta hay una prudente respuesta que ya en su tiempo daba S. Agustin en el capitulo 58 de su libro llamado *Enquiridio*, es decir, Manual. Cómo se distribuye esa altísima sociedad de los ángeles y cómo se diferencian sus dignidades, digalo quien pueda. que yo confieso que no lo sé.

Lo que S. Agustín no sabia hace quince siglos tampoco hoy lo sabemos nosotros. Los nombres diversos con que los designa la Escritura arrojan muy escasa luz sobre el asunto. Dejado a un lado el nombre de arcángeles, que ya hemos dicho significa un grado superior al de los simples ángeles, todos los demás poco o nada contribuyen a manifestar su dignidad.

Se les llama, como ya antes indicamos, tronos, principados, virtudes, dominaciones, querubines y serafines.

Tronos, virtudes, principados y dominaciones son nombres abstractos que equivalen a seres que se asientan en el trono o asisten a él, fuertes o poderosos, príncipes y señores que ejercen su dominio sobre otros. Cuando en castellano decimos su Eminencia, Su Santidad, su Señoría, queremos con ello indicar un ser eminente, santo, un señor. Eso mismo acaece, pues, con los nombres de tronos, principados, virtudes y dominaciones. El nombre de virtudes podría parecer a pri-

mera vista que indicaba seres virtuosos, pero en el original griego la palabra correspondiente no indica virtud, sino poder (10).

Quedan por mencionar las dos palabras querubín y serafín. Son ésos los plurales de dos vocablos hebreos, *querub* y *seraf*. Este último vendría de *saraf* (arder). Cuanto al vocablo *querub*, su origen es incierto. Según algunos, tiene estrecha afinidad con una palabra que significa *toro*, y se querría significar con ella lo mismo que fuerte. En resumidas cuentas, pues, el nombre de arcángeles, potestades, principados, virtudes, dominaciones y, tal vez, también el nombre de tronos, significaría cierta jefatura o preeminencia sobre otros; el de tronos podría significar los que asisten de ordinario o de una manera especial ante el trono de Dios, y el de querubines y serafines, por la sola etimología de los vocablos, quedaría como de determinación más incierta.

Un hecho, sí, es verdadero. Dado que se aplican a los ángeles esos nueve nombres diversos, se ha hecho corriente, lo mismo en los libros de Teología que, a veces, también en los litúrgicos, hablar de nueve coros, órdenes o agrupaciones de ángeles, sin que eso signifique que son todos de diversa perfección, pudiendo algunos de ellos designar únicamente oficios diversos.

---

(10) *Dínamis*, poder.

Cuestión afín o parecida a la que acabamos de tratar es la de si todos los ángeles son o no de una misma especie; en otras palabras, si tienen idéntica naturaleza. Los hombres somos todos de una misma especie, aunque pertenezcamos a distintas razas: blanca, negra, amarilla, etc. Y somos de la misma especie, porque la naturaleza es esencialmente la misma: cuerpo material y alma racional, variando sólo algunas propiedades accidentales, como el color de la piel, la forma del cabello y cosas parecidas. En cambio, son de naturaleza o especie diversa el hombre y el caballo, el caballo y el buey, etc., por diferir no sólo en cosas accidentales, sino en otras más importantes.

Esto supuesto, volvamos ahora a nuestra pregunta: ¿Son los ángeles todos de una o de diversas especies? Comencemos por advertir que ni en la Escritura Sagrada ni en la Tradición, que son las únicas fuentes que nos podrían resolver este problema, se dice una sola palabra acerca de él. Consiguientemente, las razones que se traigan en pro o en contra de que pertenezcan todos a una o a diversas especies, serán más bien de orden filosófico, y como la filosofía no habla de los ángeles, por no pertenecer a su campo las cosas puramente espirituales, dejaremos de tratar a fondo este asunto, contentándonos con exponer los diversos pareceres de quienes lo han estudiado con alguna detención.

Según, pues, Santo Tomás, hay tantas especies de ángeles cuantos individuos. En otras palabras, asi como los leones y los perros, por ejemplo, forman dos especies diversas de animales, así los ángeles y arcángeles forman también dos especies. Pero en la especie canina puede haber infinidad de perros; por el contrario, en los ángeles no se pueden dar dos individuos de una misma especie, sino que necesariamente hay tantas especies como individuos. Es algo así como si no pudiera darse en el mundo más que un perro, un hombre, una mariposa, un ruiseñor. La razón de Santo Tomás es difícil de coger a quien no esté versado en los conceptos abstractos, y tiene también cierta dificultad para exponerse de un modo comprensible. Sin embargo, intentémoslo.

La nieve es un cuerpo que se compone de una sustancia o materia, de la que dimana una blancura que viene a ser como la forma o modo de aparecer de la nieve. La caída en los Pirineos tiene su propia forma, como la caída en los Alpes o en el Himalaya. Pero quitemos, con la imaginación, de todas esas nieves todo menos la blancura. ¿Qué sucederá? Que no habría ya diversas blancuras, sino que todo sería una sola.

¿Por qué antes había varias? Porque la blancura de la nieve estaba adherida a la caída en los Alpes, los Pirineos y el Himalaya. Al no tener ahora ningún objeto sobre

que apoyarse, no habrá sino una sola blancura, la propia de la nieve.

Un segundo ejemplo. El hombre es un ser compuesto de materia y de un alma racional. Pedro es un hombre; Pablo, también, y lo mismo Antonio. ¿Por qué son tres hombres diversos? Porque el alma racional se une a tres materias diversas. Pero si separamos del hombre el alma, y podemos hacer que no sea ni de Pedro, ni de Pablo, ni de Antonio; en otras palabras: si ponemos un alma no destinada a unirse con materia alguna, no podrá darse más que una, porque ella sola comprendería todas las almas imaginables, como la blancura separada de la nieve comprende ella sola todas las demás.

Estoy viendo que la mayoria de los lectores estarán en desacuerdo con tal interpretación. Eso, dirán, no prueba que no se puedan dar almas diversas, y si no hay otras razones habrá que estar por su posibilidad. También a mí y a la mayoria de los teólogos nos parece lo mismo. Muchos creen que son posibles y reales muchos individuos de una misma especie entre los ángeles, y hay quienes piensan que incluso todos ellos forman una sola, como todos los hombres, sean blancos, negros o amarillos, pertenecen a la misma especie humana.

Si, pues, Santo Tomás ponía tantas especies como ángeles, otros admiten sólo varias, y hay quienes se contentan con una sola.

Cada cual es dueño de pensar lo que quiera sobre este asunto. Sólo Dios podría decirnos si los ángeles constituyen diversas especies, pero Él no nos lo ha enseñado. Sabemos que fueron creados, pero no si son todos de una misma naturaleza, como lo son todos los hombres, o si pertenecen a diversas especies, como pertenecen los leones y los caballos.

Tampoco se sabe nada con precisión de *cuándo fueron creados,* y la razón es que tampoco de este punto habla la Sagrada Escritura ni la doctrina enseñada de palabra por los Apóstoles. De suerte que no sólo no sabemos los años que hace que fueron creados, al igual que tampoco nos es conocida la edad de la tierra, de las plantas ni de los astros, sino que incluso ignoramos si los ángeles fueron hechos antes que este mundo material que conocemos, o fueron hechos después que la tierra, los astros y el hombre.

No habiendo, pues, nada cierto, los Santos Padres y los teólogos han emitido diversos pareceres. Según algunos de ellos, habrían sido creados antes que este mundo visible. Otros, en cambio, pocos en número, dicen que fueron creados después, y otros, y este es el parecer más común, que al mismo tiempo, sin que eso quiera significar que lo fueron en el mismo momento que éste, sino al mismo tiempo poco más o menos.

Pero, ¿qué valor tienen estos pareceres?

Si tienen alguno, es muy escaso. Cuando en una materia, como la presente, nada nos dicen la Sagrada Escritura ni la Tradición, todo lo que sobre ella se diga no pasa de meras conjeturas, y una suposición a favor de una sentencia se destruye con otra en sentido contrario.

Hay un pasaje en el Concilio IV de Letrán que, tomado en su sentido más obvio, parece enseñar que los ángeles fueron creados al mismo tiempo que el mundo visible, y que después de ellos fué formado el hombre. Dice, en efecto, así en el primer capítulo: «Dios, con su virtud omnipotente, desde el principio del tiempo creó de la nada, juntamente (*simul*) ambas criaturas, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana (o material), y después (*deinde*) la humana, como constituída de espíritu y cuerpo, o materia» (11).

Aquí tenemos, pues, un Concilio ecuménico que parece enseñar con toda claridad que ángeles y materia fueron hechos *simul*, simultáneamente, y los hombres después. *deinde*. Sin embargo, el Concilio no enseña con esas palabras ni una cosa ni otra, al menos con la suficiente claridad para que podamos estar seguros de ello.

La palabra *simul* que él emplea al decir que ángeles y materia fueron creados por

(11) D. 428.

Dios, no significa simultáneamente sino juntamente, de suerte que debe traducirse: Dios, al principio de los tiempos, creó una y otra, el mundo y los ángeles.

Hay una frase en la Escritura que acabará de poner en claro lo que decimos. Dice asi en la *Vulgata*: Dios «*creavit omnia simul*», creó todas las cosas simultáneamente (12). Pero, ¿qué dice el original? Dios creó de un modo igual (*koiné*) todas las cosas; en otras palabras: como es autor de las unas, lo es también de las otras. En ese mismo sentido hay, pues, que entender aquel *simul* del Concilio. Dios, como creó de la nada la materia, así creó también de la nada los ángeles.

Tampoco la voz *deinde*, después, en aquella frase «y después la humana, como constituída de cuerpo y espíritu», hay que urgirla demasiado, cual si el Concilio pretendiera enseñar con ella que los hombres fueron creados *después* de los ángeles. Enseña simplemente que Dios, desde el principio, creó la materia y los ángeles, fué autor de la una y de los otros, y fué también el autor del hombre.

El Concilio, en efecto, que se tuvo contra los albigenses, que negaban fuese Dios el Creador de todas las cosas, nos enseña contra ellos, como doctrina de fe, que Dios lo creó todo, pero no se mete a enseñar el orden

---

(12) Eclesiástico, 18, 1.

con que las diversas criaturas aparecieron en el mundo, porque ese punto no se discutía.

Evidentemente que el hombre fué formado después de la materia, según se desprende de la narración genesiaca; pero esa misma narración nada nos dice con claridad acerca de la creación de los ángeles. Más aún: aunque en ese primer capítulo del *Génesis* se pone la creación de la materia al principio y luego el ornato del cielo y la tierra en los cinco primeros días y la formación del hombre en el sexto, esa división y sucesión de seis dias no hace falta tomarla en sentido histórico, al menos en todos sus detalles, sino puede tomarse en sentido literario.

En resumidas cuentas, pues, nada se sabe con certeza de cuándo fueron creados los ángeles, si antes, juntamente o después de la materia.

Cuestión de mayor interés es la de

¿Cómo se comunican los ángeles entre sí? Desgraciadamente, también aquí tenemos que contentarnos con conjeturas, por no poder alegar nada cierto. Los hombres podemos comunicar a otros nuestros pensamientos o deseos por medio de un escrito o por medio de palabras. Aun sin decir una palabra, un solo gesto de la mano es suficiente para hacerle comprender a otro que queremos que se acerque a nosotros o que se retire. Incluso la sola mirada que dirigimos a

alguien le hace comprender que le pedimos ayuda o consuelo. Pero fijémonos que en todos estos casos nuestra alma se comunica a los demás por medio de signos corporales, la palabra hablada o escrita, la mirada, la señal de la mano. Mas, ¿cómo comunicarnos con otros hombres sin hacer uso de ninguna de esas señales exteriores?

De manera ninguna, me diréis. Si usted nos hace renunciar a todos esos signos, toda comunicación es imposible. Pues bien: ése es el caso de los ángeles. No tienen cuerpo, no tienen manos, no tienen lengua, no tienen ojos. ¿Cómo, pues, se comunican unos con otros? Lo ignoramos, pero he aquí lo que dicen acerca de esto algunos autores:

1.° Los hombres, cuando queremos hablar con otros, producimos sonidos materiales que excitan en los oyentes las ideas de lo que hablamos. Pues bien, los ángeles producen entidades espirituales que excitan en los demás a quienes van dirigidas las ideas que se les quiere comunicar. La explicación es aparentemente sencilla y clara. Lo que no es claro es en qué consisten o pueden consistir esas entidades espirituales que corresponden a las palabras en los hombres.

2.° Según otros, los ángeles hablarían entre sí, produciendo ellos mismos, en el entendimiento del que debe escuchar, un estímulo

algo semejante al que produce la palabra en el hombre. Por lo mismo, deberá estar en contacto con el ángel como está el sonido de las palabras al llegar a quien las oye. Así, más o menos, Suárez.

3.º Según Escoto y sus seguidores, un ángel que quiere hablar con otro produce en este segundo, no un estímulo que lo lleve a conocer lo que se le quiere decir, como en el caso anterior, sino la misma idea o conocimiento que tiene aquel que quiere hablar. Es como si los hombres, para hablar entre nosotros, produjéramos no palabras, sino el conocimiento o las ideas mismas que suscitan en los oyentes esas palabras.

4.º Explican esto mismo otros autores diciendo que, asi como el calor emitido por un cuerpo llega a los que están alrededor de él, así las ideas concebidas por un ángel se irradian hacia los que deben recibirlas sin dejar de estar en quien las produce. Se extienden desde el que habla hasta el que oye. La dificultad está en concebir cómo una idea espiritual se puede extender como se extiende en el papel una mancha de aceite recientemente caída sobre él.

5.º La opinión más seguida es la siguiente: Cuando un ángel quiere hablar con otro dirige con la voluntad sus ideas hacia su in-

terlocutor, como un hombre lo hace con otro, y Dios determina en aquel a quien van dirigidas aquellas ideas el conocimiento que se quiere que produzcan. De un modo parecido, si yo quiero hablar desde Europa con un hombre en América, podría dirigirme a él de palabra como si estuviera junto a mí. Naturalmente, no me oiría. Pero si Dios suscitara en el oyente los mismos efectos que suscitarian mis palabras caso de hallarse junto a mí, me oiría perfectamente, o al menos el resultado seria el mismo que si me oyera.

Esta opinión, que es la más seguida, tiene este grave inconveniente: que hace intervenir a Dios de un modo menos natural y obvio, de un modo, diríamos, extraordinario y como milagroso, para un efecto natural y corriente como es el de comunicarse un ángel con otro.

Pero notemos una cosa, y es que, en realidad, así nos comunicamos nosotros con Dios, con la Virgen y los Santos. Nos dirigimos sencillamente a ellos con nuestras ideas, como nos dirigimos a otros hombres con nuestras palabras. Que Dios nos oiga no ofrece dificultad ninguna, puesto que conoce todo lo que pasa en nuestro interior. Pero, ¿cómo nos oyen la Virgen y los Santos? Porque Dios hace que lo conozcan, supliendo en ellos lo que les falta a nuestras ideas para llegar a su mente, o, de otro modo más obvio y natural, pero para nosotros desconocido. Los

Santos entenderían todas las lenguas, aun cuando desconocieran todas las palabras. Nos dirigimos a ellos con ideas, no con vocablos.

En todo caso, y según la doctrina corriente, ni los ángeles ni los demonios pueden conocer nuestros pensamientos y deseos, si de alguna manera exterior no los manifestamos o no queremos hablar con ellos. Esa prerrogativa de conocer nuestras ideas y afectos más recónditos se atribuye en la Escritura exclusivamente a Dios. *¿Quién conocerá el corazón del hombre?*, pregunta Jeremías, y responde Dios: «Yo, Yavé, que sondeo los corazones y pruebo lo más íntimo del hombre, y esto para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus obras» (13).

Los ángeles, pues, hablarian con Dios y los otros ángeles dirigiendo a ellos sus ideas, y lo mismo podría extenderse a las almas de los difuntos, con más o menos restricciones. En cambio, con nosotros los hombres no pueden hablar de esa manera, porque nuestra alma, mientras vivifica nuestro cuerpo, no está preparada, hecha ni dispuesta para hablar de modo meramente espiritual, sino que necesita que se la hable por señales sensibles, por palabras, por signos o por imágenes.

---

(13) Jeremías, 16, 9 y siguientes.

CAPÍTULO QUINTO

EL PODER DE LOS ANGELES. POSIBILIDAD DE LOS MILAGROS

Vimos ya en el primer capitulo que los ángeles son superiores a los hombres, seres intermedios entre nosotros y Dios. De esa definición se deduce lógicamente que su sabiduría y su poder serán superiores a los nuestros, ya que la superioridad de un ente intelectual sobre otro, en algo debe manifestarse, y ese algo apenas puede ser otra cosa que su entendimiento y su poder para producir unos u otros efectos.

A la misma conclusión llegaríamos considerando la escala de seres que pueblan el mundo. Tenemos en él, en efecto, seres privados de vida, como los minerales (es decir, las tierras, aguas y rocas que forman la tierra), y seres con vida, como las plantas, los animales, el hombre, los ángeles y Dios.

Las plantas llevan a efecto maravillas que no pueden hacer los minerales. Crecen, se multiplican, respiran, producen hojas, flo-

res, frutos y semillas. Es una vida realmente prodigiosa comparada con la actividad de los minerales. Si éstos pudieran hablar, hablarían de las plantas como de seres superiores a ellos capaces de hacer auténticos milagros, producir hojas, flores, frutos, semillas, cosas todas ellas que se salen del cauce de los efectos producidos por los minerales, las rocas o las aguas.

Lo mismo acaecería a las plantas respecto de los animales, al verlos moverse espontáneamente de una parte a otra, en vez de estar fijos como ellas o de moverse únicamente arrastradas por el viento o las aguas; o al verlos juguetear, chirriar, cantar, construir sus nidos las aves, las hormigas sus graneros, las abejas sus panales, las arañas sus telas, los gusanos sus capullos. Si las plantas pudieran, de nuevo, hablar, hablarían de los animales como de seres capaces de hacer auténticos milagros.

Eso mismo pensarían los animales del hombre viéndole construir las pirámides, las catedrales, los puentes, fabricar los aviones, los barcos movidos a vapor, los motores eléctricos, los aparatos de radio y televisión, o componer los libros de arquitectura o las obras maestras de la música y la pintura. Los hombres, dirían los animales si hablaran, hacen verdaderos milagros.

De estas consideraciones previas se desprende ya, sin más, que también los ángeles,

comparados con nosotros, podrán hacer cosas maravillosas: Coger un hombre y llevarlo de una parte a otra (1), mover o agitar el agua de una piscina (2), favorecer o impedir en el hombre la nutrición o la generación; causar, por lo mismo, enfermedades o curarlas; excitar o calmar la ira, el dolor, el placer, las tentaciones, la memoria, el entendimiento; suscitar ideas excitando directamente nuestra fantasía, como la excitan las ondas recibidas por los sentidos; tomar una apariencia o disfraz humano, como puede un hombre en la guerra aparecer a los aviones enemigos como si fuera una planta o un animal; engañarnos, como engañamos los hombres a los animales, etc., etc.

En resumidas cuentas, comparados los ángeles con los hombres, podrán hacer auténticos milagros, interviniendo en nuestra vida de una manera prodigiosa.

Podrán hacer, por ejemplo, que sane un ciego aunque los médicos no puedan conseguirlo, ya que su saber y poder es mucho mayor que el de los últimos; que un hombre se levante por el aire como levanta el viento un papel y se lo lleve asi levantado de una parte a otra con gran velocidad; que hable una pared, como hacemos los hombres que hable un papagayo, un disco de gramó-

---

(1) Daniel, 14, 35, y Hechos, 8, 9.
(2) S. Juan, 5, 4.

fono, una cinta metálica o una de celuloide.

Pero sanar un ciego, elevar un hombre por los aires, hacer que hable la hoja de un árbol, serian verdaderos milagros con respecto a nosotros; por consiguiente, los ángeles pueden hacerlos.

Estas consideraciones suscitarán la desilusión, la duda, la desaprobación de los lectores que han perdido su fe o que nunca la tuvieron, al paso que parecerán muy obvias y naturales a los verdaderamente creyentes y a quienes quieran discurrir independientemente y no influenciados por ideas de antemano preconcebidas. En gracia a los primeros, explanaremos en claras, pero breves páginas, la posibilidad de los milagros.

Esta palabra es de origen latino, y de suyo no significa otra cosa que algo maravilloso, admirable, que excita nuestro asombro o nuestra admiración. Se puede decir de una bella catedral o de una sinfonía magnífica que son un milagro del ingenio humano, porque son una obra admirable, algo maravilloso. Pero usar la palabra milagro para significar algo que es sólo admirable es emplearla un poco abusivamente. Milagro significa algo más: es un efecto *que se sale del curso natural* de las cosas.

Sanar a un ciego de nacimiento, elevar a un hombre por el aire sin fuerza ninguna sensible capaz de ser apercibida por nuestros sentidos, hacer que la hoja del árbol

produzca voces humanas sin usar aparato ninguno, eso no sólo nos causa admiración, sino que es un hecho producido fuera del curso natural de las cosas.

Si imaginamos que en el mundo hay sólo minerales, seria un milagro auténtico, un efecto que se sale de los cauces naturales, el que apareciera una flor o una manzana, porque los minerales por sí solos no producen manzanas ni flores.

Si hubiera sólo plantas, sería un milagro que se produjera el canto de un ruiseñor o un canario, porque las plantas son incapaces de cantar como lo hacen esos animales. Pues de un modo semejante, considerado sólo el mundo sensible, sería un verdadero milagro que sin fuerza alguna perceptible por los sentidos fuera un hombre transportado por el aire, porque en la naturaleza sensible no hay nada capaz de producir ese efecto.

Los ángeles, pues, sean buenos sean malos, pueden hacer, con respecto a nosotros, auténticos milagros, es decir, producir efectos que se salen del curso natural de las cosas sensibles, por estar a un nivel más elevado, o incluso obrar de modo contrario a ellas. Si un ángel eleva a un hombre por los aires, obra de modo contrario a la ley de la gravedad.

La palabra milagro tiene todavia otros significados que no vamos a detallar. Sin

embargo, para evitar toda clase de equívocos y de malas interpretaciones, diremos que, en sentido más estricto, milagro es no sólo un efecto producido fuera del curso natural de las cosas sensibles, sino que, además, es causado por Dios o por un agente suprasensible con aprobación del mismo Dios.

Si, pues, el demonio produce un efecto fuera del curso natural de las cosas sensibles, como sería llevarse a un hombre de un lugar a otro para con ello hacerle ofender a Dios, no sería un auténtico milagro en sentido estricto, porque Dios no puede aprobar un hecho cuyo fin es una ofensa suya.

En cambio, si un ángel llevara a un sacerdote de una parte a otra para oír la confesión de quien se hallaba en grave e inminente peligro de muerte, sería un verdadero milagro, porque estaría hecho con aprobación de Dios.

Lo mismo sucedería si un taumaturgo llevara a efecto una obra milagrosa para convertir a un pagano a la verdadera religión, ya que habria realizado un efecto fuera del curso natural para una obra que el mismo Dios quiere y aprueba, cual es la conversión de los gentiles.

Resumiendo ahora brevemente cuanto llevamos dicho acerca de la definición del milagro, tendremos que, en un sentido muy amplio, es algo que excita excepcionalmente nuestra admiración; que en sentido propio

es un hecho que se sale del cauce natural de las cosas sensibles, y que en sentido más restringido es un hecho sensible que Dios aprueba y que se sale de ese mismo cauce. Con esto, estamos ya listos para abordar la cuestión de la posibilidad de los milagros.

Después de las consideraciones preliminares de este capítulo acerca de la superioridad de las plantas sobre los minerales, de los animales sobre las plantas y del hombre sobre los animales, la cuestión de la posibilidad de los milagros es de una claridad meridiana.

En efecto, así como las plantas producen efectos maravillosos: hojas, frutos y semillas, fenómenos todos ellos que se salen del curso natural de los producidos por los minerales, así como los animales hacen eso respecto de las plantas y el hombre con respecto a los animales, es, no sólo lógico, sino necesario, admitir que, si hay seres superiores en inteligencia y poder al hombre, podrán producir efectos maravillosos que éste no puede llevar a cabo; en otras palabras, podrán producir efectos que se salgan del curso natural de los seres sensibles a los cuales pertenece el hombre.

Ahora bien: esos seres de inteligencia y poder superior existen, luego los milagros son posibles. El argumento no admite réplica de ninguna clase. Negar la posibilidad de los milagros es negar que haya un ser superior a nosotros, un ser que sea capaz de realizar

aquello a que no alcanzan nuestras fuerzas. Es, pues, un acto completamente irracional y nacido de nuestra soberbia. Es creerse el hombre a sí mismo el ser más privilegiado, inteligente y perfecto de todos cuantos existen.

El mismo Satanás no llegó nunca a tal grado de demencia. Quiso ser independiente de toda sujeción; rehusó obedecer a Dios, pero jamás se creyó el ser más poderoso de la creación.

Finjamos, por un momento, que los animales fueran capaces de discurrir, y que al ver los efectos que ellos producen, creyeran imposible que nada ni nadie pudiera producir lo que ellos no pueden realizar: los sonidos que el hombre produce en un violín o un libro en que estuviesen dibujados con vivos colores los animales todos de una región.

Eso no puede hacerse, diría el animal, porque si fuera posible, podría también hacerlo yo, ya que soy el ser de mayor inteligencia y poder que existe.

Así discurren también los que no admiten la posibilidad de los milagros. Que un cuerpo se mantenga suspendido en el aire, no puede hacerse, porque si eso se pudiera llevar a cabo, lo podría hacer yo. No puedo hacerlo, luego eso es imposible, porque no hay poder ninguno superior al mío. ¡Soberbia refinada!

Se me dirá, tal vez, que no hace falta pen-

sar de esa manera para negar la posibilidad de los milagros, ya que conociendo las leyes naturales por las que se rigen los minerales, las plantas, los animales y los hombres, conocemos también que esas leyes no pueden superarse.

¡Magnífico argumento! Es como si alguien discurriera así. Conociendo que las plantas no pueden cantar como los ruiseñores, sabemos ya que es imposible que haya un ave que cante como él lo hace.

A eso se reduce el tan decantado argumento de las leyes naturales. Por su misma naturaleza, el agua caida del cielo corre siempre hacia abajo en virtud de la ley de la gravedad, y abandonada a si misma no hay peligro de que suba hacia arriba. Pero el hombre, por medio de su inteligencia, la hace subir sirviéndose de una bomba.

Los rios corren siempre hacia abajo. Es, sin embargo, un espectáculo que hiere poderosamente la imaginación ver por primera vez en una ciudad como Amberes o Sevilla, alejadas muchos kilómetros del mar y bañadas por un río, cómo en éste la corriente se mueve unas veces hacia el mar y otras en sentido contrario, a causa de las mareas.

Cuando vi en Amberes por vez primera, en los dias de Navidad, trozos de hielo que subian en dirección contraria a la que parecía la natural, fueron muy notables mi asombro y admiración. Lo que puede hacer la fuerza

contraria de la marea, ¿lo vamos a negar a Dios?

Un disco o una cinta metálica, abandonados a sí mismos, no hay peligro ninguno de que repitan el discurso que un orador acaba de producir ante una gran muchedumbre; pero el hombre sabe modificar ese disco y esa cinta y hacerles repetir ese mismo discurso no una, sino infinidad de veces.

Los hombres no podemos con nuestros conocimientos elevar a un hombre por los aires sin servirnos de una fuerza sensible, o sanar a un ciego de nacimiento, o curar muchísimas enfermedades; pero un ser superior a nosotros puede, evidentemente, hacerlo.

¿Está clara la posibilidad de los milagros, es decir, la posibilidad de que se produzcan efectos que se salgan del curso natural de la naturaleza sensible que nosotros conocemos?

La respuesta parece que no puede ser otra que la siguiente: Si hay seres superiores a nosotros, evidentemente que podrán realizar efectos superiores a los que nosotros llevamos a cabo, como el canario, que es superior a las plantas, puede emitir un canto melodioso que aquéllas no pueden ejecutar, o el hombre, que es superior al canario, puede, con una flauta o un violín, ejecutar largas y complicadísimas piezas musicales que el canario o el ruiseñor son incapaces de llevar a efecto.

Dejémonos, pues, de dudas, incredulidades

y vacilaciones de todas clases. Habiendo como hay seres superiores a los minerales, las plantas, los animales y el hombre, esos seres superiores son capaces de realizar en los inferiores lo que éstos no pueden realizar por hallarse fuera del alcance de sus fuerzas naturales.

Los mismos paganos admitian muchos milagros, algunos de ellos no exentos de cierta dignidad. Así se cita, por ejemplo, el caso de Claudia, una de las vestales de Roma, que, para probar su castidad, manejó y condujo a su capricho, ayudándose con su cinturón, una nave que estaba encallada en el Tiber; y que Tucia, por ese mismo motivo, llevó al Capitolio en una criba el agua que habia cogido de aquel mismo río.

¿Luego son posibles toda clase de milagros, aun los más alejados de nuestro poder, aun aquellos que encierran en si dificultades a primera vista insuperables, por los catastróficos efectos que llevarían consigo, pongo por caso, la parada del sol?

A esto respondo: Son posibles todos aquellos efectos para producir los cuales existe al menos un ser con conocimiento y poder suficientes para realizarlos.

El hombre no puede producir toda clase de efectos o fenómenos, porque su poder es limitado. Puede volar por los aires sirviéndose de un artefacto, pero no moviendo sólo

sus manos, como lo hacen las aves moviendo sus alas.

El ángel, que es asimismo limitado, no puede producir sino aquellos efectos a los que alcanzan sus fuerzas, que son superiores a las del hombre. Dios, de poder infinito, puede producir todo aquello que no es en sí contradictorio.

Por lo que hace a la parada del sol y de la luna, que Josué ordenó para poder tener tiempo suficiente de derrotar totalmente a sus enemigos (3), aquel capitán no pidió que se parara el sol, si éste en realidad estaba quieto, como enseña la moderna astronomía, sino que el dia no avanzara, a fin de que hubiera luz solar hasta derrotar completamente al adversario. Para eso no era menester que el sol se parase, puesto que estaba quieto; bastaba que la tierra no girara, sino que fuera mediodía durante unas horas para un meridiano del planeta, aquel en que se daba la batalla.

Bastaba eso ciertamente, pero no era tampoco necesario, ni hemos de admitir que sucediese. Parar un cuerpo de las dimensiones de la tierra, dada la velocidad que lleva al girar sobre sí misma, supondria un enorme desarrollo de calor, que, naturalmente, llevaría consigo efectos catastróficos para la vida de las plantas, los animales y el hombre.

---

(3) Josué, 10, 12 y sig.

Se habría, además, trastornado con ello el flujo y reflujo de los mares, y el poner de nuevo la tierra y la luna en movimiento significaría un impulso de gigantescas proporciones. Nada de eso era necesario para la parada del sol (4). Los milagros se pueden producir en el cuerpo en que parece se verifican, en el espacio que media entre él y el que percibe el milagro, o incluso sólo en este último.

Pongamos un ejemplo. Para que yo perciba en medio de la noche un zumbido en mi oído, basta una de estas tres cosas: que haya un cuerpo, por ejemplo, un moscardón en mi habitación o fuera de ella, que produzca ese ruido; que uno que quiere molestarme lo produzca a ocultas, sirviéndose de un disco de gramófono, o también que mi oído, afectado por una inflamación, me los haga oír sin causas ningunas exteriores. Así, para que yo vea al sol en la posición correspondiente al mediodía, basta que esté allí, y asi es como lo vemos a diario, pero seria suficiente con que los rayos de luz que emite (aunque el sol siga su aparente viaje hacia Occidente) vengan siempre a mis ojos de tal suerte, que yo crea que vienen de en medio del cielo. Esto,

---

(4) Hoy día, ciertos intérpretes han sugerido la explicación de que podría tratarse de un género literario o de un cántico poético popular, del que se habrían tomado ciertas ideas sin garantizar su veracidad. Puede verse, acerca de esto, *Nouvelle Revue Théologique*, 1954, página 374.

que a algunos les parecerá muy extraño, es un fenómeno que se verifica todos los días.

Los últimos minutos que vemos al sol cada día, en realidad, está ya oculto tras de los montes, tras una llanura o tras la superficie del mar. ¿Por qué lo vemos si está ya oculto? Porque los rayos que emite, y que iban dirigidos más arriba que nuestra vista, al atravesar la atmósfera de aire que rodea la tierra se tuercen, y llegan hasta nuestros ojos, y nosotros, a causa de esa dirección en que nos vienen, y que ha sido desviada por la atmósfera, proyectamos ese sol que vemos sobre el horizonte, aunque en realidad está ya oculto debajo de él.

Por una razón análoga, por la mañana sucede lo inverso. Un corto tiempo, que varía según la latitud del lugar y el tiempo del año, vemos ya al sol sobre los montes o sobre el mar, cuando en realidad está aún oculto por ellos. La refracción, pues, nos alarga el tiempo que vemos al sol sobre el horizonte de seis a ocho minutos que se los roba a la noche.

De ahí resulta un fenómeno desconocido para la inmensa mayoría de los lectores. En los equinoccios de primavera y otoño, aproximadamente el 21 de marzo y el 22 de septiembre, se dice que los días son iguales a las noches, doce horas de sol y doce horas sin él. Esto no es del todo exacto. El sol luce un poquito más de seis horas por la mañana y otro

poquito más por la tarde. En total, pues, hay doce horas y unos minutos más de sol, y menos de doce horas sin él.

Los equinoccios, pues, no suceden en los días a los que ese nombre se atribuye, y que son aquellos en que la tierra está en el mismo plano que el sol, sino, algo antes si se trata del equinoccio de primavera, cuando los dias van creciendo, y algo más tarde si se trata del de otoño, en que van poco a poco disminuyendo.

Por causa también de la refracción, la noche en el polo no dura seis meses, como dicen muchos libros, y como sucedería si la refracción no existiese. La noche polar dura unos seis días menos de seis meses, y el día, en cambio, excede en esa cantidad al medio año. En efecto, unos tres dias antes del comienzo de la primavera (en que el sol está en el ecuador celeste), comienza ya a verse el astro rey, y unos tres días después del comienzo del otoño sigue aún viéndose desde el polo.

De todo esto se deduce que no hace falta para que nosotros veamos al sol moverse o de color verde o irisado, que se mueva o que tenga ese color. Basta con que los rayos que de él nos llegan, nos lleguen de tal modo modificados que produzcan naturalmente en nuestros ojos la misma sensación que si el sol se moviera o emitiera rayos verdes.

Pero queda todavía la tercera solución. Para que yo o un millar de hombres vea mo-

verse al sol o presentar coloración variada y no lo vean ningunos otros hombres, basta con que en los ojos de los que lo vemos un ser superior a nosotros produzca el mismo efecto que produciría el sol si se moviera o emitiera luz de diversos colores.

Para que yo oiga la *Novena Sinfonía* de Beethoven tocada por una gran orquesta y acompañada por un nutrido coro de armoniosas voces, basta con que vaya a la sala donde la están ejecutando. Pero podría también oirla, aunque entonces no actuara ninguna orquesta a coro, sirviéndome de un fonógrafo o de una cinta sonora que modificara el aire próximo a mí lo mismo que la orquesta. Y si no hubiera orquesta ni fonógrafo, pero un habilísimo médico lograra con hábiles manipulaciones sobre mi cerebro impresionar los nervios de mi oído, como los impresionaría la orquesta o el fonógrafo, entonces, aun sin necesidad de estos últimos, oiría la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

Lo que, hoy por hoy, no pueden hacer médicos ni hombres ningunos, lo puede hacer Dios, o incluso un ángel, si llegan hasta ahí sus fuerzas. ¿O es que vamos a pensar que lo que consigue un fonógrafo, es decir, agitar de un modo conveniente el aire que nos llega al oido para impresionar nuestros nervios, no lo va a poder hacer Dios? Lejos de nosotros, y de todo ser razonable, semejante aberración.

Queda, pues, como suponemos, claramente demostrada la posibilidad de los milagros para todos aquellos que admiten la existencia de al menos un ser superior al hombre, como es Dios. Para los que no admiten la existencia de Dios, habría primero que demostrársela, o demostrar que históricamente, según consta por testimonios que no pueden razonablemente rechazarse, se han producido efectos milagrosos a lo largo de la Historia.

Lo primero, es decir, demostrar la existencia de Dios sin acudir al milagro, se suele hacer en obras de carácter filosófico, y así lo hemos hecho nosotros en nuestro libro *Existe Dios*. Lo segundo, o sea demostrar que se han dado milagros, se hace probando primero que los Evangelios son libros históricos que narran hechos milagrosos verdaderos, y que demuestran que Jesucristo era un ser de naturaleza divina.

Así es como proceden los teólogos y lo hemos hecho nosotros en nuestro libro *Manual de Teología dogmática* desde el número 26 al 46.

CAPÍTULO SEXTO

VIDA DE LOS ANGELES. NOMBRES DIVERSOS DEL DEMONIO Y DE ALGUNOS ANGELES BUENOS

La vida de un hombre, en sentido estricto, es el lapso de tiempo que corre desde su nacimiento hasta su muerte; en otras palabras, hasta que deja de pertenecer a este mundo para entrar en la vida futura de ultratumba. Todo lo demás que de ellos se narra, como los milagros de ciertos santos, se coloca en su biografía, pero no pertenece en rigor a ella, como no pertenece a la vida de Napoleón hablar de lo que ahora lleva a efecto allí donde su espíritu se encuentre. También la vida o biografía de los ángeles tiene su tope, y éste es aquel momento en el que comienzan la vida que han de tener ya por toda la eternidad.

Esta biografía general de los ángeles es la que vamos a narrar en el presente capítulo. Los datos que poseemos son tan escasos, que aquél tiene que ser necesariamente breve.

Pero no sólo los datos son muy escasos, sino que también el mismo lapso de vida de los ángeles se dice corrientemente entre los teólogos que fué brevísimo. Cierto es, sin embargo, que para probarlo no se puede traer ningún argumento claro ni de la Escritura ni de la Tradición.

Hemos visto ya en los capítulos anteriores que los ángeles fueron creados por Dios y que son espíritus puros. Que Dios pudo crearlos y darles desde el primer instante el premio de los bienaventurados, es evidente, porque su omnipotencia es infinita. Por la misma razón pudo también habernos llevado al cielo a cada uno de nosotros, pero no lo hizo, y lo que no hizo con los hombres tampoco lo realizó con los ángeles.

Nosotros, antes de morir, estamos en tiempo de prueba. Los que se portan mal son castigados en la vida de ultratumba; los que bien, son galardonados en la misma, y esto para siempre.

Los ángeles tuvieron también su tiempo de prueba. Dios los creó, les dió medios a todos para conseguir la vida eterna y entre éstos la gracia santificante que, por hacer a los hombres hijos adoptivos de Dios, les da derecho a heredar los bienes suyos, es decir, a ser felices como él, conociendo como él conoce, amando como él ama y disfrutando como él disfruta.

Los animales conocen, aman y disfrutan

como animales; los niños, como niños; los adultos, como adultos; los ángeles, como ángeles; Dios, como Dios. Cuando el niño se hace adulto, su conocimiento, amor y placer es distinto del del niño; y el hombre que tiene la gracia santificante allá en la vida eterna, conoce, ama y disfruta de un modo semejante a como lo hace Dios.

Los ángeles, pues, fueron creados por Dios, y dirigiéndose a él con un acto bueno de su voluntad merecieron *todos* la vida eterna, según quieren muchos autores. Pero ahora viene la gran diferencia entre los ángeles santos y los que no lo fueron. Los primeros no desistieron de ese acto bueno con que merecieron la vida eterna y fueron galardonados con el cielo. Los restantes cometieron un grave pecado y fueron al instante condenados para siempre al infierno.

A esto se reduce en concreto toda la biografía o toda la vida de los ángeles desde su creación hasta su premio o castigo eterno. Un primer momento, en que fueron creados; un segundo tiempo, más o menos prolongado, en que por un acto bueno de su voluntad, ayudados con el auxilio divino, merecen la bienaventuranza; y un tercer tiempo, breve también, en que los buenos perduran en ese acto y son llevados al cielo, al paso que los malos pecan y son llevados al infierno.

La Escritura Sagrada nos dice que *Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino*

que, lanzados al tártaro, los entregó a los abismos de las tinieblas, guardados (allí) *para el juicio* (o condenación final), según nos lo enseña el apóstol S. Pedro (1), *y que son retenidos para el juicio del gran día, ligados con cadenas eternas en el seno de las tinieblas, los ángeles que no conservaron su preeminencia, sino que abandonaron su propia morada,* según expresión de S. Judas (2).

Es, pues, evidente, de estos testimonios de la Escritura, que los ángeles tuvieron su tiempo de prueba, ya que Dios, justo juez, a nadie condena a sufrir sino por culpa del que así es castigado.

Dios, en efecto, no hace a nadie malo, ni sujeta a castigos ni a sufrimientos en la otra vida sino a los que con sus culpas se hacen acreedores a ellos. Luego, al menos los ángeles malos, tuvieron con toda evidencia un tiempo de prueba en el que pecaron. Y como la naturaleza de todos los ángeles es la misma, habrá que concluir que si los malos tuvieron ese tiempo de probación, también lo tuvieron los buenos.

Se equivocaron, pues, el español Luis Vives y algunos otros antiguos autores, según los cuales los ángeles buenos fueron creados ya en estado de bienaventuranza. Y se equivocaron todavía más los maniqueos y priscilia-

---

(1) 2 S. Pedro, 2, 4.
(2) S. Judas, 6.

nistas (españoles muchos de estos últimos), según los cuales el diablo y los demás ángeles malos lo son, no porque pecaran, sino porque fueron creados malos.

Así como hay plantas saludables y plantas venenosas para el hombre, así, según maniqueos y priscilianistas, hubo ángeles buenos y malos, porque así fueron hechos por quien les dió el ser. Fingian esos herejes que había dos seres que habian producido el mundo. Uno de ellos, nuestro Dios, habría creado las cosas buenas, y otro ser, que ellos fingían, habría creado las cosas malas, como son los demonios.

Pero tal doctrina, como herética que es, se aparta completamente de la doctrina católica, según la cual, como ya hemos visto anteriormente, sólo Dios es el Creador de todas las cosas, y «el diablo no es malo porque así fué hecho, sino por su mala voluntad» (3). Dios hizo a todas las criaturas buenas, y no hay ninguna naturaleza (productora) del mal, porque toda la naturaleza (angélica o corporal), en cuanto tal naturaleza, es buena (4).

Los ángeles malos eran, pues, buenos al venir a la existencia, y no sólo eran buenos, sino que obraron bien en el primer momento,

---

(3) D. 427. Profesión de fe prescrita a Durando de Huesca y a los Valdenses.

(4) Conc. de Flor. Decreto para los Jacobitas, D., 706.

aunque luego, según hemos visto, pecaron y fueron condenados a suplicios eternos.

Está bien, me diréis. Pero, antes de ser condenados, pasaría algún tiempo durante el cual podrían hacer penitencia de su pecado. Esta observación, que suponemos hecha por parte del lector, nos lleva a una cuestión muy interesante, pero no menos dificultosa.

Según la doctrina más corriente, los ángeles buenos que perseveraron en el acto bueno de su voluntad fueron en seguida llevados a la gloria; en cambio, los malos fueron también en seguida condenados para siempre al infierno. Que los ángeles buenos fueran a la gloria, lo admitimos sin que surjan dificultades; pero, ¿cómo se prueba o en qué se funda esa doctrina o parecer común de los teólogos, según el cual a los ángeles malos no se les dió tiempo de arrepentirse ni medios para salvarse después de cometído su primer pecado? Se funda en lo siguiente:

Hay un texto en la Sagrada Escritura, según el cual «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron» (5). Ahora bien: no es verosímil que de todos los ángeles prevaricadores que, según doctrina corriente, fueron muchísimos, ni uno solo hubiera hecho penitencia si se les hubiera dado tiempo y medios suficientes para hacerla. Para entender esto mejor, consideremos lo que pasa con los hombres.

---

(5) 2 S. Pedro, 2, 4.

A semejanza de los ángeles, muchos ofenden gravemente al Señor; pero puesto que Dios les da tiempo y medios para borrar sus pecados, muchos se arrepienten y consiguen con ello su salvación. Lo mismo, pues, hubiera pasado con los ángeles. Pero, según el testimonio antes citado de S. Pedro, «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron»; luego parece deducirse con bastante claridad que no se les dió medios de convertirse.

Hay otra razón para probar lo mismo. Es doctrina corriente entre los Doctores que Dios se mostró más generoso con los hombres que con los ángeles en ofrecerles su favor para salir de su pecado. Ahora bien: a los hombres esa gracia se nos da por los méritos de Cristo, adquiridos durante su vida mortal y sobre todo con su dolorosisima pasión y su afrentosa muerte. En otras palabras, para darnos su gracia, Dios, como que exigió una satisfacción, satisfacción que le fué dada por Jesucristo, según nos enseñan con palabras terminantes la Tradición y la Escritura.

En cambio, ni la una ni la otra dicen una sola palabra de que a los ángeles les fuera dada la gracia del perdón por los méritos de Cristo. Luego, de habérseles concedido, hubiera sido por pura liberalidad de Dios.

Consiguientemente, Dios habría sido más generoso con los ángeles que con los hombres en ofrecerles la gracia de la reconciliación. Para dársela a los hombres exigió una

satisfacción muy costosa por parte de Jesucristo; para dársela a los ángeles no habría exigido nada. Su generosidad con los ángeles, en este punto del perdón, hubiera sido mayor que con los hombres, lo que está en contradicción con la doctrina corriente de los Padres.

Llegados a este punto, surge casi necesariamente una dificultad que tiene no poca fuerza, y es que no se ve clara la infinita misericordia de Dios, si por un solo pecado condena a tantos ángeles al infierno, sin darles siquiera tiempo ni medios de arrepentirse de su culpa. Por eso algunos teólogos, como Escoto y Salmerón, enseñaron que, en efecto, les fué ofrecida la gracia del arrepentimiento.

Mas esta opinión, que soltaría tan fácil como elegantemente la dificultad de que tratamos, no es admitida por los restantes teólogos. A éstos, pues, les incumbe demostrar cómo, aun negada la gracia de arrepentirse de su culpa, nada hay en ello contra la misericordia de Dios. La demostración, o más bien explicación dada ya por nosotros en otras obras (6), se reduce a lo siguiente:

Los ángeles no experimentaban esa inclinación al pecado que experimentamos los hombres por llevar este cuerpo de carne que

---

(6) *Manual de Teología Dogmática*, n. 288. *Ejercicios Ignacianos*, n. 54.

llevamos. Por otra parte, su gran inteligencia veía claramente el peligro a que se exponían, caso de ofender a Dios, y, a pesar de todo, con plena deliberación le ofendieron.

Además, así como un hombre que ha tomado una grave y firmísima resolución después de meditar seriamente los males que le va a acarrear, difícilmente se aparta de ella, así también obran los ángeles, con tanta mayor razón que el hombre, cuanto es más claro y poderoso su entendimiento para penetrar los motivos que lo impulsaron a tomar una determinación.

No es, pues, contra la misericordia de Dios el que no se diese tiempo de penitencia a quienes le ofendieron sin sentir hacia el pecado la fuerte inclinación que los hombres sentimos, que conocian, por otra parte, claramente el peligro que corrían, caso de cometerlo, y que muy difícilmente se hubiesen arrepentido de su culpa.

En cierto modo, es un acto de misericordia condenar pronto a quien no se ha de arrepentir, a fin de que no se haga mayor su pecado por permanecer obstinadamente en su culpa. Asi se explicarían, sin dificultad, las palabras un tanto misteriosas que dijo el Salvador a Judas en la última cena: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (7). Como si le dijera: Lo que tienes ya irrevocablemente de-

(7) S. Juan, 13, 27.

terminado llevar a cabo, realízalo cuanto antes. Cuanto más tardares, mayor será tu pecado, por ser más prolongada tu culpa. Entrégame, pues, cuanto antes, a mis enemigos.

Ya tenemos, pues, a los ángeles divididos en dos grupos, al fin de su tiempo de prueba, como la muerte divide a los hombres en buenos y malos, en réprobos y bienaventurados. Los ángeles buenos, viendo a Dios cara a cara en la gloria como le ven los hombres que ya están en el paraíso. *Sus ángeles custodios*, decía Jesús en cierta ocasión, refiriéndose a los niños que junto a Sí tenía, *ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos* (8).

El Apocalipsis, por su parte, nos describe a los hombres y a los ángeles en el cielo ante el trono de Dios (9), y como los hombres en la gloria ven a Dios cara a cara, según nos enseña la fe católica, síguese que también los ángeles gozan de esa visión. Así se explica que la Iglesia los llame santos como a los hombres bienaventurados que ya están en el cielo, y nos encomiende a su tutela y patrocinio.

Aparte de ese grupo de ángeles buenos, existe el otro de los ángeles rebeldes condenados por su culpa a sufrir suplicios eternos en el infierno. Al cabeza y caudillo de todos

---

(8) S. Mateo, 18, 10.
(9) Apoc., 7, 9 y siguientes.

se le designa con nombre propio en la Tradición y la Escritura. Se le llama diablo y también Satanás. «El diablo y los otros demonios fueron creados buenos, pero ellos, por su culpa, se hicieron malos», nos dice el Concilio IV de Letrán en su capítulo primero (10); y el Salvador, en la sentencia del Juicio final, nos enseña que el fuego del infierno se preparó para Satanás y sus ángeles (11).

Es, pues, evidente de estos testimonios, que con las palabras diablo y Satanás se designa a veces al jefe y caudillo de los ángeles rebeldes, aunque el uso ha querido que se aplique también a todos los ángeles malos, a los que llamamos diablos y demonios.

La palabra diablo es de origen griego, y atendiendo a su origen, significa calumniador o enemigo. Los judíos lo llamaban Satanás, palabra ésta que en su lengua significa el adversario. Aparte de estos nombres, se le designa también lo mismo en latín que en español con los nombres de Demonio y Lucifer. La palabra demonio, de origen griego, etimológicamente parece significar un ser privilegiado superior a los hombres, un ser intermedio entre éstos y Dios. Corresponde, pues, a la significación real de ángel. Así, en efecto, los hemos definido al tratar de probar su existencia: seres espirituales superiores a los hombres e inferiores a Dios.

---

(10) D. 428.
(11) S. Mateo, 25, 41.

Pero este apelativo de demonios que, según la significación primitiva del vocablo, correspondería lo mismo a los ángeles buenos que a los malos, el uso, que es quien manda en la significación real de las palabras, ha querido que se reserve únicamente a los ángeles malos, como ha querido también que la palabra ángel signifique generalmente los buenos.

De mayor interés es otro nombre que damos en español al diablo, es decir, Lucifer. Es un nombre demasiado bonito para un enemigo nuestro tan perverso. Lucifer significa lucero o, más a la letra, portador de luz. ¿De dónde ha surgido la idea de darle tan bello apelativo?

Hay un pasaje en el profeta Isaías en el cual se pinta al rey de Babilonia caído del mayor esplendor a la mayor miseria. Esa caída del rey la tomaron los Santos Padres como ejemplo, como símbolo o semejanza de la caída de Satanás del cielo al infierno, y por lo mismo le aplicaron también el mismo epíteto que el profeta aplica en su texto al rey de Babilonia. El profeta, usando de un hebraísmo, dice: ¿Cómo has caído del cielo, astro brillante, hijo de la aurora? (12).

Hay aquí, indudablemente, una alusión clarísima al planeta Venus, que en ciertas ocasiones surge brillantisimo por las mañanas

---

(12) Isaías, 14, 12.

al mismo tiempo que la aurora. De ahí que los hebreos, prácticamente, lo llamen hijo suyo. En rigor, podría también decirse lo mismo de Mercurio; pero por ser Venus mucho mas brillante, a él es a quien mejor le cuadra ese apelativo.

Pero, ¿cómo pasamos de la expresión astro brillante, hijo de la aurora, al nombre de Lucifer? Muy sencillamente. Los Padres griegos no se servian, en sus explicaciones de la Biblia, del original hebreo, sino de la versión griega de la misma. Los traductores griegos del original hebreo pusieron, en vez de hijo de la aurora, portador de la aurora; y los latinos dijeron sencillamente Lucifer o portador de luz. Con esto tenemos ya designado al rey de Babilonia con el apelativo de Lucifer, lucero matutino, y como el rey de Babilonia es tomado como ejemplo de Satanás, este último es llamado también Lucifer. El nombre de Luzbel, que se da al diablo con menos frecuencia que el anterior, viene a tener la misma significación, es decir, luz bella, como la del planeta Venus.

Tenemos, pues, divididos los primitivos ángeles, que todos eran buenos, en buenos y malos. Los buenos se quedan con su nombre antiguo de ángeles, y a los malos los designamos con el nombre de demonios. El jefe de estos últimos recibe además los apelativos de Luzbel, Lucifer, Diablo y Satanás.

De los ángeles buenos se designa a veces

como su capitán à S. Miguel, que, según frase de la Escritura, es uno de los principales jefes (13). Su nombre, compuesto de tres monosílabos hebreos, Mi-Ka-El, significa «Quien como Dios», magnífico nombre de guerra que los autores han explicado como si en la rebelión de los ángeles malos, S. Miguel hubiera defendido con los buenos el honor divino con esas palabras. La Escritura nos da también los nombres de S. Rafael y S. Gabriel. El primero significa medicina de Dios, nombre muy apto para quien sanó a Tobías de su ceguera. El segundo quiere decir fortaleza de Dios, y a él fué confiada la misión de anunciar a la Virgen María el gran misterio de la Encarnación del Verbo.

---

(13) Daniel, 10, 13.

CAPÍTULO SÉPTIMO

¿QUE HACEN LOS ANGELES CON LOS HOMBRES?

Hemos tratado hasta ahora de la existencia de los ángeles, de sus diversos grados o jerarquías, de su número, de su naturaleza puramente espiritual, de su inmortalidad, de su conocimiento y de su poder superior al de los hombres, que los capacita para llevar a cabo efectos superiores a los que puede realizar la naturaleza perceptible por los sentidos.

En el capítulo último tratamos de la vida de los ángeles, y vimos cómo todos ellos fueron buenos en un principio, pero muy pronto muchos pecaron y fueron condenados a suplicios eternos, al paso que los que continuaron obrando bien fueron llevados al cielo para siempre.

En resumidas cuentas, pues, los ángeles hasta ahora no han intervenido para nada en la vida de los hombres. ¿Será también así en lo futuro? Una vez llevados al cielo o con-

denados al infierno, según su conducta, ¿siguen sin mezclarse para nada en la vida de los hombres, o tienen algo o mucho que ver en la misma?

Si nada hacen para favorecernos o dañarnos, el conocer la doctrina dada en los capítulos anteriores tiene la importancia que tienen los conocimientos teóricos sobre cualquier materia, enseñarnos la verdad y mostrarnos las perfecciones de Dios. Pero, si intervienen de hecho en nuestra vida para ayudarnos a ser felices y virtuosos o para impedirnos o dificultarnos nuestra vida presente y hacernos desgraciados en la futura, entonces el conocimiento de lo que hacen los ángeles es para nosotros de mucho mayor interés.

Conocer la vida política, económica, social y religiosa de una nación lejana que nada contribuye a nuestro bienestar material o espiritual, tiene cierta importancia, a no dudarlo, pero es de muchísimo mayor interés conocer esos mismos factores si se trata de una nación vecina que puede favorecernos extraordinariamente con su comercio y su ayuda financiera, o la de otra que pretende arruinarnos por el comercio y la propaganda o, lo que sería aún mucho peor, con la fuerza de las armas.

¿Intervienen, pues, o no intervienen los ángeles en nuestra vida para favorecernos o dañarnos? Si, ciertamente; intervienen los

buenos y los malos; los buenos para librarnos de males materiales y espirituales, y los malos para causarnos los unos y los otros.

En el presente capítulo trataremos únicamente de la intervención de los buenos, y en los próximos siguientes hablaremos de lo que los demonios hacen para dañarnos. Entremos inmediatamente en materia y demostremos que los ángeles buenos se ocupan del bienestar material y espiritual del hombre, encargándose de su custodia.

Que en general los ángeles han recibido de Dios la misión de custodiar a los hombres, es doctrina manifiesta en la Sagrada Escritura. En el versículo 8 del Salmo 34, que en la *Vulgata* corresponde al 33, hablando el escritor sagrado de que Dios es refugio para los justos, dice así: «*El ángel del Señor pone su tienda alrededor de quienes temen a Dios y los salva. Gustad y ved cuán bueno es Dios. Feliz el hombre que pone en Él su refugio.*»

Aquí tenemos claramente manifestado que los angeles acompañan a los que temen a Dios, que fijan su morada junto a ellos y los salvan de los peligros que pueden sobrevenirles. No se afirma que todos los hombres tengan su ángel de guarda, pero si se dice eso claramente de todos los que temen a Dios.

En cierta ocasión decía Jesús a sus oyentes que *se guardasen de desestimar a uno solo de los niños* que entonces estaban junto a Él,

y les dió como razón que *sus ángeles,* es decir, aquellos a quienes estaba confiada su custodia, *veían siempre el rostro de Dios que está en los cielos* (1).

San Pablo, por su parte, en su carta a los Hebreos, al hablar de los ángeles, nos dice: *¿No son todos ellos* (los buenos, se entiende) *espíritus que están al servicio* (de Dios) *enviados como servidores para el bien de todos aquellos que han de recibir la herencia de la salvación?* (2). En otras palabras, a todos aquellos que un día han de llegar al cielo, les destina Dios los ángeles, o al menos uno de ellos, para su servicio, para que les procuren su bienestar.

No dice aquí el Apóstol que cada hombre tenga su ángel de guarda. Se limita a afirmarlo de todos aquellos que se han de salvar, lleven actualmente una vida buena o mala, como el salmista se limitó en el pasaje citado a afirmarlo de todos cuantos temen a Dios, y Jesucristo de los niños que en cierta ocasión tenía en su presencia.

Pero, así como cuando nosotros decimos que el año anterior llovió bastante durante un mes determinado, no negamos que lloviera, incluso tal vez más, en otros meses diversos, así en los pasajes citados se afirma la custodia angélica de cierto número de hom-

(1) S. Mateo, 18, 10.
(2) Hebreos, 1, 14.

bres, pero no se niega de los demás. Se puede, sin embargo, preguntar: si todos los hombres tuvieran su ángel de guarda, ¿por qué en los textos arriba mencionados se habla sólo de los niños, de los que temen a Dios o de los que se han de salvar? ¿Qué razón habría para ello?

No es muy difícil tropezar con una que lo aclare. Jesucristo, que estaba en aquella ocasión ocupado con los niños, es muy natural que, exhortando a sus oyentes a no desestimarlos con pretexto de su edad, les diga que su importancia es tal que tienen no hombres, sino ángeles del cielo a su servicio. El salmista y S. Pablo es también natural que se fijen en los hombres que se han de salvar y en los que temen a Dios, sin ocuparse por entonces de los que han de condenarse o de quienes no viven conforme a la voluntad divina.

La Iglesia extiende expresamente la custodia angélica por lo menos a todos los católicos, hayan o no hayan de salvarse. Para todos ellos, y no sólo para los que hoy en día lo son, sino para cuantos quieran un día serlo o puedan serlo, ha instituido la fiesta de los ángeles custodios, con misa y rezo del breviario propio para ese día.

Quiere esto decir que, en su sentir, todos los católicos tienen sus ángeles que los guardan, y no sólo ellos, sino también todos aquellos que un día lo serán. Podemos, pues, ad-

mitir sin dificultad que los tienen todos los hombres, ya que no vamos a pensar que al hacerse uno católico recibe su ángel de guarda, ángel de que están desprovistos los que profesan otra diversa religión. Además, entre estos últimos puede haber muchas personas temerosas de Dios y muchos que un día serán llevados al cielo, y ya hemos visto que a todos éstos la Escritura Sagrada les atribuye sus ángeles custodios.

Como resumen, pues, de todo lo que antecede, tenemos que los niños, los que temen a Dios y los que se han de salvar, todos ellos están bajo la custodia angélica, según testimonio de la Escritura; que, según el sentir de la Iglesia, lo están todos los católicos, y que podemos deducir con bastante fundamento que también todos los hombres tienen ángeles encargados de guardarlos.

Los mismos autores paganos no son ajenos a esta doctrina, y así se citan varios de ellos que la enseñan con testimonios más o menos claros. Uno de los más brillantes es el de Epicteto, según lo conserva Arriano (3). Dice así: «A cada uno nos asignó Dios un genio defensor y nos entregó a él para que nos guarde, y ciertamente él es de tal naturaleza que ni duerme ni puede ser engañado. Y a la verdad, ¿a qué otro guardián más excelente y cuidadoso hubiera encomendado a cada

(3) Diss., libro 1, cap. 14.

uno de nosotros? Así que, después de haber cerrado las puertas y haber dejado a oscuras vuestra morada, tened cuidado de no decir nunca que estáis solos, que no lo estáis, sino que está Dios allí dentro y vuestro genio (o ángel).»

Orfeo, en su *Himno a las musas*, habla de un demonio o ángel bueno dado a los mortales y de un demonio o ángel malo. Asimismo, no uno, sino diversos autores, han hablado del genio, demonio o ángel de Sócrates, algo divino, al que él siempre obedecía (4).

Admitida la custodia angélica para todos los hombres, y fundándose en un testimonio de la Sagrada Escritura en que se habla del príncipe o ángel de los judíos y de otro ángel que lo es de los persas (5), muchos autores dan a cada reino o nación su ángel tutelar. Pero no hay que sacar deducciones apresuradas. Pudo haber un ángel custodio de los persas sin que por eso sea necesario extenderlo a todas las nuevas naciones que aparecen y desaparecen, a veces con tanta profusión, como consecuencia de las modernas guerras.

Dígase lo mismo de las iglesias. Admitido que lo tenga la Iglesia católica, no se sigue de ahí que otras iglesias de menor significa-

---

(4) Cicerón, *De Divinatione*, libr. 1, cap. 54. Pueden verse diversas citas de autores antiguos referentes a esto mismo del ángel de Sócrates, en M. T. Ciceronis, *Opera omnia*, edición de Turín, t. XIII, pág. 380, nota 6.ª

(5) Daniel, 10, 13 y 21.

ción, o un templo recién consagrado, tenga su ángel particular, ni que lo tenga cada comunidad religiosa. Tampoco se sigue que toda persona constituída en dignidad tenga un ángel que lo atienda bajo ese concepto, según quieren varios autores, y mucho menos que la custodia angélica se extienda a todas las criaturas irracionales, y que cada especie de éstas, verbigracia, la especie canina, o los nogales, o limoneros, tengan su ángel de guarda, y mucho menos todavía que lo tenga cada individuo de las mismas, por ejemplo, cada cerezo o cada jirafa.

Ciertos autores, al extender demasiado la custodia angélica, corren el peligro de hacer que muchos menosprecien la que con documentos de la Escritura hemos probado que Dios tiene de todos los hombres, o al menos que no le den a ésa sino escasa importancia, viendo que se extiende a todas las criaturas irracionales, según algunos sugieren.

Es lo que acaece a veces con la veneración de las reliquias. Cuando en un lugar se tienen pocas y bien escogidas, se tiene gran estima de ellas. Cuando, por el contrario, son muchas y sospechosas, se comienza a dudar de su autenticidad.

Un joven matrimonio se va en viaje de bodas desde una provincia del Norte a las Islas Baleares. Al pasar por Valencia, admiran lo más digno de verse que allí hay y, entre otras cosas, las reliquias que allí se conservan.

Después del viaje, me cuentan por escrito sus impresiones sobre este punto particular. «Con tanta reliquia como tienen—me dicen—, acaba uno por no creer en ninguna. ¡Si allí tienen de todo!»

Y, realmente, cuando en un relicario de Salamanca vi cabellos de la Virgen, un trozo de tela de una prenda usada por S. José y otras parecidas a éstas, de las que casi nadie sabía ni siquiera que allí estaban, me di mejor cuenta de cómo la abundancia de reliquias y su falta de demostrabilidad como auténticas contribuye en gran manera a que no se las tenga en la estima que ellas piden.

Cuando estudiaba Historia Eclesiástica en Holanda, en un colegio regentado por los alemanes y en que los alumnos también lo eran, al menos en su mayor parte, recuerdo que el profesor nos trajo un día a clase un libro con grabados sobre reliquias u objetos de interés religioso. Allí estaba también retratado nada menos que un trozo de la cuerda con que se había ahorcado Judas, el Apóstol traidor.

El docto profesor y brillante escritor García Villoslada tiene un párrafo en la *Historia de la Iglesia*, publicada por la B. A. C., tomo II, pág. 277, en que dice lo siguiente a propósito de las falsas reliquias: «Angilberto. yerno de Carlomagno, pone una interminable letanía de santos cuyas reliquias se veneraban en su monasterio.

Entre las ciertas, enumera parte de la vela que se encendió en el nacimiento de Jesucristo, del sepulcro de los inocentes y de la barba de S. Pedro.»

El monje García de Cuxá escribía al obispo de Vich que en su monasterio se guardaban reliquias de los pañales del Niño Jesús, de la barba de S. Pedro, del pan multiplicado por Cristo y del mismo glorioso arcángel S. Miguel. Hasta aquí el citado autor.

Por su parte, un turista de nuestros días nos informa en la revista *Etudes*, mayo de 1954, pág. 242 y siguiente, que en el monte Athos conservan los monjes griegos, en su monasterio, oro y granos de mirra de los dones ofrecidos al Niño Jesús por los Reyes Magos.

La explicación de éstas y otras maravillas es muy sencilla. Bastan para ello dos o tres elementos que se dan por doquier. Un mercader ansioso de dinero, dispuesto a vender como auténtico lo que es, a veces, más falso que el beso de Judas, y un peregrino o un simple fiel, capaz de creer las afirmaciones más peregrinas y ávido de poseer una reliquia extraordinaria que llame la atención.

Así se explica el origen de ciertos recuerdos que no tienen garantía alguna de autenticidad y que ayudan a propagar el descrédito sobre otros más seguros, como decíamos, que el extender la custodia angélica a todas las criaturas irracionales, como hacen diver-

sos autores, contribuye o puede contribuir a que no se haga tanto caso de la que tienen sobre los hombres, según la Escritura y la Iglesia nos enseñan.

Pero lo que esos escritores dicen son deducciones que carecen de sólido fundamento y que en manera ninguna puede demostrarse, al menos con la claridad con que se demuestra que los hombres todos tienen su ángel de guarda desde la niñez hasta la muerte.

Tampoco es necesario admitir, ni se puede demostrar con argumentos convincentes, que cada hombre tenga su ángel que lo cuide a él con exclusión de los demás, pudiendo estar confiada a un solo ángel la custodia de varios hombres, como lo está a un ayo o profesor la de varios niños. Y mucho menos todavía se puede demostrar el que, como algunos pretenden, un ángel no se ocupe sino de un solo hombre a todo lo largo de la historia de la humanidad.

Se puede ahora preguntar qué ángeles son los destinados a la custodia de los hombres, ya que hemos visto anteriormente que hay nueve clases o nueve coros o nueve agrupaciones de los mismos, o al menos que se les dan nueve nombres distintos. La cuestión, pues, puesta con mayor claridad, pregunta si solos los ángèles son destinados a guardar a los hombres, o si también lo son los arcángeles, los querubines y demás grados.

La respuesta parece que debe ser la si-

guiente: Los Santos Padres. en general, usaban el mismo lenguaje que la Escritura, y puesto que ésta nos enseña que los ángeles (sin hacer entre ellos distinción de clases) son enviados para guardar a los hombres, tampoco los Santos Padres la hacían.

Pero vinieron después algunos teólogos, como Escoto, Molina y otros, que quisieron precisar algo más esta cuestión, y dijeron que los ángeles de mayor categoría eran enviados para tratar los asuntos de mayor importancia. Así, para no citar sino un ejemplo, San Gabriel, uno de los arcángeles, fué enviado a anunciar a María el gran misterio de la Encarnación.

Esta distinción se puede admitir sin gran dificultad, pues aunque no hay ninguna razón que lo demuestre, se acomoda muy bien a la naturaleza misma de las cosas. Los papas, los reyes, los jefes de Estado, todos aquellos que quieren despachar un asunto por medio de otro, eligen a un personaje tanto más significado cuanto aquél es más importante. Pero no hay que sacar conclusiones precipitadas.

Instruyendo el Salvador a S. Pablo sobre lo que había de hacer, una vez convertido, en su viaje a Damasco, le dijo que se dirigiese a cierto cristiano llamado Ananias, de quien recibiría el bautismo (6).

---

(6) Hechos, 9, 10.

Puestos a discurrir, nosotros hubiéramos pensado que, puesto que se trataba del que había de ser el gran Apóstol, hubiera sido designado para bautizarlo el mismo S. Pedro, o al menos uno de los doce. Pero los procedimientos de Dios son a veces diversos de los de los hombres, y S. Pablo fué enviado a que lo bautizara «un cierto discípulo que se llamaba Ananias».

El hecho es de tanta mayor consideración cuanto que, tratándose de instruir en la fe al centurión de la cohorte Itálica de guarnición en Cesarea, fué el mismo S. Pedro el designado por Dios, por mediación de un ángel, para ese cometido. Se trasladó, pues, S. Pedro de Jope a Cesarea, y alli lo hizo bautizar. De modo que a S. Pablo se le envía a un discípulo, y, en cambio, para el centurión se designa al príncipe de los Apóstoles para que él mismo vaya a su casa, a una ciudad diversa, y allí lo instruya y lo bautice (7).

Aunque, pues, parezca natural, como quieren Escoto, Molina y otros autores, que los ángeles de más categoria son escogidos para los asuntos más importantes, no se puede traer un argumento concluyente para demostrarlo.

De mayor interés histórico es la opinión defendida por Santo Tomás, S. Buenaventura y otros, según los cuales los ángeles se

---

(7) Hechos, 10, 1 y sigs.

dividirían en dos grupos: los unos asisten ante el trono de Dios y los otros están a su servicio. Los primeros nunca serían enviados a la guarda de los hombres, porque no saldrían nunca del cielo.

¿Qué decir de este parecer? Que hay que abandonarlo. Veamos por qué. Que de unos ángeles se dice que asisten ante el trono de Dios y de otros que le sirven, hay un testimonio muy claro en la Escritura en la visión de Daniel: *Un millón le servía y mil millones estaban en su presencia* (8).

Que de los últimos (que se supone son de mayor categoria) ninguno salga del cielo, no se dice en ninguna parte (9). Pero no es sólo eso, sino que se afirma lo contrario. Isaias, en el capítulo 6, verso 6, describe cómo un serafín, con una brasa que había tomado del altar que había ante el trono de Dios, vino a él, tocó sus labios y lo limpió de toda culpa.

Aquí tendríamos a uno de los ángeles asistentes, y ciertamente del grado superior, que sale del trono y va a purificar al profeta, lo cual es contra el parecer de aquellos según los cuales sólo los ángeles inferiores son enviados.

Para soltar esa dificultad, los interesados en sostener esa opinión nos dicen que ese án-

---

(8) 7, 10.

(9) Según S. Tomás, los asistentes serían los serafines, los querubines y los tronos, y todos los demás servidores: 1. q. 112, a. 3.

gel de Isaías es llamado serafin, no porque lo fuera, sino porque su ministerio fué el de purificar por medio del *fuego* al profeta, y como serafín viene de la palabra *saraf* (ardió), se le dió ese nombre, aunque en realidad no fuese serafin.

Para probar esto mismo traen todavía otras consideraciones, que tampoco nos dan mucha luz. Pero a todo esto responde un gran comentador (10): Es manifiesto que tales explicaciones son violentas y arbitrarias. No hay sino ese lugar en la Escritura en que se menciona a los serafines. Ahora bien: si ni siquiera ahí la palabra serafín se toma en sentido propio, ¿con qué podrán ya probar la existencia de los mismos?

Sabido es que en el libro *De la Jerarquía Celeste,* escrito por Dionisio, a quien vulgarmente se llama el Areopagita, se distinguen los ángeles en asistentes y ministrantes, de suerte que de aquellos superiores nunca se diga que son enviados, sino sólo de los inferiores. Aquella autoridad de Dionisio, del que pensaban que había tomado su doctrina de los Apóstoles, atrajo a muchos a ese parecer. Pero ese parecer hay que abandonarlo, como de hecho lo abandonaron ya Alejandro de Arlés, Escoto y Durando, y lo abandonan los teólogos recientes.

El pasaje es realmente instructivo. Un es-

---

(10) Knabenbauer.

critor del siglo IV, o del V, escribe un libro sobre la Jerarquía angélica, y expone su parecer diciendo que los ángeles superiores nunca son enviados. Muchos autores, engañados por su nombre, que les hace creer se trata de Dionisio el Areopagita, discípulo de San Pablo, se adhieren a su parecer. Pero más tarde se averigua que ese autor no es Dionisio Areopagita, sino un escritor muy posterior. Su autoridad, pues, pierde el valor que se le atribuía, su parecer flaquea y, como la Escritura nos habla más bien contra él, modernamente se le abandona.

Con esto podemos ya pasar a un punto que consideramos del mayor interés, dado que luego hemos de tratar acerca de los efectos producidos por los demonios o por los hombres dotados de cualidades que generalmente se atribuyen a la magia, intervenga o no en estas manifestaciones el mismo demonio. Ese punto, al que concedemos ese marcado interés, no es otro que la extensión de la custodia angélica, o, expresado más claramente los efectos que ella está destinada a producir.

Estando como están los hombres destinados a conseguir su eterna salvación, ya de suyo se comprende, sin más consideraciones, que la custodia angélica estará también ordenada a que los hombres consigan ese mismo fin. Por consiguiente, esta protección de los ángeles, en tanto se extenderá a los bienes

temporales: salud, bienestar, medios materiales, en cuanto que éstos sean necesarios al hombre para conseguir ese último fin, o le ayuden, al menos, para ello, aunque en rigor no le sean necesarios.

Consiguientemente, la protección en cuanto a los bienes de naturaleza espiritual, tendrá la primacía sobre los puramente materiales. Al ángel custodio le tocará, pues, defendernos de las impugnaciones del demonio, como defendió S. Rafael a Tobías encadenando al diablo en el desierto del Alto Egipto, a fin de que no dañara a su protegido, y esto lo mismo en los bienes materiales que en los espirituales.

A su protección se atribuye también el que rueguen a Dios por nosotros, o, para usar una frase de la Sagrada Escritura, que presenten a Dios nuestras oraciones. Esto último habrá que entenderlo en el sentido de que ellos mismos ruegan a Dios nos conceda lo que le pedimos, ya que, conociendo el Señor todo cuanto hacemos, no necesita, para saberlo, que otro se lo presente.

Lo que un buen amigo hace con otro, sugiriéndole ideas oportunas que le ayuden a hacer el bien y apartarse del mal, eso harán con nosotros los ángeles custodios, excitando nuestra imaginación o nuestras naturales inclinaciones. Así, los *Hechos de los Apóstoles* nos cuentan que un ángel del Señor dijo al diácono Felipe: *Levántate y dirígete al me-*

diodía por el camino que va de Jerusalén a Gaza; el que está más solitario. Obedeció Felipe, y así fué como conoció y bautizó a un etíope judío, servidor de Candaces, reina de Etiopía, que lo había nombrado intendente de sus tesoros (11).

Fué también un ángel el que avisó a Cornelio, el jefe de la cohorte Itálica, que hiciese venir a S. Pedro a su casa. A eso de las tres de la tarde vió claramente en una visión a un ángel de Dios que penetrando en su casa, le dijo: «Cornelio». El capitán fijó sus ojos en él, y presa de temor, no obstante su profesión de militar, gritó: «Señor, ¿qué es esto?» El ángel, entonces, le instruyó sobre lo que habia de hacer y, como consecuencia de ello, vino S. Pedro desde Jope y lo bautizó (12).

Muy natural es también que próximos ya a la muerte extremen sus cuidados espirituales con nosotros a fin de que, en cuanto de ellos depende, consigamos de hecho nuestra salvación. Por lo que a los bienes naturales se refiere, salud o medios de fortuna, su protección tendrá por fin no dejarnos entrar en ciertos peligros o sacarnos de ellos una vez entrados; librarnos de toda clase de males, y ayudarnos a conseguir bienes temporales.

---

(11) Hechos, 8, 26 y sigs.
(12) Hechos, 10, 3 y sigs.

El libro de Tobias nos ofrece un bello ejemplo de toda clase de favores prestados por el ángel. El lo guía de Ninive a Ecbatana, ciudad que se halla a varias jornadas de camino; lo libra de un pez que se quiere lanzar sobre él en las orillas del río Tigris; le dice que guarde el corazón, la hiel y el hígado, que serán remedios útiles llegado el caso; le aconseja que pida en matrimonio a Sara, hija de Ragüel, su pariente; lo libra de los peligros del demonio, encadenando a éste para que no le cause daño ninguno en los comienzos de su vida matrimonial; cobra para él, en casa de Gabelo, el dinero que éste debía al padre de Tobías, y de vuelta ya al punto de origen, le aconseja que ponga la hiel del pez sobre los ojos de su padre, con lo cual éste recobra la vista que había perdido. Todo el libro es un bello cántico de los favores que el ángel S. Rafael presta a su patrocinado.

Pero no nos dejemos engañar por las primeras impresiones que la lectura de estos hechos de la Escritura pudieran suscitar en nosotros. Casi todos o todos los narrados son de carácter milagroso, y la custodia angélica, por lo que a nosotros los hombres se refiere, será, casi exclusivamente, no de esa clase, sino más bien tal, que, a juzgar por las apariencias, las cosas sucedan como sucederían aunque no tuviéramos ángel de guarda; es decir, que no aparecerá milagro ninguno en

la protección angélica dispensada a los hombres, o esto sucederá sólo rarísimas veces.

Dios concede de ordinario la salud no milagrosamente, sino por medios naturales, como es tomar los remedios convenientes, consultar a los médicos, precaverse contra lo que la misma naturaleza nos enseña que es nocivo, y tomar, en cambio, lo que esa misma naturaleza nos presenta como favorable. Y, a pesar de todo, muchas veces sucederá que, por más remedios que tomemos, no sanaremos.

Lo mismo, pues, harán los ángeles custodios con nosotros. Nos pondrán, sin recurrir al milagro, y sirviéndose de las cosas de este mundo, en aquellas circunstancias que nos ayudarán material y espiritualmente, pero no nos librarán de hecho de todo peligro; y en aquellos casos en que nos libren o en que nos ayuden a adquirir bienes materiales y espirituales, no harán, en general, uso de su poder de hacer obras milagrosas.

Así se explica que en la vida ordinaria se den muertes horrorosamente trágicas aun tratándose de gente buena y piadosa, que perezcan abrasados niños inocentes por una falsa apreciación de su madre, que los dejó algún tiempo en casa mientras ella iba fuera, o que en un accidente de ferrocarril o de automóvil mueran unos viajeros, mientras otros se salvan.

Los ángeles de la guarda no tienen por ofi-

cio intervenir milagrosamente, y no lo harán sino a modo de excepción. En los casos ordinarios dejarán que sigan su curso las leyes de la naturaleza sensible, según las cuales las embarcaciones pequeñas se hunden en el mar cuando son sorprendidas por un oleaje demasiado fuerte; perecen algunos viajeros y quedan heridos muchos más en un violento choque de trenes; las enfermedades causan frecuentemente la muerte, por mucho que se esfuercen los médicos, y muchos que se aventuran sin la guía humana conveniente a través de altos montes cubiertos de nieve o de bosques desprovistos de fáciles senderos, se extravían y perecen sepultados por un alud de nieve, despeñados por un precipicio o muertos en la selva por las fieras.

Y, sin embargo, ¿qué cosa más fácil para un ángel que aparecer en forma humana y guiarlos convenientemente, como podría hacerlo un hombre que conociera el camino, y como lo hizo S. Rafael con Tobías? ¿Por qué, pues, no lo hace? Porque no es su oficio intervenir de ordinario de una manera milagrosa, sino quedando a salvo las leyes naturales.

Se cuentan, sí, o se contaban en tiempos pasados, en la vida de ciertos santos o de varones más o menos ilustres, apariciones de esa clase. Varios viajeros se mueven en su largo caminar a caballo hacia su lejano punto de destino. De repente se encuentran

ante un río que, hinchado por recientes lluvias, cierra el paso a las caballerías a causa de su impetuosa corriente. Se hacen algunas tentativas, que terminan por abandonarse, por haber puesto en peligro la vida de un viajero y de la cabalgadura que montaba.

Cuando se hallan sin saber qué partido tomar, notan que desde la orilla opuesta alguien les hace señas y les da voces indicándoles que se dirijan a un punto no muy lejano que él les señala. Allí encuentran un paso fácilmente vadeable, pasan felizmente a la otra orilla y se encuentran con un camino seguro, y de repente, cuando llenos de agradecimiento quieren despedirse de su bienhechor, notan que aquél ha desaparecido, y no dan con él por mucho que lo procuran.

Esta historia ha servido como de molde para otras muchas en tiempos antiguos. Hoy, con más facilidad de comunicaciones, ha desaparecido casi totalmente en las naciones más civilizadas. Aparte de eso, el ángel de la guarda, por lo que a intervenciones milagrosas se refiere, ha sido en gran parte sustituído por los santos de la especial devoción de los que a ellos acuden.

Hay en todo esto un fenómeno un poco extraño. Sabemos, y saben los cristianos instruídos, que tienen un ángel encargado de su custodia. Sin embargo, tratando de obtener un favor, y más si éste es de carácter mi-

lagroso, se acude no al ángel, sino a un santo a quien se profesa especial devoción, o al valimiento de un siervo de Dios que ha muerto dejando fama de santo y a quien se quiere llevar a los altares. En otras palabras, se deja a un lado a quien Dios nos ha señalado para defendernos del mal y favorecernos en lo bueno, y acudimos a aquel a quien nos lleva nuestra devoción o nuestro afecto particular.

Pero si el ángel destinado por Dios no hace milagros sino a modo de excepción, tampoco los harán los santos a quienes nos encomendamos, porque es voluntad de Dios que ordinariamente las leyes de la naturaleza sigan su curso y no se interrumpan sino en casos excepcionales. ¿Cuándo? *Cuando así le pareciere al mismo Dios.* Estas siete palabras tan sencillas y claras, encierran más doctrina y más verdadera que muchas páginas de Teología o de Ascética.

Muchas vidas modernas de santos o de varones ilustres a quienes se quiere llevar a los altares son un tejido casi constante de hechos milagrosos de todas clases. Entre ellos va incluida la replicación o el encontrarse una misma persona al mismo tiempo en dos lugares distintos, lo cual algunos teólogos lo consideran absolutamente imposible.

Se hace al biografiado multiplicar los alimentos, vivir sin apenas comer ni dormir, alumbrarse sin que se consuma el petróleo

de la lámpara de que se sirve, sostenerse suspenso en el aire durante su oración, adivinar el interior de las conciencias, saludar por su nombre a personas que nunca ha conocido ni de las que tiene referencia, aparecer simultáneamente en lugares diversos, sanar toda clase de enfermedades, etc. Lo que la leyenda o la historia más o menos adornada nos relata de ciertos santos, se lo aplican con facilidad a sus biografiados.

De Santa María Magdalena se lee en el Breviario que estuvo retirada durante treinta años en un altísimo monte y que allí los ángeles la elevaban cada día a lo alto para escuchar las alabanzas que en el cielo se cantan a Dios. ¿Por qué no decir que su biografiado experimentó algunas veces en la vida ese mismo favor, levantándose del suelo mientras oraba?

Y lo que de este extraordinario fenómeno, llamado levitación, hemos dicho, se podría sugerir acerca de otros varios. Tales biografías crean un ambiente ficticio en la mentalidad de los fieles y suscitan la incredulidad de los más ecuánimes y ponderados para creer en tales narraciones. Los mismos biografiados hubieran ganado en estima si sus biógrafos hubieran sido un poco más críticos y un poco más cortos en sus descripciones milagrosas.

Los fenómenos sobrenaturales no son ni pueden ser muy frecuentes, según la provi-

dencia de Dios en el gobierno del mundo, al que rige por leyes naturales. Si los milagros fueran una cosa corriente, las leyes tendrían tantas excepciones que, en vez de certeza, nos producirían sólo probabilidad.

Si una grave enfermedad desaparece muchas veces repentinamente, no se dice de ella que cause la muerte, sino que puede causarla o no causarla. Y si un fenómeno natural, como el que todo cuerpo es necesariamente atraído por la tierra, se interrumpiera con mucha frecuencia, habría que modificar la ley de la gravedad, para venir a decir que los cuerpos son unas veces atraídos por la tierra y otras no.

Pero no es así como Dios ha dispuesto las cosas, sino de suerte que las leyes, de ley ordinaria, se cumplan, y sólo raras veces ocurran excepciones. Pidamos, pues, un milagro, si llega el caso, al ángel de la guarda, al santo de nuestra devoción, a la Virgen María o al mismo Dios; pero estemos ciertos, certisimos, de que los milagros no vendrán sino a modo de excepción, *cuando así al Señor le pareciere*; y que en todos los demás casos, que serán la inmensa mayoría, todo sucederá según el curso natural de las cosas.

En un capítulo anterior defendimos y expusimos claramente la posibilidad del milagro. Con la misma claridad hemos expues-

to ahora que eso sucederá sólo a modo de excepción.

Dios quiere que para la marcha de nuestra vida dispongamos de los medios a nuestro alcance, como si de ellos solos dependiera el resultado que queremos o necesitamos obtener. Pero quiere también que le pidamos su favor y ayuda, lo mismo en los casos ordinarios que en los extraordinarios, conformes siempre con lo que en fin de cuentas sea el resultado debido a las causas naturales o a la intervención sobrenatural cuando al mismo Dios le haya parecido intervenir de este modo.

Terminemos ya este capitulo de la custodia angélica con un nuevo texto de la Escritura que la prueba muy claramente y que al mismo tiempo confirmará cuanto acabamos de decir.

En el verso 10 y siguientes del salmo 91 (el 90 según la *Vulgata*), dice así el escritor sagrado hablando de aquel que confía en Dios y lo ha escogido como asilo y refugio suyo:

«La desgracia no llegará hasta ti
Ni ningún azote se acercará a tu morada.
Porque Él ordenará en favor tuyo a sus án- [geles
Que te guarden en todos tus caminos.
Ellos te llevarán sobre las manos,

Por temor de que tu pie tropiece contra una
[piedra.
Marcharás sobre el león y el áspid,
Y pisarás al leoncejo y al dragón.»

En un lenguaje poético está aquí expresada y prometida la custodia angélica. Pero, entendámoslo bien, en un lenguaje poético. La poesía tiene su modo de expresión, como tiene el suyo la oratoria, la historia o las matemáticas. En un libro de poesía no se exige la precisión de la historia, ni en éste la de un libro de aritmética o geometría.

Cuando los astrónomos nos dicen que un eclipse de luna comenzará, pongo por caso, hacia las once y cuarto de la noche, precisan no sólo la hora, sino el minuto y el segundo en que comenzará el fenómeno; en cambio, cuando se nos dice en el periódico que tal o cual personaje llegará a la ciudad a tal hora, se puede estar seguro, muchas veces, de que llegará mucho más tarde, porque con aquel anuncio lo que se pretende es que haya mucho público reunido para la recepción, y eso no se realizaría si se le anunciara la hora exacta en que llegaría el personaje esperado.

El pasaje del salmista nos enseña, pues, que los ángeles nos librarán de muchos peligros, y para expresarlo con más energía se nos dice en él que no habrá desgracia que nos aflija, y que pasaremos sin peligro entre los áspides y las fieras. Para que esas frases

poéticas fueran verdaderas, según lo que suena la materialidad de las palabras, tendrían los angeles que obrar milagros continuamente, porque, de lo contrario, la vida nos ofrecerá muchos sinsabores. Ahora bien: no es ése el pensamiento del salmista, sino sólo el de inculcar que los ángeles se encargarán de guardarnos.

Sabido es que el demonio, en la segunda de las tentaciones con que acometió al Señor, tal y como S. Mateo nos la refiere en el capítulo cuarto, verso sexto, quiso abusar de ese texto. Llevó, en efecto, a Jesús a lo más alto del templo y le dijo:

Arrójate abajo, porque está escrito:
Dios ordenó en tu favor a los ángeles
Que te guarden en todos tus caminos.
Ellos te llevarán sobre las manos,
Por temor de que tu pie tropiece contra una [piedra.

Jesús respondió: *También está escrito que no se ha de tentar a Dios*. Es decir, no se pueden hacer esos experimentos con la protección que Dios ha ordenado a los ángeles que dispensen a los hombres. Para bajar desde aquí hay otros medios, y esos son los que Dios quiere que se empleen. Milagros no ha prometido hacerlos en los casos ordinarios. Los hará sólo a modo de excepción, *cuando a Él así le pareciere*.

CAPÍTULO OCTAVO

¿QUE HACEN EN ESTA VIDA LOS DEMONIOS CON LOS HOMBRES?

Hacen tres cosas muy malas. Nos ponen en ocasiones de pecar, nos causan males materiales, y a modo de excepción moran de hecho en algunos hombres, de los cuales se dice que están endemoniados El cuadro es un poco negro; pero de seres tan perversos no podíamos esperar nada bueno.

Nadie, sin embargo, se asuste al leer estos principios del presente capitulo. Con la ayuda de la Teologia expondremos lo que haya de verdad sobre este punto, y rechazaremos o dejaremos a un lado, según los casos, todo aquello que sea claramente exagerado, no ofrezca garantias de veracidad y tenga, más bien, carácter de leyenda o de gratuitas afirmaciones.

Los demonios ponen a los hombres en ocasiones de pecar, o, lo que viene a ser lo mismo, los inducen a que ofendan a Dios.

No quiere esto decir que las tentaciones nos vengan siempre de los malos ángeles. Muchas veces nos vendrán de otros hombres y muchas también nacerán de nosotros mismos, de nuestra misma naturaleza. Pero negar que los ángeles malos se ocupan en tentar a los hombres, es decir, en hacerles caer en pecado, o, más exactamente, en inducirlos a pecar, sería negar una verdad de fe que está contenida claramente en la Sagrada Escritura y propuesta como revelada por la Iglesia para que los fieles la crean, en su magisterio universal ordinario.

Tan clara está esta verdad en la Escritura, que entre los cristianos no la han negado en tiempos antiguos sino los que negaban la existencia misma del demonio; y entre los modernos sólo aquellos que no siguen otra norma que los dictados de la razón natural, y que quitan de en medio todo lo que sabe a sobrenatural.

Para deshacer toda clase de equívocos, advirtamos de antemano que la palabra *tentar* o *tentación* tiene dos sentidos afines, pero de significación muy diversa. En su sentido más amplio o menos restringido, tentar y

tentación significa experimentar a uno. Así se dice en la Escritura que Dios tentó a Abraham y a los varones justos (1), es decir, quiso experimentar su fe o su virtud, no para conocerla Él, que todo lo sabe, sino para que la conociera el mismo Abraham, la conocieran los justos y la conociéramos luego todos cuantos habíamos de leer esos hechos.

En ese mismo sentido, en lenguaje taurino, es lo mismo *tentar* a los toros en el *tentadero* que experimentar su bravura.

En otro sentido más estricto, tentar a uno es inducirle a que peque. La Sagrada Escritura nos dice que *Dios no es tentado por el mal, y que Él mismo no tienta a nadie* (2), es decir, a nadie induce a pecado. Aquí tenemos un ejemplo claro de esas aparentes contradicciones de los libros sagrados que, atentamente consideradas, no son sino doctrina clara y manifiesta. Cuando se nos dice que Dios tentó a Abraham o que tentó a los justos, se quiere significar que puso a prueba su virtud, que quiso que dieran una manifestación de la misma. En cambio, cuando se dice que Dios a nadie tienta, se nos asegura que a nadie induce a que peque.

Pero si Dios no lo hace ni lo puede hacer,

---

(1) Génesis, 22, 1, y Sabiduría, 3, 5.

(2) Santiago, 1, 13. *Que nadie cuando es tentado diga: Dios es quien me tienta, porque Dios no es tentado por el mal, y Él a nadie tienta. Cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le atrae y le arrastra.*

el demonio se ocupa en ello, así como el ángel bueno se ocupa en lo contrario. La Sagrada Escritura nos lo enseña con palabras muy claras. Ella nos describe las tentaciones que el demonio puso a Jesús (3) y a dos de los primeros cristianos, Ananías y Zafira (4). Estos últimos habían recibido por una finca cierta cantidad de dinero, e instigados por el mal ángel, engañaron a los Apóstoles, diciendo haber recibido una menor. Y como éste, otros hechos históricos narrados en los libros sagrados.

En ellos se nos da asimismo doctrina general según la cual el demonio se ocupa en tentar a los hombres. Los sacerdotes tenemos que leer todos los días un pasaje de una de las cartas de S. Pedro en que se nos dice: *Sed sobrios y estad en guardia. Vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, merodea en derredor vuestro, buscando a quien devorar* (5). Naturalmente que el diablo no devora los cuerpos, sino las almas, haciéndolas caer en pecado.

San Pablo nos da, por su parte, esta doctrina: *Vuestra lucha no es (sólo) contra seres de carne y sangre (como los hombres), sino contra seres espirituales malos* (es decir, contra los demonios) (6).

---

(3) S. Mateo, 4, 3 y sigs.
(4) Hechos, 5, 1 y sigs.
(5) 1 S. Pedro, 5, 8.
(6) Efes., 6, 12.

Por no haber sido negada esta verdad a lo largo de la historia, no se preocupó la Iglesia de definirla, contentándose con exponerla en su magisterio ordinario en la predicación o la enseñanza. Sin embargo, hay de ello algunos documentos de cierta importancia. Así, por ejemplo, en una colección de testimonios autorizados de los Papas anteriores al siglo VI, leemos lo siguiente: «Ninguno, ni siquiera de aquellos que han sido renovados por la gracia bautismal, es apto para superar las tentaciones diabólicas y vencer las concupiscencias de la carne, a no ser que por un auxilio cotidiano de Dios reciba el favor de perseverar en la buena vida» (7). Aquí se afirma claramente que el demonio tienta a los hombres.

El (primer) hombre (Adán) pecó por sugestión o tentación del diablo, nos dice el Concilio IV de Letrán en su primer capítulo (8), y el Concilio de Trento nos habla de la lucha que los buenos deben sostener con la carne, el mundo y el diablo (9).

El mismo Concilio nos enseña que aunque nuestro adversario busque y halle ocasiones durante toda la vida para devorar del modo que pueda nuestras almas. no hay, sin embargo, tiempo ninguno en que ponga en mayor tensión todos los nervios de su astucia

---

(7) D. 132.
(8) D. 428.
(9) Ses., 6. Decr. de la justif., cap. 13, D., 806.

para perdernos totalmente, que cuando ve que está inminente el momento de salir de este mundo (10). Esto no quiere decir que no haya muchos cristianos que mueran con suma tranquilidad y placidez, sino que el demonio tiene particular empeño en perderlos en aquel momento del que depende nuestra suerte eterna. El mismo Concilio nos asegura, un poco más adelante, que, «confortado el enfermo (con la extremaunción), resiste con más facilidad las tentaciones del demonio, que le pone asechanzas» (11).

La Iglesia, en las oraciones que el sacerdote, arrodillado, dice con frecuencia al fin de muchas misas, en las letanías de los santos, y al hacer la recomendación del alma de los moribundos, pide a Dios o a los santos que nos libren del demonio o de aquello que, engañados por él, hicimos.

Que nadie, pues, se llame a engaño pensando que eso de que el diablo nos induzca a pecar y trate de hacernos caer en la culpa es una doctrina de poca importancia que se puede libremente discutir y aceptar. Es una doctrina revelada por Dios, enseñada y propuesta como tal por la Iglesia en su magisterio universal ordinario En otras palabras, es una verdad de fe que estamos obligados a creer.

---

(10) Ses. 14. Doctrina del Sacram. de la Extremaunción. D. 907.
(11) Allí mismo, cap. 2, D. 909.

Lo que no enseña nunca la Iglesia es que todas las tentaciones provengan del demonio. Más bien hemos de pensar lo contrario, considerada la naturaleza humana y la malicia misma de los hombres. Hay entre éstos quienes parece que han tomado el oficio de demonios, así como hay otros que hacen el de ángeles de guarda.

Si estos últimos, con su buen ejemplo, sus libros, sus sermones y sus consejos, procuran apartar a los hombres del pecado, los primeros, con su modo de comportarse y de hablar, con escritos irreligiosos o inmorales, con modas indecentes, con diversiones nada convenientes, con espectáculos frecuentemente inmorales, procuran, de hecho, que los hombres pequen, aunque su intención primera no sea muchas veces ésa, sino sólo la de ganar dinero u ofrecer a los demás ocasiones de divertirse.

Las tentaciones, pues, vienen evidentemente también de otros hombres. ¿Quién será capaz de negar, por ejemplo, que para muchas jóvenes que se pusieron en relaciones fueron sus novios respectivos quienes las indujeron a cometer acciones reprobables, o que incluso muchas mujeres casadas ofendieron a Dios en el matrimonio por inducción de sus maridos? ¿Cuántos padres han sido causa, con su mal ejemplo, de que muchos de sus hijos blasfemen o roben o no cumplan sus deberes religiosos?

Pero tampoco todas las tentaciones que no vienen del demonio son producidas en nosotros por otros hombres. Nacen en nuestro propio ser como nacen las males hierbas en un campo de trigo, aunque nadie haya ido allí a sembrarlas. La concupiscencia nos estimula a veces a acciones no malas en cualesquiera condiciones, pero sí en aquellas en que nos encontramos. Nos invita al placer, aunque por entonces nos esté prohibido. Y eso no nace sólo de sugestión o excitación diabólica, sino de la misma naturaleza. La razón es muy clara.

Los animales, unas veces se sienten excitados y otras no, según nos enseña la experiencia de cada día. ¿Es que en eso interviene el demonio? El demonio no se cuida de aquellos seres a los cuales no puede perder, o si se cuida es sólo cuando por medio de ellos puede hacer pecar al hombre.

Ahora bien: nosotros, en fin de cuentas, somos animales; racionales, es verdad, pero también animales. Si, pues, la naturaleza animal se siente a veces excitada para ciertas acciones, también nuestra naturaleza se siente excitada a las mismas sin instigación diabólica, y esa excitación es muchisimas veces una fuerte tentación, un estímulo que nos induce a ofender a Dios.

La enseñanza puede ir todavía más lejos. Así como esas excitaciones en el animal no son pecado de ninguna clase, porque aquél

no tiene el conocimiento ni la libertad necesaria para pecar, así tampoco en el hombre serán pecado ninguno cuando no dependan de su voluntad, o cuando, permitidas por una justa causa que las provoque: estudios, operaciones médicas, etc., nuestra voluntad no quiera consentir en ellas. Porque siempre será una gran verdad que no peca sino aquel que quiere, y que una acción involuntaria por parte nuestra no será un pecado personal nuestro.

La siguiente breve anécdota resumirá breve y elegantemente cómo no todas las tentaciones provienen del demonio. El prior de un convento reprende una vez a uno de sus subordinados porque le había robado su palmatoria para poder leer un libro algo mundano mientras los demás dormían. Reprendido por ello, respondió el súbdito: «El demonio me engañó.» «¡Mentira!—respondió Satanás con voz sensible—. A mi no se me habia ocurrido semejante cosa.» Queda con esto suficientemente explicado lo primero que deciamos hacian los demonios con los hombres: tentarlos o inducirlos a pecar. Por aquello de que no hay regla sin excepción, alguna vez he tropezado en algún libro de Vidas de santos con un pasaje en que el diablo hace oficio de ángel de guarda. La cosa es algo singular, no cabe duda. Me limito a narrarla tal y como allí se lee. Después de todo, es evidente que, como dice el refrán, Dios escribe

derecho con renglones torcidos, y, por lo mismo, puede hacer que el diablo sirva para evitar pecados.

Cuéntase, pues, en la Vida de S. Antonio de Padua lo siguiente: La primera ciudad francesa que oyó su palabra fué Montpellier, donde a la vez que enseñó a los frailes predicó al pueblo. Para sus lecciones se servía entonces de un salterio escrito y anotado de propia mano, una especie de prontuario de predicación que guardaba celosamente, por la utilidad que de él reportaba. Un libro de este género era, sin duda, apto para despertar la codicia de alguien, y un pobre novicio no supo resistir a la tentación. Una noche tomó furtivamente el salterio de la celdilla de Antonio y huyó del convento, seguro de haber dado un golpe maestro.

Mas como el santo, cayendo en la cuenta de la pérdida del libro, se hubiese puesto en oración, se apareció el demonio al fugitivo, el cual se encontraba precisamente en las orillas de un río, y le intimó con gesto amenazador que tornase al convento y devolviese lo mal adquirido. Aterrado el novicio, volvió sobre sus pasos, se presentó al siervo de Dios y restituyó el salterio, pidiendo perdón y solicitando la gracia de ser admitido de nuevo al noviciado, lo que le fué concedido.

Tal vez se funda en este suceso, en el cual un diablo se hizo ministro de la divina voluntad (a no ser que queramos admitir una

ampliación legendaria por la cual en el diablo se personifica al remordimiento de la conciencia), el hecho de que después de su muerte se comenzara a invocar a Antonio como abogado de las cosas perdidas. Nuestro santo, que tanto se dolía por la pérdida del salterio, ha oído a veces a aquellos que han acudido a él con el corazón rebosante de amargura por la pérdida de un objeto que les era caro (12).

Dos cosas llaman la atención en este relato: ver al diablo cambiar su oficio por el de su contrario, el ángel de la guarda, y que se haya tomado a S. Antonio como valedor para encontrar lo que hemos perdido, fundándose en ese hecho, en el que propiamente a S. Antonio no se le extravió el salterio, sino que alguien se lo robó. No invocan sus devotos al santo para hallar una cosa que se les ha robado, sino algo que han perdido.

Pasemos a lo segundo que los demonios hacen con nosotros.

Nos causan daños materiales.

El resumen de todo cuanto ahora vamos a decir está maravillosamente pintado al principio del libro de Job, lo mismo si a este libro se le considera como histórico como si se le

(12) *San Antonio de Padua,* por Dom Alfonso Salvini, 2.ª edición, pág. 139 y sigs.

tiene como didáctico, es decir, con un fondo no histórico, sino muy apropiado para dar en él doctrina verdadera.

«Sucedió un día—se nos dice en el segundo capitulo—que habiendo venido los hijos de Dios (es decir, los ángeles) a la presencia de Yavé, vino también con ellos Satanás. —¿De dónde vienes?, preguntó a éste el Señor. —De recorrer el mundo y de pasearme por él, respondió Satán. —¿Te has fijado en mi siervo Job?, le dijo Dios. No hay hombre como él en toda la tierra: íntegro, recto, temeroso de Dios y alejado de todo mal. —¿Es de balde como Job teme a Dios?, respondió Satanás. ¿No has rodeado tú como con un cercado a él, a su casa y a todo cuanto le pertenece? Pero extiende la mano, toca sus posesiones y veremos si entonces no te maldice en tu misma cara—. El Señor le respondió: —Mira: todo cuanto le pertenece está en tu poder; cuidado, sin embargo, con tocar a su persona.

Un día, pues, en que sus hijos y sus hijas comian y bebían en la casa del hermano mayor, se llegó a Job un mensajero que le dijo: —Tus bueyes trabajaban en el campo y las borricas pastaban en las cercanías. De repente, un grupo de enemigos se echaron sobre ellos y se los llevaron, y pasaron a cuchillo a tus criados. Sólo yo me he escapado para anunciártelo.

Y aún no habia acabado de hablar, cuando llegó otro mensajero, que le dijo: —Fuego

de Dios ha caído del cielo, quemando y consumiendo a tus ovejas y pastores. Sólo yo me escapé para poder contártelo.

Y aún estaba hablando, cuando otro que llegó le dijo: —Los caldeos, repartidos en tres grupos, se han echado sobre tus camellos y se los han llevado. Han pasado a tus criados a cuchillo y yo solo me escapé para avisártelo.

Y mientras éste hablaba, llegó otro, que le dijo: —Tus hijos e hijas comían y bebían en casa del hermano mayor, cuando un huracán que se ha levantado de más allá del desierto ha conmovido los cuatro ángulos de la casa. Esta se ha derrumbado sobre los jóvenes, y yo solo me escapé para anunciártelo.

Job, entonces, rasgó sus vestiduras, se rasuró la cabeza y, postrado en tierra, adoró al Señor y le dijo: —Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra. Yavé lo dió, Yavé lo arrebató. Sea bendito el nombre de Yavé.

Otro día presentóse Satán en medio de los ángeles, en las mismas circunstancias que la vez primera, y se le hicieron las mismas preguntas: —¿Has observado a mi siervo Job?, preguntó Dios a Satanás. No hay hombre como él en toda la tierra: íntegro, recto, temeroso de Dios y alejado de todo mal. Él persevera siempre en su integridad, aunque tú me has inducido a perderlo sin motivo—. Satanás le respondió: —¡Bah!, el hombre consiente en perder cuanto posee con tal de con-

servar la piel. Pero extiende tu mano, hiere su carne y sus huesos y veremos si no te maldice en tu misma cara—. Respondióle Yavé: —En tus manos está; solamente déjalo con vida.

Satanás, entonces, hirió a Job con una lepra maligna, desde las plantas de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Job, sentado sobre la ceniza, raía sus carnes con un trozo de teja. Su mujer le dijo: —¿Aún perseveras en la integridad? Maldice a Dios y muérete—. Job le respondió: —Recibimos de Dios los bienes, ¿no habíamos de recibir también los males? En todo esto no dijo Job una palabra ofensiva para Dios.»

El pasaje, sea histórico, sea más bien parabólico, es de una belleza extraordinaria, y la doctrina que de él se desprende, clara y manifiesta. Permitiéndolo Dios, puede el demonio causarnos muchos males materiales, sin que esto quiera decir, ni mucho menos. que siempre que ellos nos vienen sea el causante el demonio.

Hay demasiadas otras causas más naturales que pueden causarlos y los causan. Nuestra imprevisión, nuestra falta de cuidado, nuestra pereza, la mala voluntad del ladrón, el malhechor o el asesino, y la naturaleza misma de las cosas que hacen que se produzca un cortocircuito inoportuno, que se hunda un piso durante una fiesta, choquen

dos trenes, se incendie un aeroplano o un barco, se despeñe un autobús, etc.

El demonio, pues, puede causarnos muchos males, pero no es causa de todos ellos, ni mucho menos. Puede causarnos mucho daño material. Cuéntase que Santa Teresa, ya hacia el ocaso de su vida, sufrió una caída, a consecuencia de la cual se le rompió una muñeca. En algún autor he leído que los religiosos y religiosas carmelitas atribuyen ordinariamente esa desgracia al demonio. Pudo ser así, indudablemente, pero pudo ser también una causa puramente natural y, por lo mismo, más bien hemos de estar por la última, mientras no se demuestre lo contrario.

Si yendo de camino, alguien encuentra una moneda en el suelo, puede ser que la haya puesto allí un ángel, y pudo estar allí por haberla perdido uno que pasó antes que él por aquel lugar. Mientras no se demuestre con argumentos ciertos lo primero, habrá que estar por lo segundo, es decir, por una causa natural.

No mucho antes de redactar estas líneas, en la ciudad donde resido le ha ocurrido a un compañero una desgracia similar a la de Santa Teresa, pero bastante más grave. Al salir de una capilla ha sufrido, a lo que parece, un mareo, se ha caído contra una escalera de mármol y se ha roto la base del cráneo, quedando su cabeza manchada de

abundante sangre. De la casa donde eso le ha sucedido le han llevado a la suya. El doctor que primero lo ha visto, y que no es especialista, sino sólo medico general, a la primera impresión ha juzgado el caso desesperado, y la noticia que se nos ha dado es que muy pronto morirá.

Pero poco después le ha visto un cirujano familiarizado con casos semejantes, y él, sin quitarle gravedad al caso, no lo ha juzgado como necesariamente fatal. No mucho tiempo después, unos cuarenta días, el enfermo está totalmente curado y piensa predicar lo que se llama un mes de ejercicios, es decir, treinta días seguidos de hablar varias veces al día a un grupo de oyentes.

Ni a mí, ni a nadie, se les ocurrió pensar para nada ni en que la caída la produjese el demonio ni la curación el ángel de la guarda o una causa suprasensible. Se cayó porque se mareó, porque dió un tropiezo o porque se engañó creyendo que había un escalón donde no lo había; dió un mal golpe con la cabeza contra el mármol, se rajaron los huesos del cráneo, y más tarde, gracias a los cuidados de un médico inteligente, se curó.

Que el demonio puede, pues, causar daños físicos graves, incendios, heridas, roturas de huesos, es mucha verdad; que de hecho ciertas desgracias las haya él producido, habrá que admitirlo cuando se nos den de ello pruebas evidentes que excluyan una explicación

más natural. Pero en un gran número de casos esas pruebas evidentes no son el mero testimonio del mismo que sufrió la desgracia o el de un amigo o conocido suyo.

Hay muchos, en efecto, que piensan obrar rectamente atribuyendo al demonio cualquier desgracia, sobre todo si ésta es de categoría. Como hay muchos que atribuyen a la masonería cualquier crimen algo importante cometido contra un gobernante recto de la nación, con la misma facilidad atribuyen otros al diablo cualquier infortunio. Pero ni la masoneria es causa de todos los desaciertos o de la pereza de gobernantes y gobernados, o de los crímenes que contra ellos se cometen, ni los demoníos de cualquier desgracia.

En una ocasión, cierta persona de categoria que tenia a su cargo otras muchas de virtud y ciencia me consultó lo siguiente: «Uno de mis subordinados es víctima de fenómenos sobrehumanos. Se acuesta tranquilo, y a la mañana siguiente la habitación en que duerme aparece manchada de negro. Le advierto a usted que es persona de gran virtud, incapaz de una superchería. Eso que le pasa no puede ser obra sino del demonio.»

La explicación no hizo mella ninguna en mi ánimo, y más bien me predispuso en contra, si es que realmente pudo admitir aumento mi resistencia natural a creer semejante historia.

—Hay que buscar una causa natural—le respondí sin la menor vacilación.

—Pero, mire usted—me replicó—, en su habitación no hay tinta ninguna, no hay pluma estilográfica, porque se ha quitado todo aquello que pudiera de cerca o de lejos servir para tiznar cosa alguna.

—Pues, a pesar de todo—le dije—hay que buscar una causa natural.

—El Padre Tal—me dijo entonces—ha visto la habitación y ha dicho que aquello parece un fenómeno extraordinario.

—No importa; hay que buscar una explicación sin recurrir a esos extremos—le respondí.

—La persona de que se trata es muy virtuosa—me dijo.

—No me meto en esa cuestión—le repliqué—. No la necesito para este caso.

—Pero...—insistió—, es que examinamos primero la habitación antes de dormir y la dejamos completamente limpia, y otro, encargado de vigilarlo, duerme en la misma habitación. Y sin haber notado nada, por la mañana aparece aquélla afeada con las misteriosas manchas negras.

—No; nada de misterios—le dije—; causa natural. ¿Qué objeto cree usted que puede tener el diablo en manchar esa habitación? Tiene cosas más importantes que hacer, como es manchar las almas.

Tuve que alejarme de aquella ciudad des-

tinado a otra, pero después de un tiempo hice de nuevo un viaje a la primera. Llevado de un poco de curiosidad, fuí a preguntar cómo había evolucionado el caso anterior.

—Nada, nada—me dijo mi interlocutor—, todo pasó ya.

—Pero supongo—añadi—que nada habría de sobrehumano.

—No, nada—me respondió brevemente.

La delicadeza me impidió inquirir más detalles. Y como él no los dió espontáneamente, me quedé sin saber, en concreto, cómo se había desarrollado el desenlace final. Pero siempre estuve plenamente convencido de que allí nada había de sobrehumano, que todo era natural y que un examen atento de las circunstancias, como lo hace la Policía en los casos más enrevesados, hubiera dado muy pronto la clave para la solución de aquel incidente.

Hacemos gracia al lector de otros casos históricos y pasamos con esto a otra clase de daños en los que es más fácil admitir la intervención del diablo. Se refieren éstos más bien a temores, angustias, ansiedades, escrúpulos de conciencia, todo lo cual perturba cada vez más los nervios del así afligido, impide a éste toda actividad normal, lo mismo desde el punto de vista ascético que científico o material, y lo hacen un hombre raro, enfermizo y totalmente inútil, molesto para

sí y para los demás. Digo que aquí es más fácil admitir la intervención diabólica, pero no que el diablo intervenga en todos esos fenómenos, ni siquiera en una gran parte de ellos, ya que las solas causas naturales pudieran dar la solución de al menos un porcentaje muy elevado.

Conocí a un sacerdote que procedía normalmente en todo y que estaba al cuidado de un grupo de jóvenes, entre los que yo mismo me encontraba. Decía la misa como los demás y a ella asistíamos todos.

Para aquel entonces sabía yo de memoria todas las oraciones que a diario se rezan en ella, y me gustaba oír la misa diciéndolas yo al mismo tiempo que el sacerdote. Pero un día noté que repetia las dos primeras palabras del comienzo de una de ellas: «*Te igitur, Te igitur*». No le di importancia, suponiendo que aquello fuera algo casual. Pero al día siguiente sucedió lo mismo, e igual en los que le siguieron.

Luego no fueron dos *Te igitur*, sino tres, cuatro y aun más. La misa se iba alargando. Más tarde tuvo que venir en su ayuda un sacerdote que le instara a seguir adelante, y, finalmente, tenía que estar a diario con él, desde poco antes de alzar hasta la comunión.

El pobre cura creía que no pronunciaba debidamente las palabras. Pero vaya que si las pronunciaba. Las oía yo desde mi sitio,

El, sin embargo, se imaginaba que no, y, claro, si no las pronunciaba no había consagración. De ahí que necesitara un testigo de su celebración para quedar tranquilo. A otros muchos les pasa algo parecido con el rezo del Breviario, con lo cual lo hacen interminable.

¿Se pueden atribuir al demonio esos casos y otros muchos más pintorescos que no reseñamos? Sí, él nos pone muchas tentaciones, y ésta podría ser una de ellas, es decir, impedir a los fieles la sagrada comunión, haciéndoles creer que siempre están en pecado o que no se confiesan bien; y, aparte de eso, hacerles la vida inaguantable y traerlos medio locos y enfermizos.

¿Son, realmente, esos fenómenos producidos por el demonio? Yo no lo afirmaría, bastando, al menos en muchísimas ocasiones, un hábito adquirido por haber cedido en los primeros casos, una falta de voluntad de sobreponerse a una mala costumbre y de romper con ella, un desequilibrio nervioso, una vida solitaria, reconcentrada y desprovista de la necesaria expansión, y otros motivos semejantes. El someterse a la dirección de un hombre competente que con pocas palabras les imponga su criterio, una vida más humana que la que llevan y un trato frecuente con gente normal acabaría con muchas de esas manifestaciones.

Quede, pues, como resumen de este párrafo, que el demonio puede, indudablemente,

causarnos daños físicos, si Dios así lo permite; que ordinariamente no lo hará, al menos de manera directa, de modo que aparezca clara su intervención; que sería más fácil atribuirle algunos de esos daños producidos por medio de los escrúpulos, y que en la inmensa mayoría de los casos las causas meramente naturales bastarán para dar razón incluso de estos últimos.

Nos queda ahora por tratar el fenómeno más ruidoso de la intervención del diablo en daño de los hombres, es decir, de

La posesión diabólica.

Tal vez más de un lector se asustará al oír pronunciar esas palabras. No hay para qué. El demonio no puede hacer a nadie pecar, que es el mayor de los males. Tampoco le causará, como regla general, daños materiales que no puedan explicarse por causas naturales, es decir, que no sean de la misma naturaleza que otros que sobrevienen a los hombres aun sin intervención del demonio. Incluso en el caso de posesión, los efectos nocivos no serán distintos de los que se observan en los locos, y otros, si llegan a darse, más encierran de maravilloso e instructivo que de dañino. Con esta breve presentación que puede deshacer ciertos temores, entremos directamente en materia. Y, en primer

lugar, ¿qué es o en qué consiste la posesión diabólica?

Es la inhabitación del demonio en el cuerpo mismo del hombre, usando de él de tal manera que éste apenas puede hacer nada libremente. Si esta disminución de la libertad no es tan marcada, el fenómeno suele llamarse *obsesión,* y si el demonio aflige sensiblemente al hombre sin morar en él, *circuminsesión*. En esta última, el demonio atormenta de modo perceptible al hombre sin morar en él, sino más bien estando en su derredor, que eso significa la palabra *circuminsesión*. En la *obsesión* lo atormenta desde su interior, sin disminuir notablemente su libertad, como atormenta al suicida la idea del suicidio, a un cristiano la idea de cometer una falta o satisfacer una pasión, o a una mujer la idea de los celos. es decir, la de que su marido quiere a otra en vez de quererla a ella. En la *posesión,* esa libertad del hombre se ve notablemente restringida por el demonio que en él mora, como la libertad del loco está unas veces total y otras notablemente atenuada por su locura.

Nunca el demonio puede enseñorearse de nuestra voluntad, al menos en lo que se refiere a hacernos pecar, ni dominar nuestro entendimiento directamente haciéndonos discurrir a su capricho, sino sólo perturbar nuestros razonamientos, excitando nuestros sentidos y nuestra fantasía, como están per-

turbados los de un histérico o los de un loco a causa de una enfermedad nerviosa o de una lesión orgánica.

Bueno es también advertir que la posesión diabólica puede ser causada por uno o varios demonios y que puede ser continuada o a intervalos. A los que la padecen se les llama lunáticos, endemoniados, posesos o energúmenos.

Lunáticos indicaría una posesión a intervalos, como lo es la iluminación de la luna, que ora es total, como en la luna llena; ora parcial, como en el cuarto creciente o menguante; ora desaparece totalmente, como en la luna nueva.

Endemoniados significa que están habitados o manejados por el demonio en sus acciones; *posesos,* que el diablo se sirve de ellos como de una cosa que se posee, y *energúmenos,* de la palabra griega *energia, fuerza,* indicaría que los tales obran *forzados* o *influenciados* por otro; en el caso de la posesión, por el espíritu maligno que dentro de ellos se encuentra.

Explicados los nombres, vengamos a la realidad misma de la posesión, la cual niegan, como es natural, todos aquellos que no admiten la existencia de los demonios. La niegan también muchos de los protestantes modernos, e incluso la negaron algunos católicos, como lo hizo Jahn a principios del siglo pasado.

Según ellos, los energúmenos o endemoniados son sencillamente hombres enfermos, y cuando Cristo y los Apóstoles se comportan con ellos en su modo de hablar y obrar como con verdaderos posesos, lo hacen para acomodarse al modo de hablar de los hombres de su tiempo.

Tratando de probar la posesión diabólica con documentos eclesiásticos, los autores de textos de Teología dan como razón que la misma Iglesia ha instituído entre sus ministros el orden del exorcistado con su correspondiente rito para echar los demonios de los cuerpos. Esa institución es antiquísima y todavía la mantiene. Luego el sentir de la Iglesia es que a veces el demonio ha tomado posesión de algunos hombres.

Sin embargo, la misma Iglesia dice en su canon 1.150: «Nadie que tenga recibida la potestad de exorcizar puede proferir legítimamente los exorcismos sobre los obsesos, si no ha obtenido del ordinario (obispo o su equivalente) expresa y especial licencia.

Esta licencia no se dé sino al sacerdote dotado de piedad, prudencia e integridad de vida, y él no proceda a hacer los exorcismos sino después de averiguar, con diligente y prudente investigación, que el exorcizando está realmente obsesionado por el demonio.»

Estas leyes suponen, evidentemente, la posibilidad de que el demonio pueda apoderarse de un hombre, y recomiendan toda prudencia

en el uso de los exorcismos, cuando éstos no están incluídos en el rito mismo de algún sacramento, como sucede en el bautismo, en cuyo caso, el ministro ordinario, es decir, el párroco, y en ciertas ocasiones el mismo diácono, puede pronunciarlos.

Los que se incluyen en el bautismo pueden arrojar cierta luz sobre el valor de este sentimiento de la Iglesia acerca de la posesión diabólica, para demostrar su realidad.

Aunque sea un recién nacido el que ha de ser bautizado, se pronuncian las palabras siguientes al exorcizarlo: «Te conjuro, espíritu inmundo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, a que salgas y te apartes de este siervo de Dios, porque te lo manda, maldito condenado, Aquel que anduvo a pie sobre el mar y tendió su diestra a Pedro, que se hundia. Reconoce, pues, diablo maldito, tu sentencia, rinde homenaje a Dios vivo y verdadero, ríndelo a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo, y apártate de este siervo de Dios, porque el Dios y Señor nuestro Jesucristo se ha dignado llamarlo a su santa gracia y bendición y a la fuente del bautismo. Y esta señal de la cruz que hacemos sobre su frente, tú, diablo maldito, nunca te atrevas a violarla.»

¿Qué valor significativo tienen estos exorcismos? ¿Es que un niño recién nacido está realmente poseído del demonio, en el sentido en que ahora tomamos la posesión, es decir,

en el de que se sirve de su cuerpo como de un instrumento para ciertas acciones? No; sino en otro sentido más amplio.

Téngase en cuenta para entenderlo, que, por el pecado de Adán, todos los hombres nacemos sin la gracia santificante, sin el derecho de ir al cielo, con el que naceríamos si Adán no hubiera pecado. Ese nacer sin la gracia santificante y sin el derecho de ir a la vida eterna es lo que se llama pecado original. Ahora bien: un alma que está en pecado se considera sujeta al demonio. De ahí que en el bautismo se conmine a éste para que abandone al bautizando y ceda el puesto a Dios.

No se trata, pues, de la posesión diabólica en el sentido estricto en que la estamos explicando. Aunque un hombre, en efecto, esté inquinado con muchos y muy graves pecados, no por eso está poseído del demonio.

Lo mismo nos daría a entender la consideración de otros ritos, como la bendición de la sal y del agua en que ha de disolverse para que esta última sirva como agua bendita: «Te exorcizo, sal... por Dios vivo..., a fin de que quedes exorcizada para salvación de los creyentes...»

«Te exorcizo, agua, en nombre de Dios omnipotente..., a fin de que resultes agua exorcizada para hacer huir a toda potestad del enemigo, y puedas ahuyentar y expulsar al mismo enemigo con sus ángeles apóstatas.»

¿Es que la sal y el agua están habitadas y

poseídas por el demonio? No hay por qué llevar las cosas a ese extremo. Se pide que por virtud del Señor esos elementos queden dispuestos para lanzar al demonio rectamente usados, y con la cooperación de Dios, que la prestará efectivamente cuando a Él le pareciere intervenir.

En resumidas cuentas, pues, de los documentos eclesiásticos y del rito con que se crean los exorcistas, se sigue que la Iglesia siente que es posible se den casos de endemoniados. Pero la Iglesia, en cuanto tal, no juzga que tal o cual persona esté de hecho poseida por el espíritu maligno. Más aún: para usar de los exorcismos fuera de la administración del bautismo, no basta estar ordenado de exorcista, sino que es menester ser sacerdote adornado de prudencia, piedad e integridad de vida.

Pero aún no le basta con eso, sino que se requiere que tenga facultad especial y expresa de la autoridad competente (el ordinario), y aun así y todo no puede todavía pronunciar los exorcismos, sino después de averiguado, tras diligente y prudente investigación, que aquel a quien va a exorcizar está realmente obsesionado por el demonio.

Todas estas cortapisas nos dicen muy a las claras con cuánta reserva y cautela se ha de proceder en este punto. La misma Iglesia amonesta al exorcista, «que no crea fácilmente que alguno está poseído por el de-

monio, sino que conozca bien las señales que los distinguen de los atrabiliarios o de quienes están aquejados de alguna enfermedad».

Según el *Ritual Romano,* del que están tomadas las palabras anteriores, esas señales serían hablar muchas palabras (o un lapso de tiempo no muy breve) en una lengua desconocida, o entender a quien en ella le habla; poner de manifiesto cosas distantes y ocultas, y otros fenómenos parecidos; de los cuales si son muchos los que concurren en un mismo sujeto, son mayores los indicios (de que realmente se trata de un poseso) (13).

Apenas se podia usar de mayor reserva en la expresión. No dice que esas señales son pruebas manifiestas de la posesión diabólica; las ha llamado sencillamente indicios, que es una palabra mucho más suave. Dejemos ya los documentos o cuasi documentos eclesiásticos, y veamos lo que sobre esta misma cuestión nos enseña la Sagrada Escritura.

Naturalmente, para probar nuestro aserto de que los demonios toman a veces posesión de los hombres, no es necesario que examinemos todos los textos de la Escritura, y demostremos que siempre que en ella se habla de energúmenos o de endemoniados se trata de verdadera posesión. De un modo parecido, para probar que a lo largo de la historia se

---

(13) *Ritual Romano, De exorciz. obscs.*

han dado verdaderos milagros, no se necesita demostrar que todos los que se han tenido por tales casos maravillosos lo fueran de verdad.

Para demostrar la existencia de los milagros, bastaría probar que uno o varios de ellos han tenido lugar, y para probar con textos de la Escritura que el demonio toma a veces posesión de los hombres, nos bastará también demostrar que uno o dos de esos textos hay que entenderlos de verdadera posesión.

Pues bien: S. Marcos nos dice que cierto día, «puesto ya el sol, le llevaban a Jesús a los que se sentían mal y estaban poseídos del demonio», y que Jesús «sanó a muchos que estaban aquejados de diversas enfermedades, y echaba muchos demonios» (14).

Advirtamos que el evangelista fija la escena en una tarde, no a una hora cualquiera, sino después de ponerse el sol. Y como precisa la hora, precisa también dos clases de hombres que le llevaban a Jesús: los unos se sienten mal, los otros están poseídos del demonio. Jesús pudo atender a los últimos y relegar los enfermos a los médicos, o curar los enfermos y dejar a los posesos. Pero no fué ésa su resolución, sino que atendió a los unos y a los otros.

De nuevo el evangelista no nos dice que los

---

(14) S. Marcos, 1, 32 y 34.

curó a todos, como si en todos se tratara de enfermos, sino que sanó a muchos que estaban aquejados de diversas enfermedades, y que echaba a muchos demonios.

En otras palabras: el evangelista distingue con precisión los enfermos de los posesos. A los primeros, y son muchos y aquejados de diversas dolencias, los sana el Señor de sus enfermedades respectivas; a los posesos los libra también de su mal. ¿Cómo? Arrojando de ellos a los demonios. Si no queremos, pues, violentar el texto del evangelista y hacerle decir lo que no dice, hay que admitir que ahí se trata de verdadera posesión.

Pero hay otro texto aún más claro, en el que parece que no puede intentarse tergiversación ni aun por el más reacio a admitir la posesión diabólica. Es aquel en que San Lucas nos refiere cómo Jesús preguntó a uno de los espíritus que se había apoderado de un hombre qué nombre tenía. El interpelado respondió que su nombre era *legión*, porque eran muchos los espíritus que habían entrado en el endemoniado.

Esos mismos espíritus rogaron a Jesús por boca del energúmeno que no los mandase al abismo, sino que les permitiese entrar en unos cerdos que allí cerca andaban paciendo en la vecina montaña. Jesús se lo permitió, los puercos se alborotaron y, tomando carrera, se precipitaron por la escarpada

pendiente en el vecino lago y allí perecieron ahogados (15).

¿Qué explicación cabe ante un pasaje como éste, si no se admite la posesión diabólica? Ninguna. O se rechaza, pues, el texto, o hay que admitir que aquí se trata de una verdadera posesión. Pero el texto es críticamente cierto, luego la posesión también lo es, al menos para todos aquellos que admitan la verdad histórica de los Evangelios, como son todos los católicos y la mayor parte de los demás cristianos.

Consiguientemente, la posesión diabólica no sólo es posible, sino que es también un hecho real que ha tenido lugar, al menos en tiempo de Cristo.

Pero, ¿la tiene también en nuestros días? ¿Se dan actualmente hechos reales de posesión?

Al formular así la pregunta lo hacemos para prescindir de aquellos casos que nos narra la historia antigua y que son muchos y muy significativos. Para no citar sino un testimonio, Lactancio, escritor del siglo IV, dice en su libro *Divinarum Institutionum*, lo siguiente:

«Los demonios temen a los que tributan culto a Dios, de modo que, conjurados en nombre del Señor, salen de los cuerpos en que estaban... No sólo confiesan de palabra

---

(15) S. Lucas, 8, v. 1 y sigs.

que son demonios, sino que dan sus propios nombres. Muchas veces, dando grandes aullidos, proclaman que son azotados y abrasados y que están ya a punto de irse» (16).

Y hablando algo más adelante de la razón por la que muchos se convertían, se expresa así: «No es ésta una razón de poco peso (de la dicha conversión, es decir, la de que los espíritus malos se introducen en los cuerpos de muchos hombres). Arrojados de ellos, todos aquellos que así se vieron libres abrazan aquella religión de la cual experimentaron el poder» (17).

Como éstos de Lactancio se podrían fácilmente citar otros muchos testimonios de los escritores eclesiásticos antiguos, o de los biógrafos de los santos, o incluso de autores profanos más recientes (18).

Muchos hechos podrán ser dudosos o incluso falsos, pero sería temeridad pretender que no hay ninguno que responda a la realidad. Sin embargo, hacer un estudio críti-

---

(16) Lib. 2, cap. 16. ML. 6, 334.

(17) Lib. 5, cap. 23, al fin. ML 6, 629.

(18) Un célebre cirujano francés, Ambroise Paré, aseguraba en el siglo XVI que los que están poseídos del demonio hablan lenguas desconocidas, hacen temblar la tierra, producen truenos, relámpagos y vientos; arrancan de cuajo los árboles, hacen cambiar de sitio las montañas, levantan a lo alto un castillo y lo vuelven luego a su sitio. *Études*, 1926, pág. 586. Claro está que aquí no habla como médico, sino como influenciado más de la cuenta por lo que sobre este particular había oído o leído en ciertos libros menos críticos.

co, sometiendo a examen esos casos narrados en la historia antigua, sería un trabajo ímprobo y lleno de dificultades.

Nosotros preferimos prescindir de ese aspecto y ceñirnos a un par de casos más recientes que algún autor propone como mejor comprobados. Esto, al mismo tiempo que servirá para concretar las ideas sobre la posesión, dará cierto mayor interés a este capítulo.

«Allá por los años de 1733, hacia el mes de mayo o junio, dice el P. Lacour, me encontraba en la provincia de Cham, reino de Cochinchina, en la iglesia de un pueblo llamado Cheta, distante como una media legua de la capital de la provincia. Trajéronme un joven cristiano de dieciocho a diecinueve años, y sus padres me dijeron que estaba poseído del demonio.

Algo escéptico yo respecto a estas cosas, y aun demasiado por entonces (podría añadir para confusión mía), a causa de mi poca experiencia en esta clase de asuntos, de los que nunca había tenido un ejemplo, a pesar de oír hablar a menudo de ello a los cristianos, les hice preguntas para cerciorarme de que no había simplicidad o malicia en el hecho.»

Sigue luego el relato de los padres, que se reduce, en sustancia, a que aquel joven, después de haber hecho una comunión indigna, había desaparecido del lugar, se había reti-

rado a las montañas y no se daba ya otro nombre a sí mismo que el de *traidor Judas.*

«En vista de este relato, prosigue el misionero, y después de algunas preguntas, pasé al hospital donde estaba el joven, bien resuelto a no creer tal cosa, o no ser que viese señales de índole sobrenatural, y por de pronto me dirigi a él en lengua latina, de la cual sabía yo que él no podia tener noción alguna. Extendido en tierra como estaba, babeando mucho y presa de una fuerte agitación, se levantó de medio cuerpo y me respondió muy distintamente: *Ego nescio loqui latine* (Yo no sé hablar en latin). Tanta fué mi sorpresa, que, lleno de turbación, me retiré espantado, sin tener ánimos para hacerle más preguntas.

Sin embargo, transcurridos unos días, comencé otra vez a hacer la prueba con nuevos mandatos, siguiendo siempre lo de hablarle en latín, lengua que él ignoraba; y habiendo mandado al demonio, entre otras cosas, que sin tardanza arrojase al joven al suelo, fuí al punto obedecido; pero fué tal la furia con que lo derribó, que por el ruido producido se hubiera creído que era más bien un leño que no un hombre lo que caía...

Cansado y fatigado de su larga resistencia, resolví tentar un último esfuerzo, imitando el ejemplo del señor obispo de Tilópolis en una ocasión parecida. Procedí, pues, en un exorcismo a mandar en latín al demo-

nio que lo transportase al techo de la iglesia pies arriba y cabeza abajo.

Al punto se puso tieso todo su cuerpo, y cual si no pudiera manejar sus miembros, fué arrastrado desde el medio de la iglesia hasta junto a una columna. Pegada a ella su espalda, juntos los pies y sin ayudarse de las manos, fué transportado en un momento hasta el techo, como si fuese atraido hacia él por un imán poderoso.

Pendiente del techo, pegados a éste los pies y con la cabeza hacia abajo, le hice confesar al demonio, a fin de confundirlo, humillarlo y obligarle a soltar la presa, la falsedad de la religión pagana. Le hice declarar que era un engañador y al mismo tiempo le obligué a confesar la verdad de nuestra religión. Le tuve en el aire más de media hora, y no habiendo tenido bastante aguante para hacerlo estar así más tiempo, pues yo mismo estaba muy espantado de lo que veia, le mandé que lo trajese nuevamente a mis pies sin hacerle daño...

Al punto me lo arrojó allí como un fardo de ropa sucia, sin hacerle mal ninguno, y desde entonces mi energúmeno, bien que aún no libertado del todo, se halló mucho mejor, y cada día iban a menos sus vejaciones. Sobre todo cuando yo estaba en casa parecia tan razonable, que se hubiera creído que estaba ya normal. Permaneció unos cinco meses en mi iglesia, y al cabo de ese tiempo

se encontró, por último, libre, y hoy en día es tal vez el mejor cristiano de Cochinchina.»

Relato es éste que excusa absolutamente todo comentario. Lo que no estará fuera de lugar será hacer aqui una sencilla observación para explicar una diferencia del presente caso con otros de los energúmenos antes citados. En éstos el demonio es arrojado al instante por un cristiano cualquiera sin servirse de otros medios que un objeto piadoso, o incluso agua bendita, mientras que aquí resiste durante meses al exorcista mismo, es decir, al misionero.

Observemos, pues, en primer lugar, que lo que acontece de ordinario no es regla que no tenga sus excepciones; en segundo, que aquí el energúmeno era un cristiano a quien Dios parece haber castigado por su pecado y a quien hace expiar su sacrilegio, tal vez para ejemplo de los demás, y, finalmente, que el exorcismo no es un medio infalible, ya que la liberación puede depender de diversas causas, como lo hacían ya observar los Padres de la Iglesia, según puede verse en lo que nos dice Minucio Félix y había ya antes dicho San Cipriano: *Et vel exiliunt statim* (*daemonia*) *vel evanescunt gradatim prout fides patientis adiuvat aut gratia curantis inspirat*. Los demonios se van al momento o se retiran poco a poco, según la fe del endemoniado ayuda para ello, o según es el poder del exorcista.

Hay ejemplos en que el demonio se resistió por largo tiempo, aun a los santos.

Aunque creemos que la narración del Padre Lacour no necesita comentarios, no queremos, sin embargo, dejar de citar la explicación del doctor Calmeil, tanto más cuanto que ésta es tan corta y sencilla, que a su vez ella tampoco los necesita. Hela aqui:

«Debemos agradecer al Hermano De Lacour (Padre Lacour) que no haya pasado en silencio ese pretendido caso de posesión, porque dicho misionero ha descrito, sin él saberlo, fenómenos de monomania religiosa, y hoy es claro para todos que lo que tenía aquel exorcizado era un ataque de delirio...»

Tanta verdad encierra aquello de que no hay peor sordo que el que no quiere oír. Otro tanto sucede con los milagros. No podrían convertir a quienes no quieren convertirse, y no es de extrañar que Dios no los haga inútilmente ante hombres de mala fe y mala voluntad (19).

---

(19) Véase Jaugey, *Diccionario Apologético de la Fe católica*, en la palabra «Posesión diabólica», columna 2.861 y sigs. De él están tomadas no sólo las ideas, sino, con frecuencia. las mismas palabras. Otras veces, éstas se han modificado ligeramente para hacer más flúida la narración, que de otra suerte resultaría algo desapacible.

El caso de Loudun.

De mayor interés será, tal vez, el caso llamado de «las energúmenas de Loudun» (20), estudiado incluso por médicos relativamente modernos. En él intervienen religiosos y religiosas, clérigos, obispos, magistrados civiles y hasta personas reales.

Es, además, difícil y embrollado, como suelen serlo muchos de los pretendidos o reales casos de posesión que diversos autores nos traen. Servirá, pues, también para ponerse en guardia y obrar prudentemente en tales casos. El resumen de los hechos es más o menos el siguiente, que tomamos también de Jaugey.

El año 1626 se fundó en Loudun un convento de Ursulinas. Eran las religiosas, en su mayor parte, personas de distinción, o por lo menos de buena familia, las cuales, según su instituto, se ocupaban en la educación de señoritas; y fué su primer director el prior Moussaut, que falleció poco después.

Comenzaron entre tanto a suceder cosas singulares, así entre las religiosas como entre las colegialas: oíanse ruidos nocturnos, y varias personas se veían molestadas con obsesiones de todas clases.

Acaecía, entre otras cosas, aparecérsele a

(20) Población de Francia, en el departamento del (río) Vienne, cuya capital es Poitiers.

la Madre superiora espectros que se daban por su difunto confesor, o tomaban la forma de otros eclesiásticos. Y como continuasen estas molestias, lo participaron las religiosas al nuevo director que habían elegido Juan Mignon, canónigo de la iglesia de Santa Cruz, de Loudun.

Según unos, lo prefirieron a Urbano Grandier, canónigo de la misma iglesia y cura al mismo tiempo de la iglesia de S. Pedro del Mercado, en dicha ciudad, y el motivo de haber desechado a este último habria sido su mala reputación. Según otros, Grandier no había pedido ni deseado ser director de las Ursulinas. Sea como fuere, parece cierto que nunca tuvo trato con el convento antes de los sucesos que estamos describiendo.

Personas que intervienen desde el principio.

Siendo Urbano Grandier el principal personaje en torno del cual se desenvuelve esta trágica historia, conviene lo conozcamos más particularmente. Era hombre de un exterior agradable y aseado, bien dispuesto, pero de un carácter altanero y vengativo, y de costumbres nada recomendables. Sus defensores mismos convienen en ello, y, aparte de eso, ahí están las propias declaraciones de Grandier.

Después de no pocas dificultades y proce-

sos de diversa índole en que anduvo envuelto, le condenó severamente por su mala conducta el obispo de Poitiers, en 3 de enero de 1630. Le dió, sin embargo, por libre de la acusación contra él presentada el Tribunal (civil) de esa misma ciudad, a quien lo había enviado el Parlamento, ante el cual se había llevado también la causa. Absolvióle asimismo el arzobispo de Burdeos, a quien había acudido en apelación.

Este, sin embargo, le aconsejó que permutase sus beneficios y saliese de su diócesis después de tan ruidoso asunto. Pero lejos de hacerlo así, Grandier volvió como triunfador, malquistándose aún más con sus enemigos. Originóse de aquí una cierta animosidad en la población de Loudun, que estaba harto inficionada de calvinismo. Los católicos se alejaron de Grandier, el cual, en cambio, se atrajo las simpatias de los hugonotes.

Volvamos ahora nuestra atención a las religiosas. El rumor de los extraños sucesos que tenían lugar en el convento comenzaba a divulgarse por la ciudad, y Mignon, viendo sin duda que el asunto daba ya qué pensar, que no podia permanecer oculto y que el daño se iba agravando, llamó en su ayuda a Pedro Barré, cura de Santiago, de Chinon, y canónigo de S. Memio.

En 3 de octubre de 1631 hizo Mignon una información de cuanto las religiosas declararon haberles sucedido desde la noche del 21

de septiembre, y firmaron ese proceso él mismo, Barré y dos Padres carmelitas.

Pronto aquellos fenómenos presentaron un carácter más agudo: varias religiosas y la misma Superiora padecían las más extrañas convulsiones, y tanto sus acciones como sus dichos ofrecían durante aquellas crisis una singular contradicción con la conducta ejemplar que siempre habían observado.

Comienzan los exorcismos.

Mignon y Barré, con autorización del obispo de Poitiers, las exorcizaron, lo cual tuvo lugar desde el 11 de octubre de 1632, en presencia de los magistrados civiles.

Interrogaron a las religiosas en latín, y éstas (o el demonio por boca de ellas) declararon constantemente, ante los mandatos del exorcista, que estaban poseídas por efectos de maleficio, y que el causante de este último era Urbano Grandier, cura de S. Pedro.

Calcúlese el efecto que haría en la ciudad semejante revelación, así entre los católicos como entre los calvinistas y los amigos de Grandier.

Interviene la autoridad civil.

Tal era el estado de las cosas, cuando habiendo resuelto Luis XIII demoler todos los castillos que servían de fortalezas en el in-

terior del reino, llegó a Loudun el consejero de Estado Laubardemont, encargado de arrasar el de dicha ciudad. Se enteró de lo que pasaba en el convento de las Ursulinas, cuya Superiora era parienta suya, y al regresar a Paris dió cuenta de ello al rey y al cardenal Richelieu.

Pronto volvió a Loudun con una comisión del rey, fechada en 30 de noviembre de 1633, que le autorizaba para abrir una información contra Grandier. Este fué arrestado el 7 de diciembre y llevado al castillo de Angers, y se le ocuparon sus papeles. En éstos no se halló cosa que pudiera comprometerlo, excepto un manuscrito contra el celibato de los clérigos, compuesto con objeto de sofocar los escrúpulos de una joven seducida.

Procedióse, desde luego, al examen de los testigos, y un número considerable de ellos depusieron contra Grandier crímenes de toda especie contra las costumbres, añadiendo una mujer, Isabel Blanchard, que él le había propuesto hacerla princesa de las hechiceras.

Comenzáronse otra vez los exorcismos, más a menudo que nunca, y se designaron nuevos exorcistas de diferentes Ordenes religiosas. La acusación contra Grandier de haber hecho pactos con el diablo y de ser el causante de la posesión se repitió constantemente.

El obispo de Poitiers fué en persona a Lou-

dun para asistir a los exorcismos el 6 de junio de 1634, y se persuadió por completo de la realidad de la posesión, lo mismo que los exorcistas y un considerable número de testigos de todas clases. Los que no la creían eran en su mayor parte calvinistas que no presenciaban los exorcismos, y que, según ciertos autores, rehusaban asistir a ellos bajo pretexto de escrúpulos religiosos.

Siete meses duró este singular proceso, así como los exorcismos, después de lo cual llevó Laubardemont los autos a la Corte, donde fueron sometidos a examen. Allí se creyó encontrar en lo ya actuado pruebas suficientes para proceder contra Grandier, y por letras patentes de 3 de julio de 1634, se nombró una Comisión de catorce magistrados pertenecientes a diferentes jurisdicciones para que le juzgasen en definitiva.

En 18 de agosto siguiente, dicha Comisión le declaró reo del crimen de magia y maleficio y de que otros sufrieran posesión diabólica por causa suya, y le condenó a la hoguera. Sometido Grandier al tormento para que se viera obligado a declarar a sus cómplices, protestó que no los tenia y que no era hechicero, pero se confesó culpable de grandes crimenes de fragilidad humana, después de lo cual fué llevado al suplicio y murió aquel mismo día.

Siguen las posesiones después de la muerte de Grandier.

Pero a todo esto, la posesión no había desaparecido, antes bien se había extendido a varias mujeres seglares de Loudun y las cercanias, y también de Chinon. Incluso varios de los mismos exorcistas se vieron también atacados de los demonios, a saber: el Padre Lactancio, recoleto, que murió en 18 de septiembre de 1634; el Padre Tranquilo, capuchino, que vivió hasta 1638, y el Padre Surin, jesuita, que reemplazó como cronista al Padre Lactancio, y que desde la muerte de este último figuró en primera linea en este asunto.

El mismo Padre Surin nos ha dejado una descripción circunstanciada de su propio estado y muchos pormenores acerca de estas posesiones, que perduraron después de la muerte de Grandier.

Vino dicho Padre a Loudun cuatro meses después de la muerte de aquél, y habiendo conseguido en parte el que la Superiora se viese libre de los demonios verdaderos o supuestos que la tenían poseída, fué relevado de aquel cargo y reemplazado por el Padre Réces, también jesuíta.

Testimonios a favor y en contra de la posesión.

Durante los años que pasaron desde la muerte de Grandier, en 1634, hasta los de 1639 y 1640, en que las endemoniadas se vieron libres de la posesión y se acabaron los rumores de tales fenómenos, hay que señalar las visitas de varios personajes que dieron testimonio a favor de la verdad de la posesión.

Aparte de varios obispos, citaremos al hermano del rey, que estuvo allí en 9 de mayo de 1635 y firmó de su puño, en 11 de ese mismo mes, un testimonio auténtico en favor de la verdad de la posesión, consignando las pruebas de ello observadas por él mismo. No pueden tampoco omitirse los testimonios de Lord Montagu y de M. de Queriolet, a quienes hizo tal impresión lo que allí presenciaron, que no sólo les pareció verdadera la posesión, sino que dió ocasión a la inesperada y sorprendente conversión de entrambos.

Cita ahora el articulista que reseñamos varios autores que no estaban conformes con lo de la posesión de las religiosas. De uno de ellos nos dice lo siguiente: «Montconys, muy dado a los viajes y a las ciencias ocultas, fué a ver a la Superiora de Loudun en 1645, cuando ya todo había concluído. El mismo refiere que las letras impresas por el

demonio en la mano de la Superiora eran efecto de un artificio, y que con la punta de la uña se llevó él un trozo de la letra M del nombre de Maria. Adviértase que la Superiora se llamaba Juana María de los Angeles, o simplemente María de los Angeles.»

Juicio del articulista sobre este caso.

De cuanto llevamos dicho deducirá el lector, como deducimos nosotros, que no es fácil empresa pronunciar un juicio sobre este asunto. No dudamos, sin embargo, en afirmar que en pro de la realidad de la posesión militan argumentos muy graves. Por lo que al cuerpo se refiere, encontramos aquí las señales de la posesión, las cuales son siempre más o menos equívocas, pero muy significadas en el caso de las Ursulinas de Loudun.

Todo el mundo conviene hoy en considerar reales y efectivas las convulsiones y demás síntomas que presentaban las religiosas. Bien hubieran podido admitirlo así los calvinistas sin perjuicio de su tesis, pero entonces no hubieran podido acusar tan fácilmente de atroz injusticia a los exorcistas y a los jueces, y hubieran tenido que contentarse con acusarlos de ignorancia.

Hay quien, como Le Vassor, los califica sólo de beatones, y dice que los jueces eran hombres de bien, pero crédulos, y que habían sido escogidos a causa de su beatería. Esto,

por lo que hace a las señales menos seguras.

Respecto a las señales ciertas de posesión, como son las que se refieren a la inteligencia, el hablar lenguas desconocidas y el revelar cosas secretas, haremos notar, en primer lugar, que los adversarios, y entre éstos el mismo calvinista Aubin, no niegan que hayan sido preguntadas en latín y que en latin hayan respondido, pero procuran arreglar las preguntas y las respuestas de tal manera, que parezca que todo aquello era una lección aprendida por las religiosas, y que los demonios no siempre daban respuestas congruentes.

Aubin no niega tampoco que las poseidas hayan revelado cosas secretas que no podían saberse naturalmente; mas aquí se las echa de teórico diciendo que los pensamientos secretos sólo Dios puede conocerlos, y que pretender lo contrario es oponerse a la Escritura.

Pero advirtamos que allí no se trataba de secretos que el demonio no pudiese conocer, sino de pensamientos u otras cosas secretas que estaban a su alcance. Así, por ejemplo, los exorcistas exigían a veces que se comunicasen unas personas a otras sus pensamientos secretos antes de hacer que los revelasen las poseídas.

A esto responde Aubin que los exorcistas u otros testigos estaban en connivencia con

algún compadre, o que se valían de signos conocidos por las religiosas.

Pero si consultamos a los testigos contemporáneos, al hermano del rey, al Padre Surin y a muchos otros, es dificil negar las señales ciertas de la posesión.

Cítanse, en efecto, y esto en gran número, hechos precisos y sucedidos con personas conocidas cuyos nombres se ponen, y que no dejarían lugar a duda.

Así, por ejemplo, M. de Launay de Nazilly, que había vivido largo tiempo en América, certifica haber hablado a las religiosas en la lengua de varias tribus de aquel continente, y que ellas le habian respondido perfectamente y hasta le habían descubierto varias cosas que pasaban en aquellas regiones.

M. de Nimes, doctor por la Sorbona, uno de los capellanes del cardenal de Lyon, les hizo preguntas en alemán y en griego, y el Padre Viguier, Superior de los Oratorianos, les habló en esta última lengua durante una tarde, quedando los dos asombrados de las respuestas. Se hallarán otros muchos ejemplos en un libro de Görres, en que se habla de este asunto (21).

---

(21) *Mística divina, natural y diabólica,* parte 3.ª, tomo 5, libro 8, cap. 44. Adviértase, sin embargo, que incluso el autor del artículo que ahora estamos citando tiene a Görres por falto de crítica y por demasiado crédulo. Consúltese para esto último la columna 2.081.

Juicio del articulista sobre el proceso.

Después de todo cuanto llevamos dicho, continúa el articulista, podemos ya formar nuestro juicio acerca de los exorcismos, del proceso y del funesto éxito que para Grandier tuvo.

La hipótesis de una superchería no ha de admitirse respecto a la posesión. Pudo tal vez tener en ello su parte la enfermedad; acaso fué esta última provocada por el demonio, pero consideramos como muy importantes las señales de la posesión. Podían, pues, con mayor razón, muchos testigos oculares tener la certeza moral de la realidad de la misma. Los exorcismos estaban, por tanto, plenamente justificados.

No queremos, sin embargo, aprobarlo todo en la manera de exorcizar, si es cierto lo que cuentan Aubin y otros autores, pero poco importa esto para la cuestión que ahora dilucidamos.

Los procesos contra Grandier tenían, también, un fundamento real, no ya sólo por denunciarle las endemoniadas, que no lo conocían de vista (22), ni durante los momen-

(22) Se ha interpretado mal una frase dicha por las energúmenas en el careo con Grandier. Preguntóles éste cómo sabían que era él el causante del maleficio, cuando jamás le habían visto, y ellas respondieron que lo sabían por la pasión que sentían respecto a su persona. Esto equivalía a decir que no lo sabían naturalmente, sino por el demonio.

tos críticos ni después de ellos, sino porque le acusaban también otros testigos. Era además persona de malos antecedentes, lo cual ha hecho decir a más de un autor que, si Grandier no merecía el suplicio como hechicero, lo tenía harto merecido por otros crímenes.

Los jueces eran, según los mismos adversarios lo confiesan, hombres de bien, y fueron numerosos, de diversos distritos y jurisdicciones; y el procedimiento se hizo en forma y según las leyes vigentes. El crimen de magia estaba sometido al castigo de los tribunales civiles, y sólo más tarde, en 1672, fué cuando un edicto de Luis XIV prohibió admitir las acusaciones de hechicería.

Si es, pues, absurdo el atribuirlo todo a supercheria en el asunto de Loudun y considerarlo como una sacrilega farsa, no lo es menos el burlarse con tal motivo de los exorcismos de la Iglesia. Es también injusto censurar a los jueces de Grandier sin tomar siquiera en cuenta las ideas de su época, y es cosa sumamente odiosa y desleal, y de una insigne mala fe, el achacar a la Iglesia católica lo que haya podido haber de irregular o excesivamente severo en la sentencia de un tribunal civil.

Aun dado caso que hubiera sido reprensible la intervención indirecta de los ministros eclesiásticos en los exorcismos o en otros puntos, no se podria hacer caer la odiosidad

de ello sobre la Iglesia, e incluso en la hipótesis de que un tribunal eclesiástico hubiera faltado a su deber, nunca sería responsable la autoridad superior, a no ser que se demostrase su connivencia.

Y a propósito de esto, si se quiere saber quién combatió más eficazmente los abusos de los procesos por hechicería y otros semejantes, no hay más que leer la instrucción impresa en Roma por la Cámara Apostólica en 1657. La trae Görres en la obra y edición citadas, tomo V, págs. 452-457.

Toda persona de buena fe que lea dicho documento habrá de reconocer la sabiduría, prudencia e inteligente moderación de la autoridad eclesiástica. Hay en esta materia, como en cualesquiera otras, ocasión de admirar cuán superior se muestra la Iglesia a las preocupaciones de las diversas épocas y cómo sabe elevarse sobre las ideas y pasiones que dominan en cada una de ellas, para defender en provecho de todos y contra quien quiera que sea, los fueros de la verdad y de la justicia.

Tal es el resumen que de los hechos nos da Jaugey en su *Diccionario Apologético de la fe católica* (23).

---

(23) En la palabra «Loudun».

Lo que otro escritor opina sobre el mismo caso.

El jesuíta Luciano Roure, en *Études,* nos da, acerca de este mismo asunto, un breve resumen del que tomamos las ideas siguientes, completadas con otras que trae el *Diccionario de Teología católica* de Vacant, en el artículo «Surin».

El caso de posesión de Loudun, que duró ocho años—de 1632 a 1640—, como consecuencia de los maleficios de Urbano Grandier, cura de la parroquia de S. Pedro, sigue siendo confuso. Los expedientes del proceso dan cuenta de levitaciones, actitudes contrarias a las leyes del organismo y respuestas en lenguas desconocidas para quienes las emplean. Parece, además, que se procedió como si se hubiera querido buscar en los exorcismos, no tanto el alivio de las religiosas, como que confesaran en contra de los protestantes el dogma de la presencia real.

Hubo también abuso evidente de exorcismos, que duraron de cinco a seis horas, sesiones públicas, y exorcistas, tal vez, no dotados de toda la ciencia y prudencia que el caso requería.

Surin, enviado en dos ocasiones, de 15 de diciembre de 1634 a 3 de octubre de 1636 y desde junio a noviembre de 1637, creía firmemente en la realidad de las posesiones,

moderó los exorcismos, y se aplicó a la reforma interior de la Superiora (24).

A partir del viernes santo de 1635, los fenómenos anormales que en sí experimentaba le hicieron creer en su propia posesión, que era consecuencia, según él pensaba, del ofrecimiento que había hecho de sí mismo por la salvación y santificación de su dirigida. Durante veinte años de su vida sufrió un estado extraño de depresión, un continuo martirio, al mismo tiempo que al exterior presentaba las apariencias de la locura (hasta el intento de suicidio en 1645), el mutismo y la impotencia para todo trabajo.

Los malos espíritus le habían amenazado con vengar en él su derrota. Él mismo describió esta fase trágica de su vida con una

---

(24) El *Lexicon für Theologie und Kirche,* publicación católica, en la palabra «Jeanne des Anges», dice así: «Ursulina, nacida en 2 de febrero de 1602, muerta en 29 de enero de 1665.

Enfermiza y falsamente dirigida por Juan José Surin, pareció ella misma poseída juntamente con todas las hermanas de su monasterio. Los exorcistas trataron de arrojar los demonios públicamente, y en la iglesia, ante enorme concurrencia.

El modo como procedieron es un ejemplo espantoso de cómo no se debe obrar en un caso real o imaginario de posesión, y de cómo se expía toda desviación de las indicaciones del Ritual.»

El mismo *Diccionario,* en la palabra «Surin», dice que este religioso murió en olor de santidad, que se ofreció al Señor para tomar sobre sí los padecimientos de las duramente probadas religiosas, y que con esto comenzó para él una época de veinte años llenos de sufrimientos, a los que siguieron ocho años de mística felicidad.

precisión que muestra un desdoblamiento singular (de la personalidad), de que hay pocos ejemplos entre los sujetos afectados por perturbaciones nerviosas. En una palabra, en el caso de Loudun y Surin, es difícil precisar o negar la parte demoníaca, pues aparece mezclada de fenómenos de orden natural.

Por lo que hace a Urbano Grandier, éste confesó con muchas restricciones sus infames libertinajes, que él llamaba «faltas de fragilidad humana», y negó hasta su fin haber lanzado maleficio alguno contra las Ursulinas o haber firmado contra ellas un pacto con el demonio. Esperaba, sin duda, escapar con ello de la hoguera (lo que no consiguió)

Cítase como de él esta frase al enterarse de que había sido rechazada su petición de ser nombrado capellán del monasterio: «Yo sé de dónde me viene este golpe. *Elle le boira bon* (Ella lo pagará bien).» Los expedientes del proceso lo muestran muriendo impenitente (25).

Conclusión.

Antes de terminar este capítulo, nos place transcribir aquí lo que el mismo Lucien Roure escribe al final del artículo «Posesión diabólica», en el *Diccionario de Teología* de Vacant.

---

(25) *Études*, 1926, tomo 189, págs. 220 y sigs.

Cada cual puede comprender que en esta materia son fáciles las ilusiones. Los ascetas están de acuerdo en señalar el peligro que hay de confundir con las posesiones diabólicas la melancolía, la depresión nerviosa o la exaltación alucinatoria que da cuerpo a las imágenes formadas por el cerebro. Esos mismos ascetas recomiendan al director de conciencia que se ayude del parecer de un médico experimentado, recomendación que el mismo Ritual Romano hace explicitamente a propósito del exorcismo de los posesos.

Por lo demás, no conviene creer que la prudencia en esta materia es sólo de nuestros días. Aunque S. Felipe Neri, dice el cardenal Capecelatro, juzgaba que las personas a las que se tiene por poseídas del demonio son, en su mayor parte, enfermas, melancólicas o locas, sin embargo, teniendo por verdaderamente poseída a una cierta Catalina, noble dama de Averser, la libró de este terrible mal.

En una carta dirigida en 1545 a los Padres Alfonso Alvarez y Pedro Canisio, el Padre Fabro, uno de los primeros compañeros de S. Ignacio, vitupera los exorcismos hechos por el P. Vischaven: «Yo no apruebo, en manera ninguna. dice, que el maestro Cornelio se ocupe en echar a los demonios de los posesos. Deseo que sepa cuánto hay de engaño en este ministerio.»

San Pedro Canisio, por su parte, juzga que no se ha de usar del exorcismo sino en caso

de grave necesidad y con una prudente circunspección, y recordaba a este propósito que S. Ignacio no había nunca, que se sepa, practicado los exorcismos. San Francisco de Borja, consultado sobre este mismo asunto, respondió que los jesuitas se debían emplear en echar los demonios de las almas, más bien que de los cuerpos.

Canisio, por su parte, invitaba a no perder una hora en este ministerio. Juzgaba, sin duda, que en la Alemania, invadida por el luteranismo, habia otras ocupaciones más urgentes para los católicos.

El primer cuidado del Padre Surin, al encargarse de la Madre María de los Angeles, fué moderar los exorcismos y aplicarse, ante todo, a la reforma interior de aquella religiosa.

El general de los jesuítas Mucio Vitelleschi, al enviar a Loudun a algunos Padres en calidad de exorcistas, había cedido con sentimiento a la voluntad de Luis XIII y del cardenal Richelieu, y no tuvo descanso hasta que sus religiosos fueron exonerados de aquel ministerio. No es que todos estos santos o doctas personas negasen la realidad de las obsesiones o posesiones diabólicas. Pero juzgaban que no hay que admitirlas sino con pruebas o con sólidos indicios.

CAPÍTULO NOVENO

MAGIA Y MAGOS

Hace ya varios lustros que tengo que explicar una vez cada tres años el tratado de los Angeles a hombres ya mayores, de los cuales algunos son sacerdotes, otros lo serán al acabar el curso correspondiente y otros dentro de uno o dos años más.

Los autores de Teología cierran el tratado de los Angeles con un capítulo consagrado a la magia. A primera vista esto parece un poco extraño, y el alumno que por vez primera coge en sus manos un texto y después de una gran cantidad de proposiciones muy serias sobre la creación, la libertad de Dios, el tiempo en que fué hecho el mundo y el fin para que éste fué creado, los ángeles custodios y los demonios, ve que se le ofrece un largo capítulo sobre la magia, hipnotismo y espiritismo, experimenta una sensación de extrañeza y de alivio.

De extrañeza, como lo experimentaría el alumno que estudiando matemáticas se en-

contrase con un capitulo dedicado a la música, la pintura y demás bellas artes. De alivio, porque después de muchos capítulos, muy importantes, es verdad, pero también más que suficientemente áridos, encuentra uno de mayor amenidad e interés que viene a ser como un oasis de verdura en medio de dilatados campos arenosos.

¿Por qué este capítulo de la magia al fin del tratado de los Angeles? La razón es la siguiente. Los magos, con toda su parentela de adivinos, hechiceros y demás fauna, producen, o se afirma que producen, efectos maravillosos, los cuales se apartan en mayor o menor grado del cauce más ordinario, por el que corre la actividad del mundo que percibimos por los sentidos. Ahora bien: hemos ya visto que los demonios pueden producir esos efectos superiores a los que producen los hombres. ¿No los producirán, pues, los magos ayudados por los demonios? Planteado así el problema, se comprende sin dificultad que al fin del tratado de los Angeles se añada un capítulo sobre la magia. Pero

¿Qué es la magia?

Se dan de ella muchas y diversas definiciones. Sin entrar a discutir lo acertado o equivocado de algunas de ellas, nos contentaremos aquí con una definición práctica,

que no diferirá mucho de aquéllas en las palabras, y se acomodará muy bien a los fenómenos que hemos de explicar y que los autores comprenden con el nombre de magia.

Esta última no es otra cosa que el arte de obtener maravillosos y desusados efectos sensibles, por ejemplo, adivinar por medio de un mapa en qué ciudad se encuentra un hombre cuyo paradero se ignora, por el vuelo de un moscardón que nos va a sobrevenir una desgracia, o por la estrella que lucia en medio del cielo al nacer un hombre, el papel que éste desempeñará en el mundo.

La palabra magia y su correlativa mago no designan etimológicamente nada que deba asustarnos o incluso llamar nuestra atención. Mago significa grande. De la misma raíz que mago se deriva magno, palabra usada en castellano para designar a Alejandro de Macedonia. Alejandro Magno no significa otra cosa que Alejandro el Grande, y así es como le designan los franceses.

Los grandes reyes de la nación india se llaman maharajás en castellano, pero eso es debido a la influencia de la escritura inglesa. Ellos escriben así esa palabra, para pronunciarla *majarayas, grandes reyes,* donde vemos de nuevo la raíz *mag* o *maj,* que significa grande.

Como los sabios tienen, indudablemente, cierta grandeza que los eleva sobre el nivel ordinario de la gente, se les llamó antigua-

mente magos en algunas regiones, sobre todo a cierta clase de ellos, que se dedicaban en parte notable a observar los fenómenos celestes. Muchas veces eran también sacerdotes.

Se comprende, pues, que el pueblo tuviera por magos, es decir, grandes, a los que, aparte de su sacerdocio, se distinguían por el conocimiento de los astros y sabían adivinar con bastante aproximación, aunque no con la exactitud matemática de nuestros días, cuándo ocurriría un eclipse, y esto con meses y años de anticipación, lo cual para la gente menos instruída era, y lo es hoy en dia, causa de gran admiración.

Los caldeos, colocados en región libre de impedimentos para observar el cielo, y suficientemente templada para pasar las noches en esos trabajos, habían notado, después de numerosas observaciones cuidadosamente archivadas, que los eclipses de luna se repetían con grandísima regularidad después de un ciclo de aproximadamente dieciocho años.

A ese período de tiempo lo llamaron Saros, repetición, porque, pasado él, se repetían los eclipses. Constaba y consta de dieciocho años, once días y unas ocho horas (1). Por consiguiente, si hoy, 1 de enero, pongo por caso,

(1) Si entre el año en que ha tenido lugar un eclipse y aquel en que se espera su repetición hay cinco años bisiestos, los días son diez en vez de once.

hay un eclipse total de luna, habrá otro el 12 de enero dentro de dieciocho años.

Si eso pasaba con la luna, era lógico pensar que sucedería lo mismo con el sol, y, en efecto, eso es verdad. Lo que sucede es que los eclipses de luna son visibles en una máxima parte del globo terráqueo, al paso que los del sol lo son en una mucho menor. En *un momento dado,* un eclipse de luna es visible en la mitad de toda la tierra; uno de sol, en una extensión mucho más reducida. Por consiguiente, faltos de los medios de comunicación que hoy poseemos, no podían saber tan fácilmente si los eclipses de sol se verificaban con la misma regularidad que los de luna.

Pero siempre será comprensible que las gentes dieran a sus sacerdotes astrónomos, capaces de predecir con mucha anticipación un eclipse, el nombre de magos. Entre muchos de los autores antiguos, magos y caldeos son palabras equivalentes, o porque allí en Caldea o Mesopotamia se les comenzó a llamar así, o porque allí abundaban más que en otras partes.

Explicado suficientemente el nombre de magia, pasemos ahora a su significación. Los autores distinguen ordinariamente dos clases de magia: a la una la llaman blanca, que es como decir inofensiva, y, por lo mismo, lícita. A la otra la llaman negra, y algunos diabólica, por pensar que en ella realiza el

mago sus fenómenos maravillosos ayudado por el diablo. Esta ayuda la conseguiría el mago del demonio en virtud de un pacto convenido con él con palabras exteriores o sólo interiormente.

Podría también obtenerla sin necesidad de pacto alguno, echando confiadamente mano de medios sobrehumanos que sólo el diablo pudiera poner a su alcance, cuales serían aquellos cuyo fin es favorecer la inmoralidad o la irreligión. Consiguientemente, sería también ilícita.

Pero esta explicación de la magia negra predispone el ánimo, antes de estudiarla, a creer que, en efecto, el demonio se entromete e interviene en muchos de estos fenómenos, y, por lo mismo, hay que rechazarla, o, dicho más exactamente, hay que prescindir de ella.

Llamemos, pues, magia blanca a aquella cuyos fenómenos son ciertos y naturalmente explicables, aunque para muchos sean desconocidos, y magia negra a aquella cuyos fenómenos son falsos o inciertos y que, caso de admitirse como reales, no se explican naturalmente, exigiendo por lo mismo la intervención de una causa suprasensible, que en el caso de no ser Dios, habría que decir que era el demonio.

La magia blanca.

De ordinario, los teólogos no tratan de ella. Pienso, sin embargo, que esto es un grave inconveniente. Magia blanca y magia negra es un mismo arte de producir efectos sensibles maravillosos y desusados. Qué fenómenos pertenecen a una y cuáles a otra, no se puede determinar de antemano. Es menester estudiar los efectos que producen los magos y ver si se pueden o no se pueden explicar naturalmente.

Si se explican, pertenecen ciertamente a la magia blanca. Si no se explican ni se pueden explicar, pertenecerán a la negra. Y si, después de estudiados, aún queda la duda de si bastan o no bastan las causas naturales para producirlos, habría que confesar nuestra ignorancia en el asunto y catalogarlos provisionalmente entre los efectos de la magia blanca.

¿Por qué? Porque no se ha de acudir a una causa suprasensible para explicar un fenómeno mientras haya probabilidad de explicarlo suficientemente por causas naturales, o, lo que viene a ser lo mismo, mientras no nos conste la necesidad de una causa extramundana para producirlos. Resumiendo. pues, brevemente lo dicho hasta ahora acerca de la magia blanca y negra, tendremos lo siguiente:

Si los fenómenos producidos por los magos se explican cierta o probablemente por solas causas naturales, pertenecen a la magia blanca.

Si ciertamente requieren una intervención diabólica, pertenecen a la magia negra. Ambas, sin embargo, requieren que se trate de efectos o fenómenos reales y no puramente imaginarios o inciertos, para que se pueda hablar de ellas como de cosas reales.

Fenómenos que suficientemente se explican por causas naturales.

Son éstos de dos clases. En la primera, llamada magia *artificial*, el mago no echa mano sino de manipulaciones y conocimientos que están de suyo al alcance de todos; en la segunda, llamada *natural*, se sirve de conocimientos y medios naturales que conocen los magos y gente más instruida, pero que desconocen una inmensa mayoría de los hombres, y que no sólo desconocen, sino que, muchas veces, ni siquiera han oído hablar de ellos. Ambas clases de magia practican los llamados prestidigitadores.

Os enseñan una moneda, la lanzan lejos y la recogen luego de vuestro bolsillo o sois vosotros los encargados de sacarla de él. No cabe duda, es la misma moneda que previamente os enseñaron.

¿Qué es lo que ha hecho el mago? Mientras os la enseña, un ayudante suyo metió, sin que vosotros os dierais cuenta, una moneda igual en uno de vuestros bolsillos; subió luego el mago al escenario y simuló arrojar la que tenía en la mano hacia el fondo del salón, y fué entonces cuando os invitó a sacarla de vuestro bolsillo derecho, con gran asombro vuestro al comprobar que allí estaba.

A continuación el mago os invita a vosotros y a otros varios del público a pedir por escrito un objeto cualquiera de pequeñas dimensiones: anillos, pulseras, relojes, monedas, billetes de Banco, anteojos, etc. Esas papeletas las recoge un ayudante del mago y se las lleva a éste. Él dice que va a presentar los objetos de la primera papeleta. Las baraja, levanta una de ellas y lee muy serio: «Billetes de Banco.»

De la caja que está sobre la mesa comienza entonces a sacar uno, dos, veinte y más billetes. ¿Cómo así? Porque allí los tenía guardados.

Si un espectador pidió billetes de Banco, tanto mejor. Si ninguno los pidió, como nadie sabe sino lo que él escribió y no lo que pidieron los demás, el mago lee billetes de Banco en la papeleta que toma en las manos aunque allí esté escrito plumas estilográficas o naranjas de la China.

Tercer caso de magia blanca artificial. El

mago ofrece adivinar, sin verlas, las preguntas que por escrito hagáis, y responder a ellas como mejor pueda. Varios espectadores escriben sus cuestiones. El ayudante las recoge y, sin que el mago las vea, las coloca en una bandeja que pone inmediatamente sobre la cabeza de aquél. El mago, entonces, dice muy serio: La primera pregunta es ésta: «¿Existió o no existió Homero?» Luego prosigue con toda seriedad.

«Señores, es cuestión todavía no dilucidada entre los eruditos si realmente la *Ilíada* y la *Odisea*, esos dos maravillosos poemas griegos, son el fruto del ingenio del hombre a quien se llama Homero (y ésta es la opinión casi unánime) o si son composiciones fragmentarias de diversos autores compiladas luego por un hombre de talento.»

Entonces, con solemnidad estudiada, coge la primera papeleta que tiene sobre su cabeza y lee en voz alta: «¿Existió o no existió Homero?», y se la entrega a su ayudante.

«Pasemos, dice, a la segunda pregunta: ¿A cómo están hoy las perdices en la plaza? Señores, hagan el favor de preguntar cosas más sencillas a que yo pueda responder. Yo no soy cocinero ni ama de casa ni como nunca perdiz, sino paella valenciana y pescado barato. Pero, en fin, las perdices supongo que estarán caras.» Coge entonces de su cabeza la segunda papeleta y lee: «¿A cómo están las perdices en la plaza?»

Así, el mago adivina las preguntas que se le han hecho, responde a ellas como mejor puede y luego las lee en voz alta. Si preguntáis a un compañero si en hecho de verdad él ha escrito eso que han leído, os dirá que sí, que él hizo una de esas preguntas, y vuestro asombro apenas tendrá límites, creyendo que el mago adivina lo oculto y que habéis presenciado algo sobrehumano.

La explicación es o puede ser (ya que el problema tiene diversas soluciones) la siguiente. Entre los que han escrito las preguntas hay uno que está en combinación con el mago y su ayudante, y ése escribe una pregunta que ya el mago conoce.

Al recoger luego el ayudante todas las papeletas, hace que la pregunta conocida quede en el fondo de la bandeja. Colocada esta última encima de la cabeza del mago, que tiene en ese momento los ojos cerrados o incluso vendados, comienza la adivinación.

El mago abre o desvenda sus ojos y dice: «La primera pregunta es la siguiente: ¿Existió o no existió Homero?»

Esa no es la primera que cogerá de la bandeja, sino la última, pero es la única que él conoce. Una vez que ha respondido a ella lo mejor que sabe, coge la primera papeleta y lee o simula leer: ¿Existió o no existió Homero?

Antes de dejarla, se ha enterado muy bien de lo que dice esa papeleta, que es sencilla-

mente a cómo están las perdices en la plaza. Leído eso, deja el papelito sobre una mesa cercana y anuncia muy serio. La segunda pregunta es a cómo están las perdices en la plaza.

El resto ya se adivina sin más explicaciones. El mago, en realidad, no ha adivinado absolutamente nada. Sirviéndose de un truco, ha leído sencillamente cada pregunta en la papeleta que ha cogido de la bandeja puesta encima de su cabeza.

Y por lo que hace a la primera que anunció antes de leer nada, ésa la sabía, porque estaba combinado con su ayudante y uno de los espectadores, o porque el mismo ayudante había escrito una de las preguntas en combinación con el mago, y ésta se ponía en el fondo de la bandeja.

Todos estos casos son de magia blanca artificial, y como los que acabamos de citar podrían traerse muchos más. Son trucos o engaños cuyos elementos son conocidos, pero que están hábilmente combinados por el mago para producir un efecto maravilloso y desconocido. Pongamos ahora un par de casos de magia natural.

El mago anuncia que va a llenar de humo un gran frasco que nada contiene y que está perfectamente tapado. Muestra un frasco vacío, lo cubre con un cristal o lo cierra con un tapón y comienza a hacer gestos raros

desde cierta distancia, mientras el frasco comienza a llenarse de humo bien visible.

¿Qué es lo que ha pasado? Que en el fondo del frasco hay una pequeña cantidad de ácido clorhídrico, y en el cristal con el que está tapado el frasco hay una capa líquida muy fina de amoníaco. Al evaporarse, éste llega al fondo del frasco y se pone en contacto con el ácido, produciendo humo, es decir, vapores de cloruro amónico, fenómeno completamente conocido del mago y de los químicos, aunque ignorado por muchos espectadores, entre los que produce el consiguiente asombro.

Segundo ejemplo. El mago, que está en un escenario semioscuro, con una mesa y una lámpara de alcohol, pide a su ayudante fósforos para encenderla. Aquél, después de registrar sus bolsillos, responde que los ha olvidado. «Un encendedor, es lo mismo», dice el mago. El ayudante replica que no lo usa. El público comienza entonces a ofrecer fósforos y encendedores como para incendiar un bosque. «Gracias, gracias—responde el mago—. Ninguno del oficio los aceptaría, sino que él mismo encenderia su lámpara como ellos saben hacerlo.»

Toma entonces una varita de cristal, toca con ella la mecha de la lamparilla de alcohol y ésta se enciende. ¿Por qué? Porque a la punta de la varita estaba adherida un poco de masa de permanganato potásico con ácido

sulfúrico. Esa masa desprende *ozono*, y éste se combina con tanta energía con el hidrógeno del alcohol, que lo enciende. Es algo que causa maravilla a los mismos químicos al realizar ellos el experimento en sus laboratorios por primera vez.

Pero henos aqui ante un fenómeno de mayores proporciones. El mago anuncia que va a proceder a la levitación de su cuerpo; en otras palabras, que éste quedará suspendido en el aire. Los oyentes contienen la respiración y muchos comienzan a pensar si no irán a presenciar algo diabólico.

En el escenario la luz es muy escasa y dirigida hacia el público. Las paredes donde el mago opera están recubiertas de paño o de papel negro y dos ayudantes se hallan a su lado. Del mago sólo se distingue bien la cara y se adivina el resto del cuerpo cubierto con un amplio lienzo.

El mago anuncia que va a entrar en estado de catalepsia. Se pone rígido, amenaza caerse, los ayudantes lo sostienen y queda en una posición inclinada. De repente, la parte superior del tronco se inclina hacia abajo y la inferior se eleva. Queda horizontal.

Entonces, los ayudantes le quitan el lienzo negro que lo cubría. Para demostrar que no hay nada que lo sostenga, por debajo del mago pasan de un lado a otro sus brazos o unas varas de madera o hierro preparadas al efecto. No tropiezan en parte alguna. La

cosa es clara. El mago está suspendido en el aire.

Por si alguien dudara de ello, cogen ahora los ayudantes un aro grande de madera, cada uno por un extremo, poniéndose uno de ellos detrás del mago y otro delante, ambos junto a su cabeza, y llevan el aro hacia los pies. Asi llegan hasta la mitad del cuerpo del mago y hacen ver cómo el aro avanza sin tocar para nada a su cuerpo.

Entonces, quedando el primer ayudante quieto, el segundo, que está más próximo al público, lleva el extremo del aro que él sostiene hasta los pies del mago y, finalmente, dejan el artefacto apoyado en la pared del fondo. No hay nada que sostenga el cuerpo del mago. Es la escena final; cae el telón unos momentos y poco después aparecen mago y ayudantes ante el público, asombrado.

Todo esto puede parecer magia negra, y es tan blanca como la nieve. Naturalmente que el mago no realizará su faena a plena luz o en medio de la sala y a un metro de los espectadores, porque entonces apareceria el brazo del soporte que lo ha mantenido aparentemente en el aire y que no venía del suelo del escenario, sino de la pared de fondo del mismo.

De ahí que al maniobrar los ayudantes debajo del cuerpo del mago no tropezaran con nada y que con el aro hayan simulado que lo pasaban de la cabeza a los pies, cuan-

do eso no lo han hecho sino con la mitad delantera. La otra no se movió en cuanto llegó a la mitad del mago, porque se lo hubiera impedido el soporte.

Magia blanca y magia negra, en cuanto a sus efectos, muchas veces no se distinguen sino por el aire de misterio con que se anuncian los fenómenos que se atribuyen a la segunda, en contraposición a la facilidad y despreocupación con que se acude a presenciar los de la primera.

El paso de la una a la otra es tan natural como el paso de la temperatura del agua de sobre cero a bajo cero. Es puramente convencional que digamos que el agua está sobre cero si no ha comenzado todavía a congelarse y bajo cero cuando esto llega a tener lugar; y es convencional que muchos atribuyan ciertos fenómenos a la magia negra, teniendo, como tienen, la misma explicación natural que los de la magia blanca. Pronto veremos un caso al hablar del péndulo, en que alguien lo atribuye a la magia negra, no pudiendo, sin embargo, ser más blanca de lo que es.

Cuando los efectos que ha de producir el mago, sean éstos naturales o artificiales, son conocidos, nada tienen de admirables. Si, por el contrario, son ignorados, si el modo de producirlos permanece oculto, la admiración de los espectadores llega, a veces, a su colmo. No se explican cómo tales fenómenos no son

sobrenaturales, y sienten fiebre de preguntar la solución de casos que a su parecer no la tienen.

Os presentan una cuerda a la vista, la parten en dos pedazos, la atan de nuevo en plena luz, se la lían a la mano, la deslían de nuevo y la cuerda aparece entera y sin el nudo que visteis hacerle.

Os enseñan las cartas de una baraja, os dan a escoger una, sin que el prestidigitador sepa cuál es; toma él entonces otros naipes, levanta uno cualquiera de ellos diciendo que será el que vosotros escogisteis, y, en efecto, es ése mismo.

Con una cuerda atraviesan el núcleo de un carrete, atando los dos extremos de aquélla, y luego la sacan sin soltarlos.

Os enseñan una carta que con sólo pasarle la mano cambia de color, volviendo a recobrar el primitivo a voluntad del prestidigitador.

Se pasean un hierro candente sobre el brazo, sin el menor daño. Os hacen ver esqueletos ambulantes o que aparezcan figuras espantosas en la pared, sin que haya absolutamente nadie en la habitación.

Os dan un papel blanco que vosotros firmáis, y con sólo dejarlo sobre una mesa aparece escrita una larga carta con excelente carácter de letra, y todo esto en plena luz.

Os presentan un vaso de agua transparen-

te, y como por encantamiento os la convierten en un líquido de rojo muy vivo.

Os parten un guijarro con la mano. Sobre un palo grueso apoyado en los bordes de dos finísimas copas de vidrio llenas de agua descargan un fuerte golpe, haciendo el palo astillas sin que siquiera se derrame una sola gota de agua de las copas. Y como éstas otras muchas experiencias muy aptas, cuando son desconocidas, para suscitar la admiración.

Algunos conocimientos de Física y Química, más una buena dosis de atención, sirven muchas veces para dar la clave de muchos fenómenos; otras es menester que el prestidigitador os dé la solución, pues, o se trata de un engaño, en sí difícil de coger, o aunque no ofrezca de suyo tanta dificultad, el prestidigitador tiene la habilidad suficiente para distraer la mente de los asistentes en el momento crítico hacia un lugar distinto de aquel en que está principalmente el truco.

No vamos aquí a detenernos a dar la solución de los juegos arriba mencionados ni de otros muchos que podrían mencionarse, pues no escribimos ningún tratado de prestidigitación o de Física o Química recreativas. El estudio de la inercia, las propiedades de ciertos cuerpos quimicos y los juegos de luces y sombras pueden servir, y sirven de hecho, para producir muchos de ellos. Con un poco de maña, cualquiera de los asistentes podria

luego repetirlos. Nada encierran, pues, en sí de sobrenatural.

Al lado de esta magia inofensiva está la llamada negra, de cuyos fenómenos hablaremos con alguna detención en los capítulos siguientes; pero antes hemos de tratar de algunos que pueden servir como de paso entre los de la magia blanca y los atribuídos a la negra.

CAPÍTULO DÉCIMO

HACIA LA MAGIA NEGRA.—LA VARITA MAGICA

Los autores de Teología que tratan de la magia, así como prescinden casi por completo de los fenómenos de la blanca, hacen una lista más o menos extensa de los atribuídos a la negra o diabólica, como ellos la llaman, y les dan nombres diversos, tales como encantamientos, maleficios, vana observancia, superstición, adivinación, astrología, brujeria, espiritismo y otros muchos.

Nosotros elegiremos sólo aquellos que nos parezcan más a propósito, bien por el interés que ellos mismos ofrezcan en si, bien por el que hayan podido tener a lo largo de la Historia, bien, finalmente, por la luz que arrojen para entender mejor la posición que debemos abrazar acerca de los fenómenos mágicos. Pero antes de comenzar a tratar por separado de cada uno de ellos, vamos a hacer brevemente algunas indicaciones de orden general que nos ayudarán a resolver nuestro cometido.

Primer principio. Es un hecho innegable que hay una tendencia muy fuerte en el hombre a buscar algo maravilloso que se salga del curso ordinario de los acontecimientos de la vida cotidiana, sea porque en realidad supere a las fuerzas de la naturaleza sensible, sea porque, siéndonos totalmente desconocido, nos produce el mismo efecto de admiración que si de hecho las superara.

Así, por ejemplo, se pretende que nos sane un curandero, sin estudios y con algunos conocimientos sobre las plantas, de enfermedades que los mejores especialistas no nos libran. Y hay muchos que quieren que un zahorí les indique dónde hay oro o petróleo, en vez de acudir a los geólogos o ingenieros, que podrían decirlo con más conocimiento de causa por haber estudiado las características más favorables de los terrenos en que el oro o el petróleo suelen encontrarse.

Segundo principio. Hay también una tendencia casi innata y muy fuerte en multitud de personas, sobre todo entre la clase menos culta, a creer toda clase de maravillas y hechos asombrosos.

Ni se crea que esto es cosa de tiempos prehistóricos o muy remotos, o sólo de gentes ignorantes. Los antiguos que escribieron sobre Historia Natural, Botánica u otras ciencias, narraron a veces cosas admirables que se aceptaron muy generalmente y que sólo es-

tudios más serios lograron desterrar. Citemos algunos ejemplos.

Un pececillo llamado rémora era capaz de detener una gran nave, aun en el caso de que ésta estuviera fuertemente empujada por el viento. Arquímedes, con máquinas poderosas, habría atraído hacia sí una gran nave de carga, y por medio de espejos habría quemado los barcos enemigos. De otros se cuenta que hicieron que mugiesen los metales, silbase una culebra de bronce, unas aves fingidas cantasen dulcísimamente y hombres de cuerpo aéreo produjesen en el aire sonidos parecidos a los de la trompeta.

Los antiguos aceptaron y legaron a la posteridad la creencia de que todas las cosas del mundo estaban hechas de cuatro elementos: agua, fuego, tierra y aire, creencia que la Química más moderna demostró ser enteramente falsa.

Aceptaron, asimismo, y enseñaron a la posteridad, que los astros se movian en órbitas circulares, porque el círculo, según ellos, era la curva más perfecta. Tal creencia retrasó los avances de la Astronomía, la cual mostró que los astros se mueven, por lo general, en órbitas elípticas.

Si colectividades enteras creyeron esas maravillas, nada tiene de extraño que los particulares las creyeran aún más peregrinas. De alguien se cuenta que pensó alguna vez que llovieron bueyes; de otro que, poniéndose

un anillo, se hacía invisible a los demás y podía así huir de sus enemigos. De un tercero, que su imaginación le hacía creer que tenía una nariz tan larga como la mitad de su brazo. De otro, que no permitía que nadie le tocase porque su cuerpo era de vidrio y podría quebrarse, y, finalmente, de otro, que no quería comer, porque se había persuadido de que estaba ya muerto.

En autores muy serios, y de hace muy pocos siglos, leemos con cierto asombro que los maderos cortados en cierto día de la luna se pudren pronto, lo que no sucede si se cortan en dia distinto, y que ciertas familias que vivian no lejos de Logroño podian unir y soldar los huesos rotos, no pudiendo sospecharse en ellas nada malo, ya que de sus acciones no recogían otra ganancia que ejercitar la paciencia y la caridad.

Estos hechos, recientemente mencionados, y muchos otros muy interesantes que pudieran aún traerse, prueban hasta la evidencia la tendencia a buscar y aceptar cosas maravillosas.

Con los dos elementos que antes recordamos, la tendencia a buscar y conocer algo maravilloso y a creer lo que sobre este particular se cuenta, hay más que suficiente para que algunos individuos se dediquen a fomentar esos deseos y a procurar satisfacerlos. Para ello ofrecen a la curiosidad de los mortales fenómenos que los dejen boqui-

abiertos por pensar que para su producción intervienen fuerzas que están fuera del alcance del hombre.

Así como el prestidigitador o mago blanco logra, a fuerza de ejercicio y maña, ofrecer una serie de fenómenos que producen asombro y admiración entre los espectadores, asi el llamado mago negro logra con paciencia y ejercicio, y haciendo intervenir multitud de engaños hábilmente disimulados, producir efectos que parecen salirse del curso natural de las fuerzas sensibles.

Vamos a pasar revista a los más corrientes, comenzando por uno muy en boga que puede servir como de puente de paso de los fenómenos de la magia blanca a los atribuídos, por muchos, a la magia negra.

La varita mágica.

Zahorí es una palabra de origen árabe, y significa una persona a quien el vulgo atribuye la facultad de ver (o adivinar) lo que está oculto, aunque se encuentre debajo de la tierra. Para ello se sirve ordinariamente de una varita de avellano recién cortada.

La dobla en forma de semicircunferencia, y, cogiendo un extremo entre los dedos pulgar e índice de la mano derecha y el otro entre los de la izquierda, y colocándola en posición horizontal, está ya sin más dispuesto

y armado para poder decirnos dónde hay agua debajo de la tierra, a qué profundidad y, si es de los zahoríes más distinguidos o menos preocupados, también en qué cantidad.

¿Es posible tal cúmulo de maravillas? ¿Es posible que habiendo tanta necesidad de agua para regar infinidad de fincas y aumentar con ello su productividad, no se use más un procedimiento tan poco costoso?

¿Es posible que abundando tanto las personas que se creen zahoríes no se formen Sociedades que, dándoles un buen sueldo, los exploten en beneficio de la Humanidad, como se explotan los servicios de los ingenieros industriales para la puesta en marcha de una fábrica de azúcar o de una de electricidad?

¿Es que todo eso de los zahoríes es puro engaño y ninguna persona seria los cree ni se fía de ellos? ¿Por qué los Municipios o las Diputaciones no encargan a un número de zahoríes escogidos recorrer los campos de su jurisdicción y dejar bien visiblemente acotados aquellos lugares en que hay agua, al menos si ésta es abundante y está poco profunda, a fin de que los propietarios exploten esa inmensa fuente de riqueza?

Alguna otra razón habrá indudablemente para que todo eso no suceda, sobre todo allí donde la falta de agua es muy sensible, lo mismo para el uso personal que para un riego necesario en muchos casos y conveniente en los más. Esa razón no es otra que la falta

de seguridad del procedimiento, que hoy por hoy no es, en manera ninguna, científico, y que si en muchos casos da, o parece dar, resultados positivos, en otros constituye manifiestos y rotundos fracasos.

A falta, pues, de otros medios más eficaces y seguros, como seria traer agua de un torrente por medio de un canal o construir un costoso pantano, se puede echar mano del zahorí, como a falta de un especialista que nos cure se podrá, a veces, acudir a un curandero cuyos servicios estén reconocidos como beneficiosos por la práctica de muchos de sus clientes, aunque otros hayan resultado más bien defraudados.

Hoy por hoy, es peligroso tomar una posición nitida y tajante en pro o en contra de los zahoríes, como si se tratara de seres que creen ver o presentir lo que no presienten, sino imaginan, o, por el contrario, de seres que si se toman las verdaderas garantias aciertan en la mayoria, si no en la totalidad de los casos. Tal como hoy se presenta el problema, yo diría que con un fondo, tal vez, de verdad, se ha mezclado, en muchos casos, en los zahoríes, tal cúmulo de falsedades y tal palabrería, que quienes más los desprestigian son ellos mismos.

Hemos dicho antes que el zahori se sirve por lo general de una rama de avellano recién cortada. Antes pudo ser así. Hoy día se

contentan con una de alambre o se acude a medios más cómodos y expeditivos.

Se saca el reloj del bolsillo, se coge un extremo de la cadena y se suspende sobre el suelo a cierta altura. A los seis, ocho o más segundos comienza a moverse como si fuera un péndulo o no se mueve nada.

¿Se mueve? Pues es que abajo hay agua. ¿No se mueve? Pues no la hay. ¿Tarda unos seis segundos en comenzar a moverse? Es que el agua está a unos ocho metros de profundidad. ¿Se mueve con cierta fuerza? El agua es abundante. ¿Se mueve muy poco, por el contrario? Apenas habrá agua. ¿Quién hay que confíe en tales procedimientos y se arriesgue a gastar mucho dinero en ellos? Sólo aquel que se vea a ello necesitado.

Pero los zahories no se limitan a dar como cierto si hay agua o no. Los más atrevidos, o los menos preocupados de entre ellos, os dirán si hay hierro, oro, petróleo o incluso un cadáver. Se comprometerán a buscar en una finca un objeto, por ejemplo, una estilográfica que vosotros hayáis perdido o escondido. Y si se trata de un criminal que va huyendo de la Policía, os señalarán en seguida, por medio del péndulo mágico o simplemente del reloj suspendido sobre un mapa la carretera por la que aquél huye en su automóvil hacia el extranjero.

Estos no son delirios que un escritor atribuye a los zahories; es sencillamente lo que

muchos de ellos piensan. Antes de redactar estas líneas acabo de hablar con uno de ellos que antes se reía de todo eso y ahora él mismo se ha hecho zahorí y los defiende a capa y espada.

—Vamos a ver—le pregunto—. ¿Cómo averigua usted si de un huevo que se va a colocar en la incubadora va a salir un gallo o una gallina?

—¡Ah!, pues muy sencillo. Coloco el reloj o el pendulito sobre el huevo, y si oscila de un lado para otro saldrá un gallo y si se mueve en movimiento circular, gallina.

—Y ¿cómo averiguó usted eso en el primer huevo que experimentó?

—¡Ah!, no hace falta; usted piensa en un gallo y el péndulo se moverá en el sentido del gallo; en este caso, en movimiento pendular. Pero, además, le advierto que eso sucede, por regla general, en todos los machos y en todas las hembras.

Un gato muy chico o un conejito en que aún no se distingue bien el sexo se coloca debajo del péndulo. Si éste se mueve en movimiento circular, es hembra; si longitudinal, macho. La experiencia se encarga luego de demostrar que la predicción fué verdadera.

—¿Se podría adivinar de esa manera el sexo de un niño que aún no ha nacido, pero que una mujer lleva en su seno?

—Indudablemente, y eso no sólo haciendo

la experiencia en la madre, sino en una fotografía de la misma.

—¡En una fotografía! Pero, ¿qué tiene que ver la foto con el sexo del niño?

—Eso yo no lo sé, pero sé que la experiencia da resultado.

—Bien, me han contado que a usted le dieron una foto de varias personas y que sin verla la puso usted boca abajo, que sacó su péndulo y fué adivinando en el sitio correspondiente a cada uno de los fotografiados si era hombre o mujer. Más aún: que al llegar a una de esas personas el péndulo no se movía, y usted dijo que esa tal había fallecido. ¿Es esto verdad?

—Es verdad, y verdad también que acerté en todo.

—Pero, vamos a ver. ¿Por qué la fotografía que antes hacía moverse al péndulo deja de moverlo al morirse el fotografiado?

—Porque al péndulo no lo mueve la fotografia, sino la persona a quien la foto representa.

—Pero, entonces, ¿por qué pone usted el péndulo sobre la foto?

—Para ponerme en unión con el fotografiado, como nos ponemos en comunicación con otro por medio del teléfono. Mire usted —continúa el zahori—, el otro dia me pidieron adivinase si había o no había agua en una finca. Yo les respondí que me dijeran

qué forma tenía. La dibujé, saqué mi péndulo y di la respuesta.

—Esto es lo que siembra el desprestigio entre ustedes, los zahoríes—le dije—. Todo eso es absurdo. Supongamos, para más claridad, que la finca fuera cuadrada. ¿Cuántas fincas cuadradas habrá por ahí?

—Pero es que yo me dirijo con la mente a la finca por la que me han preguntado—me respondió.

—Que usted no sabe sino, a lo más, que está en tal pueblo o ciudad—le repliqué—. Eso es imposible de adivinar.

—Pues se adivina—respondió el zahorí.

—Bien, vengamos a la profundidad a que el agua se encuentra.

—Pongo el péndulo—me responde—, y si tarda unos seis segundos, la cantidad me la da en metros.

—Pero, ¿por qué en metros y no en varas? —le preguntó yo.

—Porque yo pienso en metros—me responde.

—¿Y el caudal?

—El caudal me lo da en litros por segundo o en metros cúbicos por día o en litros por hora, como yo quiera. Si yo quiero saber el número de metros por día, el péndulo dará un número de oscilaciones, y eso indica los metros cúbicos diarios. Si hubiera pensado en litros por hora, hubiera dado antes de pararse las oscilaciones correspondientes.

—Pero, ¿usted no ve que todo eso es absurdo?—le objeto.

—Yo veo que el procedimiento sirve para acertar—me responde.

—¿Y por qué entonces se equivocan?—le urjo yo.

—¡Ah!, ése es el punto flaco—me replica—. Algunas veces fallan los cálculos y no se sabe por qué. Además, no el mismo procedimiento sirve para todos. Cada cual tiene personalmente su modo de operar, que le conviene a él y no a los demás.

—Eso prueba que aquí no hay nada científico—le observo—. La ciencia da reglas universales para cualquier experimentador.

—Todo lo que usted quiera—me responde—; pero es un hecho que el péndulo sirve para buscar a un criminal, para ver si un alimento o una medicina me convienen, etcétera, etc.

—Es decir—le replico—, que sobra la Policía, los médicos y todos los demás servicios que al Estado y a los particulares tanto dinero les cuestan. Con un sencillo pendulito lo solucionan ustedes todo.

Hasta aquí, poco más o menos, la conversación. Yo opino que a muchos de mis lectores les ha de parecer todo esto pura ilusión, pero habrá otros para quienes lo que dicen los zahoríes les parecerá más o menos aceptable. Uno de esos zahoríes me asegura que él averigua por el péndulo si las naran-

jas son dulces o amargas antes de pelarlas. Un tercero me cuenta cómo un curandero averigua la enfermedad de las personas sin péndulos ni instrumentos de ninguna clase, y eso aunque estén muy lejos.

Teniendo la muñeca quieta, comienza a agitar su mano derecha haciendo un movimiento casi circular, y al cabo de un rato, según la dificultad que experimenta para moverla, dice si el enfermo tiene malo el bazo, el higado, el apéndice o los riñones. Y asegura que acierta muchísimas veces y que tiene muchos clientes. Renuncio a más entrevistas, y voy ahora a narrar algunos hechos históricos.

Conozco palmo a palmo una finca bastante extensa. Tiene agua, ciertamente, pero no tanta que no le viniera espléndidamente una mayor cantidad. Un día comenzó uno, no sé si dirigido por un zahorí o no, a abrir un pozo. Profundizó lo suficiente para cansarse, pero no sacó ni una sola gota.

Ahora vinieron los zahoríes. Señalaron éstos diversos sitios. Se eligió uno en que todos convenian que daria agua a unos nueve o doce metros. Pero ni a los nueve ni a los doce ni a los veinte. Se llegó a más de treinta y el agua no apareció.

Se aplicó por un zahorí la detección eléctrica, y nada. Los poceros acudieron al auxilio de lo alto. Mientras trabajaban tenían suspendida sobre el pozo una imagen de

S. José para que les diera agua. No salió ni una sola gota.

Los zahoríes dijeron entonces que se habían desviado, que el agua estaba a nueve o doce metros, pero un poco hacia el sur del pozo. Se hizo, pues, un andamio en el ya abierto, y se abrió una galería lateral. El agua no apareció por ninguna parte. Aquel pozo resultaba estar maldito para los zahoríes, y quería convertirse en su propia tumba, al mismo tiempo que en su más ruidoso descrédito. Pero como un zahorí de reconocida experiencia había señalado agua en otro lugar a dos metros de profundidad, se fueron los poceros allí, profundizaron los dos metros y nada; cuatro y nada, cinco y nada, y, ya hartos, lo abandonaron.

Entonces, por su cuenta y razón, sin zahoríes ni otros adminiculos, abrieron otro pozo donde suponían que habría agua por hallarse cercana una fuente. Encontraron muy pronto el liquido que buscaban, pero el terreno era tan movedizo que allí no se podía hacer un pozo de obra. Menos mal que una galería solucionó en parte el conflicto, cogiendo otra vena de agua no muy abundante.

Muy cerca de allí se abrió un cuarto pozo, nuevamente con zahoríes. Esta vez sí se encontró agua a la profundidad anunciada o a una muy próxima a ella. Se abrió otro nuevo, asimismo, bajo la dirección de los zaho-

ríes, se profundizó bastante más de lo que ellos indicaron, se agotó el presupuesto asignado y el agua no apareció. Los zahoríes estuvieron entonces unánimes en opinar que habían señalado un sitio falso, que el agua estaba diez metros más hacia el Sur. Se hizo una galería en esa dirección, pero sin que el agua apareciera por parte ninguna (1).

En cambio, en una finca próxima, los poceros, sin necesidad de zahoríes, encontraron un manantial abundante a no muy gran profundidad.

Estos son los hechos por mí cuidadosamente observados. Que cada cual los juzgue como mejor le parezca. Pero ahora, y puesto que tratamos de magia, preguntemos: ¿Interviene aquí alguna fuerza sobrehumana?

De ser verdad todo lo que dicen y creen algunos zahoríes, habria motivo para pensar en ello. Eso de buscar un criminal sirviéndose sólo de mapas, de averiguar en qué punto de España se encuentra una persona cuyo

---

(1) Hablando sobre este asunto con un compañero de estudios, éste me ha contado lo siguiente, que no carece de cierto interés: «El jefe del establecimiento de enseñanza en que yo vivía allí en América Central, aconsejado por diversos zahoríes, abrió varios pozos en una gran finca, harto sedienta de agua.

»Después de gastarse en ello buenos dineros, no consiguió ni una sola gota. Más tarde, cuando se le decía que un nuevo zahorí había llegado al establecimiento, que se ofrecía a buscarla, y andaba recorriendo la finca armado con su varita, el jefe cogía la escopeta y se iba en su busca para ahuyentarlo como se ahuyenta a uno que pretende causarnos un grave daño.»

paradero se ignora, si a uno le duele el hígado o tiene dañado el riñón, es cosa que, a juicio de no pocas personas sensatas, escapa a las fuerzas humanas.

Salvo ciertos casos más sencillos y discutibles, como si hay o no hay una vena de agua en cierto sitio, casi todo lo demás lo atribuyen muchos a alucinación y palabreria; otros, en cambio, sin conceder a esos métodos certeza en los resultados, les dan más o menos probabilidad. Desde luego, yo no admito ni un demonio de los más insignificantes a disposición del zahorí; pero en tiempos pasados, no todos han pensado de este modo. Escuchemos una historia de hace varios siglos sobre el famoso péndulo. Un célebre autor narra lo siguiente:

Hay algunos que con el índice y el pulgar cogen un anillo, una piedrecita u otra cosa pesada, suspendida de un hilo de cualquier materia sobre la cavidad de un vaso, una copa, un cántaro o aun una caldera. Y ciertamente que cuando yo era joven, lo contemplé con admiración, no sospechando que hubiese en ello superstición alguna.

Es, pues, el caso que, suspendida de esa manera la piedrecilla e impulsada, según alguien explicaba, por la fuerza que hay en las puntas de los dedos pulgar e indice, se comienza a mover poco a poco hacia uno y otro lado, aumentándose la oscilación hasta tocar una de las paredes de la copa, y dando

tantos golpes cuantos se requieren para indicar la hora italiana que corresponde al instante en que se hace la experiencia.

Pregunté, prosigue después el autor, si entre los españoles que cuentan de modo diverso que nosotros, es decir, comenzando el día a medianoche, el hilo de marras marca la hora española o la italiana, pero ningún experimentado pudo nunca responder a mi pregunta.

Mas hete aquí que, escrito lo que antecede y entregado, por orden superior, a un varón adornado de todas las virtudes y muy perito en Filosofía y Teología, a fin de que él lo revisase antes de que saliese a la luz pública, cuando vino a leer esto del hilo indicador de las horas me llamó amigablemente y me contó que, estando él mismo en Roma, oyó a su maestro en Teología aquello, precisamente, que yo durante tanto tiempo había buscado.

Dando su lección pública de Teología, contó que él había usado con buen éxito ese instrumento en España para saber la hora, confirmándose que era verdad lo que desde la niñez habia aprendido, a saber: que por el movimiento del pulso y la virtud oculta de alguna constelación se daban aquellos golpes en las paredes del vaso.

Cuando con más edad y ciencia fué llamado a Roma para enseñar allí Teología y llegó a las fronteras italianas, donde perfectamente él sabía que se usaba el horario so-

lar, quiso conocer la hora que era, y para ello suspendió el peso del hilo, como acostumbraba.

Mas entonces el número de golpes no correspondió a la hora española, sino a la italiana, de suerte que, por ejemplo, el día del equinoccio, hacia el 22 de septiembre o 21 de marzo, al salir el sol, dió doce golpes, en vez de seis, que debía haber dado según la hora española.

Esto lo llenó de admiración, y concluyó de ello que aquel artificio era supersticioso, pues en lugares tan próximos y estando todavia el experimentador al otro lado de los mismos montes, no era razonable que el pulso de la arteria de los dedos ni estrella alguna produjese tal mudanza.

Porque si los golpes destinados a indicar las horas se producen por el hilo aquél tan exactamente según los diversos modos de contar, claro está que esto no es por obra de la Naturaleza, que ésta siempre obraría de la misma manera, sino de otra fuerza o virtud distinta, que no puede ser otra que un pacto con el demonio (2).

El discurso nos parece de perlas, pero no nos convence lo más mínimo. Algunas veces he oído contar que un sabio profesor de Química de la Universidad Central, en el curso

---

(2) Véase Tamburini, *Theologia moralis*, lib. 2, capítulo 6, n. 37.

de la explicación, quiso hacer una experiencia delante de sus alumnos.

Tomó, pues, el reactivo necesario y anunció de antemano el color del precipitado que iba a formarse. Mas, en vez del rojo sangre por él anunciado, se le formó un precioso color azul.

Mi buen profesor no se turbó lo más mínimo, y bien que, en efecto, la explicación que luego dió del fenómeno fuese verdadera, bien que quisiese salir del paso y ocultar su error, comenzó a traer razones y a llenar la pizarra de fórmulas químicas para probar que, en efecto, en aquel caso no era el color rojo, sino el azul el que debía formarse. Mas entonces uno de los discipulos:

—Doctor—le dijo—, si es que se ha equivocado usted y ha tomado un reactivo por otro.

Algo así pasa, a juicio de no pocos, en el caso presente o en otros similares. Presupuesta la realidad de los hechos aducidos, el razonamiento fluye, pero creen sinceramente que el autor o autores que los describen han equivocado los reactivos, y en vez de ver cómo el experimentador movía inconscientemente el anillo o la piedrecita de marras, de suerte que aquélla diera los golpes convenientes, y no más ni menos, creen que la experiencia se lleva a cabo por obra del diablo o por un influjo misterioso y desconocido. Se dirá que esto es violentar la narración, que

el autor confiesa haber él practicado la experiencia de averiguar la hora que era por medio del péndulo, y que la había realizado muchas veces con feliz éxito.

A esto responden los que no creen en semejantes procedimientos que la experiencia y el raciocinio están en contra de tales asertos; y que puesto que los que en ellos creen no hablan de un caso aislado, sino de un hecho que se repetía cuantas veces se intentaba (atribuyéndolo, por cierto, a causas superiores), respondan por qué ahora no se verifica y se verifica lo contrario, es decir, que el anillo o no se mueve para indicar la hora, como no puede menos de suceder, según los principios de la Física, o no se mueve ajustándose a la hora exacta.

Y respondan, asimismo, por qué afirman otros varones serios y doctos de aquel tiempo que la mujer menstruada corrompe los peces y carnes que toca, según veremos en el capítulo siguiente, cómo les consta que los maderos se pudren si se cortan en ciertos dias de la luna, y cómo del influjo de los astros se puede conjeturar la inclinación de un recién nacido o hacer otro tanto con un hombre cualquiera, sirviéndose de las líneas de su mano. Y si en estas cosas que a esos varones tan serios les constaban se equivocaron, razón tenemos para creer que pudieron también equivocarse en otras de la misma índole. No es, pues, imprudencia ninguna

rechazar sus afirmaciones cuando se tiene razón para dejarlas a un lado.

Yo supongo que ninguno de mis lectores acude nunca a semejantes procedimientos para saber la hora. Pero si algunos lo hicieran y les diera resultado, la explicación sería muy sencilla. Son ellos los que, inconsciente o conscientemente, según los casos, mueven el péndulo para que marque la hora exacta. Y si no da resultado es porque ese experimento no sirve para lo que se quiere usar.

Pero jamás se me ocurrirá poner un demonio para explicar el movimiento pendular siempre que uno quiera experimentarlo. El demonio tiene otras cosas que hacer, y Dios no le permite intervenir de esa manera sensible en la vida de los hombres, al menos con la frecuencia con que se supone en la historia antes narrada o en otras similares. La verdadera prudencia no consiste en admitir las historias más inverosímiles, sino muchas veces en negarlas, aunque las afirme un varón que parece probo y erudito.

Siguiendo nuestra natural inclinación, hubiéramos hablado más duramente acerca de muchos de los fenómenos del péndulo o de la varita mágica; pero, acomodándonos al parecer de quienes tenían que revisar y dar por bueno lo escrito, hemos usado un lenguaje más moderado.

No tenemos noticia de que ningún tribunal civil conceda a un ciudadano el derecho

a usar de ciertos bienes fundado en que ha muerto el propietario que se los dejaba en testamento, y que esa muerte es cierta, según consta por los experimentos de uno o varios zahoríes.

Ningún tribunal eclesiástico pensó nunca en conceder permiso para contraer matrimonio a una mujer casada fundándose en que su marido ha muerto en la guerra, según consta por esa misma clase de experimentos.

Los Gobiernos y los jefes de los ejércitos se enteran de los objetivos militares de una nación enemiga, o del lugar donde tienen su cuartel general, por medio de espias, que para cumplir con su oficio ponen en peligro su vida; y no por medio de zahoríes provistos de péndulos suspendidos sobre un mapa, aunque este último método sería mucho más económico y carecería de todo peligro.

CAPÍTULO ONCE

MAGOS BENÉFICOS Y MALÉFICOS

La significación de la palabra maleficio es clara si se contrapone a su correlativa beneficio. Esta indica un favor que prestamos a otro, sobre todo en el orden material, por ejemplo, una colocación, una ayuda económica, una limosna, comida o alojamiento. Maleficio, por el contrario, es una acción dañosa para el prójimo en ese mismo orden de cosas.

Dañar a otros parece la ocupación de muchos hombres, y lo es, en realidad, del demonio. Si muchos daños no se causan es porque no pueden llevarlos a cabo aquellos que quieren producirlos. Si pudieran realizarlos sin ser ellos descubiertos, sin que se sospechase siquiera quiénes habían sido los causantes, cuántos asesinatos más de los que ahora hay había de haber sobre la tierra; cuántos incendios, enfermedades, robos y demás fechorias habian de causarse a aquellos a quienes no sólo no se quiere bien, sino que se quiere positivamente mal.

Pues he aquí lo que ha pretendido la magia en todo tiempo, bien que sin conseguirlo nunca. ¿Se quería hacer daño a una persona o producirle incluso la muerte? Pues el asunto era muy sencillo. Se escribía su nombre en una tablilla y se arrojaba al fuego. Con esto se podía estar seguro que moriría abrasada o se quemarían sus mieses y sus ganados. Es decir, seguro no se estaba de ello ni mucho menos. Se expresaba simplemente el deseo de que eso le sucediera, y se desahogaba en parte el disgusto de no poder realizarlo.

Otras veces se hacía una estatuilla de cera o de barro que representaba con más o menos fidelidad al personaje a quien se quería hacer daño, y, una vez hecha, a falta de armas de fuego, que entonces aún no existían, se la atravesaba con un puñal o se la cosía a alfilerazos. Hoy día, con medios más modernos, los hombres lo acribillarían a balazos.

Sería éste un medio muy rápido de acabar con las guerras. Hacer una estatua de Stalin, Hítler, Mussolini o de quien fuera, y de sus principales colaboradores, matarlos en efigie y evitar así la hecatombe de vidas humanas que supone una guerra moderna y las pérdidas materiales sin cuento que ocasiona. Si no se hace es porque no se puede, y si no se puede ahora, nunca se ha podido, ni con medios mágicos ni sin ellos.

Todo eso de causar enfermedades con la

mirada, de despertar en una persona el odio hacia otra pronunciando ciertas palabras misteriosas, pertenece al reino de la fantasía. Hay mil modos naturales de hacer daño a otras personas con venenos, con armas, con calumnias, con murmuraciones, con mentiras; pero no hay uno solo de hacerle daño por medios mágicos.

La prueba de esta afirmación es extraordinariamente sencilla. Si los hubiera, los hombres los usarían, las leyes los perseguirían y sabríamos todos en qué consistían. Podemos, pues, vivir tranquilos si podemos vernos libres de los daños que otros intenten causarnos por medios naturales. De los otros no hay por qué preocuparse.

La nación que es militarmente más fuerte que su presunta enemiga no vive atemorizada, y el hombre de sano entendimiento no cree en maleficios de ninguna clase. A su vez, tampoco cree en curaciones mágicas llevadas a cabo por hombres que se atribuyen poderes de excepción.

Hubo, sí, un tiempo en que, como se creyó en los maleficios de los magos, se creyó en los beneficios de los llamados saludadores a quienes se atribuía efectos admirables. Tal, por ejemplo, el de sanar a quien había sido mordido por un perro rabioso, y esto con sólo su aliento, con su saliva, con su contacto, con su olor o con su mirada

Como todas las demás aberraciones mági-

cas, tuvieron también ellos sus defensores y sus impugnadores, no sólo entre el vulgo, sino incluso entre personas conspicuas. Los defensores alegaban siempre las dos consabidas razones: la posibilidad de tales fenómenos y el testimonio de varones probos que no los rechazaban.

Los menos amigos o los impugnadores de aquéllos afirmaban que debían ser examinados muy bien antes de que se les permitiese hacer curaciones de ninguna clase, pues el mismo modo de llevarlas a cabo las hacía sumamente sospechosas.

Requerían, en efecto, para ello beber ellos mismos primero gran cantidad de vino, lo cual a unos les parecía un procedimiento absurdo, mientras otros lo defendían diciendo que el poder de los saludadores podía provenir de un grupo o constelación de estrellas y juntamente de la complexión natural del mago, y estar esta última tanto más dispuesta a recibir el influjo celeste ¡cuanto era mayor la cantidad de vino ingerido!

Cuando, para curar a quien había sido mordido por un perro rabioso, mordían los saludadores un trozo de pan y luego se lo daban al enfermo, sus admiradores no veían en ello dificultad ninguna. Es posible, así discurrían ellos, que al contacto de los dientes o boca del saludador adquiera el pan mordido por él virtud curativa.

Esos mismos saludadores tenían además

otras propiedades mágicas. Uno menos experto carecía de todo poder, si se encontraba en presencia de otro más poderoso. Saludaban ellos mismos al pan y afirmaban que, hecho eso, servía de medicina contra la rabia; y también que si dos saludadores se encontraban se conocían aunque antes nunca se hubiesen visto.

El hijo séptimo de cualquiera de ellos tenía los mismos poderes que su padre si los seis hermanos nacidos antes que él habían sido todos varones.

Para curar las enfermedades se servían de palabras sagradas y misteriosas, y para acabar con ciertos enfermos como los atacados de rabia, y también con algunos moribundos, se servían de su propio aliento o saliva y quitaban la vida a los primeros para que no contagiasen a otros con su rabia y a los segundos para que no se prolongasen sus sufrimientos.

Como digno remate o corona de sus virtudes o poderes, se nos informa asimismo que, por lo general, llevaban una vida perversa, y esto es, tal vez, lo único que hay de verosímil entre tal cúmulo de supercherías.

Si los magos maléficos suscitaban el odio de ciertas personas hacia otras, los benéficos despertaban, por el contrario, el amor, sirviéndose de sus filtros, es decir, no de un aparato para filtrar líquidos, sino de un condimento o preparado cualquiera, o simple-

mente de una bebida que ellos decían producía el amor. La palabra filtro usada en ese sentido se deriva de otra griega que significa *querer*, o tiene, al menos, con ella cierto parentesco o semejanza.

A la misma familia de los ya descritos pertenecen otros grupos de magos, como los fascinadores, encantadores y otros varios.

Fascinación es sinónimo de engaño o alucinación, y aplicada esa palabra a los magos significa la acción por la cual, valiéndose sólo de su mirada o también de ella y otros medios, producen efectos maravillosos en otras personas, para bien o para mal de las mismas.

Autores de nombradía se preguntaban en tiempos pasados si era posible que por medios naturales un hombre fascinara a otro. A esto respondían lo siguiente: Con sola la mirada es imposible fascinar a nadie, si no interviene un pacto con el demonio.

El acto de mirar a otro no es una acción que emita radiaciones algunas hacia él como las emite un foco de luz a él dirigido, sino es más bien la recepción en los ojos del que mira, de las radiaciones que emite el objeto a que se dirige la vista, como el acto de oler una flor equivale a recibir las partículas olorosas que de ella se desprenden.

Por consiguiente, si algunos hacen daño con sola su mirada (si producen el mal de ojo) hay que atribuirlo a manejos diabólicos.

Esos pactos los hacen los magos maléficos para llenar de odio o de lujuria a quienes miran iracunda o libidinosamente.

Pero esos mismos autores añaden que hay cierta virtud natural de fascinar, y ésta consiste en que de los ojos, narices, boca y otros orificios del cuerpo del mago salen miasmas o exhalaciones venenosas que emponzoñan el aire cercano, las personas, los animales y las plantas. Esto se pone de manifiesto, nos dicen, en el basilisco, la mujer menstruada y otros seres, los cuales con su solo contacto hacen que se pudran los peces y la carne *(solo contactu carnes et pisces putrefaciunt)*. Eso proviene de que las cualidades infecciosas de quien mira o toca emiten exhalaciones venenosas, lo cual, sin embargo, no es propiamente fascinación, sino infección o contagio.

¿Es posible que hombres de talento y virtud creyeran tan fácilmente en esas ficticias propiedades del basilisco o de la mujer menstruada? (1). Porque ellos dan la cosa como averiguada, y ciertamente el basilisco es un animal ficticio o fabuloso que mataba con la mirada, y eso no podían ellos, por tanto, comprobarlo, pero la mujer menstruada la tenian al alcance de la mano para poder

---

(1) Véase Salmanticenses, *Compendium Morale*, tratado 10, De primo Decalogi praecepto, cap. 3, punt. 8, n. 135; y *Theolog. Moralis*, De praeceptis Decalogi, tratado 21, cap. 11, punt. 9, núms. 120 y 134, donde se exponen ésas y otras maravillas.

persuadirse al instante de que su contacto a nadie emponzoñaba.

No es menos de maravillar lo que nos cuentan del toro amansado por cierto tiempo el día de S. Marcos. En algunas ciudades de estas diócesis de Salamanca y Ciudad Rodrigo, nos dicen, prevaleció desde muy antiguo la costumbre de que los cofrades de la Hermandad fundada en honor de S. Marcos vayan a una vacada, y el prefecto de la Hermandad, descubierta la cabeza, en el nombre de Dios y de S. Marcos, llame a un toro bastante bravo para que venga con él a asistir a los divinos oficios.

¡Cosa admirable! Olvidado en seguida de su nativa ferocidad, deja las vacas, obedece como una oveja al que lo llama y sigue a los que van delante, hasta que entra en la ciudad y en la Iglesia. Lo recibe una turba alegre de niños y muchachas, le tocan las espaldas, le adornan los cuernos con flores y le ponen velas encendidas. Está manso junto al altar del templo hasta que se le deja ir, acabados los oficios divinos, y se le manda que se retire; y entonces, recobrada la antigua ferocidad, vuelve precipitadamente a los pastos ordinarios. Este amansamiento del toro el día de S. Marcos es cosa tan clara, que toda España es testigo de vista (2).

---

(2) Así los Salmanticenses en su *Teología Moral*, De praeceptis Decalogi, trat. 21, cap. 11, punt. 12, n. 193.

Luego discuten si ese amansamiento es milagroso o supersticioso, para acabar que es ilícito y supersticioso. Pero el hecho lo dan por supuesto y por conocido por todos en España, aunque más tarde nos dicen que los inquisidores, según ellos creen, *haec penitus ignorare* (desconocen enteramente todo eso) (3).

¿Es posible, preguntamos nosotros, que hechos tan portentosos, de ser verídicos, los conocieran todos en España y los ignoraran precisamente los inquisidores? ¿Nadie se los contaba ni siquiera en conversaciones particulares, ni ellos tampoco tuvieron nunca ocasión de verlos?

Afortunadamente para nosotros, muchas especies de magos se han debido ir a vivir a otros planetas, porque modernamente nadie les hace caso, y a este número pertenecen los benéficos y los maléficos de que hemos ya tratado, los fascinadores y los encantadores.

Esta última palabra tiene indudablemente cierta relación con el canto o la música. Como los encantadores de serpientes se sirven o pretenden servirse de la música para manejarlas más fácilmente, así ciertos magos o hechiceros, que todo es uno, se servían del canto o de ciertas fórmulas o palabras misteriosas para hacer creer que por medio de

---

(3) Allí mismo, n. 197 al fin.

ellas producían efectos suprasensibles en los hombres o en las demás criaturas.

Como antes indicamos, mucho de esto ha sido ya superado entre las naciones cultas, y ha quedado como patrimonio de las más atrasadas la creencia en los hechiceros o personas dotadas de propiedades sobrehumanas. *Hechicero* y *hechizo* son dos palabras que vienen de una latina que podríamos traducir por *artificio* o *artimaña,* conservándoles su sabor original. Eso es un hechicero, un hombre que con manipulaciones engañosas, como gestos, figuras o contorsiones, pretende realizar curaciones maravillosas o producir daños para cuya realización no bastan las fuerzas naturales En otras palabras: los hechiceros entran de lleno en la categoría de los magos. Pero si en las naciones más cultas no se cree en hechiceros ni en magos benéficos o maléficos, también hay a veces gentes que toman en serio supercherías no menos ridículas.

Nosotros hemos sido testigos de cómo para curar a un animal enfermo se recomendaba ponerle encima los pantalones de un medio, como ellos lo llamaban, es decir, de un mellizo. Si eso podían hacer los pantalones de un mellizo, ¿qué no hubieran hecho los de una quintilliza de nuestros dias? ¿Es posible que se admitan semejantes ridiculeces?

Es posible y es un hecho real, y ello nace de los dos principios más arriba menciona-

dos. El hombre tiene una tendencia muy fuerte hacia lo que es superior a las fuerzas suprasensibles y una credulidad muy marcada para lo maravilloso.

A estos dos principios se junta, en el caso de los enfermos, el deseo casi irrefrenable en algunos de ellos de procurar la salud por cuantos medios se le proponen como aptos para alcanzarla, sin pararse a examinar la inverosimilitud o incluso lo absurdo e irreal de muchos de esos procedimientos. Pero dejemos ya a los magos maléficos y benéficos, y pasemos a ocuparnos de otros no menos interesantes ni menos frecuentes a lo largo de la historia. Son éstos los adivinos.

CAPÍTULO DOCE

MAGOS ADIVINOS. ASTROLOGIA

Paseábame un día tranquilamente por una plaza de la parte alta de Lisboa. Un portugués ya anciano se me acercó al ver mi traje eclesiástico y me preguntó cuántos azotes había recibido nuestro Señor en la Pasión.

—La verdad es que no lo sé—le respondí sin rodeos—. Los judíos solian dar treinta y nueve, pero al Salvador lo azotó la autoridad romana.

—¡Treinta y nueve!, ¿no son cinco mil y tantos?—me preguntó de nuevo.

—¡Ah, bien!—le respondí, viendo a donde apuntaba—. Hay algunas revelaciones privadas que se dice haber hecho Dios a algunos santos, en las que se habla de cinco mil y más golpes; pero eso no ofrece garantías suficientes de veracidad. Pero, en fin, ¿para qué quiere usted saber ese número?

—Para jugar a la lotería en él—me respondió.

—¡Ah!, pues esté usted seguro que no le toca—le dije.

—¿Por qué?—preguntó.

—Porque eso no tiene nada que ver con el número que salga premiado—le repliqué.

Y el buen hombre se alejó, más desilusionado que convencido. Él hubiera preferido que yo le hubiera dado el número exacto de azotes que recibió el Salvador, con lo cual esperaba adivinar el número que saldría premiado en la próxima lotería.

¡Adivinar lo futuro! He aquí el blanco a que han tendido y tienden aún muchas personas, y esto con fuerza muy notable, sin dar, sin embargo, nunca en él ni con magos ni sin magos. Han querido adivinar lo futuro observando los astros, el vuelo o canto de las aves, las entrañas de los animales, las líneas de la mano, los monstruos, los casos fortuitos, los sueños, los naipes u otros utensilios de juego y las palabras de ciertas personas que se suponían movidas por una fuerza sobrehumana.

Hace aproximadamente unos dos mil años que escribió Cicerón, el gran filósofo y orador romano, un par de libros acerca de la adivinación tal y cual en su tiempo se conocía y se practicaba. Lo que él escribió en dos libritos no muy voluminosos, pero sí muy interesantes y densos de contenido, trataremos nosotros de darlo como en resumen en un solo capítulo. Diríase que somete su tema a un juicio contradictorio, ya que en el primero de los libros introduce a su hermano

Quinto, defendiendo la práctica de la adivinación, y en el segundo responde a los argumentos aducidos por él.

Los griegos llamaban a este arte *mántica*, palabra deducida de manía, furor, locura, inspiración; y los romanos, *adivinación*, es decir, algo propio de los dioses, algo *divino*. En ambos casos, la facultad de adivinar se atribuye a una fuerza o propiedad extraordinaria o sobrehumana.

Comienza, pues, el hermano de Cicerón diciendo que no hay naciones ningunas ni ciudades que no hagan caso de lo que dicen los adivinos. De éstos unos observan las entrañas de los animales o los que de éstos nacen monstruosos; otros, los relámpagos y los rayos; otros, el vuelo de las aves; otros, el resultado confiado a las suertes. Todo esto entra en lo que se ha llamado adivinación artificial. Pero al lado de estos fenómenos hay otros que constituyen la adivinación natural, y son los sueños y los vaticinios, pronunciados estos últimos por aquel que se siente como inspirado y movido a hacerlos.

«No me vengas, dice a Cicerón su hermano, con que muchas veces resultan enteramente falsas tales adivinaciones. Eso es cosa que sucede en todas las artes que son opinables, como en la guerra, la navegación o la meteorologia. Pero es cierto que muchas predicciones han resultado verdaderas, a no ser que queramos negar todo crédito a lo

que nos cuentan las historias de las naciones o de las ciudades.

Yo, por mi parte, juzgo muy oportuno dividir la adivinación en dos clases: la natural y la artificial; una, que se aprende con el arte; otra, que procede de la naturaleza. Esta última no está sujeta a conjeturas, raciocinios u observaciones precedentes, sino que anuncia lo que va a venir porque así lo presiente un ánimo inspirado, y a ella pertenecen los vaticinios hechos por los que son oráculos, digamos por oficio, por lo que se ha visto en sueños o por los que en un momento dado se sienten arrebatados del furor profético.

La otra adivinación se guía por ciertas reglas preestablecidas que se contienen en los libros a ella dedicados. Sin embargo, nada impide que pueda también hacerse una predicción tomando pie de algo ocurrido recientemente, aunque no conste en las obras citadas. Estas últimas son los llamados *libros de los vaticinios, de los truenos, de los rayos* y *de los agoreros*.

Contra esta predicción de lo futuro, la única consideración de peso que se trae es que no se puede dar una razón plausible que explique el porqué o el cómo de la adivinación. Pero aquí no tratamos, dice el hermano de Cicerón, de cómo hay que explicar los hechos, sino de si se dan o no se dan en realidad. Ahora bien: en que se dan están de

acuerdo los filósofos más autorizados, la vida ordinaria de los ciudadanos que se rige por esas prácticas y lo que la historia de los tiempos antiguos nos refiere. Por lo que hace al origen de dónde procede la adivinación, ésta hay que atribuirla a Dios, a una fuerza ciega superior a nosotros o a la misma naturaleza de las cosas.»

A todo esto responde Cicerón que si hay filósofos que acepten la adivinación, hay también quienes la niegan, y que no hay cosa tan absurda que no la diga alguno de los filósofos (1).

Pasa luego a refutar todos y cada uno de los argumentos de su hermano, para concluir que hay, sí, que defender y propagar la religión, pero que hay que acabar con todas las supersticiones que se han adueñado de los ánimos de casi todos los hombres, tomando pie de su credulidad. Si muchos pueblos creen en la adivinación es porque el no saber es propio de muchos.

Resumidos así los dos libros, parecen enteramente áridos; en cambio, leidos en su original, tienen con frecuencia el atractivo de una interesante novela escrita por un autor de relevantes méritos, a causa de los numerosos ejemplos que se citan y las atinadas observaciones que se hacen. Escoge-

---

(1) *Nescio quomodo nihil tam absurde dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum. De Div.*, libro 2, cap. 58.

remos ahora nosotros lo que más oportuno nos parezca de los unos y de las otras, dejando a un lado la mayor parte para no alargarnos demasiado, aunque añadiendo de cuando en cuando algunas consideraciones que nos parezcan a propósito.

Bueno será advertir ya desde un principio que el mismo Cicerón pertenecia al colegio de los augures de Roma, y que tenía que presentarse con su insignia o bastón con empuñadura curva en las solemnidades de oficio, porque con uno parecido había marcado el fundador de Roma las diversas partes de la ciudad. Conocía, pues, los libros por los que se regía el arte de la adivinación en su tiempo. Todo esto lo confiesa y reconoce él en estos dos libritos.

Con esto pasemos a explicar, siquiera brevemente, los métodos principales de que los antiguos se servían para adivinar o para fingir que adivinaban. Uno de ellos, y ciertamente de los más en uso, era

La observancia de las aves.

Unos pueblos se servian de unas para sus augurios y otros de otras diversas. En general, se puede decir que si volaban del lado derecho del observador era buena señal, y adversa si del izquierdo. Si pasaban delante de él y se posaban en un sitio ameno, podría

tomarse por señal de buen augurio, y de malo en caso contrario.

Parece mentira que las gentes tomaran en serio tales cosas. pero es una realidad, y, claro, a veces sucedía que los tales vaticinios salían acertados y que otras muchas veces salían falsos, como no podía menos de suceder. Así, se cuenta que el rey Deyótaro interrumpió un viaje ya comenzado avisado por un águila, y que luego se enteró de que se había hundido el local donde debía él encontrarse aquella noche, caso de haber continuado su viaje.

Sin embargo, los mismos augurios le aconsejaron que favoreciese a Pompeyo contra César. En esto se equivocaron de medio a medio, porque luego que César obtuvo la victoria, le privó del reino y le hizo pagar una fuerte suma. Bien es verdad que los que creían en los augurios soltaban fácilmente la dificultad. César ha vencido a Pompeyo, decían, pero el consejo de ayudar a este último fué muy acertado, porque de esa suerte defendió Deyótaro la dignidad de la república y del senado, y la misma libertad.

En resumidas cuentas, que si le hubiesen aconsejado que uniese sus fuerzas a las de César habrían acertado, porque este último fué el vencedor, y si le aconsejaban, como de hecho le aconsejaron, que siguiese a Pompeyo, también eso fué acertado. Ahora bien: cualquiera ve que un augurio que resulta

acertado, lo mismo si anuncia una cosa que su contraria, en realidad no anuncia ni vaticina nada.

Encontrábanse dos bandos en guerra, y se preguntó al adivino cuál de ellos vencería. El adivino señaló a uno de ellos como vencedor, fundado en que los gallos habían cantado, y estos animales cantan si son vencedores, y no si son vencidos. El argumento, como se ve, tiene una fuerza demostrativa enorme. Los gallos cantan en todas partes y todos los días, sin que eso anuncie derrotas ni victorias para nadie.

«Nosotros, los augures, dice Cicerón (2,33) no predecimos nada apoyados en el canto de las aves ni en la observancia de signos ningunos; pero porque el vulgo así lo cree y porque ello es de gran utilidad para la república, se conservan esos usos, cultos. disciplina, derecho y colegio augural.» ¿Y cómo podía creer Cicerón en tales supercherías, cuando él mismo veia que tales augurios eran no espontáneos, sino provocados?

Se tenía, por ejemplo, por buen augurio que las aves al comer dejasen caer de su pico al suelo cierta cantidad de alimento. Pues bien: para que el augurio favorable no fallase cuando se tenía interés en ello, se traian pollos, a los que se tenía muertos de hambre, y se les daba entonces a comer una masa blanda de harina.

Los pollos, naturalmente, se lanzaban a

ella con avidez, y tratándose de un alimento con poca cohesión, una buena cantidad caía del pico al suelo. ¡Augurio indudablemente feliz! ¿Quién podía creer en él, aunque fuese del colegio de los augures?

En cierta ocasión se hizo un augurio para saber si convendria dar la batalla. El augur respondió que ésta debía diferirse.

—Y si tampoco más tarde los pollos quieren comer, ¿qué haremos?—insistió el general Flaminio.

—Descansar—respondió el augur.

—Magnifico modo de vaticinar—replicó el general—. Si los pollos tienen hambre se puede luchar y vencer; si no, no.

Ordena al ejército que se ponga en marcha, pero el abanderado no puede mover la insignia del lugar en que está colocada ni otros que después de él lo intentan. Se le avisa al general, que despreció como solía tales avisos. El resultado fué que a las tres horas estaba derrotado su ejército. Pero resultó también que ya en tiempo de Cicerón, los generales hacian muchas veces caso omiso de los augurios, y para no verlos se cubrian la cabeza. Así no se les podia decir que no los había tomado en consideración cuando eran desfavorables.

Dos cónsules que el mismo Cicerón cita se hicieron a la vela con malos auspicios. El pueblo condenó a uno de ellos y el otro se quitó él mismo la vida. Flaminio desobedeció

y pereció con su ejército, pero al año siguiente Paulo obedecía y perecía también con sus tropas en la batalla de Canas.

Lo que se hacía con las aves, se hacía con más solemnidad con las *entrañas de las víctimas* de muchos animales, observando el hígado, los pulmones y el corazón. Se asignaba una parte a quien consultaba y otra a sus contrarios, cuando los había. Si en la parte asignada al consultor se encontraba algún defecto, mal augurio para él; si estaba en perfecto estado, era buena señal.

La víspera de la muerte de César se sacrificó un hermoso toro y se halló que no tenia corazón. ¿Podía darse augurio más horrendo? Claro está que si no tenía corazón no hubiera podido sacrificarse, porque no hubiera podido vivir.

Los relámpagos eran favorables si se daban a la izquierda, y desfavorables si a la derecha. Pero, como no hay regla sin excepción, se hacía lo contrario al tratar de reunir al pueblo para que diera su voto en los asuntos que le competian.

Entre los *hechos portentosos* cita Quinto el parto de una mula. Cicerón responde simplemente, lo mismo a ese hecho que a otros parecidos, que si era imposible no se verificó, y si pudo verificarse no hay por qué admi-

rarse, sino reconocer nuestra ignorancia, que es la causa de que nos admiremos.

Querer resolver un asunto y adivinar su buen resultado *echando a suertes* sobre ello por medio de los dados u otro medio cualquiera no conduce a nada, ni tampoco querer deducir de un hecho fortuito otro que no tiene con él más relación que la del *puro nombre* u otro igualmente insignificante. A esto último lo llamaban los latinos *omen*, que es lo mismo que presagio o vaticinio. Dos ejemplos ilustrarán mejor este punto que otras muchas consideraciones.

Teniendo que guerrear el cónsul Paulo con el rey Perse, acaeció que ese mismo día, al volver a casa y besar a su hija Tercia, muy pequeñita todavía, la encontró llena de tristeza.

—¿Qué tienes, Tercia mía?—le dijo su padre—. ¿Por qué estás triste?

—Papá — respondió ella —, «Perse» ha muerto.

Y él, abrazándola estrechamente,

—Acepto, hija mia—le dijo—este presagio.

Lo que habia muerto era un perrito que se llamaba «Perse», pero el padre de Tercia lo tomó como un buen augurio de su victoria sobre el rey que llevaba ese nombre.

Quería Cecília Metela colocar a la hija de su hermano en matrimonio. Salió, pues, de su casa y se metió en una capilla para buscar un presagio, como era costumbre ha-

cerlo. Cecilia estaba sentada en una silla y su sobrina se mantenía en pie. Largo rato pasó sin que el presagio se vislumbrara por parte ninguna. De repente, la sobrina, ya cansada, pidió a su tia que la dejara descansar un poquito en su silla, a lo cual respondió: «Si, te cedo mi puesto.» Aquí iba a estar el presagio buscado. Tras breve tiempo murió Cecilia, y su sobrina se casó con el que había sido su marido.

¿Qué decir a todo esto? Como historias anecdóticas están estupendamente. Que pudo muy bien suceder lo que en ellas se narra, desde luego. Querer sacar de los hechos narrados un vaticinio de lo que después sucedió, es ír más lejos de lo que la razón autoriza.

Narremos ahora lo que acaeció con motivo de cierta respuesta dada por los arúspices consultados por el senado. Acusado por Clodio con motivo de aquélla, Cicerón se defendió brillantemente, como puede verse no en los dos libros que ahora reseñamos, sino en su discurso *Sobre las respuestas de los arúspices*.

El año 697 de la fundación de Roma (2), siendo cónsules Cneo Cornelio Léntulo y Marco Felipe, sucedieron cosas extrañas alrededor del mes de mayo, según refiere Dío

---

(2) Cicerón, *Opera omnia,* edición de Turín, t. 8, página 347 y sigs.

Casio. En el monte Albano, una capilla dedicada a Juno y orientada hacia el sol naciente, se cambió hacia el septentrión, apareció un meteoro luminoso que se extendia de sur a norte, entró un lobo en la ciudad, hubo un terremoto, algunos perecieron heridos por el rayo, y en el agro latino se oyó bajo la tierra ruido acompañado de bramidos.

Queriendo los arúspices poner remedio y aplacar a los dioses ofendidos, explicaron que una divinidad se airaba, porque se quería construir un edificio profano, una vivienda, en un sitio sagrado y dedicado al culto.

Clodio atacó con vehemencia a Cicerón, culpándole de edificar en el área consagrada a la Libertad, y trató de echar abajo lo hecho por aquél. Hasta aquí lo que refiere Dío Casio. Pero, ¿qué es lo que en concreto respondieron los arúspices al senado, que los había consultado acerca de aquellos sucesos?

Que había que aplacar a Júpiter, Saturno y Neptuno, a la Tierra y a los dioses del cielo; que los juegos (públicos) no se habían celebrado con el cuidado debido y se habían profanado; que ciertos lugares sagrados y religiosos no eran tenidos como tales; que ciertos oradores habían sido muertos, que la fidelidad y el juramento habían sido menospreciados, y que antiguos y ocultos sacrificios (no patentes a los ojos de todos) no se habían hecho diligentemente y habían sido manchados con profanaciones. Los dioses in-

mortales prevenían, pues, que por la discordia y desunión de los nobles no fueran a venir desgracias y muertes sobre los padres de la patria, ni fueran a decaer faltos del auxilio debido, ni se fueran a tributar honores a los malvados a quienes el pueblo había rechazado.

Clodio, enemigo de Cicerón, dijo que los arúspices, al decir que algunos lugares sagrados se profanaban, se referian a la casa de Cicerón, que el mismo Clodio había consagrado a la Libertad. Cicerón se convirtió de acusado en acusador, refutando lo afirmado por Clodio, y explicando lo dicho por los agoreros como si hubiera sido dirigido contra su enemigo.

En resumidas cuentas, y dado por supuesto que se hubieran dado algunos sucesos extraordinarios de los narrados por Casio, podemos imaginar que los arúspices se reunirían, observarían las entrañas de las víctimas, cumplirían con fidelidad los demás ritos y ceremonias, se reunirían luego los más conspicuos en consulta, y como resultado de ella dieron finalmente aquella respuesta que les pareció más adecuada, haciendo caso omiso de las víctimas y procurando no concretar en cuanto a personas determinadas.

Cualquier predicador de nuestros días podría, después de haber ocurrido grandes desgracias nacionales, echar la culpa a que se profanaban los días sagrados, se cometían

muchas inmoralidades en las playas, se blasfemaba el nombre de Dios, se violaba la santidad del matrimonio, no se cumplían fielmente los contratos y habia quienes se enriquecían desmesuradamente, mientras muchos gemían en la miseria y desnudez. Algo parecido fué, pues, lo que respondieron los arúspices en la mencionada ocasión, y que fué lo que dió motivo a Cicerón para su discurso.

Con esto damos por brevemente explicados los vaticinios deducidos de la observancia de las aves, las entrañas de los animales sacrificados, los rayos o terremotos y ciertas palabras o hechos casuales, a los que se pretende dar una significación profética.

Pasemos ahora a otro muy particular y muy en boga en tiempos antiguos, y que, dando tumbos y coletazos, persiste aún en nuestros días. Este no es otro que la predicción por los astros, o, en términos más modernos,

La Astrología.

Antiguamente, Astronomia y Astrología marcharon juntas durante mucho tiempo, y algo semejante puede decirse de las Matemáticas. No que a los astrólogos se les llamara astrónomos, sino que aquéllos estudiaban en parte lo mismo que estudia hoy la Astronomía, es decir, el movimiento y propiedades de los astros.

Pero desde los tiempos más remotos de que tenemos noticia, los que se dedicaron a la observación del cielo comenzaron a atribuir a los cuerpos celestes cierto influjo sobre los hombres y a querer determinar y predecir de antemano su carácter por la posición que aquéllos ocupaban en el momento de venir los hombres al mundo.

Dado el lugar importante que los números ocupaban y ocupan hoy en cuantos se dedican a la observación de los astros, se les denominó también matemáticos, de suerte que tanto esta última palabra como astrólogos, magos y caldeos vienen con frecuencia a significar lo mismo en ciertos escritores antiguos.

Magos, según ya antes indicamos, al hablar de la magia, significaría notables y grandes; caldeos se los llamaba por la región en que abundaban o de donde se creían originarios; matemáticos, porque una gran parte de su actividad la consumian haciendo números y cálculos, y astrólogos, por ocuparse de los astros. Esta última ocupación no estaria en sus comienzos adulterada con el pretendido influjo de los cuerpos celestes sobre los hombres, sino que se estudiaría la Astronomía desligada de él, como se la estudia en nuestros días.

Pero, sea por lo restringido de su campo en los tiempos antiguos, en que no habiendo telescopios, fotografías, espectroscopios, ante-

ojos de paso ni cronómetros, se reducían los estudios astronómicos a un campo relativamente pequeño; sea por cierta inclinación a atribuir a los cuerpos y fenómenos celestes, rayos, cometas, eclipses, truenos, tempestades, etc., un origen suprasensible; sea, en fin, por lo que fuere, es un hecho cierto que relacionaron el carácter de las personas con el influjo de los astros y comenzaron a predecir lo que los hombres serían o llevarían a cabo en su vida, por los que en su nacimiento brillaban en el cielo sobre el lugar en que vinieron a este mundo.

No que todos los que se dedicaban a la Astronomía así pensaran. Cicerón cita a Eudoxio, discípulo de Platón, considerado como primera autoridad en Astronomía, según el juicio de los más doctos. El mismo Eudoxio nos dejó escrito: No hay que creer en todo a los caldeos cuando determinan y predicen las cualidades de una persona por el día en que ésta nació.

Cita también a Panecio, filósofo estoico, a Arquelao y Casandro, sumos astrónomos de la edad en que vivían, que tampoco hicieron caso ninguno de la Astrología, y a Escílas de Halicarnaso, amigo de Panecio, también distinguido astrónomo y suma autoridad gubernativa en su ciudad, que repudió todo este método de predecir de los caldeos. Ni tiene esto nada de extraño, ya que, como el mismo autor nos dice más tarde, *quotidie*

refelluntur, los hechos de cada día se encargan de refutar a los astrólogos.

Ellos vaticinaron a Pompeyo, a Craso y al mismo Julio César que no morirían sino cubiertos de gloria, en su propia casa, y ya en la vejez, de suerte que me llama la atención que haya nadie que crea a unos hombres cuyas predicciones ve que cada día son contradichas por los hechos.

Espléndido modo de argüir, incomparablemente más eficaz que el que usaban los infelices astrólogos. ¿A qué se reducían sus argumentos? A observar los astros y predecir, según su posición, el futuro. Los antiguos conocían el Sol y la Luna, la planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno y un número de estrellas inferior a cinco mil.

Sucede, en efecto, que por más que a primera vista, y dejándonos llevar de un sentimiento natural, creamos ver en una noche de cielo nitido y sin luna incontables estrellas, no vemos ni podemos ver a simple vista sino unas 2.500 en un momento dado, pues aunque las que entonces están sobre el horizonte pasan de 3.000, sin embargo, las más próximas a él no se ven, sobre todo si se trata de las menos brillantes, que son las más numerosas.

Y aunque pudiéramos ver no sólo las de la mitad del cielo, que son las que vemos, sino todas las que hay en él y son perceptibles sin auxilio de anteojos o prismáticos, no

pasarían nunca de 7.000. De todas ellas sólo unas cuantas son notables por su brillo, las de primera y segunda magnitud, bien pocas por cierto (3).

Esas estrellas las han reunido los astrónomos en diversos grupos o constelaciones, siendo doce de las más principales las que se hallan a lo largo del camino que recorren el Sol y la Luna, y que reciben el nombre de Zodiaco, es decir, agrupación de animales, porque muchas de ellas llevan el nombre de

---

(3) Según Ibérica, 2.ª época, núm. 135, hay 20 estrellas de primera magnitud, 58 de segunda, 173 de tercera, 593 de cuarta y 662 de quinta. En total, 1.506. No se ponen allí las de sexta, y de las de quinta, únicamente hasta cinco enteros exactos de magnitud, sin contar las décimas.

Rodés, en la segunda edición de *El firmamento,* página 400, da estos datos: 20 estrellas de primera magnitud, 65 de segunda, 190 de tercera, 425 de cuarta, 1.100 de quinta y 3.200 de sexta. El mismo nos advierte en ese mismo lugar que aunque la diferencia de brillo de una magnitud a otra está bien definida, puede haber discrepancia en los números señalados por diversos autores para una magnitud. Eso es debido a que la gradación o brillo de las estrellas es una cosa continua, y algunas de ellas pueden clasificarse como pertenecientes a una magnitud o a la siguiente.

Según Heis, las estrellas visibles a simple vista desde el polo Norte hasta los 35 grados de latitud Sur se dividen así: de primera magnitud, 14; de segunda, 48; de tercera, 152; de cuarta, 313; de quinta, 854, y de sexta, 2.010. En total, 3.391. En toda la esfera celeste se verían entre 6.000 y 7.000, según la vista más o menos aguda del observador. En un momento dado en que se observe el cielo, sólo podrán verse 2.000 ó 2.500, por la razón indicada en el texto de que no se ven las más próximas al horizonte, al menos si se trata de las de menor brillo, que son las más numerosas.

un animal: carnero, cangrejo, escorpión, toro, león, etc.

Pues bien: con el Sol, la Luna, los cinco planetas que además de la Tierra conocían los antiguos y que son los que conservamos en los días de la semana (4), y un número insignificante de estrellas, armaron tal catafalco los astrónomos antiguos a fin de predecir lo que un hombre sería o haria en su vida, que aún subsiste hoy, en parte mantenido por ciertos hombres, no sé si engañadores o engañados o ambas cosas a la vez.

Todo se reduce a buscar cierta analogía entre el nombre o propiedades de los astros o de las constelaciones en que se encuentran, y el personaje o personajillo a quien se quiere hacer el horóscopo o vaticinio. Un par de ejemplos ilustrarán mejor la cuestión que muchas páginas desprovistas de ellos.

Supongamos que un rey o jefe de Estado nació estando el planeta Venus en la constelación de Libra. Venus es el planeta más brillante del cielo y el astro que despide más fulgores después del Sol y la Luna. Por con-

---

(4) Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, recuerdan todavía los nombres de la Luna, Marte, Mercurio, Jove (o Júpiter) y Venus. El domingo se llamaba antiguamente día del Sol, y el sábado, día de Saturno, como se llaman aún en inglés (sunday, saturday). En español, el primero de ellos pasó a ser el día del Señor (que eso significa domingo), por haber resucitado en él Jesucristo, y el sábado retiene el nombre judio, que significa descanso, porque ése era el día festivo de la semana para los hebreos.

siguiente, un astrólogo vaticinará para él un reinado glorioso y tranquilo; glorioso por el brillo de Venus, tranquilo porque se halla en la constelación de la Libra, es decir, la balanza, que es el símbolo de la equidad y la justicia.

Supongamos ahora que un general nació hallándose Marte y Mercurio casi juntos en el cielo. Marte, por su color rojizo, indicará que hará la guerra; Mercurio, por ser el planeta que se mueve a mayor velocidad en el cielo, los éxitos fulgurantes de ese general, o tal vez que su suerte feliz se convertirá pronto en adversa, u otro cualquiera acontecimiento a gusto del astrólogo, con tal que éste busque para su explicación algún parecido entre Mercurio y lo que él quiere vaticinar al general. A esto se vienen a reducir, en sustancia, los caprichos de la Astrología, a la cual consagraron gran parte de su tiempo y su talento muchos hombres, y en la que creyeron muchos más con más o menos firmeza.

Un símbolo o credo toledano compuesto en el siglo v, y más concretamente hacia su mitad (año 477), estableció el siguiente canon o regla: «Si alguien estima que hay que creer a la Astrología o a las Matemáticas, sea anatema (sea excomulgado)» (5). Esta regla, con ser tan breve, nos demuestra dos co-

---

(5) D. 36.

sas: primera, que Matemáticas y Astrología, aun en este tiempo, se tomaban a veces como sinónimas, como lo siguieron siendo mucho más tarde; segunda, que había quienes creían aún en los magos, caldeos o astrólogos.

Un siglo más adelante, el Concilio de Braga decía así en uno de sus anatemas: «Si alguien cree que las almas de los hombres están como forzadas por un signo fatal, como afirmaron los paganos y [el español] Prisciliano, sea excomulgado.» Ese signo fatal no era otro que el de los astros, como se ve en otra variante de ese mismo canon, que dice así: «Si alguien cree que las almas y cuerpos de los hombres están constreñidos por estrellas fatales, como dijeron los paganos y Prisciliano, sea anatema» (6).

Por ser esos Concilios particulares, de suyo no tienen valor oficial en la Iglesia universal, y por haber sido ambos celebrados en la península Ibérica, se ve claro que en ella había quienes creían en la Astrologia, lo cual también resulta evidente, por haber sido el español Prisciliano uno de sus favorecedores, y por otros documentos históricos más modernos.

Lo que ya Cicerón rechazaba y habían rechazado muchos antes que él, otros muchos filósofos, fundados en que los hechos contradecían abiertamente las predicciones de

---

(6) D. 239.

los astrólogos, y en que, dada la enorme distancia de los astros, habría que ir a buscar el influjo de los seres en el nacimiento de los hombres, no en las lejanas estrellas, sino más bien en las tempestades, los vientos y las lluvias más cercanos a nosotros, eso quisieron mantenerlo y reavivarlo los magos posteriormente, tenidos como hombres eminentes y consultados por personas de consideración.

Refiriéndose a las predicciones de sequedad, de lluvia o de otros fenómenos meteorológicos que los tales hacían, se expresa así un autor: «Las publicaciones que cada año salen y que encantan a los idiotas al mismo tiempo que les vacían los bolsillos, manifiestan experimentalmente lo engañoso de tales predicciones y pronósticos» (7). Y otros escritores repetían la misma idea con estas palabras: «Las efemérides divulgadas cada año por los astrólogos no anuncian otra cosa que el saqueo de los bolsillos del vulgo» (8).

Pero al lado de estas críticas juiciosas existían las de otros autores cuyo modo de pensar nos causa hoy lástima. Varones honrados y cristianos, y sabios con los conocimientos que en su tiempo se poseían, nada

---

(7) Concina, nacido en 1687 y muerto en 1756. *Theologia Christiana Dogmatico Moralis*, tomo 3, dissert. 2.ª, De Superst., cap. 5, n. 1.

(8) Antonio de S. José, *Compendium Salmanticense Morale*, tomo 1, trat. 10, cap, 3, p. 3, n. 106.

veían de malo en que del aspecto de los astros, al nacer un hombre, se coligiese su temperamento y sus inclinaciones. Y esto aun en pleno siglo XVI.

Más aún: los más prudentes de entonces, al hablar sobre este punto, concedían que tales predicciones eran muy inciertas, pero la razón de esa incertidumbre no era el que dudasen del influjo de los astros, sino la dificultad de determinar con exactitud el punto del cielo en que aquéllos se encontraban cuando nacía la persona cuyo horóscopo se buscaba.

El aspecto que el cielo presenta, por lo que se refiere a los astros de los que se toma la conjetura, decían esos autores, es muy difícil de observar y anotar con exactitud, y siempre se mezcla algún error al tratar de determinar la posición del astro en el instante preciso del nacimiento. Ahora bien: esto es de importancia capitalísima, según los astrólogos.

El rápido movimiento del cielo es causa de que antes de que se note con precisión la posición de un astro, este último haya cambiado de lugar, y, aparte de eso, muchas veces las nubes, las lluvias, nieblas y nieves oscurecen el firmamento, y la observación se hace muy difícil o enteramente imposible.

Ni es sólo eso, sino que para acertar con el influjo del astro y medirlo más exactamente,

habria que atender, no al momento del nacimiento de un nuevo ser, sino al de su primera exlstencia en el seno materno, unos nueve meses antes. En efecto, si los astros, con su influjo, penetran en las profundidades mismas de la tierra, bien podrán penetrar en el seno de la madre y ejercer su influencia en el feto, con tanta mayor razón cuanto que entonces está más tierno y maleable. Ahora bien: el momento primero de la animación del feto es imposible de determinar.

En resumidas cuentas, tendríamos, pues, que, según esos autores, hoy en dia, en que con meses y años de anticipación se publican los anuarios astronómicos y almanaques náuticos, en los que se fijan las posiciones de los astros con exactitud, como se comprueba, por ejemplo, en el anuncio de los eclipses, contando además con cronómetros exactos y procedimientos fotográficos que registran y conservan indefinidamente el aspecto del cielo en un momento dado, y con otros muchos aparatos de precisión, averiguar el temperamento o inclinaciones de un hombre por medio de las estrellas, sería tan fácil como hallar la temperatura del aire, la humedad del mismo o el ozono que hay en la atmósfera que nos rodea.

Otros hablaban con menos decisión, pero no rechazaban totalmente la Astrologia. Fácilmente podrá un astrólogo, decía un moralista de hace varios siglos, y aquel que va

a consultarlo, librarse de superstición, si al hacer el primero sus predicciones como probables no sólo tiene en cuenta los astros, sino otras circunstancias del caso, pues conocidas, por ejemplo, la nobleza de la persona, el ingenio, sus buenas costumbres morigeradas, su índole buena y agradable y otras cualidades semejantes, luego que viese que los astros anuncian que será, por ejemplo, prelado, podrá predecir como probable que la tal persona, si se hace clérigo, vive algún tiempo en la curia romana y se instruye en las letras y artes liberales, será elegida para esa dignidad.

Y esto puede sostenerse con tanta más seguridad cuanto que veo que varones de no mediana piedad y doctrina preguntan sin escrúpulo a los astrólogos la figura que los astros tenían cuando ellos nacieron y los sucesos propios particulares, teniendo cuidado de no traspasar ni ellos ni los astrólogos los límites de seguridad que aporta el dicho conocimiento.

Hablando luego el mismo autor de los que se dejan guiar en sus acciones por los dichos de los astrólogos, añade: «Yo, a la verdad, a aquel a quien se le ha anunciado la prelatura del modo que acabo de explicar, no lo declararía reo de pecado, al menos de mortal, si quisiese ir a Roma a esperarla con alguna confianza y no con certidumbre.

Ni tampoco a aquel a quien los astrólogos

le predijeron que el año entrante correría peligro su vida en el agua si durante ese tiempo se abstuviese de navegar; ni al que los astros le anunciaron una enfermedad el año 21 de su vida por razón de sus bodas, si rechaza el celebrarlas ese año; ni a quien los mismos le anuncian un éxito feliz en un negocio, si entonces lo emprende. Pues creer estas cosas no como ciertas, sino como conjeturables, no parece que esté prohibido por ninguna ley.» Hasta aquí el autor citado (9).

El mismo S. Alfonso Ligorio, a quien se considera como príncipe de los moralistas, al tratar de la adivinación, no ve que haya culpa ninguna en que del horóscopo de uno, es decir, de la posición de los astros en el momento que uno nace, se deduzcan con alguna probabilidad su temperamento y sus inclinaciones (10).

Nosotros queremos prescindir de que haya o no haya pecado en ello (pues no escribimos ahora sobre moral), y nos contentamos con decir que creer en todos esos vaticinios o regular sus acciones conforme a ellos, hoy en dia es una ridícula puerilidad en la que no cree ningún astrónomo serio, al menos si piensa como astrónomo.

Y si esas cosas decían los que entonces

---

(9) Tamburini, *Theologia Moralis,* tomo 1, De praeceptis Decalogi, lib. 2, cap. 6, n. 18.

(10) *Theologia Moralis,* De praeceptis Decalogi, tratado 1, cap. 1, Dubium 2, n. 10.

eran tenidos por más prudentes, ¿qué no harían otros más exaltados y más partidarios de la Astrologia? Menos mal que al tratarse de actos libres que dependen de nuestra voluntad, todos los que no eran astrólogos confesaban que era inútil la observancia de los astros, porque nada en limpio se podia sacar de ella.

Hoy dia todo este cúmulo de extravagancias astrológicas está ya superado, y ningún hombre razonable y de suficiente cultura admite semejantes aberraciones. Pero sí es cierto que, medio en broma medio en serio, hay en todas las naciones quienes, sobre todo a principio de año, se ponen a hacer observaciones de ese género y a predecir los acontecimientos que en los doce próximos meses van a tener lugar. Y si las hacen es porque algunos las aceptan como indicadoras más o menos probables o seguras de lo que va a suceder. No hace mucho leíamos una acerca de Eisenhower, elegido poco tiempo hacía Presidente de los Estados Unidos, que se refería a los cuatro años de su mandato presidencial.

Juntando los astrólogos unos engaños con otros, aunque nada tuvieran que ver con los astros, se servian para sus vaticinios de *las líneas de la mano* que todos llevamos marcadas. De ellas deducian la complexión, temperamento y aptitudes naturales, y esto con tal fuerza de razones aparentes, que había

quien contradecía abiertamente a un moralista serio que rechazaba tales procedimientos.

Yendo de dislate en dislate, hacían sus predicciones observando otros miembros del cuerpo: los pies, la cabeza, la frente, los ojos. Acerca de estos últimos, decian que los pequeños indicaban envidia y los grandes estupidez, por ser los primeros semejantes a los de la mona, y los segundos a los del buey y del asno, a quienes se atribuían esos defectos antes mencionados.

Y no sólo se podían averiguar las cualidades de las personas por los medios que la Astrologia ponía en sus manos, sino también los de los animales y plantas. Estas últimas eran unas veces provechosas y otras nocivas, según que se cogían cuando estaban bajo el influjo de unos u otros astros.

Con esto damos por terminado lo que habíamos pensado decir sobre la adivinación artificial o sujeta a reglas, y pasamos a exponer brevísimamente la que Cicerón, en sus libros antes citados, llama

Adivinación natural.

Puede reducirse a dos puntos: *los sueños* y las *sibilas* u *oráculos*. De los sueños dice el mismo autor que, puesto que tantas veces soñamos, nada tiene de extraño que algunas veces se correspondan con la realidad. tanto

más cuanto que muchas veces lo que se sueña está en conexión con aquello que ardientemente anhelamos e incluso esperamos conseguir.

Los antiguos llevaban a sus enfermos a los templos de Serapis y Esculapio para que esas falsas divinidades les indicaran en sueños cómo se curarían.

De dioses que no existieron mal podrían venirles los remedios, pero nunca faltaría una persona de talento que se encargase de explicarles lo que habían soñado y de recomendarles un remedio. Si se curaban, tanto mejor; si no (como sucedía en la mayoría de los casos), tal vez no volverían más al templo para curarse, y todo quedaría en paz.

Había, pues, personas completamente indoctas y ligeras de cascos que se encargaban de interpretar lo que uno había soñado, y como no había reglas ningunas fijas, cada cual las interpretaba como mejor podía.

Cuenta Cicerón que un corredor llamado Barón pensaba presentarse en la competición de los juegos olímpicos. Parecióle ver en sueños que lo arrastraban en un coche de cuatro caballos. Levantóse, pues, y ya en la misma mañana se fué al intérprete para que se lo explicara. «Saldrás vencedor en los juegos—le dijo aquél—. La fuerza y velocidad de los caballos significan tu victoria.»

No debió quedar del todo satisfecho el consultante, y se fué a otro intérprete llamado

Antifonte. Este le respondió: «Necesariamente saldrás derrotado. ¿No ves que ya van delante de ti cuatro?», le dijo, refiriéndose a los caballos que lo arrastraban.

Ese mismo corredor dijo que había visto en sueños un águila. «La victoria es tuya —se le respondió—. No hay ave más veloz para el vuelo.» Pero el mismo Antifonte de antes le dijo: «Barón, ¿no comprendes que saldrás derrotado? Esa gran ave, yendo en persecución de las demás, va siempre en último lugar.»

Anhelaba una señora tener un hijo, y dudando si estaría encinta o no, le pareció ver en sueños que su seno estaba sellado. Consultado el caso, un intérprete le dijo que no había concebido, puesto que el estar sellado su seno significaba que no había habido mutación en él. Otro, en cambio, le dijo que había concebido, porque no se sella una cosa vacía.

Y como éstos otros muchos casos que no demuestran otra cosa sino la agudeza del intérprete para hallar una semejanza entre lo soñado y lo que ellos quieren declarar al consultante, y con la cual éste se quede más o menos satisfecho. *Explodatur haec quoque somniorum divinatio pariter cum caeteris.* Quede, pues, rechazada esta adivinación por los sueños, como lo quedaron las demás.

Preguntado Catón por un supersticioso qué significaría el que los ratones le habían

roído el calzado, respondió, con mucho sentido común, del cual carecen no pocos de los mortales, que eso no significaba nada, que lo inquietante hubiera estado en que los zapatos hubieran roído a los ratones.

Quedan por tratar aquellas adivinaciones que se hacen por un ánimo agitado, cual si estuviera movido por una fuerza sobrehumana. Forman estas últimas tres clases diversas. Una, la de aquellos que en un momento dado sienten y predicen lo futuro, y a ésos se les llama *vates*, de donde proviene el vocablo *vaticinio*. Que así como los poetas en ciertos momentos se sienten más inspirados y escriben poesías magníficas, y otras veces, faltos de esa inspiración, no dicen sino vulgaridades, asi una persona cualquiera puede en un momento dado sentirse movida a vaticinar. Poetas y adivinos se llaman en latín *vates*.

Quinto había citado a Cicerón el caso de un soldado griego que antes de la batalla de Farsalia había vaticinado la derrota total de los republicanos romanos y el triunfo de Julio César.

«¡Bah!, respondió Cicerón, todo eso no prueba nada. Ese soldado predijo lo que todos estábamos temiendo. Sabíamos que los dos ejércitos estaban en Farsalia, y nos parecía que el de César era más audaz y más veterano. Ninguno de nosotros dejaba de temer el resultado; pero, como era natural, no lo decíamos claramente. En cambio, ese sol-

dado griego, ¿qué extraño es que, acuciado por un gran temor, perdiese el ánimo, la serenidad y la lucidez? Con esta perturbación anunció, fuera ya de sí, la gran derrota que tanto temía estando sano. ¿Por qué no vaticinamos movidos por un impulso sobrehumano ni yo ni Catón ni Coponio ni Varrón que allí entonces nos hallábamos (al menos en espiritu) lo que un remero griego se sintió movido a vaticinar?

Vengamos a las *sibilas*. Son éstas profetisas de oficio que han fijado su asiento en diversas ciudades (11). Se dice que, agitadas por un espíritu profético, pronuncian en versos sus vaticinios. Pero, ¿a qué se refieren en concreto? Porque quien los compuso tuvo mucho cuidado de no citar nombres propios ni fechas fijas para que, sucediese lo que sucediese, pareciera que había acertado.

Echó mano de frases oscuras para que pudieran acomodarse e interpretarse en sentidos diversos, y están compuestas tan artificiosamente, que bien se echa de ver que no son de un ánimo que habla inspirado y, por lo mismo, con mente perturbada, sino de uno que está muy atento a lo que dice.

---

(11) Dos de las más notables fueron la sibila Eritrea y la de Cumas, en el golfo de Nápoles. Cicerón habla, no de sibilas, sino de una sola. En la Liturgia se hace mención de ella en la secuencia de la misa de difuntos, donde, hablando del Juicio final, se dice: «Aquel día de ira reducirá este mundo a pavesas, según lo atestiguaron (el profeta) David y la sibila.

Dejemos, pues, también a un lado a la sibila y sigamos lo que está preceptuado por la suprema autoridad del senado, es decir, que sin orden suya ni siquiera se lean sus libros, que se mantienen custodiados bajo llave.

Pero vengamos ya al más célebre oráculo del mundo antiguo, a Delfos, donde Apolo, hijo de Júpiter y dios de la luz, comunicaba sus vaticinios por medio de la pitonisa o sacerdotisa del mismo Apolo.

Nunca ese oráculo de Delfos, había dicho Quinto a su hermano, hubiera sido tan célebre y glorioso, ni se le hubieran ofrecido en su templo tantos dones por todos los pueblos y los reyes, si en todo tiempo no se hubiera experimentado la verdad de sus vaticinios. Así, pues, como ahora su fama es menor, porque resplandece menos la verdad en sus oráculos, así entonces no hubiera gozado aquella gloria si no hubieran sido totalmente verdaderos.

Aquella fuerza que procedía de la tierra y agitaba con soplo divino la mente de la sacerdotisa de Apolo, puede haberse desvanecido con el tiempo, como vemos que se secan los ríos o que tuercen su curso, corriendo por cauces distintos de los antiguos. Sea de ello lo que fuere, quede, sin embargo, en claro una cosa que no podemos negar, a no ser que neguemos todo valor a la historia, y es que,

durante muchos siglos, el oráculo de Delfos vaticinó la verdad.

Antes de decir lo que Cicerón responde a su hermano sobre este punto, hagamos una pequeña aclaración histórica que facilite la comprensión de lo que vamos luego a decir.

Parece ser que el templo de Delfos fué sumamente venerado por los antiguos; que bajo él o cerca de él había una cueva de la que se escapaban ciertos vapores; que sobre esa cueva o grieta se sentaba, en un trípode, la sacerdotisa de Apolo, y fingida o realmente excitada y como perturbada por esos vapores, pronunciaba ciertas palabras que los sacerdotes se encargaban luego de enderezar y los poetas afectos al templo de poner en verso, por considerarse a éste como el modo más digno de hablar de los dioses.

¿Por qué se sentaba la sacerdotisa sobre un trípode? Ese, según algunos piensan, podía ser un asiento que simbolizaba la inspiración. Puesta una caldera sobre un trípode en un hogar, exhala vapores al hervir el líquido, y la sacerdotisa o pitonisa, como se la llamaba (porque Apolo era también designado como el dios pitio), sentada sobre el trípode, se sentía inspirada y emitía sus célebres oráculos.

Digamos ahora lo que Cicerón responde a su hermano. Crisipo, con los oráculos de Delfos por él recogidos, llenó todo un volumen. En parte son falsos, según yo pienso, y en

parte verdaderos por casualidad, como sucede a los que anuncian muchas cosas en la vida cotidiana, aunque no sean profetas.

Otros muchos son dificiles de entender y precisar, por usarse en ellos términos y palabras aplicables a personas y tiempos muy distintos. Otros, en fin. son más definidos, pero tienen doble sentido, como aquel en que se dijo a Creso, rey riquísimo de Asia, que si atravesaba el río Halys haría perecer inmensas riquezas o un gran ejército: *Croesus Halym penetrans magnam pervertet opum vim* (12). Él creyó que perecerian las de su enemigo, pero fueron sus tropas las aniquiladas. En cualquier caso el oráculo resultaba verdadero.

Pero, ¿es que llegó nunca a darse ese vaticinio? Yo no imagino que sea más real que el que Enio fingió haberse dado a Pirro en guerra con los romanos. «¿Los venceré?», preguntó Pirro. «Le digo a usted—vino a decirle el oráculo — que sus ejércitos pueden ser vencidos» (13). ¡Sus ejércitos! ¿Qué quiso decir el oráculo?, ¿los de Pirro o los de los romanos?

Según Cicerón, no quiso decir nada, por-

---

(12) El verso griego correspondiente dice así: Croisos Alyn diabás megálen arjén catalísei; es decir, Creso, después de atravesar el Halys, destruirá un gran país.

(13) «Aio te Aeacida Romanos vincere posse». Digo que tú, descendiente de Eaco, puedes vencer a los romanos. O también: Digo que los romanos te pueden vencer a ti, descendiente de Eaco.

que nunca dió tal respuesta. Primero, porque Apolo o sus sacerdotisas nunca hablaron en latín. Segundo, porque en tiempo de Pirro ya Apolo no daba sus respuestas en verso. Tercero, porque aunque, como Enio dice, la familia de los Eácidas era una familia de tontos, más fuertes para la guerra que para conseguir la sabiduria (14), no lo eran tanto como para no ver que la frase en cuestión lo mismo podía significar que los romanos serian derrotados que el que él mismo podía serlo. La frase de doble sentido que engañó a Creso podia haber engañado al mismo Crisípo, coleccionador de los oráculos; esta dada a Pirro no engañaría a ningún hombre por tonto que fuese.

Pero vengamos a lo principal. ¿Por qué los oráculos que ahora se dan son tales que no pueden ser más menospreciados? Se desvaneció, responden, la fuerza de la tierra en aquel lugar del que salían las exhalaciones que inspiraban al vate o profeta. ¿Es que una fuerza divina como sería aquélla, caso de existir, ya que anunciaba en verso con mucha anticipación lo que iba después a suceder, se gasta con el tiempo?

Se desvaneció. ¿Cuándo? ¿No sería cuando los hombres comenzaron a ser más cautos y menos crédulos? Demóstenes, que vivió hace

---

(14) «Stolidum genus Aeacidarum bellipotentes sunt, magis quam sapientipotentes.»

unos trescientos años, decía ya en su tiempo que el oráculo *filipizaba*, es decir, favorecía a Filipo, el padre de Alejandro, en contra de los griegos. En otras palabras, que Filipo lo habia comprado, lo cual da motivo para pensar que en otros oráculos de Delfos algo sucedía que no era sincero. Pero muchos supersticiosos prefieren la explicación de que se extinguió una fuerza que, caso de haber existido, hubiera sido eterna como Dios, a dejar de creer en aquello que nunca debieron admitir como verdadero.

La respuesta de Cicerón es tan clara, que nos ahorra todo comentario. Notemos solamente algo que él aquí no dice. Los vaticinios los hacía una sacerdotisa del templo, parece que de la clase inferior y de no mucho talento; como quien dice, una gitana o adivinadora de nuestros días. Sus palabras las aderezaban o arreglaban, o tal vez las inspiraban de antemano los sacerdotes de Delfos, que estaban al corriente de los asuntos de Grecia y podían contestar a los consultores, como pueden políticos experimentados hablar sobre los peligros de una guerra o sobre los resultados de ella, caso de producirse.

Filipo, el padre de Alejandro, influiría para que se dieran vaticinios a él favorables, y como contaba con medios abundantes para ello, lo lograría. De ahí que Demóstenes dijera que la sacerdotisa filipizaba.

Finalmente, cuando los hombres comenzaron a dejar de creer en Delfos, comenzó a decrecer su fama, y cuando ya nadie creía, perecieron el templo y sus oráculos. Que es lo mismo que pasa en todas las demás supercherías de que nos ha hablado Cicerón en sus dos bellos e interesantísimos libros.

CAPÍTULO TRECE

MAGOS BRUJOS

¿Qué se ha de decir de las hechiceras o brujas? Se les suele llamar de tres modos, se responde por diversos autores que escribían sus libros en latin: *Lamias,* porque así se llamaba un animal monstruoso con rostro de mujer; *Sagas,* a causa de su astucia y *sagacidad,* y *Striges,* por un avecilla asi llamada que, volando de noche con ruido desagradable (1), acomete a los niños y les saca la sangre, al igual que lo hacen también las hechiceras. Se les llama también maléficas, porque se sirven de maleficios y por ser nocivas para todo el género humano.

¿Se trasladan de hecho las hechiceras de un lugar a otro? Nadie puede negar que tal traslación es posible, pero sucede rarísima vez, y frecuentemente son ilusiones o engaños.

Son las brujas—nos añaden esos autores—,

---

(1) *Strident,* hacen ruido desapacible; de ahí el nombre de *Strigas* o *Striges,* en latín.

mujercillas, por lo general, viejas, puestas al servicio del diablo y discípulas suyas. Las razones de que semejante aberración se cebe en las mujeres y no en los hombres, son la ligereza innata de la mujer, su credulidad, la debilidad de su complexión, su encendida ira, el deseo de vengarse con maleficios de quienes las desprecian, ya que no pueden hacerlo con las armas; la imperfección de su entendimiento y su falta de honestidad.

Como si el cuadro aún no fuera suficientemente negro para las representantes del bello sexo, se nos enseña todavía que se dedican a las diabluras propias de la brujeria más bien las viejas que las jóvenes, tanto por las razones arriba indicadas, cuanto por su odio a la niñez, al ver ellas que han perdido su juventud y que nadie les hace caso. Añádese a esto—prosiguen—que el demonio las engaña sugiriéndoles que la sangre de los niños es apta para conservar la vida.

La razón de hacer daño a los niños más bien que a los jóvenes es que los primeros son más débiles para resistir y menos aptos para descubrirlas; y también la creencia misma de las brujas de que no podrán asistir a sus nocturnos conciliábulos reuniones o aquelarres, si no hacen primero con los cuerpos de los niños un ungüento infernal (con que untan sus propios cuerpos). Pueden, incluso, tener comercio carnal con el demonio,

y así afirman algunos que nació Lutero (2). ¡Qué horrores! ¡Si parecen cuentos de miedo!

Si ahora, en vez de referirnos a autores concretos, componemos una narración, tomando los diversos elementos de lo escrito por varios de ellos, tendríamos algo parecido a lo siguiente.

Un día se presenta una vieja enjuta de rostro, caídos los dientes, desgreñado el cabello y medio cubierta de harapos rotos, sucios y malolientes. Se monta en el palo de una escoba y ya está dispuesta a hacer un viaje aéreo y a entrar por las chimeneas de las casas para hacer en ellas sus fechorías

---

(2) Pueden verse, entre otras, las siguientes obras: Concina, *Theologia Christiana*. De Superstitione, capítulo 12.

Compendium Morale Salmanticense. De primo praecepto, cap. 3, punto 10.

Salmanticensis Theologia Moralis. De Praeceptis, tratado 21, cap. 11, punto 11.

Martín del Río, *Disquisitionum magicarum libri sex*. De este último autor, nacido casualmente en los Países Bajos, pero cuyo padre era oriundo de la Torre de Proaño, cerca de Reinosa, hace un sereno juicio Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos*, lib. 4, capítulo 4, párrafo 1.º Al final del mismo recuerda lo que Manzoni dijo: que la última parte del libro de Del Río en que se habla del modo de proceder de los jueces en causas de hechicería había costado a la Humanidad más sangre que una invasión de bárbaros. Esa frase es un indicio de las muchas personas que los tribunales condenaron a la última pena bajo la imputación de brujería, pero que no debe tomarse al pie de la letra, sino como una hipérbole más o menos afortunada.

y comerse a los niños crudos sin temor a ser apaleada, porque el ungüento con que previamente se untó la hace de tal modo invulnerable, que incluso si la arrojaran al fuego no se quemaría, ni aun cuando ella misma fuera la que se echara a las llamas. Eso aparte de que está dotada de suma agilidad para huir de cualquier peligro.

En una ocasión cualquiera, pero sobre todo en la noche del sábado, se les ocurre darse una cita a una manada de ellas, y ya muy entrada la noche van apareciendo en el lugar señalado de antemano. Unas llegan en forma de chivo o de otros animales, otras a caballo sobre una caña o un palo de escoba, y allí cometen las mayores diabluras e inmoralidades; pero si a un atrevido que se acerca se le ocurre pronunciar un nombre sagrado, al punto desaparecen, sin que sea posible seguir la pista de ninguna de ellas.

Según algunos autores que escribieron de este asunto, no pueden penetrar en las casas si las puertas están cerradas, porque sus cuerpos son impenetrables. En esos casos, es el demonio, que las acompaña, quien les abre la puerta, con lo que ya pueden entrar tranquilamente (3). A falta de eso, se introducen por las azoteas. Nos añaden, asimismo,

---

(3) Véase Concina, *De superst.*, cap. 12, punt. 6. *Compend. de Moral Salmant.* De Primo praecept., capítulo 3, punt. 10. Sánchez, *De praecept.*, lib. 2, cap. 40, número 7.

que bendecían a las parturientas y enfermas, mezclando en sus oraciones palabras que ellas mismas no entendían y añadiendo extrañas ceremonias, como la de echar su aliento o bostezar sobre ellas.

Esto es como una suma compendiosa de las maravillas que, según varios autores, llevaban a cabo las brujas, y como pusieron ésas pudieron haber añadido otros muchos fenómenos no menos admirables ni menos falsos. Porque el lector no versado en estos asuntos estará ya asqueado de oir semejantes dislates y se preguntará, no sin razón, si han existido jamás las brujas, o incluso si han existido mortales algunos que hayan creído en ellas. Tenga paciencia el amable y sufrido lector. Antes de acabar el capítulo daremos respuesta a sus preguntas. Por ahora sigamos con nuestras brujas.

Los testimonios arriba citados pertenecen a autores contemporáneos de las mismas o no muy alejados de ellas. El resumen que a continuación les damos es de un autor más moderno, el que compuso el artículo «Brujería» en la Enciclopedia Espasa, en el que dice así:

«Por los procesos (que las autoridades judiciales, fueran éstas civiles o eclesiásticas, formaron sobre las brujas) conocemos los aquelarres (o reuniones) de las mismas. A ellos iban a medianoche, los lunes, jueves y sábados, sobre todo en Cuaresma, y más aún

en Semana Santa, y allí se dirigían montadas en machos cabríos, palos de escoba o mangos de rueca, empolvándose o untándose el cuerpo, lo cual hacían frecuentemente con el mejunje preparado con sangre de niños.

La reunión está presidida por el demonio en figura de chivo, de toro o de gigante con cuernos y garras, y tiene a su lado a la reina de la fiesta, que no es otra que la mujer más fea y asquerosa de todas las reunidas. Se empieza por hacer acto de adoración a Satanás y por recibir a los que quieren hacerse de la cofradía. Cada bruja hace la confesión de sus fechorias, procurando cada cual no quedarse corta en la enumeración de las mismas. Se hace también una espantosa parodia de la misa (misa negra), en la cual se ofrecen dones al tiempo del ofertorio.

El sermón es un tejido de maldiciones y blasfemias, y en el banquete que a continuación se tiene se ofrecen platos con carnes de niños o de cadáveres desenterrados, terminándose la fiesta con una danza vertiginosa de los concurrentes puestos en círculo y de una abominable obscenidad.

Una palabra devota, el toque de las campanas, la señal de la cruz, bastan para que la reunión se disuelva en la más espantosa confusión. Antes se habían repartido los polvos mágicos que servían a las brujas para efectuar todas sus maldades.

De las actas de los procesos se deduce que

estos polvos se componían generalmente de manteca, opio, belladona, mandrágora, cicuta y otras plantas narcóticas» (4).

¡De las actas de los procesos! Luego si hubo procesos hubo brujas procesadas, y ellas mismas confesaban esas fechorías o una parte de ellas, porque de otra manera no se hubieran sabido. ¿Es eso así?

Es mucha verdad que hubo muchas personas en la Europa de los siglos XIII al XVII a las que se denominaba brujas. Es mucha verdad que se hicieron numerosos procesos contra ellas. Es mucha verdad que muchas confesaron fechorías, como las arriba mencionadas. Es mucha verdad que muchas fueron sentenciadas a muerte y quemadas o ejecutadas. Es también verdad que, a juicio de algunos autores, nadie vió volar una bruja ni presenció un aquelarre con fenómenos maravillosos, ni pudo hacerse con el palo de una escoba con el que, en hecho de verdad, hubiera volado una de aquellas infelices.

En Francia, en Italia y en España, pero mucho más aún en los paises protestantes, en Inglaterra y Alemania, menudearon los procesos contra las brujas, y muchas de ellas pagaron con su vida sus fingidas o reales diabluras.

De 1593 a 1619 se pronunciaron en Fran-

---

(4) Véase Espasa, «Brujería», págs. 1.073 y 1.074, de donde tomamos el párrafo anterior, con ligerísimas variantes.

cia diversas sentencias contra los brujos. Muchos de ellos reconocieron haber estado en tratos con el demonio, y persistieron en su confesión mientras eran quemados en la hoguera. De los procesos resulta que existía una asociación que tenía reuniones secretas en que se llevaban a cabo parodias de los sacramentos, misas negras, cantos obscenos, danzas alocadas y promiscuidad de los reunidos (5).

Según el Beato Maunoir, que trabajó muchísimo por desterrar la brujeria en la Bretaña francesa, las reuniones las presidiría el demonio sentado en una silla y bajo el aspecto de un gentilhombre, un lacayo o un animal. Los adeptos a la secta profanarían todo lo que había de más santo, renegando de Dios, de la Virgen y de los Sacramentos.

Se entregaban al demonio en cuerpo y alma, recibiendo en su cuerpo una señal, y sobre un libro negro, en el que se inscribian sus nombres con su propia sangre, prestaban juramento de obedecer siempre al demonio y jamás a Dios (6).

Se invocaba a Lucifer y sus díablos; se hacía una parodia de las misas y oraciones; se ofrecían velas negras al personaje sentado en la silla presidencial; se tenía una procesión tumultuosa con una bandera negra, en

---

(5) *Études*, año 1926, tomo 189, pág. 587.
(6) Allí mismo, pág. 583.

que se había pintado un chivo; se lanzaban flechas contra un crucifijo; se profanaban hostias consagradas y se cometian otros sacrilegios (7). Todo esto a que el Beato se refiere se ve también en los procesos contra las brujas, al menos en cuanto a su sustancia.

En España es conocido el proceso del médico Torralba, que pagó con unos años de cárcel sus sospechas de brujería. El cura de Bargota (Navarra) fué condenado por atribuírsele vuelos aéreos. En esa misma provincia pagaron otras personas en 1527 con cárcel y azotes el rumor de brujerias, y en 1610 se procesó a muchas en Logroño.

En Alemania, según el protestante Menzel en su *Historia de los alemanes,* fueron quemadas más brujas que herejes en España, y también fueron muchas las castigadas en Italia, Francia e Inglaterra (8).

Si, pues, los jueces condenaban a muerte a las brujas por las confesiones que ellas mis-

(7) Allí mismo, pág. 589.

(8) Véase Espasa, «Brujería», pág. 1.674, donde hay muchos más y muy interesantes datos. Sobre el médico Torralba se hallarán en Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos,* lib. 5, cap. 4. Alli también unas líneas sobre el cura de Bargota, cerca de Viana. De éste se cuenta que, según una historia no confirmada por documentos oficiales y auténticos, hacía extraordinarios viajes por los aires, pero siempre con algún propósito benéfico o de curiosidad, como el de salvar a Alejandro VI de ciertos conspiradores; el de presenciar la batalla de Pavía, etc., todo con ayuda de su espíritu famíliar, cuyo nombre no se dice.

mas hacían o, al menos, como resultado de los procesos formados contra ellas, más de un lector quedará convencido de la veracidad de los fenómenos que se les atribuyen.

Pero esta conclusión va más lejos de lo que los hechos narrados autorizan. Lo único que de todo eso saldría en claro sería, a lo más, el hecho de que muchos hombres y mujeres cometieron fechorías (como actos de irreligión o de inmoralidad) que las leyes de entonces castigaban con la última pena. Pero, en manera ninguna consta, así ciertos autores más críticos, que volara una bruja o que llevara a cabo un efecto sobrehumano, y eso a pesar de las aseveraciones en contrario de las mismas acusadas.

Las brujas fueron acabándose y se marcharon por lo visto de la tierra al mundo supralunar para no volver más a nuestro planeta. ¿A qué se debió tal fenómeno? ¿A los castigos que se les dieron? Evidentemente que debieron contribuir a ello, que todos huímos de lo que nos aflige. Pero un motivo principalísimo consistió en que muchos dejaron de creer en ellas, y la causa de que dejaran de creer fué que hombres inteligentes, críticos y valientes salieron por los fueros de la verdad, entonces oscurecida, aun con peligro real de ser ellos mismos tenidos como favorecedores de las brujas.

«En España se distinguieron por declamar contra el rigor con que se trataba a las acu-

sadas de brujería los escritores Francisco Samuel y Martín de Arles y Navarro, pero la prevención que se tenía contra las brujas era por entonces poco menos que invencible. En otras partes hubo autores que hablaron en el mismo sentido con mejor o peor fortuna. Un Padre dominico, Provincial de su Orden, que en 1503 se mostró contrario a la persecución de las brujas, fué muerto en la calle» (9).

Los jesuítas cuentan, entre otros de sus miembros, dos varones distinguidos que se esforzaron por cambiar la mentalidad del pueblo y las autoridades, consiguiéndolo en grado notabilísimo, no sin peligro de sí mismos. Son éstos los Padres Spee y Tanner, extranjeros los dos (10). Demos algunos datos acerca de lo que hicieron en este particular.

Federico Spee, o simplemente Spe, como él se firmaba al principio, nació en Kaiserswerth, cerca de Dusseldorf, el 25 de febrero de 1591, y pertenecía a la noble familia de Langengeld. Hizose jesuíta en 1610 y se ordenó de sacerdote en 1622, siendo luego profesor de Filosofía en Paderborn y Colonia, y más tarde misionero en la diócesis de Hildesheim. donde consiguió que volvieran de nuevo al catolicismo aldeas enteras que se habían he-

---

(9) Así la Enciclopedia Espasa en la palabra «Brujería».

(10) Se cita también a Busée, Toberti y Paul Leimann, todos ellos anteriores a Spee. *Études,* 1926, tomo 189, página 218.

cho protestantes. Pero un día un fanático le asestó cinco puñaladas, con lo que quedó interrumpido su apostolado.

Curado después de varios meses, se le hizo profesor de Moral; pero a consecuencia de quejas infundadas, tuvo que dejar el oficio en esa ciudad para tomarlo luego en Colonia en 1631, es decir, a los cuarenta años de su edad.

Fué en ese tiempo cuando apareció su libro *Cautio criminalis,* que trataba de los procesos de las brujas, materia entonces sobradamente delicada y difícil para quien como él creía que se cometían muchisimos abusos por parte de los Tribunales.

La obra, escrita por un jesuíta, podía suscitar muy graves dificultades a toda la Orden, y por lo mismo sería muy difícil que obtuviese la necesaria aprobación de los Superiores para su publicación. Pero un amigo suyo que de todo estaba enterado juzgó que el libro era de tal utilidad para el bien común, que hizo que saliera al público como si estuviera escrito por un teólogo anónimo y romano.

El engaño, sin embargo, o el anonimato, desapareció en seguida. Se supo que el autor era el P. Spe, y esto causó tal emoción y levantó tales tempestades de indignación, que estuvo a punto de ser despedido de la Orden.

Todo, sin embargo, se arregló. Spe reco-

bró de nuevo la confianza de los superiores, que lo hicieron otra vez profesor de Moral en Tréveris. Ardia por entonces en esta ciudad la lucha entre franceses y alemanes, y Spe murió victima de la caridad atacado por la peste y atendiendo a unos y a otros. Ocurrio su muerte en 7 de septiembre de 1635, a los cuarenta y cinco años de su edad.

Copiamos ahora al historiador alemán Weis en su *Historia Universal*. En el tomo 9.º, página 437 de la versión española, dice lo siguiente, hablando de los procesos formados a las brujas:

«Federico Spee recibió en Wurzburgo en 1627 y 1628 el encargo de acompañar al suplicio a doscientas personas. Los acusados se confesaron primero todos culpables, pero cuando adquirieron confianza en el animoso Spee, le declararon que eran inocentes, y que todas sus confesiones se las habían arrancado por los dolores del tormento, pero le rogaron que no lo dijera, pues en tal caso serían de nuevo atormentados hasta arrancarles por segunda vez la primera confesión.

Con ardientes lágrimas protestaron de su inocencia, y, no obstante, hubieron de morir. El P. Spee, por la investigación de los procesos y sus conversaciones con los jueces, se persuadió de la injusticia, pero no pudo prestarles auxilio, y los hubo de acompañar a la hoguera, de suerte que el cabello de aquel

hombre de treinta y cuatro años encaneció de pena y horror. Sólo pudo ayudarles por medios literarios, pues si se hubiera manifestado contra los jueces, no sólo hubiera sido aprehendido y ajusticiado, sino también hubieran sido de nuevo puestos a tormento aquellos a quienes quería salvar.

El P. Spee expuso sus experiencias en un libro, *Cautio criminalis in processibus contra sagas. Liber ad magistratus Germaniae hoc tempore necessarius, autore incerto theologo romano* (11). Ya desde el principio explica el autor cómo la idea del demonio se enseñoreaba de las cabezas más que la idea de Dios.

Cuando ocurre una desgracia, llueve en demasía, hay esterilidad, sequía, pestilencia en el ganado, enfermedades, muertes súbitas, incendios, se dice en seguida que eso lo han hecho las brujas.

Cuando uno se enriquece por medios naturales se atribuye a brujería. Si uno es muy devoto, reza fervorosamente el rosario y va diligentemente a la Iglesia, se dice que el demonio no lo deja tranquilo.

---

(11) Es decir, precaución criminal en los procesos contra las brujas, libro necesario en este tiempo para los magistrados alemanes, escrito por un desconocido teólogo romano. El libro se publicó en Rinteln, en 1631; la segunda edición, en Francfort, en 1632; la tercera, en Sulzbach, en 1635; un extracto alemán, en Brema, en 1647; la traducción completa de Hermann Schmidt, en 1649, en Francfort del Main.

Presto se origina un tal clamor entre los enloquecidos, que las autoridades se ven obligadas a intervenir, y aquel clamor encuentra poco a poco quien le preste oídos. Un mandamiento del principe territorial llega a los jueces y consejeros para que introduzcan el proceso contra las brujas. Si lo difieren por conciencia, se hacen sospechosos. Por lo general, semejante orden les viene bien, pues por cada cabeza que condenan a pena de fuego reciben cierto número de florines.

Spee se lamenta de la ligereza de los príncipes, que tan fácilmente condescienden con el clamor público y prestan más diligente cuidado a la agricultura y a la caza de ciervos y halcones. No piensan que un día habrán de responder ante el Tribunal de Dios de haber derramado sangre humana tan livianamente.

Finalmente llega el juez. Cuanto es más vehemente y precipitado, tanto más se elogia su celo por la justicia. Hace prender a la primera mujeruca contra la cual se ha formado alguna murmuración por necedad o malicia. Por lo general, es una viuda rica. Si lleva una vida deshonesta, se dice que este vicio está enlazado con el otro; mas si su vida es irreprensible, se dice que ha procurado velar con esa honestidad su trato con el demonio.

Si muestra temor, esto es prueba de su culpabilidad, pues su conciencia la acusa;

si se muestra intrépida, también es prueba contra ella, pues confía en el auxilio del demonio.

Si niega, ésta es la prueba mejor, pues las brujas siempre mienten, y entonces se la pone en el tormento para obligarla a confesar.

Naturalmente, no tiene defensor, y ninguno se atrevería a serlo, porque caería en sospecha de brujo. Se le corta el pelo de todo el cuerpo para ver si tiene una señal diabólica o si trae consigo algún hechizo contra el dolor.

Si se defiende y rebate la acusación, es ésta una prueba de brujería, pues las brujas son elocuentes; si se confiesa culpable a la primera aplicación del tormento, es quemada; si no confiesa, se pide un tormento mayor.

Si dirige los ojos hacia alguna parte durante el tormento, se dice que busca a su amante; si los tiene fijos en un sitio, dicen que lo reconoce.

Si sufre el dolor, es prueba de malicia diabólica; si muere en el tormento, se dice que el demonio le ha retorcido el cuello. Pero había verdugos hábiles en torturar, que sabian aplicar los mayores dolores sin quitar la vida a los reos.

Si hace una confesión en el frenesí del dolor, le preguntan en seguida por las personas que han tenido parte en los banquetes

diabólicos. Estas son en seguida presas y tratadas del mismo modo. Así sucede que en muchos lugares el fuego nunca se apaga del todo en los quemaderos.

En la desesperación, los condenados nombraban a menudo a sus propios jueces, contra los cuales se aplicaba entonces el mismo procedimiento.

Ninguna edad, ningún sexo, ningún estado ofrecía defensa. Al clérigo no le valía el privilegio de su fuero. Había eclesiásticos que dejaban de celebrar diariamente la misa, sólo para que el pueblo no los designara como maestros de brujeria.

Niños de siete años fueron tan de ligero enviados a la hoguera como personas ancianas que estaban en los umbrales de la muerte. Así aumentó el número de los que fueron declarados culpables, y aldeas y comarcas enteras quedaron desiertas. Y los que primero habían empujado a las averiguaciones y atizaban el fuego de las brujas fueron al fin arrastrados por el movimiento y enviados a la hoguera.

Spee dice sobre esto que si uno es preso, lo mejor es confesar desde luego, para escapar a los tormentos y tener una muerte pronta. Asegura con toda resolución que si se toma al primer capuchino o jesuíta, confesará igualmente lo que se quiera, si le atormentan repetidamente.

De esta manera se puede condenar como

maestros de brujería a los canónigos y doctores de la Iglesia.

Los perseguidores de las brujas respondían a esto que si fueran inocentes la llama no las consumiría, pues Dios auxilia a los suyos, como lo mostró salvando a los tres jóvenes de Babilonia del horno encendido.

Esta horrible locura costó a Alemania innumerables víctimas. ¿Qué fruto obtuvo Spee con su libro? Vivía entonces en Wurzburgo el canónigo Schönborn, que luego fué arzobispo de Maguncia. Los bellos poemas de Spee hicieron que el canónigo se hiciese amigo suyo. Como Schönborn preguntara un día al joven jesuíta por qué tenía ya los cabellos blancos, él le contestó que eso procedía de las brujas, es decir, de la pena que le causaba la imposibilidad de auxiliar a los condenados inocentes, y le confesó que él había compuesto la *Cautio criminalis*.

Schönborn, más adelante, siendo arzobispo de Maguncia, suprimió en seguida en su diócesis los procesos de brujas. El noble Spee murió el 7 de agosto de 1635 de la fiebre de lazareto, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, y, según otra versión, de heridas que le hizo un asesino.

Ya antes que él otro jesuíta, Tanner, había hablado contra la aplicación del tormento y contra los procesos de brujas. Spee exhortaba a los que pensaran como él a dirigirse al emperador, y Ferdinando, piadoso

padre de Alemania, mandaría suprimir los procesos en todo el imperio. El emperador, sin embargo, no tenía autoridad para esto, pues no podía intervenir en el gobierno de cada uno de los príncipes.» Hasta aquí la cita de Weiss.

En un pasaje de su obra, en el *Dubium septimum*, el P. Spee nos informa haber oído decir en cierta ocasión a un inquisidor que si se llegaba a poner un día la mano sobre Tanner, éste no se escaparía. ¿Qué es lo que en él le desagradaba? La posición que ese jesuita había tomado respecto al procedimiento que se empleaba contra las brujas.

Es un crimen, decia Tanner, condenar a los inocentes, y ese riesgo se corre fatalmente cuando se aplica el tormento a los sospechosos. «Si por cada diez o incluso veinte culpables debe sucumbir un solo inocente, preferible es dejar de perseguir a los mismos criminales» (12).

El P. Spee, dice otro escritor moderno, creia en la existencia de las brujas sometidas a la acción del mal espíritu, pero añadía: Aunque yo mismo he tenido que tratar con esta clase de gente en la prisión y las he examinado frecuentemente con todo cuidado, «me he encontrado, a veces, en tan dificultosas circunstancias, que no sabia lo que debía pensar».

---

(12) *Dictionnaire de Theol.*, de Vacant. Tanner, columna 46.

Si el crimen de brujería es un crimen de excepción, los procedimientos de excepción contrarios a la razón extienden el mal en vez de evitarlo.

Las pruebas del agua, las señales y la tortura no aportan razones demostrativas, y pueden hacer condenar a los inocentes.

Sucede que los acusados, «por simplicidad, turbación de espiritu y otras razones parecidas», se declaran culpables.

Lo que se llama maleficio de la taciturnidad puede ser producido por un dolor intenso o por el terror de los tormentos.

«¿Las partes del cuerpo que tienen marcas no sangran bajo la aguja del verdugo? El solo espanto u otra sorpresa semejante es capaz de coagular de tal manera la sangre y de helarla, según se dice, en las venas, que no salga ni una gota por la herida que hace una lanceta...»

El libro de Tanner, ordenado con un plan vigoroso, aparece a los lectores de hoy día, no sólo como un buen manual de Derecho especial, sino incluso como un excelente trabajo de medicina legal (13).

Lo mismo que estos dos jesuítas hubo otros valientes teólogos que escribieron en contra de los abusos que se cometieron en los procesos de brujas. Pero, como sucede con frecuencia en estos casos, algunos se fueron al

---

(13) *Études*, 1926, tomo 189, pág. 218.

extremo contrario o hablaron con poca prudencia u oportunidad. Tal, por ejemplo, Cornelio Loos, puesto dos veces en prisión por su actitud en este problema y obligado a hacer una solemne retractación de lo que había dicho y escrito a este respecto. Su muerte, en 3 de febrero de 1595, le libró de un tercer proceso (14).

Algo parecido le pasó a Baltasar Becker, que en 1691 publicó en Amsterdam un libro que llevaba por titulo *El mundo encantado*. En él se presentaba como un verdadero encantamiento la creencia en los encantamientos.

El demonio, decía (según nos refiere Weis), no posee el dominio del mundo, sino está en el infierno fuertemente atado con las cadenas de las tinieblas, y no puede estar presente en la tierra. Los pasajes de la Sagrada Escritura que hablan de la continua actividad de los malos espíritus se han de entender simbólicamente.

El clero holandés levantó una acusación contra quien negaba al demonio, pronunció sentencia condenatoria contra el libro y excluyó a su autor de la comunión de la Iglesia.

En 1701, Thomasius discutió sobre el poder del demonio, principalmente sobre sus pactos con los hombres. El clero de Sajonia

(14) *Diction. de Theol.* Loos., col. 390.

armó un gran alboroto sobre este libro; la paz de la Iglesia de Cristo se turbaría con él. Pero Thomasius no se dejó arredrar, y poco a poco la razón se impuso a la superstición. En 1749 se quemó la última bruja en Wurzburgo, y en 1782 la última en Glarus. Contra Thomasius, el jurista Karpzov afirmó todavía que la negación de las posesiones y pactos diabólicos se debía castigar como grave delito (15).

También en España fué un escritor prudente el que contribuyó en gran manera a que desaparecieran los procesos de brujería e incluso las mismas brujas.

Menéndez Pelayo, en su *Historia de los Heterodoxos* (libro 5.°, cap. 4.°), después de narrar en sustancia, a propósito del auto de Logroño de 1610, todos los horrores que se imputaban a los acusados como cometidos en sus reuniones nocturnas, acaba así con este asunto:

«La impresión de este auto, con todas sus bestialidades, contristó extraordinariamente el ánimo de uno de los más sabios varones de aquella edad y de España, el insigne filósofo, teólogo, helenista y hebraizante Pedro de Valencia, discípulo querido de Arias Montano. El dirigió al cardenal inquisidor general, don Bernardo de Sandoval y Rojas, su admirable *Discurso sobre las brujas y cosas*

(15) Weiss, *Historia Universal*, en la edición española, tomo 9, pág. 441.

tocantes a la magia, escrito con la mayor libertad de ánimo que puede imaginarse.

En él mostro lo incierto y contradictorio de las confesiones de los reos, las más arrancadas por el tormento; y dando por supuesta la posibilidad del pacto diabólico y la traslación local, mostró mucha duda de que Dios lo permitiera, y aconsejó la mayor cautela en los casos particulares, como quiera que podían depender de causas naturales, verbigracia, el poder de la fantasía, la virtud del ungüento, etc.

Ni le parecía necesario el pacto para explicar los crímenes de los brujos, sus homicidios y pecados contra natura, pues muchos otros los cometen sin tal auxilio. Por eso se inclinaba a creer que algunas operaciones de los brujos son ciertas y reales, pero no sobrenaturales; que otras pasan sólo en su imaginación, y que otras son embustes de los reos, torpemente interrogados por los jueces.

En la segunda especie (es decir, entre las escenas imaginadas), pone los viajes aéreos y todo lo concerniente al aquelarre, que mira como una visión semejante a las que disfrutaban los sectarios del Viejo de la Montaña, y nacida, quizá, de estar compuesto el unto que las brujas emplean «de yerbas frías, como cicuta, solano, yerba mora, beleño, mandrágora, etc.», que, según Andrés Laguna, en sus anotaciones a Dioscórides, no só-

lo producen efectos narcóticos, sino visiones agradables.

De todo esto infería Pedro de Valencia que debía el Santo Oficio obrar con mucha cautela en cosas de hechicería, redactar una instrucción y formulario especial, no relajar a ningún mal confitente, ya que todas las pruebas eran falibles, y no imprimir las relaciones y extractos, por ser curiosidad malsana, perjudicial y escandalosa.

Tal es, en sustancia, la doctrina de este discurso, todavía inédito, por desgracia, exornado con peregrina erudición, acerca de la magia de los antiguos, y con la traducción en verso castellano de un largo trozo de *Las Bacantes,* de Eurípides, en que se describe algo semejante a un aquelarre.

Nada contribuyó tanto como este discurso del autor de la *Académica* a la creciente benignidad con que procedió el Santo Oficio en causas de brujería. En adelante se formaron pocas y de ninguna importancia; no se relajó a casi nadie por este crimen, no hubo autos particulares contra él; se redactó una instrucción especial, como quería Pedro de Valencia, y la secta fué extinguiéndose en la oscuridad. A fines del siglo XVII no era más que un temeroso recuerdo» (16). Hasta aquí Menéndez Pelayo.

---

(16) *Historia de los Heterodoxos españoles,* lib. 5, capítulo 4. En la edición nacional de 1947, tomo 4, pág. 381 y sig.

Resumamos brevemente lo dicho en todo este capítulo. Por espacio de varios siglos dominó en Europa occidental el temor de las brujas. Hubo, indudablemente, actos punibles por parte de hombres y mujeres, a quienes se les daba ese nombre, pero la imaginación unas veces y la malicia otras les atribuyó actos y fenómenos que nunca tuvieron lugar y que fueron desfigurados y notablemente exagerados. El resultado fué que muchos murieron a consecuencia de los procesos que se les formaron.

Como una de estas víctimas puede considerarse a Urbano Grandier, de quien hablamos a propósito de las energúmenas de Loudun. La Enciclopedia Espasa nos da estos datos sobre su vida:

Sacerdote francés nacido en Rovere (Sarthe) en 1590 y muerto quemado vivo en Loudun en 1634. Fué educado por un hermano de su padre muy entendido en Astrología y Alquimia.

El muchacho demostró dotes de talento y lo destinaron al estudio eclesiástico. Cantó misa muy joven, y merced a buenos protectores vióse poco después en posesión de dos beneficios: el curato de Saint-Pierre-du-Marché, de Loudun, y una prebenda en la colegiata de Santa Cruz, de la misma ciudad.

Esto le atrajo envidias, y tuvo también el desacierto de entrar en pleitos contra un co-

lega y contra el cabildo donde tenía su prebenda, pleitos que Grandier ganó. Los vencidos hurgaron entonces en su vida privada y salieron a luz hechos, supuestos o falsos, poco en armonía con su condición sacerdotal. Grandier fué a pedir justicia al propio rey en el Louvre; se incoó un proceso y salió condenado. Apeló de la sentencia y consiguió que le absolviera el fallo definitivo del arzobispo de Burdeos.

Había en Loudun un convento de Ursulinas, del que Grandier habia pedido en vano ser director, y se llevó la plaza otro cura llamado Mignon. Creyeron algunas de aquéllas que estaban endemoniadas, entre ellas la Superiora, y no se sabe si por rivalidades o por una convicción muy común en aquellos tiempos, Grandier fué acusado de haber pactado con Satanás para que éste tomara posesión del cuerpo de las religiosas.

Celebráronse numerosas sesiones para exorcizarlas. Las posesas acusaban en sus ataques al infeliz sacerdote, y al fin fué puesta su inocencia en tela de juicio. Indudablemente la cosa no hubiera pasado a mayores sin la intervención de un delegado del primer ministro Richelieu, que había ido a Loudun para hacer cumplir una orden del cardenal relativa a la demolición de las fortalezas interiores del reino. Dicho delegado era pariente de la Superiora de las Ursulinas.

Otras personas acusaron a Grandier fingiéndole metido en intrigas politicas contra Richelieu a la sazón omnipotente primer ministro. Redujeron al acusado a prisión, lo sometieron a tormento y en éste declaró cosas que si ciertamente no tenían relación con brujería alguna, pugnaban con su voto de castidad. Entonces, acusado de brujo y de haber pactado con los diablos, fue condenado a muerte y quemado en la hoguera.»

Llorca, en su libro *La Inquisición en España,* pág. 311, nos dice lo siguiente sobre esta cuestión de la brujería:

«En el siglo XVI, tan fecundo en toda clase de acontecimientos extraordinarios y de todo género de empresas, cayó sobre gran parte de Europa una plaga horrible que amenazaba destruir, con el contagio, las regiones mas prósperas y más cultas. Era la plaga de la brujeria, hechicería, magia o como se la quiera llamar.

Grandes fueron los estragos que hizo en todas partes; pero mayor fué todavia el fanatismo de una reacción insensata, que sobre la base verdadera de los abusos y peligros de esta odiosa peste, hizo objeto a las verdaderas y a las supuestas brujas de una persecución tan sanguinaria, que causó en poco tiempo más de 30.000 víctimas en sólo el centro de Europa.

La Inquisición española preservó a la península Ibérica de ese peligro de la peste, y

como ésta no había tenido tiempo de extenderse, bastaron algunos pocos castigos, sobre todo el del célebre auto de fe en Logroño en 1610.

Compárense las pocas sentencias de relajación dadas por la Inquisición española contra las brujas, que tal vez no pasaron de doce, con los muchos miles condenados a muerte en Alemania; pero, sobre todo, no olvidemos que, gracias a la vigilancia de la Inquisición, junto con las obras que algunos sabios eminentes escribieron sobre la magia y la brujería, no pudo arraigar esta peste entre nosotros.»

CAPÍTULO CATORCE

MAGOS MAGNETIZADORES

Comenzamos a tratar de aquellos magos a quienes podríamos dar el calificativo de modernos, por ser de tiempos actuales o no muy alejados de nosotros. Empecemos por los que podríamos llamar magos magnetizadores. Son muy pocos, y, más bien que entre los negros, habría que colocarlos entre los blancos. Los autores, sin embargo, los colocan entre los que pertenecen a la magia negra.

¿Qué es lo que hacen, o más bien hicieron, pues prácticamente han desaparecido, esos magnetizadores? Dirigir, según ellos afirmaban, un flúido que de ellos mismos pasaba al magnetizado y producía en él efectos maravillosos, tales como una insensibilidad más o menos pronunciada, una especie de sopor en que sólo percibía lo que el magnetizante le decía o sugeria, ver cosas ocultas, adivinar el pensamiento de otros y responder a cuestiones difíciles sobre medicina u otras artes o ciencias, etc., etc.

El fundador y principal agente del magnetismo fué Antón Mesmer, por lo que su doctrina recibió también el nombre de mesmerismo. Había nacido en Itznang, junto al lago de Constanza, en 1733, y murió en Meersburgo en 1815.

Según él, los planetas, gracias a la misma fuerza con que mutuamente se atraen, ejercen no pequeño influjo sobre el sistema nervioso del hombre; y en los mismos animales existe también una fuerza semejante a la del imán, a la que llamaba magnetismo animal.

Ese flúido poseia cualidades admirables para curar las enfermedades, para lo cual debia pasar del magnetizador a quien había de ser curado, tránsito que unas veces realizaba aquél con sólo su imperio o voluntad, otras con su mirada y otras tocando con sus manos o con una varita al enfermo.

Desde 1778, dice Weiss, a quien ahora seguiremos, excitó gran atención en París con sus curas magnéticas. Todas las enfermedades podían curarse por medio de ese flúido que recorre el mundo. El hombre lo puede concentrar, y por los dedos o por otros conductores apropiados traspasarlo a otras personas.

Tales corrientes magnéticas llevan salud y vida a aquellos cuerpos cuya actividad orgánica está perturbada. Sirviéndose de ellas puede el médico curar directamente las en-

fermedades nerviosas, e indirectamente también otras varias. Incluso muchas de las curaciones milagrosas que en otros tiempos se decían haberse llevado a cabo, no había que tenerlas como fraudes, sino como hechos reales, verificados gracias a ese flúido misterioso.

La medicina llegaría a su perfección con el magnetismo, el cual acabaria asimismo con muchos crimenes que no tenían otra causa y origen que la perturbación mental de quienes los llevaban a cabo, y que por lo mismo debian cesar al restablecerse aquélla. Mesmer aplicó en Viena sus imanes a muchos enfermos que tenian perturbado su sistema nervioso, y pronto se formó una aureola acerca de él y se comenzó a hablar de curaciones admirables y asombrosas.

La Facultad de Viena intervino en el asunto, y Mesmer afirmó en disputa con ella que el flúido magnético lo penetraba todo, pero que, a semejanza de lo que sucede con la electricidad, podía acumularse en un cuerpo apto para ello y ejercer su actividad incluso a distancia. Como los médicos vieneses no se le mostraron favorables, Mesmer se marchó a París para proseguir allí sus actividades, y comenzó muy pronto a sembrar sus ideas.

Hay una influencia mutua, decía él, entre los cuerpos celestes, la tierra y todos los seres vivos. Un flúido que se extiende por to-

das partes y que no deja espacio ninguno vacío, que recibe y transmite toda clase de movimientos y que es lo más sutil e impalpable que se conoce, es el que sirve de medio de propagación de esa influencia mutuamente ejercida entre los astros, la tierra y los seres vivos.

Pero el magnetismo animal tiene además la particularidad de que se le puede acumular y trasladar sin que haya que servirse para ello de medio alguno que una, necesariamente, al magnetizador con el magnetizado. Se le puede reflejar en un objeto como se refleja la luz en un espejo, y, lo que es más maravilloso, la música lo difunde, e incluso lo refuerza. Por su medio puede el médico conocer sin vacilaciones el origen, naturaleza y marcha de las más difíciles enfermedades, y los hombres todos tienen en el magnetismo un remedio universal contra sus dolencias.

Todo esto suena a discursos de un exaltado más que a razonamientos de un científico, y se comprende sin más la actitud que tomaron los médicos de Viena y la que tomarían luego los de Paris y los del mundo entero.

El mismo Mesmer no estaba muy seguro de sus afirmaciones, y se buscó una evasiva para los casos en que fallaba su teoría, los cuales no debieron tardar mucho en presentarse.

Aunque el flúido magnético. decía, está derramado por todas partes, no todos los seres vivientes lo reciben en el mismo grado, y hasta hay algunos—aunque es verdad que son pocos en número—que pueden, con su influencia, neutralizar todos sus efectos.

Magnífica escapada. Si en una u otra ocasión no se producían los fenómenos anunciados, era porque algunos estaban, con su presencia, neutralizando los efectos que, de otra manera, ya se habrian manifestado.

Otra segunda proposición, aunque muy distinta de la anterior, contribuia, sin embargo, tan efectivamente como ella a dejar en buen lugar a Mesmer en sus misteriosos experimentos. Para que el flúido produzca sus efectos es menester, decia, que las personas sometidas a su tratamiento tengan, al menos, cierto grado de capacidad o facultad receptiva. Tal proposición contribuia no poco a que muchos de los sometidos al influjo magnetizador de Mesmer hicieran o simularan aspavientos y convulsiones para no ser tenidos como insuficientemente dotados de esa necesaria sensibilidad.

Las esperanzas que despertaba Mesmer, lo mismo que su mágica mirada y su elevada estatura, ejercian en realidad un influjo sobre muchísimas personas, las cuales imaginaban que el mago dominaba a los seres animados e inanimados y podía darles la salud. Un movimiento de sus manos hecho

para curar un enfermo producía en éste unas veces convulsiones y otras insensibilidad. No se podía dudar que obtenía algunas curaciones brillantes y otras que parecían casi milagrosas.

Fué en Francia el hombre del día durante algún tiempo; erigió en la vecina nación más de veinte establecimientos magnéticos, ganó gruesas sumas de dinero, el magnetismo se puso de moda y no parecía sino que el mundo se iba a dividir en dos grupos: uno de magnetizadores y otro de magnetizados. El número de sus clientes era extraordinario, y lo era todavía más el entusiasmo por el que obraba tales curaciones.

Que hubo fracasos ruidosos, no se puede negar. El autor del *Mundo primitivo*, Court de Gebelin, cuando con gran dolor suyo vió que su vida se acababa, se hizo llevar ante Mesmer, porque de esa manera no moriría. Pero sucedió que expiró mientras le magnetizaban.

La imagen de Mesmer aparecía por doquier, bien en simples grabados, bien en yeso o incluso en mármol. Un poeta lo cantó en versos sobre manera laudatorios como médico sin precedentes, y Bergasse llegó a afirmar que los enemigos del magnetismo animal serían maldecidos por todos los siglos y menospreciados por las generaciones venideras.

Tal profecía es muy digna de tenerse en

cuenta por dos razones: primera, porque nos muestra hasta qué limites habia llegado la admiración y el entusiasmo por Mesmer y la firme persuasión en la eficacia de su maravilloso método, y segunda, porque muy pronto demostraron los hechos la falsedad de semejante profecía.

Tuvo contradictores en París, como los había tenido en Viena; pero mientras duró el paroxismo de su exaltación era peligroso hablar contra él. Así sucedió que cuando el bien conocido Bertholet dijo que las escenas presenciadas por él le parecía que no probaban nada, los admiradores de Mesmer se lanzaron contra él y faltó poco para que lo sofocaran.

Pronto surgió una acusación de mal género. Incluso algunos partidarios suyos le acusaron de que no se mostrara propicio a la divulgación de su descubrimiento, y eso por amor al dinero. A pesar de esto, Mesmer entró en negociaciones con el Gobierno y amenazó con abandonar a Francia y a los enfermos que allí atendía si no se mostraban generosos con él.

En nombre de Luis XVI, le ofrecieron veinte mil francos de renta y diez mil de sueldo cada año si comunicaba su descubrimiento a tres peritos designados por el Gobierno, y muchos más favores si esos peritos se pronunciaban en su favor.

Esa cantidad en nuestros tiempos carece

de importancia, pero en los de Luis XVI era muy notable. A Mesmer, sin embargo, le pareció excesivamente pequeña; pidió como recompensa uno de los más bellos hoteles de las cercanías de París, y con algunos de sus enfermos se retiró a Spa.

Bergasse, uno de sus admiradores, promovió una suscripción en favor de Mesmer. Propuso que se hicieran cien acciones, cada una de las cuales valdría cien luises de oro, y que quien suscribiera una acción tendría derecho a saber el secreto de las curaciones del magnetismo.

El empréstito fué cubierto con exceso, y Mesmer cobró al contado una cantidad muy importante. El negocio marchaba aún sobre ruedas. Los panegiristas de Mesmer seguían entonando himnos, al mismo tiempo que trataban de explicar algo el nuevo método, descorriendo en parte el velo del misterio que aún lo envolvía.

No habia, según ellos. más que una enfermedad y un solo remedio. La enfermedad no era otra que una debilitación del flúido magnético, algo así como decimos ahora que ciertas dolencias proceden de la falta de algunas vitaminas o de glóbulos rojos en la sangre. El remedio no podía ser otro que la rápida comunicación del flúido que faltaba, el cual, una vez comunicado, abre y endereza las vías obturadas y restablece la armonía y bienestar.

El hombre sometido a las corrientes magnéticas se comporta como una aguja en presencia de un imán. Si ésta no tiene en sí misma nada o una cantidad insuficiente de flujo magnético, en presencia de un imán se agita en uno y otro sentido. Si su propio influjo es grande, recobra su posición normal.

Lo mismo ocurre con los enfermos. Si su flúido magnético es débil no funcionan normalmente, y el remedio no puede ser otro que magnetizarlos, a fin de que recobren su estado normal.

El mesmerismo no era, pues, otra cosa que el arte de magnetizar suficientemente a las personas haciendo más fuertes y poderosos sus polos, como se hace con los de un imán, y, por lo mismo, acelerando y robusteciendo el flúido o corriente magnética que saliendo de uno de los polos penetra en el mismo imán por el opuesto.

El lado izquierdo del cuerpo de una persona se miraba como el polo Norte y el derecho como el Sur. El magnetizador se colocaba frente al enfermo, que de ordinario estaba en un aposento muy caliente y medio oscuro, cerca de un recipiente en el que había cuerpos que se decían magnéticos, a los que tocaban los enfermos por medio de un palo. Con este procedimiento tan innocuo como ridiculo, según hoy día nos parece, se pretendía reforzar la fuerza magnética, y

así es como los enfermos se hacían magnetizar.

Pero a todo le llega su término, y cuando un procedimiento no está bien cimentado, la velocidad con que se derrumba es tanto mayor cuanto mayor y más rápida fué su indebida exaltación. El Gobierno tomó cartas en el asunto y lo sometió a la investigación de médicos y naturalistas, entre los que se encontraban hombres tan conocidos como Franklin, Guillotin y Lavoisier.

Bailly, en su informe, dijo que el magnetismo no producía más efecto que el que produce, en general, la influencia moral de una persona sobre otra, y que los que eran magnetizados sin saberlo no experimentaban mudanza de ninguna clase. Este golpe contra Mesmer produjo el efecto de un mazazo contra una fina copa de cristal.

El trabajo de Bailly se publicó en 1784, y en él declaró que las personas que se curaban sanaban porque creían que iban a sanar o, lo que es lo mismo, por sugestión, pero no por el flúido magnético. Este existiría o no existiría, podría existir aunque no curara nada, pero no podía curar si no existía. Ahora bien: era difícil hablar de ese pretendido flúido que ni iluminaba como la electricidad ni tenía efecto alguno sobre el gusto y el olfato, y que si parecía producir algunos efectos de calor y movimiento en los enfermos, exami-

nado bien el asunto, resultaba que aquéllos eran independientes del magnetismo.

En los que dudan de sus efectos y en los niños, el magnetismo no tiene eficacia ninguna; en las personas crédulas es su imaginación el elemento activo. Personas a quienes se han vendado los ojos y se las ha magnetizado, no se han enterado de ello; en cambio, aquellas a quienes magnetizaban teniendo los ojos abiertos, decían con toda precisión sobre qué puntos estaba influyendo el magnetizador.

Pero no sólo eso, sino que se dió a personas crédulas agua que no estaba magnetizada y les produjo convulsiones. Otras, por el contrario, bebieron agua magnetizada sin experimentar el más mínimo efecto. De donde resultaba claro que sola la imaginación era la productora de los fenómenos del mesmerismo, y que en el fondo todo el procedimiento curativo era fruto del engaño y la fantasía.

Esta última ejerce, evidentemente, su influjo en los enfermos. Un susto repentino turba la digestión, la tristeza produce anemia, el temor del fuego devolvió a algunos paralíticos el uso de los pies, se puede suprimir el hipo con un acto enérgico de la voluntad, y un disgusto muy serio puede hacer encanecer el cabello en poco tiempo.

Así, pues, la imaginación influye mucho en que un enfermo sane de ciertas dolencias.

El magnetismo, con sus múltiples crisis producidas en los enfermos sometidos al influjo del magnetizador, no puede producir sino efectos perjudiciales, y, por tanto, lejos de aprovechar, más bien causa daño.

El Gobierno procuró una gran difusión al informe de Bailly; la fe en el poder del taumaturgo se vino abajo; Mesmer mismo se retiró a su país con todas sus ganancias, y murió en el olvido en 1815 (1).

Hoy día no se habla de mesmerismo, a pesar de que se usan muy frecuentemente las corrientes eléctricas, que no son algo imaginado, sino algo real, que puede hacerse perceptible por los sentidos y ser medido con toda precisión.

Pero, ¿dónde ha quedado la magia? La negra, en ninguna parte. Los efectos producidos por el mesmerismo eran naturales y debidos a la imaginación y sugestión. Serían, pues, efectos mágicos, maravillosos, desusados, pero pertenecían a la magia blanca. Ni Mesmer los atribuyó al demonio, ni hay razón alguna para atribuirlos.

Si en el mesmerismo se juntó alguna vez el trigo con la cizaña por algunos que lo practicaban, si hubo actos reprensibles de inmoralidad o irreligión, eso no fué producto del mesmerismo tal y como Mesmer lo prac-

---

(1) Véase Weiss, *Hist. Univ.*, versión española, tomo 15, pág. 335 y sigs.

ticaba y enseñaba, y de éste únicamente hemos querido hablar. Si lo hemos hecho con alguna extensión y más bien con carácter histórico que apologético o filosófico, es porque nos ha parecido mejor y más fructífero dejar hablar a los hechos tal y como la historia nos los presenta.

Un pretendido descubrimiento, una exaltación sin limites y luego el olvido más completo. Todo eso es prueba manifiesta de que el castillo de naipes se vino abajo en cuanto se hizo luz sobre él, y que allí no intervenía, al menos hablando en general, ninguna fuerza sobrehumana. Un caso más reciente, y que ha sucedido en vida de la presente generación, ayudará a poner este punto en claro.

De la noche a la mañana, un médico español comenzó a estar frecuentemente en boca de las gentes. Se decia de él que hacia curaciones tan numerosas como admirables, sobre todo en ciertos ramos de la medicina más en contacto con el sistema nervioso.

Las afecciones reumáticas, por más prolongadas y rebeldes que se hubieran mostrado a los demás tratamientos, desaparecían a veces de modo casi milagroso, dándose el caso de que enfermos que habian llegado a casa del doctor con muletas, allí mismo dejaban ya de usarlas y se volvían a sus domicilios enteramente curados.

La Prensa se ocupaba a diario del doctor Asuero y aireaba y elogiaba sus intervencio-

nes, o se reducia a copiar lo que otros contaban, como testigos de vista unas veces, y otras por haberlo escuchado. Los clientes iban de día en día en aumento.

Algunos médicos hablaban con menosprecio de un procedimiento que se reducía a excitar una conmoción del sistema nervioso tocando en el interior de la nariz las proximidades del trigémino, nervio fácilmente excitable en esa región. Según ellos, tal procedimiento nada tenía de científico.

Los admiradores de Asuero interpretaban esa explicación como nacida de la envidia, y durante algún tiempo la marea de la popularidad del doctor siguió siempre creciendo y produciendo sus correspondientes ganancias.

El mismo Asuero elogiaba los maravillosos efectos que con su método realizaba, y si la memoria no nos es infiel, y creemos que no, su popularidad se extendió más allá de las fronteras e incluso dió lugar a una intervención en un Parlamento extranjero, por haber ejercido Asuero su profesión en la capital de esa nación en algún caso determinado. La respuesta que se dió por parte del Gobierno a esa interpelación fué que la ley admitia una intervención restringida, y no se insistió más sobre el asunto, dando la impresión de que pregunta y respuesta habían sido ya combinadas de antemano, como es costumbre hacerlo en ciertos casos.

Pero también la popularidad de Asuero y de su método fué declinando, y puede decirse que, muerto aquél, pereció también el procedimiento. Que con él obtuvo el doctor curaciones maravillosas, no hay ninguna dificultad en admitirlo. Para echar a andar un reloj parado basta a veces agitarlo un poco bruscamente, y para que funcionen unos nervios que no lo hacen puede bastar un choque fuerte y desagradable que ponga en conmoción el organismo.

Siguiendo un momento con la misma comparación, un reloj puede atrasarse o adelantarse porque la espiral que regula el movimiento tropieza o no tropieza en el punto debido, y una pequeñísima corrección puede hacerle marchar con toda regularidad. A su vez, en el funcionamiento normal del organismo humano puede haber surgido un tropiezo que un fuerte choque nervioso puede en un momento corregir.

Esto aparte de que la fe en el procedimiento puesto en boga recientemente por el doctor pudo ayudar a la realización de algunas curas que parecían admirables. La imaginación tiene un poder muy significado, como todo el mundo sabe y como lo pondrá de manifiesto esta pequeña historia que un día oí contar a un hombre muy serio y que es muy verosímil.

Sucedió una vez que uno de los muchos acogidos en un centro docente, varón ya de

edad, comenzó a tomar un agua mineral para curarse de cierta dolencia, y con ella prosiguió por tiempo indefinido. Alguna vez, sin embargo, faltó por descuido el agua necesaria, pero se suplió con agua ordinaria que se tuvo muy buen cuidado, eso si, de ponerla en una botella que tuviese la etiqueta correspondiente a la medicinal.

El enfermo no lo advirtió, y la tomó como los demás días, supliendo su imaginación el efecto del agua que faltaba, o, más sencillamente, porque ya no la necesitaba y la tomaba solamente por costumbre. Pero, lo que un dia se le hizo porque faltaba el agua mineral en casa, se le hizo después de intento, sin que por ello el enfermo se diese por aludido.

Mas un día sucedió algo inesperado. El encargado de servírsela, más atareado que de ordinario, al pedirle el supuesto enfermo su botella de agua mineral, le respondió que no la habia, que tomara de la misma que tomaban los demás, como lo estaba haciendo hacía tiempo, ya que se le llenaban las botellas en el grifo común.

Oir esto, llevarse el enfermo las manos al estómago y salir del comedor dando gritos, diciendo que ahora se explicaba sus fuertes dolores, fué todo uno, y comenzó de nuevo a estar malo quien antes estaba ya curado.

La imaginación cura muchas enfermedades y produce y mantiene otras muchas.

Pero ni en el caso de Asuero ni en el de Mesmer intervenían otras fuerzas que las naturales para producir efectos maravillosos. Ningún diablillo estaba encerrado ni en los imanes de Mesmer ni en el instrumento con que el doctor Asuero y sus imitadores excitaban el trigémino de sus clientes.

CAPÍTULO QUINCE

MAGOS HIPNOTIZADORES

Entramos ahora en un campo menos claro y abierto que en el del capítulo anterior. Allí propiamente se hablaba de enfermos tratados en su estado natural. Los hipnotizadores, en cambio, lo primero que hacen es provocar un sueño distinto del que todos conocemos por la experiencia de cada día.

Nos dormimos y nos despertamos con toda naturalidad, cuando el sueño se nos viene encima al acostarnos o cuando el organismo está ya satisfecho por haber dormido el tiempo suficiente. Es un sueño natural. El que los hipnotizadores excitan en sus clientes es provocado y tiene propiedades que lo diferencian de aquél.

¿Andarán, al menos aquí, los demonios de por medio? Si no es natural, ¿de qué clase son las fuerzas que lo producen? Los efectos que se manifiestan en el sueño hipnótico, ¿nos obligan a admitir una fuerza suprasensible que los produzca? Antes de responder a todas

estas preguntas es menester que estemos enterados, si podemos lograrlo, de lo que es el sueño en cuestión y de los efectos que se observan durante el mismo.

Hipnotismo es el arte de producir en otra persona un estado muy parecido al sueño, durante el cual el dormido obedece a la voluntad del que lo durmió, prestándose a fenómenos maravillosos.

Para eso se puede servir el hipnotizador de varios procedimientos, como insinuarle que se va a quedar dormido, invitarle a ello, mirarle fijamente a los ojos, gesticular ante él, coger sus manos o sus brazos, fatigar su vista, haciéndole mirar un objeto algo brillante colocado a poca distancia de sus ojos en posición casi vertical, y otros muchos más. Para despertarlo bastan también causas ligeras, como restregarle la frente o soplar sobre ella.

El mismo estado del sueño es ya algo que se sale de lo corriente, pero es mucho más maravilloso que en él sea extraordinariamente sugestionable el paciente a voluntad del hipnotizador. Aquél queda alucinado por el que le durmió, ve y oye, es decir, se imagina que ve y oye lo que el hipnotizador le sugiere que vea y oiga, o cree que no puede mover el brazo si se le dice que no puede moverlo. Asimismo, a voluntad del hipnotizador, olvidará ciertos recuerdos para no pensar más en ellos, o ciertas ideas fijas que atormentaban

su conciencia, o pondrá en ejecución, incluso después de despertarse, lo que se le sugirió durante el sueño.

Pongamos algunos ejemplos concretos que arrojarán más luz sobre este particular que las simples ideas abstractas. A fulano de tal, cuenta Bernheim en su libro *De la sugestión y sus aplicaciones a la terapéutica,* le hago que coma albérchigos, cerezas o racimos imaginarios, o si está estreñido, le hago tomar una botella de agua de Sedlitz. El hipnotizado, en este último caso, coge la botella ficticia (es decir, cree que la coge), la vierte en un vaso ficticio y se bebe tres o cuatro sucesivamente, haciendo todos los movimientos de la deglución, y encontrando el agua muy amarga. Vuelve a poner el vaso en su sitio, y más tarde, durante el día, siente varias veces los efectos de este purgante imaginado como si hubiera tomado uno real.

A una señora dormida le digo, en presencia de otras dos, que al despertarse no me verá ni me oirá porque yo no estaré allí donde ella está. Se despierta y me busca. Yo me pongo delante de ella, le grito al oído, le pellizco en la mano, y ella la retira, sin darse cuenta de que he sido yo quien le ha producido aquella sensación. Las señoras le dicen que yo estoy allí, pero ella no me ve, y cree que es que esas mujeres se están burlando de ella.

Y como se paraliza prácticamente la acti-

vidad de la vista, se puede paralizar la de un miembro. Si se le dice, por ejemplo, aunque usted lo intente, no podrá mover el dedo pulgar, el hipnotizado hará esfuerzos por moverlo, pero no lo conseguirá; y si se le dice que no sentirá nada en el brazo, no siente dolor ni molestia aunque se le pinche o se le aplique una corriente eléctrica no peligrosa. De suerte que no sólo el movimiento muscular, sino la misma sensibilidad obedece a la sugestión del hipnotizador, pudiendo éste conseguir que el paciente tenga, por ejemplo, un brazo en una posición incómoda durante largo rato, cosa que le sería imposible conseguir si no estuviera dormido.

Se le puede hacer creer que le han dado un golpe, que le han herido, que chorrea sangre, que es un general, un médico, un sacerdote, un perro, y él hará en cada uno de los casos los movimientos que, por lo que él sabe por experiencia, están en armonía con un herido, un general o un sacerdote. Todo esto es evidentemente maravilloso, pero tendría natural explicación.

Mientras uno está dormido, natural o artificialmente, carece de voluntad y ejecuta o cree ejecutar muchos actos con la misma viveza y realidad que cuando está despierto. La imaginación es, en efecto, a veces, tan viva durante el sueño, que leemos o creemos leer en un libro puramente imaginario, volamos por el aire, o nos caemos de un árbol

o de una altura cualquiera, experimentando al hacerlo una sensación tan desagradable que llega a despertarnos. El dormido lanza gritos o golpea a otro con sus manos porque cree que se encuentra ante un peligro o que otro está poniendo a prueba su paciencia.

Pues bien: lo que hace la imaginación por sí sola en el sueño natural, eso hace el hipnotizador en el sueño artificial: sugerir al paciente las imágenes que aquélla suscita en el sueño natural. Nada tiene de extraño que los efectos sean los mismos o muy parecidos.

Mayor dificultad presentan aquellos actos que, sugeridos por el hipnotizador, se realizan después que el enfermo ha despertado.

A una joven histérica se le mandó que, una vez despierta, se llevara un objeto de cristal que había en la sala. Mostró dificultades y vacilaciones, pero, al fin, con un movimiento rápido, y después de lanzar una mirada a los presentes, lo metió en su bolsillo, y se alejó rápidamente, no consintiendo en restituirlo hasta que estuvo fuera de la sala.

A otro se le ordenó que, al despertarse, diera tres vueltas a la habitación, pero no lo hizo sino una sola; y de un tercero, a quien se había sugerido que se subiera a la mesa y en ella se pusiera en pie, no se consiguió sino que la mirara con atención, pero no el que se subiera a ella.

En resumidas cuentas: lo sugerido durante el sueño continúa después ejerciendo un

influjo en el paciente, pero no le quita la libertad. De un modo semejante, lo que acabamos de soñar en una auténtica pesadilla nos deja muy mal sabor de boca y nos tiene tristes y apesadumbrados después de despertar, como si todavia estuviéramos bajo los efectos del sueño.

A la inversa, un sueño placentero que nos hacía felices, nos deja, al despertar, cierta desilusión porque preferiríamos que fuera realidad lo que con tanto gusto habíamos soñado. Precisamente en esa persistencia de las ideas sugeridas por el hipnotizador, aun después de despertarse el paciente, se fundan las curaciones de ciertos vicios o defectos morales, de ciertas debilidades nerviosas, o incluso de ciertas afecciones orgánicas que están en íntima conexión con el sistema nervioso.

De un joven iracundo y mal educado, perezoso e insolente con sus padres, se dice haberse logrado, al cabo de varias sesiones, que se transformase notablemente y que esa transformación ha sido duradera. Se cuenta también que a otros se les ha curado de su torcida inclinación a mentir, robar o cometer actos contra la pureza, a los que antes se habían entregado.

Con tal que las cosas no se lleven al extremo, esos hechos y otros similares pueden fácilmente admitirse. Lo que uno consigue, a veces, con sus consejos en un hombre des-

pierto, podrá conseguirlo con sus sugestiones un hábil hipnotizador en un hombre dormido, del que ya sabemos que no presenta a lo que se le sugiere la resistencia que un despierto ofrece a los sanos consejos de un amigo.

Si antes vimos que se puede conseguir alucinar a un paciente para que ni vea ni oiga ni sienta lo que en circunstancias normales debería ver, oir y sentir, la lógica nos llevará también a admitir el fenómeno contrario, ò sea que por medio de la sugestión se consiga mejorar las sensaciones que antes sólo se tenian de una manera defectuosa; en otras palabras, que desaparezcan ciertos estorbos que nos impedian tenerlas normalmente.

Dada la naturaleza de muchísimas afecciones nerviosas, se comprende, en efecto, sin mayor dificultad, que ciertas ideas e imágenes las exalten o las depriman, las favorezcan o las empeoren. Y como el sistema nervioso tiene tanta influencia en otros muchos del organismo, como el muscular o el digestivo, se comprende también que, curado o mejorado el primero, desaparezcan muchos achaques de los otros dos, como afirman los que han dedicado su vida al noble ideal de curar a los enfermos.

Ellos mismos reconocen que esos métodos de la sugestión que tan maravillosos efectos producen a veces en personas que tienen algo desequilibrado su sistema nervioso, no lograrán rehacer un tejido destrozado ni cu-

car directamente una úlcera de estómago. Esta puede curarse, a veces indirectamente, no ya sólo por los hipnotizadores, sino incluso por un simple curandero que sólo usa de palabras para sanar a ciertos desequilibrados nerviosos que a él acuden.

Confieso que cuando leí esto último en una revista hace poco aparecida, tuve una vivísima reacción en contrario. ¿Es posible que solas unas palabras curen una úlcera? Eso sí que no lo trago. Es una rueda demasiado grande para mi garganta.

Pero pocas líneas más abajo venia la explicación. El curandero no curaba propiamente la úlcera con palabras. Con éstas lo que hacía era calmar al neurasténico, volverlo al estado normal. Una vez en él, la naturaleza corregía suavemente lo que el estado de excitación nerviosa había empeorado unas veces y ayudado a que se produjese otras. La explicación, por lo menos, tenia sus visos de probabilidad, y el fenómeno ya no me parecía increible, como me lo había parecido en un principio.

Con esto podemos abordar ya la cuestión de si en el hipnotismo intervienen fuerzas suprasensibles. Estamos decididamente por la negativa, aunque en tiempos pasados, y cuando el hipnotismo comenzó a estar en boga, había no pocos autores que todos los fenómenos (o poco faltaba) los atribuian a intervención diabólica.

Cuando se trata de hechos o fenómenos ciertos, como los más arriba indicados u otros similares, no hay por qué acudir a fuerzas suprasensibles, pues bastan para explicarlos las naturales.

Otros efectos más maravillosos, como predicción cierta de lo futuro, o ver lo que sucede a distancia, no consta que, en efecto, se produzcan, y por lo mismo no necesitamos divagar acerca de ellos. Y no sólo no consta que se den, sino consta más bien lo contrario.

«Fenómenos como la previsión de lo futuro, la visión a distancia o a través de cuerpos opacos, la transposición o cambio de los sentidos o una especie de instinto para señalar los remedios de las enfermedades, ¿es necesario decir que yo no he tropezado jamás con ellos?» Así se expresaba un hipnotizador muy experimentado (1).

Al hipnotismo, pues, como tal, no pertenecen sino fenómenos de orden natural y sensible, fenómenos que no superan las fuerzas de la naturaleza. Si en alguno o algunos casos aislados se hubieran mezclado o unido a los anteriores otros para cuya explicación se requiriese la intervención de fuerzas suprasensibles, como serían las provenientes del diablo, eso no sería propiamente hipnotismo; como si un médico impío hiciera come-

(1) Bernheim, *De la sugestión*, pág. 84.

ter actos inmorales a sus clientes o les dijera que la religión es pura ficción en la que no creen más que los ignorantes, eso no perteneceria al arte de curar, sino seria algo que ese médico ponía de su cosecha al ejercerlo, no como médico, sino como ciudadano particular.

Los fenómenos propios del hipnotismo siguen siendo maravillosos, aunque prescindamos de todos esos que rechazamos como inverosímiles, no comprobados o incluso falsos. Y son maravillosos, porque no conocemos los rincones de nuestro organismo ni cómo funcionan sus actividades anímicas e incluso las que son una especie de mezcla de corporales y anímicas.

Hay todavia muchísimas cosas oscuras respecto a nuestras facultades, y una de ellas es en qué consiste el sueño natural o cómo se producen los ensueños a veces con tanta viveza, que no se podría pedir más si estuviéramos en presencia de cosas reales en vez de estar meramente ante productos de la fantasía.

Pero hay todavía más: entre el sueño natural y el artificial producido por el hipnotizador existe otro que ni es provocado como el hipnotismo ni es el corriente que todos tenemos.

Me refiero al de los sonámbulos, esos seres que, como su nombre lo indica, se levantan dormidos, salen así de sus habitaciones,

recorren un trecho más o menos largo sin tropiezos y sin darse cuenta de lo que les rodea, y vuelven luego a acostarse sin sospechar siquiera que se han levantado.

Ahí tenemos otro fenómeno maravilloso en que no interviene el diablo para nada y del que nadie ha dado una explicación satisfactoria, reduciéndose todo a tentativas más o menos felices o aventuradas.

Cuando una persona está en estado cataléptico se presentan también fenómenos extraños, como la falta de sensibilidad. La explicación no es cosa tan fácil: los hechos son reales y bien conocidos desde tiempos muy antiguos. Del gran S. Agustín es la narración siguiente, escrita hace unos mil quinientos años:

«Mucho más admirable es lo que muchos hermanos nuestros experimentaron recientemente.

Hubo un presbítero llamado Restituto en la parroquia de la iglesia de Calama (población africana próxima a Hipona, donde S. Agustín era obispo), el cual, cuando quería acceder a ello, porque asi se lo pedían quienes querían presenciar el fenómeno, se sustraía de tal modo al uso de los sentidos, quedándose como muerto, que no sólo no sentía cuando le pinchaban o pellizcaban, pero ni siquiera el fuego que se le aplicaba, a no ser más tarde (vuelto ya a su estado normal) por la herida que le quedaba.

A la manera de los difuntos, se demostraba que no había en él aliento, no porque ofreciese resistencia, sino porque no se sentía movimiento ninguno en su cuerpo.

Por lo que hace a las palabras que con claridad se pronunciaban cerca de él, decía, una vez vuelto a su estado normal, que las oía como si se dijeran a distancia» (2).

Aquí tenemos un fenómeno muy parecido a los narrados anteriormente como causados por el hipnotizador, ejecutado por un sacerdote, presenciado por muchos y de tiempos bien remotos.

A S. Agustín, con su preclaro talento, no se le ocurrió achacarlo para nada al demonio. Veía ante sí un fenómeno que no se explicaba, algo sencillamente maravilloso, y lo contó como lo conoció, sin meterse a querer explicarlo y sin atribuirlo a fuerzas suprasensibles. Su preclaro entendimiento debia ver con claridad meridiana que un fenómeno, que un hombre probo *producía repetidas veces a su voluntad en el momento que él quería,* era un hecho producido por solas fuerzas naturales.

Producir un fenómeno sobrehumano de esa clase o de índole parecida, a voluntad de uno mismo o de un hipnotizador, cuantas veces ellos quieran y en el momento y circunstancias por ellos elegidos, no hay hom-

(2) *De Civitate Dei,* lib. 14, cap. 24.

bre que pueda hacerlo. Aun en el caso de que hubieran tratado de hacer pacto con el mismo demonio, ni ellos podrían conseguir tener un poder así a su libre disposición ni el diablo intervenir a su capricho en los hombres sin permiso de Dios, quien en los casos ordinarios dispone que las criaturas ejerzan su actividad únicamente en el ámbito a ellas asignado.

CAPÍTULO DIECISÉIS

MAGOS ESPIRITISTAS

Penetramos en un campo más misterioso. No sin razón al espiritismo se le ha llamado también ocultismo. La palabra espiritismo lleva consigo cierta nota de misterio y de temor, en contraposición a las sesiones de magia blanca que nos ofrecen los prestidigitadores. Y, sin embargo, tal vez unas y otras constan de los mismos elementos esenciales. Un mago, un público ávido de presenciar algo maravilloso, y una serie de trucos hábilmente combinados.

Para evitar equívocos y confusiones es menester que demos una buena noción de espiritismo. Según muchos autores, es el arte de comunicar con los espíritus, sobre todo con las almas de los ya difuntos, y al mismo tiempo, la doctrina en tales comunicaciones obtenida. Esta definición no conviene a nuestro propósito ni nos parece recta y atildada. Quien dijera que el hipnotismo es el arte de producir un sueño artificial y la doctrina que

*

durante ese estado han dado los hipnotizados, no daría una buena definición, por mezclar en ella dos asuntos enteramente diversos.

Pues lo mismo debe decirse del espiritismo. Una cosa es el arte de comunicarse con los espíritus y otra muy diversa lo que se supone o afirma que estos últimos han dicho. En todo caso, quede claro que nosotros tratamos solamente del primer fenómeno, es decir, de la comunicación de los magos espiritistas con los espiritus, sean éstos las almas de los difuntos o sean otros diversos.

Para nosotros, pues, espiritismo es el arte de comunicarse con los espíritus en general, y más en particular con las almas de los difuntos. Tal arte es, en parte, nuevo, y en parte, viejo. Parece ser que el deseo de comunicarse de modo sensible con seres que ya no pertenecen a este mundo palpable en que vivimos ha aleteado con frecuencia a través de la historia. Sin embargo, es en nuestros tiempos cuando se ha mostrado con nuevo y renovado vigor y con métodos y procedimientos más uniformes. De este espiritismo moderno es del que vamos a tratar directamente, e indirectamente del espiritismo de cualquier época.

Su punto de origen, o al menos aquel del que recibe su más fuerte impulso que le hizo extenderse luego con rapidez por las naciones más cultas, está en Norteamérica, en un

pueblo del estado de Nueva York, llamado Hydesville. Sucedió esto los años 1847 y 1848. Se pretende que una familia allí establecida presenció sucesos extraños, ruidos, llamadas, movimientos de los muebles, etc., sin que, al menos aparentemente, hubiera ninguna persona ni ninguna otra causa sensible que los produjera.

Era natural que se pensara en un espíritu, y para averiguarlo idearon preguntárselo a él mismo, rogándole que quisiera responder con dos golpes si sus respuestas eran afirmativas. Se le preguntó, pues, si era un espíritu, si tal vez pertenecia a un hombre que hubiera muerto en aquella casa y si vivía todavía el matador. Tras cada pregunta se oían los dos golpes convenidos.

Un día, Catalina, una de las dos hijas del matrimonio que allí vivía, hizo castañetear sus dientes, y al punto, como si se tratara de un eco, resonó en la habitación ese mismo ruido. La madre de la niña pidió entonces al espíritu que diera diez golpes, y los dió. Se le preguntó entonces: «¿Eres un hombre?»; ninguna respuesta: «Si eres un espiritu, da seis golpes», se le dijo entonces, y los seis golpes vinieron inmediatamente.

El asunto del espiritismo comenzaba a ponerse en marcha. Muchos de los vecinos de Hydesville acudieron a la casa de la familia Fox, compuesta de marido y mujer y dos niñas, Catalina y Margarita, para presenciar

aquello de lo cual ya habían oído los primeros rumores. Era natural que a ellos mismos les acuciara la idea de hacer preguntas al misterioso espíritu, y madre e hija se ofrecieron como *mediadoras* para obtener sus respuestas. Acababa de nacer el espiritismo. Uno que consulta, un pretendido espiritu que responde y una persona que pone en comunicación a esos dos y que recibe ella misma la respuesta.

Lo que Catalina y Margarita Fox comenzaron en América, lo practicaron luego en Europa, y lo que ellas hacían con gran concurso de público, ¿por qué no podrian hacerlo otros, deseosos de popularidad y fortuna? Surgieron *mediums* abundantes por todas partes, es decir, personas que entraban en comunicación con los espíritus, como entraban las dos norteamericanas.

Poco a poco se creó una técnica que parecía más adecuada para tales sesiones o manifestaciones. Los fenómenos eran en casi todas ellas muy parecidos, como sucede en las de los prestidigitadores. Aparte de las pretendidas comunicaciones, tenían lugar golpes secos en las mesas, elevación de algunas de éstas sobre el suelo sin causa clara que bastara para ello, sonidos musicales, cambio de lugar de un objeto y otros parecidos.

Detalle muy importante y muy digno de tenerse en cuenta es que la luz en las sesiones era nula o muy escasa, como si se te-

miese que este elemento descubriera algo que se debía conservar oculto. Bien, y ¿qué?, respondían los defensores del espiritismo. ¿Es que el fotógrafo no se mete en un cuarto oscuro para revelar sus fotografías? ¿No apaga las luces de su observatorio el astrónomo para poder observar los fenómenos celestes?

Pues uno de los fenómenos observados en las sesiones espiritistas consiste precisamente en que al fotografiar al *medium* aparecen junto a él siluetas diluídas de espíritus, es decir, dibujos parecidos a una cara o a un cuerpo humano, pero notablemente tenues, si se las compara con la persona que sirve de medio, la cual, para obtener las comunicaciones, cae por lo general, o al menos finge caer, en un estado parecido al sueño hipnótico. No se puede negar que el espectáculo está bien montado y que no se abandona nada a la improvisación.

Supongamos que una madre que ha perdido a su hija quiere entrar en comunicación con ella sirviéndose de un medio o de una medio. Es natural que, puesto que pide un servicio, se le pida una retribución, y que se procure que quede contenta para que los clientes aumenten, como se hace en el comercio. Es natural también que el medio o la medio hagan antes a la madre algunas preguntas sobre la edad que tenía la difunta, en qué se ocupaba y el tiempo que hace que murió, caso de que estos datos les sean

desconocidos y no los hayan preguntado previamente a otra persona distinta.

Obtenidas las respuestas, nada más fácil que entrar, o fingir entrar, en el sueño hipnótico, y desde la cabina del escenario anunciar que ven una joven muy contenta y sonriente con un ramo de flores. Para completar la comunicación, pueden dejarse oír algunos sonidos musicales de una pieza agradable y conocida, por la que la difunta sentia especial predilección.

¡Cualquiera va luego a persuadir a la consultante de que la han engañado y de que no ha tenido noticias ciertas de su hija! «La edad, los rasgos, las aficiones, eran de ella, amiga empedernida de la música y de las flores», dirá con exaltación.

Pero a las sesiones espiritistas han acudido no sólo mamás sentimentales, sino hombres de carrera, científicos, periodistas, eclesiásticos, y aunque muchos duden, hay otros que han salido enteramente convencidos de haber presenciado algo sobrehumano. Como consecuencia de ello, los autores han catalogado a los que han emitido su parecer sobre el espiritismo en tres categorias.

Pertenecen a la primera aquellos que atribuyen todos o casi todos los fenómenos al diablo. Son gentes dispuestas a ver al demonio en todas partes en que aparezca algo nuevo que ellos no se explican, y que, por otra parte, no parezca que pueda atribuirse a un

ángel bueno. Por lo general, nadie les hace caso, ya que todos o casi todos los fenómenos narrados, como los ruidos, los sonidos musicales, las pretendidas comunicaciones, el cambio de objetos de un lugar a otro o las fotos de los espíritus, puede atribuirse a causas naturales.

Creen algunos que porque en una sesión estaban todos los presentes cogidos de la mano y a ellos les quitaron el sombrero, el reloj o la cartera, o les dieron cuatro pescozones mientras se apagaron las luces, está ya comprobado que es obra de los espíritus. Pero eso es una burda maniobra. Una terna combinada con el medio rompió el círculo, y uno de esa terna hizo entre tanto todas las diabluras que quiso, volviendo luego a sentarse y a coger las manos de sus compinches antes de que las luces se encendieran.

Buen cuidado han tenido los organizadores de que aquéllas no puedan encenderse hasta el momento en que ellos quieran. Por eso, cuando un periodista o espectador avisado ha decidido romper con lo convenido y encender una luz que él lleva, se ha cogido en algunas ocasiones a medios tenidos por maestros obrando tan rastreramente como si fueran raterillos de los más ordinarios.

Hay también quienes piensan que las fotografías de los espíritus son auténticas, porque estando ya en la sesión se encargaron las placas o los carretes a una tienda de la

ciudad y de allí las trajeron pocos minutos después. Esto no prueba nada. Puede haberse convenido el asunto de antemano, entregando unas placas o carretes ya filmados, o cambiándolos el operador por otros antes de fotografiar al medio dentro ya de la sesión.

Por éstas y otras consideraciones hay una segunda categoría de personas a la que pertenecen aquellos según los cuales los fenómenos espiritistas son fraudulentos en su mayor parte, pero un cinco o un ocho por ciento de los casos hay que atribuirlos al demonio.

¿Por qué razón? 1.º Porque eso es posible que asi suceda. 2.º Porque, aunque muchas veces se haya cogido en fraude a los medios, de ahí no se sigue que siempre se hayan servido de engaño. 3.º Porque hay testigos calificados, como profesores de Universidad, magistrados, sacerdotes, los cuales tomaron todas sus medidas para no ser engañados, y comprobaron que, en efecto, se dan tales fenómenos que superan las fuerzas naturales. Más aún: no queriendo antes creer en su existencia, se vieron forzados a admitirla ante la evidencia de los hechos, como consta por muchas publicaciones que ellos mismos dieron a la luz en América del Norte, en Inglaterra, Italia, Francia, Alemania y Suiza.

Las dos primeras razones no prueban absolutamente nada. La primera se refiere a

que los fenómenos de que se trata son posibles. Nadie lo niega. Pero de que sean posibles no se sigue que se hayan dado. Es posible un buey con alas, pero falta por demostrar que haya existido.

Tampoco prueba nada la segunda, que se reduce a lo siguiente: De que muchas veces se haya cogido en fraude a los *mediums* no se sigue que algunas veces no hayan llevado a cabo fenómenos sobrehumanos. Desde luego, no se sigue de necesidad absoluta, pero se sigue mucho menos lo que había que probar, es decir, que tales fenómenos se hayan verificado alguna vez sin echar mano del engaño.

La tercera razón es la única de algún valor. Tomadas todas las precauciones para no ser engañados, profesores de Universidad, sacerdotes, magistrados, han visto por experiencia que los *mediums* producen fenómenos que no pueden ser atribuidos sino a los espiritus.

Hay en esa afirmación dos circunstancias muy dignas de considerar. La primera se refiere a las precauciones tomadas; la segunda, a los testigos. Dos palabras acerca de la una y de la otra. Comencemos por la segunda.

Piensan muchos que todo está resuelto con haber dicho que a esa sesión asistieron profesores de Universidad, sacerdotes y magistrados. Pero esa afirmación aún no prueba

nada. Conocemos y conoce todo el mundo personas de esas categorías muy competentes en sus actividades respectivas, pongo por caso, en la predicación, en sentenciar una causa conforme a las leyes o en explicar la asignatura correspondiente, que luego son modelos de ingenuidad infantil, y a los que engañarían con la mayor facilidad unos golfillos de pocos años.

Con decir, pues, que a tal sesión asistieron sacerdotes, magistrados y profesores, no hemos hecho nada o casi nada para probar lo que se pretendía.

Pero todavía se ha hecho menos, si se considera el otro elemento. Tomadas todas las precauciones. ¿Todas? ¿Cuáles? Las que se les han permitido una vez que el *medium* ha organizado el espectáculo y se ha reservado hacer las funciones en las circunstancias prefijadas por él y no en otras. Entre esas circunstancias entrarán, naturalmente, aquellas que imposibilitan o dificultan que el fraude se descubra, si es que existe.

Ahora bien: una vez que yo he impedido que registren en mi casa ciertos rincones, puedo estar seguro de que allí la Policía no encontrará armas de ninguna clase, aunque las tenga por docenas. Tratando de buscar armas en un edificio, la Policía no admitirá que aquél se tenga a oscuras o se le prohiba derribar un tabique falso o levantar un entarimado. Ella no admite condiciones. Así,

en las sesiones de espiritismo, para comprobar que se dan o no se dan fenómenos sobrehumanos, hace falta poder dar luz en cualquier momento y estar no muy apartados, sino más bien muy cerca del *medium*. *Que on experimente au grand jour et nous verrons*, decía muy bien Sourbled (1) (que se hagan las experiencias a plena luz y veremos lo que pasa).

No se nos venga con que el fotógrafo y el astrónomo requieren que haya oscuridad para ejercer sus actividades. La requieren, ¡qué duda cabe!, pero todos saben el porqué, y saben que allí no hay engaño de ninguna clase. Además, el fotógrafo trabaja con luz suficiente para que puedan ser observadas todas sus manipulaciones, y el astrónomo puede encender la luz en el momento que quiera él o el visitante, para volver a apagarla cuando convenga.

Que trabajen los *mediums* a dos pasos de observadores científicos, y, mejor aún, de personas hábiles en descubrir engaños; que se les permita a éstas encender las luces cuando ellas quieran, y atrapar a quien les moleste, y veremos qué es lo que sucede.

Cuando por hombres duchos en la materia se han tomado todas las precauciones, los *mediums* no producen ningún fenómeno para cuya realización se requieran fuerzas

---

(1) *Le spiritisme devant la science*, pág. 32.

sobrehumanas. *Mediums* tenidos por brillantes entre los de su profesión o entre el público que asistía a sus sesiones, han sido cogidos en burdas maniobras de engaño y en mentiras de grueso calibre capaces de avergonzar a un patán.

Ofrecido un gran premio a quien lograse ponerse en comunicación real con un espíritu con garantías de veracidad, y hechas las experiencias que el caso requería, el premio quedó sin adjudicar.

La razón es muy clara. Los ángeles o las almas de los difuntos pertenecen a otra esfera. Mientras vivimos podemos comunicarnos facilísimamente con otros seres vivos. Un momento después de morir nos es imposible. Se fueron de nuestro campo y no hay medio de comunicarse con ellos de una manera sensible.

Lo que a nosotros nos pasa les pasa a los medios. No pueden comunicarse con los espíritus de manera sensible, como no podemos comunicarnos nosotros. Nada tienen en su ser que les capacite para ello.

De aquí no se sigue que la comunicación sea imposible. Ya hemos visto en capítulos anteriores que, a modo de excepción, un ángel o un demonio pueden intervenir en nosotros de modo sensible. Pero pretender que un hombre puede entrar en comunicación con ellos a su voluntad, es querer algo que no está a nuestro alcance y que ni siquiera

pueden hacerlo los ángeles ni los demonios. Estos obran dentro del ámbito que Dios les señaló al darles la naturaleza que tienen, y ese ámbito no es el de intervenir sobre los hombres de una manera sensible en las circunstancias ordinarias de la vida, sino solamente de modo excepcional, cuando y como al Señor le pareciere permitirlo.

Fijémonos bien en las últimas palabras; cuando y como al Señor le pareciere permitírselo, no cuando les pareciere a los medios o a los que no lo son, y poniendo éstos a su capricho las demás condiciones, aparte de la del momento de su realización.

No hay, pues, nada que nos fuerce a admitir como comprobados ningunos fenómenos sobrenaturales producidos por los medios y provocados por los procedimientos que ellos emplean, y hoy por hoy nadie está obligado a creer que los hayan producido, y puede achacarlos todos a puros engaños, como lo han hecho, y lo seguirán haciendo cada vez más, hombres distinguidos por sus estudios en esta materia.

Hoy día nos reímos de los vuelos de las brujas, de sus ungüentos mágicos y de otras supercherías igualmente increíbles; en cambio, hay muchos dispuestos a creer las supercherías de los espiritistas.

No pasarán muchos siglos cuando el cúmulo de fenómenos atribuídos hoy al espiritismo habrá pasado de moda, como pasó el de

las brujas, las sibilas o la observación de las víctimas, y los hombres se maravillarán de que personas de talento creyeran un dia con tanta firmeza en los fenómenos espiritistas, cual si sus productores estuvieran dotados de fuerzas sobrehumanas.

El testimonio de las fundadoras debía ser decisivo en esta materia. «Sé y conozco con certeza que todas y cada una de las manifestaciones espiritistas producidas por mí en Londres y en todas partes fueron fraudulentas.» Así se expresó alguna vez Catalina Fox. Su hermana Margarita dijo por su parte: «Tuve siempre perfecto conocimiento de que todos los efectos espiritistas producidos por mi hermana y por mí eran fraude en absoluto» (2).

«En ciertas noches de sesión—escribía uno que había practicado el espiritismo y que luego describió algunos de los fraudes de que se valía—yo tenia visiones. Juro que nunca he visto nada» (3).

Los mismos espiritistas, pues, nos autorizan a creer que todos esos fenómenos tienen un mismo origen, el fraude, aunque no tuviéramos otras razones. Como estas últimas existen, y ya antes las hemos enumerado, podemos con toda confianza asegurar que el

(2) Véase *Los fraudes espiritistas*, de C. M. Heredia, S. I., lib. 1.º, cap. 4.

(3) Huertas Lozano, J., *Yo he sido impío*, pág. 76 y siguientes.

espiritismo es el embuste y engaño de los magos de nuestros tiempos, como lo fué el de adivinar lo futuro por el vuelo de las aves en la República y en el Imperio romano.

Para terminar este capítulo, ofreceremos el resultado de algunas sesiones según nos lo cuentan algunos miembros de un comité encargado de vigilarlas. Comencemos por presentar a los personajes. Se trata de un napolitano llamado Nino, que reside en Nueva York. Lo patrocina un doctor compatriota suyo y le sirve de inspirador el espíritu de una mujer.

El napolitano trabaja en un gabinetito en el que está atado y sentado en una silla. Frente a él hay una mesita u otra silla con varios instrumentos sonoros, como un tamboril, unas campanillas, una trompeta, etc. La habitación está toda iluminada con débil luz roja.

En gran parte, la sesión consiste en una conversación entre el espíritu de la mujer y el doctor que patrocina a Nino. El medio se expresa en dialecto napolitano, y el doctor lo traduce al inglés.

Se oyen funcionar todos los instrumentos músicos, y por añadidura llamadas y aplausos, bien a petición del doctor, bien espontáneamente. A veces hay como intentos de que aparezcan fuera del gabinetito en que trabaja el napolitano a quien se ató a la silla, manos u otro producto cualquiera hecho con

ectoplasma, es decir, una materia que se pretende ser producida o traída por los espíritus. Parece probable que el medio puede libertar uno de los brazos para servirse de él.

En cierta ocasión perdió el doctor treinta y cinco dólares. El napolitano patrocinado suyo preguntó al espíritu qué había sido de ellos. Aquél respondió que él mismo los había robado y que los iría pagando sirviéndose del mismo Nino. El doctor conserva esos billetes recibidos, que son buenos y no falsificados, y los muestra a quien quiere verlos.

Si se pregunta cómo se lleva a cabo todo esto, se dan cuatro respuestas:

1.ª El napolitano permanece atado durante la sesión, y los fenómenos los produce la materia, que se expande de su cuerpo y vuelve a él antes de acabar la sesión.

2.ª Los miembros del napolitano, manos, pies, etc., se hacen inmateriales, pasan a través de las ligaduras, hacen su efecto y más tarde vuelven a su sitio primitivo.

3.ª No es que sus manos se desmaterialicen, sino que se trasladan a la cuarta dimensión, y allí producen los fenómenos mencionados.

4.ª No es nada material lo que sale del cuerpo de Nino, sino ondas parecidas a la de la radio.

Todo esto parecerá, sin duda, poco serio, sobre todo si se tiene en cuenta que después

de las sesiones hay impresiones digitales en los instrumentos de que se han servido ciertos pretendidos espiritistas.

Por lo que hace a las celebradas con nuestro napolitano, tuvieron lugar en Nueva York, y entre las personas que las presenciaban había cinco que pertenecian al comité investigador. Hubo música de campanas, llamadas, movimientos de mesas, etc. Los fenómenos no eran continuados, sino que se pedía a los espectadores que hablasen o cantasen, como si entre unos y otros fenómenos fuera necesaria cierta preparación.

En las sesiones en las que no se ató con mucho cuidado y diligencia a Nino se obtuvieron resultados más o menos importantes. Cuando se le ató con más cuidado, hubo menos, y hubo, en cambio, evidencia de que aquél había procurado desasirse sirviéndose de sus dientes, hasta el punto de que parte de la ropa que vestía estaba mojada con saliva, e incluso descosida. Finalmente, atado por un experto, no pudo producir ningún efecto maravilloso.

El doctor se quejó de que eso fué debido al largo tiempo empleado en atar al napolitano y a lo poco favorable que era el público que presenciaba la sesión. «Por lo que hace al público, respondieron los del comité, le daremos ocasión de que trabaje ante una reunión escogida. Por lo que hace a atarlo, si se trata de una ceremonia, podemos acabar

en pocos minutos; pero si queremos estar seguros de que Nino no podrá trabajar con dientes, pies ni manos, se requiere un tiempo conveniente.»

Como resultado final, los miembros del comité y sus consultores estuvieron unánimes, no sólo en que no había evidencia de ningún fenómeno suprasensible, sino en que la había de que todo podía considerarse como producido por medios normales.

Con otro medio, esta vez una señora que no quiere honorarios ningunos, sino que incluso paga los gastos ocasionados al comité investigador, los fenómenos se reducían también a llamadas, silbidos, canciones, movimiento de mesas, tictac de relojes y que éstos echaran a andar o se pararan a voluntad de alguno de entre el público.

La más cuidadosa investigación de la casa no descubrió ninguna artimaña, pero tampoco se deterioró nada para la investigación. La radio estaba desconectada. Se procuró evitar todo fraude, pero eso resultaba imposible, pues no se podía tener toda la casa por escenario y atender a los posibles viajeros que iban de una parte a otra. Las experiencias nunca fueron tales que merecieran la estimación de un grupo de investigadores serios, ya que para producir aquellos fenómenos bastaba con que varias personas se hubieran puesto previamente de acuerdo.

«Cuando yo llegué allí, dice uno de los ob-

servadores, se hizo un alto. El taburete de un piano se había movido a lo largo de una habitación que se encontraba enfrente del comedor. El movimiento habia sido en línea recta hacia un pasadizo que comunicaba con la bodega. A cualquiera se le ocurriría la solución, la cual pareció plenamente confirmada cuando un joven científico pudo recoger un trozo de cuerda de una de las patas del taburete.

Uno de los dias, mientras comíamos en casa de la *medium*, entró el hijo de ésta silbando una melodía que con frecuencia se oía en las sesiones. La *medium* tenía aspecto de desesperación. «Después de esto, ¿cómo voy yo a demostrar que es un fenómeno suprasensible cuanto se produce en las sesiones?» Este hecho es muy significativo.

Al día siguiente juntamos los asistentes las manos en círculo, y media hora después se oyó la melodía anterior. Esta vez no era el hijo quien la producía, pero yo no puedo asegurar que no fuera otro de la concurrencia o de los que en la casa se encontraban.

En otra ocasión posterior hubo ataque epiléptico en la *medium*: manos heladas y ruego imperativo de que todos se fueran. Más tarde yo me retiré para dejarlos más libres, y ese día dicen que todo salió bien, y que el mal espíritu se había venido conmigo» (4).

---

(4) Véase *Scientific. American.*, febrero y meses siguientes de 1924.

Renunciamos a manifestaciones o escenas posteriores. Cualquier lector se habrá persuadido de lo engañoso de tales procedimientos y de su ninguna fuerza probativa para demostrar que los fenómenos narrados fueran producidos por fuerzas sobrehumanas.

CAPÍTULO DIECISIETE

MAGOS FAQUIRES

Faquir en árabe significa pobre, y con esta palabra se designa propiamente a los santones o ermitaños mahometanos, de donde por extensión se aplicó también a los penitentes indios, que se llaman más bien *saddus*.

Como es natural, cuanto más avanza la civilización en las naciones, más van huyendo de allí todas las supercherías, para refugiarse en regiones menos cultas, y si bien el afán de lo maravilloso en el hombre ha hecho que en nuestro siglo muchos vivan engañados creyendo en tantisimas apariciones de los espíritus como se han atrevido a fingir algunos espiritistas exaltados, no es menos cierto que esa ingente multitud se ha dejado engañar gracias a que los falsarios han tenido la precaución de envolver sus sesiones con el manto de la oscuridad y las tinieblas.

Sáqueselas a plena luz y se verá lo que que-

da de tanto y tan decantado fenómeno maravilloso, y de las extravagantes doctrinas espiritistas.

Todos los fenómenos inexplicables por las solas fuerzas naturales podrían escribirse en un pliego de carta, y a buen seguro que todavia sobraría papel. Mas como descubrir los engaños no está, las más de las veces, exento de molestias, el mismo hecho de no refutarlos se toma como argumento de su confirmación.

Sediento de fama y de dinero, publica un fanático un hecho maravilloso llevado a cabo allí donde no puede fácilmente comprobarse. El afán de novedades y de saber y contar cosas curiosas hace de radiotelefonía que lo esparce con rapidez en todas direcciones. Los más crédulos caen sin más en el lazo; los más avispados lo ponen en duda, hasta que ulteriores averiguaciones vengan a confirmar el pretendido caso maravilloso, concediéndole, entre tanto, y aun esto no siempre, los honores de la posibilidad; mas como nadie se preocupa de refutarlo, la fama crece, y en una gran masa del pueblo aquello pasa poco menos que por dogma de fe.

Suponed que se trata, por ejemplo, de un prodigio que se dice verificado por un indio pagano, mahometano o cristiano, que vive allí en las faldas del Himalaya. ¿Quién se va a preocupar de refutarlo?

Desde Europa es sumamente difícil cono-

cer las circunstancias del caso. Allí, en la India, seria necesario emprender largos viajes que nada tienen de cómodos. Aparte de eso, el refutar un hecho es siempre odioso para el que lo afirmó. Si a esto se juntan otras molestias, como gastos frecuentes u otras cualesquiera dificultades, todo esto viene a ser a modo de barreras capaces de detener al más intrépido investigador.

La India es una región extensa y muy poblada, que aún dista mucho de poseer el nivel medio europeo, excepción hecha de las grandes ciudades. Por otra parte, el fanatismo indio es de lo más exaltado que existe en materia religiosa, y asi, no es de extrañar que de aquella nación hayan salido narraciones fabulosas y cuentos maravillosos que, recogidos por turistas ávidos de novedades, han hallado luego cabida en todas las literaturas.

Merced a esto, la fama de los faquires es hoy universal; pero, reconozcámoslo sin ambages, una parte inmensa de esta fama la deben a su extraordinario ejercicio y habilidad, con el que hacen penitencias y producen fenómenos capaces de dejar pasmado al más flemático.

Envueltos en un lienzo blanco, expuestos a los rayos de un sol abrasador, alimentados con una ración deficientisima, parcos y sobrios también en la bebida, se entregan muchos de los faquires a una serie de peniten-

cias para las que se requiere un temple de alma y una energía de voluntad dignos de mejor causa.

Haciendo una serie de inclinaciones y postraciones capaces de rendir al cuerpo más sufrido, se encaminan a sus santuarios o ciudades venerandas cargados de cadenas y llevando suspendidos al cuello sus amuletos. Otros se dejan tostar la piel expuestos a los rayos del sol; se sostienen sobre un pie o se paralizan un brazo a fuerza de reprensibles excesos seudoascéticos, que aun dado caso que se ejecutasen con buen fin, serían vituperables.

Con esto, la fama de que gozan los faquires entre el vulgo es fascinadora, y cuando alguno de aquéllos, en presencia de sus admiradores, ejecuta un fenómeno que los demás hombres son incapaces de imitar, y que parece que exige un poder sobrenatural, o al menos suprasensible, el entusiasmo de los indios por su penitente raya en el delirio.

Bien saben, por lo demás, los faquires explotar esta admiración y credulidad. Al lado de algunos fenómenos reales, cuentan otros fantásticos e imaginarios, que las muchedumbres reciben sin dudar de ellos y sin exigir una prueba experimental que resultaría de efecto prodigioso.

El faquir puede subir por los aires de un modo facilísimo. Para ello, teniendo una cuerda en su mano, la lanza al aire, tenién-

dola agarrada de un extremo, y aquélla se queda vertical y más derecha que una vara de medir.

El faquir se encarama entonces por ella, arrollándola al mismo tiempo que se eleva; desaparece luego en los aires como nube de humo que se diluye en el espacio, y no mucho después se deja ver de sus admiradores respirando satisfacción y ceñida la cuerda a la cintura.

Esto es prodigioso, pero no es lo único que afirman de si los faquires. Si se les encierra entre cuatro paredes, no se asustan. Por un procedimiento de desmaterialización, el faquir abandona su prisión, atravesando las paredes sin mayor dificultad de la que tiene la luz en atravesar los cristales.

Si la necesidad lo exige, su estatura se hace mayor que la de un pino del Canadá, y cuando un enemigo quiere hacerle algún daño, se hará invisible, como cuentan que se hacían algunos antiguos sirviéndose de un anillo misterioso.

Todo esto, claro está, no pasó nunca de la posibilidad al hecho; se afirma, se pondera, se admira; mas si se les exige realizarlo, contestan que sus constituciones y reglas ascéticas les prohiben hacerlo en aquellas circunstancias.

Mas si se niegan a estas pruebas, en cambio, ejecutan a vista de todo el mundo otras enteramente sorprendentes. ¿No habéis vis-

to a los niños clavando un alfiler en la superficie de las palmas de las manos y dejándolo allí sujeto como si hubiesen atravesado un trozo de tela? Pues es cosa que, aunque las primeras veces pueda causar temor, luego se hace sin dificultad ni peligro, ya que estando la piel muerta, no se excitan para nada los nervios sensitivos.

Pues bien: los faquires elevan este juego de niños a la enésima potencia, y no sólo se atraviesan la piel con un alfiler, sino la mano entera de parte a parte, los carrillos o los dedos con puntas de acero, sin exhalar la más minima queja, y esto, como dijimos antes, a la vista de todo el mundo, produciendo a la vez admiración y espanto en los espectadores. Ni esto se verifica sólo en la India.

También acuden a veces a Europa, y ciertamente a las mayores ciudades, y en ellas exhiben su rara habilidad. Durante la famosa Exposición Internacional de París del año 1889, para la que en solos dos años se construyó la famosa torre de los 300 metros, como entonces se la llamaba, o torre Eiffel, como se designó después en honor del ingeniero que la trazó y llevó a efecto, entre otras muchas curiosidades que de todas las partes del globo concurrieron a la capital de Francia, estaban también allí los faquires haciendo alarde de su dominio de la sensibilidad, o tal vez de su insensibilidad.

Más tarde, en el verano de 1925, presen-

tóse asimismo otro que se dejaba atravesar las carnes con la única condición de no interesar ningún miembro de vital interés. Las pruebas, como hechas a plena luz, resultaban manifiestas, y así fueron por todos reconocidas.

Para poner el sello final, un médico le exigió que se dejase hacer la operación de apendicitis en frío. Dudó el faquir, pidió tiempo para pensarlo, y pocos días habían pasado cuando se presentó ante los médicos dispuesto a que se la hicieran. Entonces no fué el faquir, sino los propios doctores quienes no creyeron conveniente ejecutar una acción que ningún tribunal aprobaría.

¿Qué hemos de pensar a vista de tales fenómenos? ¿Que sienten y no se quejan gracias a una energia de voluntad que raya en el heroísmo? No hay ninguna dificultad insuperable para ello, y casos se cuentan de muchos que sosteniendo un crucifijo en sus manos sufrieron una operación dolorosa en frío sin exhalar una queja.

¿Que son insensibles o poco sensibles las partes aquellas en que se pinchan? Es lo que parece comprobado. En ambos casos los fenómenos son extraordinarios, pero no preternaturales.

Mas no es sólo esto. Los faquires vuelven a la vida normal después de haber estado enterrados diez, veinte, treinta y aun sesenta días bajo tierra. Es fenómeno admirable y

que ha dado que hacer a los sabios. De alguna explicación para conocer en qué consiste el fenómeno, y al mismo tiempo de alguna solución puede servir lo que cuenta S. Agustín del presbítero Restituto en su libro sobre la ciudad de Dios y que ya relatamos en el capítulo quince al hablar de los hipnotizadores.

Imaginad que a ese sacerdote lo entierran entre cuatro paredes, y si es verdad que, en efecto, no respiraba o que al menos requería una cantidad de aire insignificante, después de un espacio de tiempo más o menos largo podría volver de nuevo a la vida normal.

Lo que los faquires hoy dia realizan no parece distinguirse sino accidentalmente de lo ejecutado por aquel presbítero. La solemnidad, sin embargo, con que se lleva a cabo es ciertamente bien diversa.

Antes de someterse a este género de pruebas, los faquires han comenzado, así al menos quieren algunos explicar el fenómeno por ejercitar la propia respiración, aspirando con lentitud, reteniendo lo más posible el aliento y expeliéndolo luego asimismo con lentitud, ejercicio que se repite muchas veces al dia.

Con este ejercicio, por demás duro y mortificante, logran acostumbrar su organismo a cierta especie de insensibilidad, no sin sentir muchas veces, como es fácil de comprender, trastornos cerebrales, alucinaciones, mareos y todas aquellas perturbaciones que

acompañan a los excesos, tanto de la vida vegetativa como de la cognoscitiva.

A estos previos ejercicios siguen luego otros de meditación ascética, especie de inanición, ensimismamiento o catalepsia inicial, en que juega la postura del cuerpo un papel importante. Habiendo de este modo aprendido a hipnotizarse a sí mismos, cayendo en la más completa catalepsia, y no requiriendo en tal estado sino una pequeñísima cantidad de aire, comienza la tercera serie de ensayos preparativos de la prueba final.

Primero se encierran en tal estado en pequeños recintos, a donde el aire no tenga acceso, y allí permanecen un espacio de tiempo, cada vez más largo, según sus fuerzas se lo consienten.

Cuando estos ejercicios dan buen resultado, se encierran en sepulcros de menor capacidad que los locales en que antes se encerraban, pero todavía lo suficiente capaces para contener una buena cantidad de aire, y si estas pruebas resultan satisfactorias, de suerte que moralmente se puede descartar un fracaso en una exhibición pública, ésta tiene lugar.

El espectáculo es una mezcla de superstición y religiosidad. Un día en que el sol indio deja caer sus rayos a plomo sobre aquellas ardientes regiones, es el destinado para el entierro, y otro dia semejante para la autorresurrección del faquir.

Antes de que éste baje a su sepulcro ni qué decir tiene que los curiosos investigan, más o menos diligentemente, la sepultura, para ver si una puerta falsa u otro fraude análogo les da la clave del misterioso fenómeno que presenciarán dentro de algunos días; pero las más diligentes pesquisas no producen el resultado apetecido. El sepulcro en nada se diferencia del que se abriría para recibir a un difunto.

Hipnotizado el faquir, que de antemano purgó sus vias interiores, o autohipnotizado hasta caer en un estado de catalepsia semejante a la muerte, como el descrito por S. Agustín del presbítero Restituto, es llevado a la tumba por un compañero, que le cerró primero todos los conductos por los que pudiera entrarle el aire con una cera especial, y procuró después que quedara un espacio entre la primera capa de tierra y el cuerpo del seudodifunto.

Una vez tomada esta precaución, todas las demás diligencias pueden correr a cargo de los más exigentes. El sepulcro se cubre con una losa, encima de ésta se echa una capa de tierra, que se trabaja, se riega, se siembra y se hace custodiar por soldados europeos para que no pueda caber duda ninguna de que el faquir no se ha escapado sirviéndose de un engaño vulgar.

Despachados estos preliminares, llega, por fin, el día del desentierro. No obstante lo mo-

lesto de los rayos solares, hállanse allí presentes desde la víspera miles de espectadores repartidos en contrarios pareceres sobre la vida del faquir enterrado. Unos esperan que vivirá, otros lo creen tan muerto como a sus abuelos. Los más autorizados, envueltos en sus blancos hábitos, abrigan esperanzas ciertas de que el faquir vive.

Hecha la señal para comenzar la ceremonia, los desenterradores comienzan por quitar la broza y tierra que queda encima del sepulcro y otros levantan la pesada losa que lo cubre. Abierta la tumba, un vaho pestilencial sale de ella semejante al de una habitación pequeña y cerrada en la que acaba de haber muchas personas durante largo rato. La caja de madera en que se puso al difunto está tan intacta como cuando se le colocó en ella, sin otras aberturas ni rendijas que los agujeros en ella practicados para dar curso al aire.

Sacada a flor de tierra, en medio del silencio de la muchedumbre y del fúnebre canto de los compañeros, se abre la caja y aparece el faquir tendido en ella, amarillo, enjuto, medio desnudo, sin dar más muestras de vida de las que daría si realmente estuviese muerto.

Puesto sobre el suelo, uno de sus compañeros permite que alguno de los presentes remueva sus miembros, que crujen como los huesos de un esqueleto humano. Lo sientan

luego, y abriéndole la boca, derraman en ella un poco de agua, hecho lo cual lo vuelven a tender en tierra, y comienzan a friccionarlo de arriba abajo, lentamente al principio y luego con rapidez, para que vuelva la vida a aquellos miembros paralizados.

Cuando ya la duda comienza a invadir a las muchedumbres y los europeos empiezan a mirarse socarronamente unos a otros, el faquir entorna los ojos y vuelve luego a cerrarlos y a respirar, al mismo tiempo que un grito de triunfo, producido por la multitud de indios, resuena por los aires.

El faquir se repone poco a poco gracias a las fricciones del que lo atiende, y, no obstante su extrema debilidad, aún le quedan las fuerzas suficientes para, dentro de un rato, alejarse de la multitud y librarse de visitas y preguntas importunas. Los curiosos se abalanzan también ahora a la tumba, pero ni el más leve rastro se descubre que les dé la solución del fenómeno.

¿Qué pensar de tan extraña aventura? Si en vez de tener lugar en regiones tan alejadas se llevara a efecto repetidas veces ante una comisión de sabios y duchos varones aquí, en Europa, donde los gastos, evidentemente, habían de ser menores que si se enviase la misma comisión a la India, yo no dudo que a estas horas la clave del enigma sería una cosa sobradamente averiguada. Entre tanto, dado el interés que es natural ten-

gan los indios en ocultar su rara habilidad por las ventajas que de ello indudablemente les resultan, no puede aún pronunciarse una solución cierta, clara y definitiva para todos los casos.

La idea de un camino subterráneo por el que desde el tronco de un árbol algo apartado del sepulcro se llegase hasta éste, no parece que deba descartarse como llevada a la práctica en alguna ocasión. De este modo se podría explicar la aparente permanencia del faquir en el sepulcro durante meses enteros.

Metido allí en estado cataléptico, permanecería en su puesto las primeras horas o minutos después de haber sido sepultado, y luego sería extraído de alli por sus compañeros por aquel túnel desconocido.

Antes de la resurrección se verificaria la operación inversa. Caido el faquir en estado de catalepsia, se le meteria de nuevo en su escondrijo cuando todo estuviera dispuesto para comenzar la operación.

Reconocemos que a esta solución se le pueden poner algunos reparos; pero si nos encontramos, como algunos cuentan, con que, alguna vez, mientras se enterraba aún al faquir, apareció éste, sin saber cómo, fuera del sepulcro, ¿adónde nos hemos de inclinar?

¿A que el faquir ha atravesado invisiblemente la losa del sepulcro, como afirmaba él muy fresco, o a que se ha escapado o lo han

sacado por un túnel, como quiere algún turista que asegura haber estado presente al fenómeno? La elección en este caso no parece que ofrezca tanta dificultad.

Cuando esta solución sea inadmisible, cosa que ni niego ni afirmo que suceda en la mayoría de los casos, el ejemplo del clérigo africano podria resolver el enigma. Se reduciría, pues, a un estado de catalepsia perfecta, extraordinariamente prolongado. En ambos casos habría muchísima habilidad, pero nada de preternaturalidad, y esto aun en la hipótesis de que los resultados fueran tan brillantemente favorables para el faquir como los hemos descrito, siguiendo a ciertos escritores más o menos realistas o poetas. Ni faltan tampoco casos en que a algunos catalépticos se trataba de enterrarlos por creerlos muertos, dándose ellos cuenta perfecta entretanto de cuanto los circunstantes hablaban a su alrededor, y no pudiendo, sin embargo, hacer el más mínimo movimiento indicador de vida. Hacían lo que los faquires sin voluntad de hacerlo.

Téngase, por lo demás, en cuenta lo que ya antes hemos indicado sobre la credulidad de muchos para admitir sin comprobación fenómenos maravillosos. Pocos recordarán hoy día lo que sucedió con el famoso indio Sundar Sing. Después de muchos episodios novelescos, que omitimos, se le ofreció la idea verdaderamente singular de hacer, a imita-

ción de Jesucristo, cuarenta días de completo ayuno en un desierto. Retiróse para ello a un lugar solitario que le pareció ideal para su intento, se hizo un calendario, consistente en cuarenta piedras, y comenzó su dura penitencia arrancando cada dia una hoja de aquel almanaque original.

La oración era su ocupación favorita, y aún única, recibiendo durante aquellos días varias revelaciones sumamente provechosas para su espíritu. Mas como su naturaleza no era precisamente de acero, pronto la debilidad se apoderó de nuestro penitente, faltáronle las fuerzas para retirar del montón la piedra correspondiente a cada día, perdió la noción del tiempo y perturbáronse sus facultades, de suerte que creía ver fieras a su alrededor y oir sus rugidos cerca de sí. Providencialmente, dos desconocidos que por allí acertaron a pasar, viendo al pobre eremita en tal estado, lo llevaron a poblado, donde logró pronto restablecerse.

Esta era la versión oficial, como si dijéramos, del hecho, contada por los amigos del indio. Mas como en cuestión de comunicaciones no estamos lo mismo que hace varios siglos, algún malicioso tuvo el capricho de ir confrontando datos y fechas, sirviéndose de todos los medios a su alcance, visitando a los que conocían o sabían del indio, y no fiándose de meras afirmaciones, de donde vino a resultar que los célebres cuarenta días de ayu-

no eran pura filfa. Tan filfa como el 999 por 1.000 de las aventuras de los magos que nos han legado nuestros antecesores y de los casos maravillosos que nos cuentan de adivinos, faquires, etc.

Yo no pretendo aquí admitir o negar, ni tampoco hacer la critica, sobre las maravillas que de los faquires han contado muchos escritores, por no ser ése el objeto de este libro. Me limito sólo a decir que en los que resultan comprobados y que se supone son verificados a voluntad de los faquires no intervienen fuerzas sobrenaturales de ningún género, sino trucos más o menos habilidosos o fuerzas de orden natural.

Quiero, sin embargo, antes de terminar, recoger algunas ideas y algunos hechos expuestos en un libro que apareció en Francia en 1926, escrito por Pablo Heuzé (1). Todo lo que se lleva a cabo en el escenario de un teatro, nos dice este autor, es sencillamente un truco. Consideremos, en primer lugar, los fenómenos materiales, cambio de lugar, levitación, traida de objetos, producción de sonidos, desde los simples golpes de las mesas hasta los aires musicales producidos por un acordeón invisible; las materializaciones que van desde los simples resplandores hasta las manos modeladas, o la exhibición de figuras humanas; en una palabra, todo aquello que

(1) *Fakirs, fumistes et Cie.*

se designa con el nombre de *metapsíquica objetiva.*

Tomemos en consideración, en segundo término, los fenómenos mentales, la transmisión o sugestión del pensamiento a distancia, o la lectura del mismo, la lectura a través de cuerpos opacos, la revelación de la vida pasada, presente o futura de un sujeto al que se ve por vez primera; en una palabra, toda la *metapsíquica subjetiva.*

Quienquiera que pretenda producir estos fenómenos en pública sesión a una hora anteriormente fijada es un engañador, un truquista. El ilusionista los produce, ciertamente, en el escenario, pero siempre con la ayuda de trucos ingeniosos. Ni siquiera él mismo los atribuye a una fuerza psíquica especial. Cuando para excitar o para desviar la atención de los espectadores declara que va a servirse de su fuerza psíquica, en ese momento hace el papel de charlatán.

Si se trata de los fenómenos materiales arriba enumerados, se conocen ya los trucos de que se sirve y los medios necesarios para producirlos. O si se somete a un control científico y riguroso a los que de eso hacen profesión, no se produce nada. Si se trata de los fenómenos mentales, se puede decir que todo lo que se provoca es sospechoso.

A propósito de los faquires indios, se cuentan maravillas. La más célebre es, sin duda, el entierro del faquir, que remonta a 1838,

y ha sido descrito con diversas variantes bajo la pluma de muchos que se decían turistas. Heuzé cita también la hazaña del faquir que se sube por una cuerda lanzada al aire, e indica algunos trucos posibles para realizarla.

Por su parte, el articulista que resume su libro nos da esta versión, oída de boca de un misionero que presenció el fenómeno: «Se me había dicho que en nuestras regiones ciertos faquires subian por una cuerda lanzada al aire sin estar sujeta a sitio ninguno, y que después desaparecían de los ojos de todos. A mi se me hacia larga la tardanza en poder asistir a un espectáculo tan maravilloso.

Un faquir llegó un día con un compañero anunciando que iba a desaparecer en los aires. La multitud lo rodeó una vez que aquél se detuvo bajo una arboleda. Su compañero habia desaparecido de antemano.

El faquir desarrolló una cuerda sobre el suelo. De repente, ésta se puso tiesa, el faquir subió por ella, se detuvo un momento al llegar al extremo, y en seguida desapareció. Aquello era sencilla y francamente desconcertante.

Hablé más tarde con mis compañeros, y he aquí la explicación que ellos me dieron.

Como si fuera pura casualidad, el faquir, para dar su espectáculo, se detiene bajo un árbol que él conoce muy bien, lo mismo que todo lo que hay alrededor.

En el momento oportuno, su compañero, que previamente se había separado de él, deja caer de una rama que avanza lejos del tronco un bramante o hilo al que el faquir fija rápidamente la cuerda. El compañero tira en ese momento de ella y la fija a una rama, con lo que aquélla queda tirante. El faquir sube por ella, la desata en un momento, y luego, por las ramas del árbol o por unos bambúes que le sirven como de puente, se va a una casa vecina y sale de ella por el lado opuesto, en tanto que los curiosos siguen mirando con la boca abierta.

El año 1925, un tal Thara Bay, que se hacia pasar por un faquir indio, aunque, en realidad, era egipcio, se exhibió con gran ruido en los *musichalls* de Paris y en los casinos de las playas de mundo. Parecia entrar en estado de catalepsia, se echaba sobre un lecho de clavos o sobre láminas agudas, se hacía atravesar el cuello o la región próxima a los labios con una aguja fina y se hacía enterrar en un féretro que se cubría de arena y del que salía al cabo de un cuarto de hora.

La escena final de sus actuaciones fué acabar en un correccional por una cuestión banal a propósito de una discusión nocturna en un *cabaret* de Montmartre, y también el que un juez de paz del distrito sexto respondiese a quien se querellaba del faquir por incapacidad profesional: «Tenga en cuenta el que-

rellante que no se trataba de fenómenos propiamente científicos.»

Mas como muchos de los que habían visto actuar al faquir se preguntaran si realmente no habrían presenciado algunos fenómenos suprasensibles al lado de otros producidos por hábiles manejos, Heuzé se dijo: Hagamos la experiencia en nosotros mismos.

En presencia de doctores en Medicina, por medio de contracciones musculares, cayó en un estado de seudocatalepsia. Entonces se hizo atravesar ambas mejillas con un alfiler, y también el cuello, en la región llamada mediana, y se tendió más tarde sobre una plancha de clavos igual a la del faquir, y todo lo hizo sin que hubiera precedido ensayo o entrenamiento ninguno.

En el libro de Heuzé se pueden ver los expedientes justificativos acerca de este suceso y los nombres de los firmantes, con otros muchos detalles curiosos y reveladores. Su autor ha escrito un libro entretenido y ha hecho una obra de salubridad pública. Ha establecido con evidencia que todo este seudofaquirismo oriental que entre nosotros se exhibe es puro charlatanismo» (2).

(2) Véase la revista *Études*, de 1926, tomo 189, pág. 476 y sigs., de donde se ha tomado lo referente al libro de Heuzé y al faquir Thara Bey.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MAGIA SIN MAGOS. SUPERSTICION Y VANA OBSERVANCIA

Abordamos ahora una materia que, si bien los autores la ponen entre la magia, y por eso la vamos a tratar, los magos no aparecerán en ella por ninguna parte. Esa magia la llaman los autores en latin *observantia eventuum*, observación de hechos casuales, y consiste simplemente en fijar la atención en un caso enteramente fortuito, y conjeturando de alli para sí mismo o para otro una desgracia o un suceso feliz, regular en conformidad de ello sus acciones. Un ejemplo pondrá en claro lo que en la definición anterior está todavía oscuro.

Se van a juntar varios amigos para tener una merienda. Cuando ya están todos reunidos, uno de ellos cae en la cuenta de que son trece. Esto lo toma él como una mala señal. un indicio de que alguno de los trece morirá ese año. Por lo mismo, se despide de la reunión, a fin de que ni él ni ninguno de los otros tenga que morir.

Si se pregunta dónde está aquí el mago, yo responderia que no lo veo por ninguna parte. Veo trece personas y una merienda y veo uno que discurre neciamente. Pero no veo a nadie que produzca efectos maravillosos, y eso es propiamente un mago.

Como se ve, pues, esta *observantia eventuum*, este observar un hecho casual para predecir de él algo futuro, tiene un parentesco muy estrecho con muchas de las prácticas que ya hemos estudiado en el capítulo consagrado a los magos adivinos.

La diferencia estaría, según los autores, en que los magos adivinos tienen por fin *principal* predecir lo futuro, y los observadores de hechos fortuitos *ordenar su vida* según lo observado.

Además, en la adivinación interviene un mago, es decir, una persona dedicada al oficio y que se supone tiene facultades especiales para predecir lo futuro; en cambio, en la observación de los hechos casuales, cualquiera puede hacer el papel de adivinador. Le basta con tener la credulidad o la necedad suficiente.

A esta observancia de los hechos fortuitos se le llama con mucha frecuencia superstición, y así la llamaremos nosotros. Pero, para evitar confusionismos que tienen repercusión en la conciencia moral de cada uno, es decir, en su obrar recta o torcidamente, hay que hacer una aclaración que conside-

ramos de la mayor importancia, y es que la palabra superstición tiene diversos sentidos.

La superstición, según la define Santo Tomás, y con él la mayoría de los autores católicos, es un acto de culto que lleva en si un vicio o defecto, *cultus religiosus vitiosus*, o un vicio que se opone por exceso a la virtud de la religión, no porque dé a Dios más culto del que se le da en la verdadera religión, sino porque da culto a quien no debe dársele o se lo da a quien se debe, pero no del modo como se le debe dar.

El gentil que adoraba a Júpiter, Marte y Venus como a verdaderos dioses, practicaba la superstición; el judío que hoy en día adorara al verdadero Dios con los sacrificios de animales con que se le tributaba culto en los tiempos antiguos, sería asimismo supersticioso, y el cristiano que para favorecer la piedad expusiera a la veneración reliquias falsas como si fueran verdaderas, sería reo del mismo pecado.

Nosotros en este capítulo prescindiremos totalmente de ese sentido de la palabra superstición y de otros que todavía se le atribuyen, para fijarnos solamente en la creencia de que tal o cual hecho trae bienestar o desgracia.

Cuando de una persona se dice que es supersticiosa o cuando ella misma nos lo confiesa, ya sabemos a qué se refiere: a que cree que ciertos hechos tienen relación con su

buena o mala suerte y a que, por lo mismo, procura que no se presenten o va en busca de ellos.

Así, por ejemplo, la persona supersticiosa procurará no tirar un salero, y que tampoco lo tiren los que viven en su casa, porque eso sería señal de infortunio. En cambio, para nada piensa en honrar con actos de culto a una criatura que no lo merezca ni en honrar a Dios con ese su acto supersticioso. De esta superstición así entendida y restringida, y que no tiene nada que ver directamente con el culto, trataremos en las líneas que siguen.

Nosotros, para evitar confusiones, prefeririamos que se la llamara de otra manera, por ejemplo, «creencia en tonterías». Nadie debe creer en necedades, pero si alguno las cree y nada tienen que ver con la religión, más bien que como malo, habría que juzgarlo como tonto.

Hay que reconocer que tales creencias están extraordinariamente difundidas por toda la redondez de la tierra en pueblos cristianos y paganos, entre moros y judios. Parece ser una epidemia de tipo universal, y que ataca no sólo a los ignorantes, sino también a veces a gentes con mucha cultura científica en ciertas ramas del saber humano.

Hay algunas de esas creencias que se extienden por casi todo el planeta; hay otras particulares de una sola región, a veces bien

reducida, y hay, finalmente, otras que son características o peculiares de una sola ciudad.

Aquí, en Granada, en donde esto escribo, es voz pública que la mujer que toca la campana de la torre de la Vela, en la Alhambra, el día 2 de enero, se casa dentro del año. Yo no apostaria nada sobre la realidad de tal creencia, pero sí es un hecho que ese dia, en que se permite que la toque todo el mundo como señal de alegria, por ser el aniversario de la toma de la ciudad al último rey moro, su badajo hiere constantemente el metal, debido a que no falta nunca quien quiera agitarlo.

Hay también por aquí gentes que tienen una herradura a la puerta de la casa, porque eso dicen que trae buena suerte, y no es difícil ver, lo mismo aquí que en otras partes, mujeres jóvenes o personas de más edad que llevan al pecho una pequeña herradura metálica, como si fuera un adorno.

No se puede pronunciar la palabra «culebra» sin que en algunas regiones alguno diga al instante: «¡Lagarto, lagarto!», para evitar que suceda un infortunio. En una de las mayores ciudades de España hemos visto, no a una, sino muchas personas, dar un golpecito a una de aquellas con quienes caminaban, al encontrarse con dos o más clérigos. De no hacerlo así se quedarian sin casar.

Con ese mismo fin hay otras personas que hacen un nudo al tropezar con varios sacer-

dotes. Hay quienes se atemorizan si un abejorro ha entrado en su habitación, o si han salido de casa o se han levantado de la cama echando a tierra el pie izquierdo antes que el derecho. De algún pueblo de España, Santa Casilda, provincia de Burgos, nos dicen que tiene un pozo con esta singular propiedad, que la mujer que a él tira piedras tiene tantos hijos cuantas fueron las piedras que a él arrojó.

La mayor parte de esas supersticiones parecen provenir del temor de que venga alguna desgracia. Muchas de ellas son en sí mismas tan claramente ridículas, que no las practican sino personas de infima cultura. Otras, en cambio, invaden esferas más amplias.

Entre las de tipo más universal está el temor al número 13, y por lo mismo a no viajar o casarse en ese día del mes, a no habitar en una casa que lleve ese número o incluso a no parar en la habitación de un hotel marcada con el mismo. Por lo que tiene de instructivo, no resisto a la tentación de copiar un breve artículo del *The Universe* de 18 de agosto de 1939, escrito por Jorge Tremaine, con el humorismo propio de los ingleses. Dice así:

«La mitad del género humano siente un temor mortal al número 13. Mas, ¿qué tienen los supersticiosos que responder al hecho de que tanto Pío XI como el actual Pontífice

ocupaban la celda número 13 en los cónclaves en los que fueron elegidos?

Las gentes insisten en tener su casa numerada con el 12 A más bien que vivir en el número 13. Las Compañías de navegación hallan que el número de viajeros disminuye notablemente cuando la salida del barco es el 13 del mes. Los sirvientes deben estar preparados para menos demandas. Los marineros hacen fuerte oposición a dejar el puerto aquel día y miran con aprensión hacia su futuro viaje décimotercero. Los actores nos excitan con los terrores de «La silla número 13» (drama inglés), y los camareros de hotel tienen miedo de que un huésped retardado vaya a tener que completar el número 13 entre los que se sientan a la mesa.

El espantajo no está limitado a esta región (Inglaterra). En Paris no se numera ninguna nueva casa con el número 13. Los profesionales de la gran vida, los décimocuartos, como ellos se llaman, pueden fácilmente ser compelidos a asegurar incluso el número de una función social. Italia ha borrado el número 13 de sus loterías. Turquía lo ha quitado incluso del diccionario. Los holandeses tienen un proverbio según el cual el hombre décimotercero trae la muerte.

Terror de lo desconocido.—Lo extraño es que nadie puede decir con certeza de dónde se originó este temor. Creyóse durante mu-

cho tiempo que había tenido su origen en la última Cena, cuando fueron trece los que se sentaron a la mesa. Pero el hecho de que Cristo comía diariamente con sus discípulos y que ese mismo número debió encontrarse sentado probablemente cientos de veces antes de la traición, hace esto muy poco probable.

La investigación ha descubierto que la superstición estaba ya madura mucho antes de la era cristiana. Aparece en la mitología escandinava. En un banquete en la Valhalla (1), Baldur fué asesinado después de la intrusión de Loki, que hacía el convidado número 13.

La ciencia ha suministrado una explicación al advertir que son solamente los números superiores a 12 los que han reunido en torno suyo una cantidad de supersticiones favorables o adversas. Hay aún muchas lenguas en las que 12 es el nombre último para designar un número distinto y separado. La conclusión es que durante muchas centurias el 12 representó el límite del poder calculador del hombre, y para la mente primitiva, algo que estuviese detrás de ese número llevaba consigo el terror de lo desconocido.

---

(1) Campos Elíseos de la mitología escandinava, donde moran los héroes muertos en las batallas, quienes son servidos por las Valquirias. La palabra está compuesta de otras dos: *Wal*, matanza y *Halle*, salón; significa, pues, mansión de los muertos.

Ley de las probabilidades.—Parece que al pueblo no le llama la atención el hecho de que el peligro que lleva consigo el esclavizar su mente a un temor infundado es psicológicamente mucho más probable que no el encuentro fortuito con el número 13. Un estadista ha probado que si se sientan a la mesa trece personas de diferente edad, no se viola la ley de las probabilidades humanas si una tiene que morir dentro de ese año; pero que es más probable que ocurra una defunción si en vez de trece son catorce.

El mariscal Lord Roberts acostumbraba referir frecuentemente la historia de que un grupo de trece, uno de los cuales era él mismo, se sentó a comer en Peshawar, en la frontera de Afgán, el día de Año Nuevo de 1853. Once años más tarde aún vivian todos los del grupo, y entre tanto había tenido lugar la sublevación india. *So what?* (¿Y ahora qué?)» Hasta aqui artículo de *El Universo*.

Muy pocos años hace todavía, en una ciudad de Francia vivían trece personas en una misma casa. Tuvo una de ellas una ligera indisposición y acudió el médico a visitarla. En la conversación se dijo, entre otras cosas, que por entonces había en casa trece personas. «¿Trece?—preguntó, extrañado, el doctor—. Pues entonces seguramente que este año se mueren dos.» El amo, que era un católico de firmes creencias, «Doctor—le dijo con afabilidad—, déjese usted de cuentos;

eso es una superchería.» «No, no; este año se mueren dos de ustedes, no lo dude usted.»

Cosas de la vida. Aquel año, en el espacio de muy pocos meses, murieron dos de la casa. Cuando el doctor volvió después a ella, dijo con aire triunfador: «¿No lo dije? Dos.» ¡Y cualquiera era entonces capaz de apearle de su parecer! A quien lo desee podemos dar el nombre del doctor, de la ciudad francesa y del jefe de familia (2).

Ya tienen ahí los ignorantes un nuevo argumento para confirmarse en su error. Como si las desgracias se dieran cita para precipitarse sobre los pobres hombres el día 13, en vez del 14 ó el 25. Como si un vil abejorro fuese más listo que un médico en predecir el fatal desenlace de una enfermedad. Hasta aquí lo relativo al número 13.

Ahora una broma que unos estudiantes jugaron a un compañero suyo, algo escrupuloso. Fueron a visitar un célebre centro científico a la vez que religioso. En una de las dependencias había una piedra de la que la gente había dado en decir desde tiempos muy atrás que se casaban cuantos la tocaban. Al llegar allí dijeron sus compañeros al escrupuloso que la tocara, sin haberlo puesto previamente en antecedentes, y él, suponien-

---

(2) Hoy día no podemos hacerlo, pues se ha muerto la persona que conocía esos datos. Cuando redacté las líneas que preceden, hubiera sido posible, porque aún vivía.

do que allí habría alguna novedad, por ejemplo, que estuviese muy fría o muy húmeda, la tocó.

Fué entonces cuando se le dió la explicación, diciéndole: «Este año tendrá usted que casarse, porque todo el que toca esta piedra se casa dentro de doce meses. Para un escrupuloso un poco neurasténico, que, al menos por entonces, creía que no debia ni podía contraer matrimonio, aquello era una banderilla de fuego. Todavía mucho tiempo después de la escena repetia hablando consigo mismo al mismo tiempo que, levantando el brazo, hacia un gesto enérgico y negativo: *Que no me caso*. ¿Es que creía que se iba a casar? No; pero la idea se le habia quedado muy grabada y le molestaba grandemente.

Medicina estudiaba un joven de Madrid, cuando otros compañeros suyos, estudiantes también, en el curso de la conversación nombraron no sé por qué motivo la culebra. «¡Lagarto, lagarto!», añadió, asustado, nuestro joven galeno, para verse libre de una inminente desgracia. No lo hubiera nunca dicho. Los compañeros, menos crédulos que él, tuvieron diversión para mucho tiempo. Apenas le divisaban a lo lejos le gritaban: «¡Culebra, culebra!», y el pobre estudiante, todo asustado, con las manos en los oídos para no oírles, repetía: «¡Lagarto, lagarto!».

Aquí tenemos explicado lo que le pasa a

muchas personas. Han oído que un moscardón anuncia una desgracia y no saben sobreponerse a ese temor, como muchas otras muy sensatas y muy juiciosas no saben sobreponerse al temor que les inspiran los muertos, y por nada de este mundo pasan solas de noche junto a un cementerio que esté algo apartado de la población, aunque al no hacerlo tengan que dar un rodeo. Tampoco se avendrán, por nada de este mundo, a velar solas un cadáver durante la noche. ¿Es que creen que el muerto se va a levantar y les va a dar un susto? No creen nada; tienen miedo, y eso les basta.

Pregunto de nuevo: ¿dónde están aquí los magos que produzcan efectos maravillosos? En ninguna parte. Temor de que venga una desgracia, deseos de bienestar, y unos raciocinios que carecen de base, es lo que hay en todas esas supersticiones. Por eso hemos titulado este capítulo magia sin magos. *Magia*, porque así la llaman diversos autores, y *sin magos*, porque no hay en ella persona ninguna que produzca efectos maravillosos, que es lo propio y característico del mago.

CONCLUSION FINAL

A través de las páginas de este libro hemos expuesto la existencia de los ángeles y los demonios, su naturaleza y su poder, la suerte eterna de unos y de otros y lo que hacen con los hombres. Los ángeles buenos intervienen con santas inspiraciones para llevar a los últimos al cielo; pero sólo a modo de excepción rarísima lo hacen de una manera sensible, y una intervención de esta clase no está en nuestra mano, sino que acaece únicamente cuando así al Señor le parece.

Si eso sucede con los ángeles buenos, con igual e incluso con mayor razón se ha de decir de los demonios. No vamos, en efecto, a pensar que Dios, fuente de toda bondad, permite que los últimos maltraten sensiblemente a los hombres más frecuentemente de lo que concede a los ángeles buenos que intervengan a su favor de esa manera palpable.

Por la misma razón, sólo a modo de excepción habrá que admitir la intervención de

Satanás en cuantos procedimientos hayan inventado hasta ahora los hombres o inventen todavía en lo futuro. Ni los magos benéficos o maléficos, ni los magos adivinos, ni los brujos, ni los magnetizadores, hipnotizadores y espiritistas, han tenido ni tendrán nunca poder para, por un procedimiento cualquiera, disponer a su capricho de una fuerza sobrehumana. Si, pues, parecen disponer de ella, es señal manifiesta de que engañan miserablemente a los hombres.

Todos los que por la observación de las aves o de las victimas de los sacrificios vaticinaban lo futuro, se engañaban si creían poseer una ciencia superior a la humana, y, sobre todo, engañaban a los demás.

De nada vale invocar la creencia de muchas gentes, y lo que muchas ciudades tenían establecido, como los colegios de augures y los libros donde debían aprender el arte de vaticinar. Patrimonio es de la Humanidad estar sujeta a equivocarse, y en cuestión de supersticiones o de falsos cultos a divinidades que no existían es evidente que se equivocaron miserablemente. Lo mismo hay que decir de las sibilas o de la sacerdotisa de Apolo en Delfos. Apolo no ha existido nunca para que una sacerdotisa suya tuviese la virtud de predecir lo futuro.

Los astrólogos, que por la posición de los astros al nacer un hombre, se atrevian a predecir el carácter e inclinaciones del mismo

y algunos hechos más salientes de su vida, se engañaban a si mismos y engañaron a gentes de talento. En todo su arte de adivinar no había un solo apoyo digno de consideración (1).

Los brujos y brujas desaparecieron como por encanto para no aparecer más en cuanto algunos hombres valientes se atrevieron a negarles las facultades extraordinarias que otros les atribuian. Si, en hecho de verdad, el demonio estuviera a su disposición, ¿por qué no habrian continuado o reaparecido en nuestros días, en que las autoridades no habrían de imponerles los castigos de antaño, como no se los imponen a los espiritistas?

Los que vengan en siglos posteriores se maravillarán de que en nuestro tiempo haya habido hombres que creyeran en el poder de los *mediums* para entrar en comunicación con los espíritus, como nos reímos nosotros de los agoreros romanos, de las predicciones de los astrólogos o de los vuelos de las brujas.

No hay, repetimos, ni habrá magos de ninguna clase que por un procedimiento cualquiera puedan a su capricho producir un efecto sobrehumano. El que alguna vez se haya eso realizado no pertenece al arte de

---

(1) Quien tenga interés en ello, puede ver algún ejemplo concreto de Astrología en la edición nacional de los *Heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo, de 1947, tomo 4, pág. 362 y sigs.

la magia, sino a las excepciones que pueden presentarse en la vida, y que lo mismo pueden tener lugar maniobrando un mago que un hombre cualquiera. Un hecho excepcional y aislado que no depende de la voluntad del hombre el repetirlo no debe negarse *a priori*, pero tampoco se ha de admitir sino cuando no haya modo de explicarlo como fenómeno natural.

Examínese, pues, por sus cuatro costados; pruébese de manera irrecusable su realidad, compruébese que no puede explicarse por solas fuerzas naturales, y esto no por uno cualquiera, sino por hombres de ciencia avezados a discurrir serenamente y a no admitir un hecho sobrenatural sino forzados a ello, y entonces se podrá afirmar con tranquilidad que estamos ante un fenómeno inexplicable por solas las fuerzas naturales.

Por lo que a la conducta de cada uno se refiere, que cada cual viva tranquilo, sin temor de que magos de ninguna clase vayan a hacer venir sobre él un daño sensible que no puedan hacerlo hombres ordinarios de carne y hueso. A éstos es a quienes hay que temer.

El demonio no intervendrá en su vida de una manera sensible de modo ordinario, y si alguna vez Dios se lo permitiera, no le causaría más daño material que el que Dios le consienta, y ninguno espiritual en que el mismo hombre no quiera consentir.

Ver intervención sensible del demonio por todas partes o creer que interviene de ese modo frecuentemente, es lo que ha favorecido la creencia en la magia en todas las épocas, y lo que ha ayudado a su divulgación. Creer que, en general, y prescindiendo de raras excepciones, todo eso son engaños, y ayudar de palabra y por escrito a que la gente se persuada de ello, es el medio más eficaz de acabar con todos los magos negros que han aparecido hasta el presente y que puedan aparecer en lo futuro. Entonces no quedará más que la magia blanca para instrucción de los hombres, al mismo tiempo que para su solaz y sano entretenimiento.

Generalmente, al explicar todos estos fenómenos de magia, superstición, adivinación, etc., suelen siempre darse tres teorías, o, porque así es costumbre hacerlo, o más bien porque naturalmente hay hombres que se inclinan a uno de estos tres pareceres.

El primero es darlo todo por verdadero y atribuirlo al maligno influjo de los espíritus infernales. El segundo, negarlo todo sistemáticamente, con lo cual no es necesaria explicación ninguna de los hechos, si bien hay que dar razón de tantas afirmaciones y tan firmísimas como de ellos se hacen. El tercero es admitir unos hechos como verdaderos y negar otros como falsos o mal conocidos y narrados, coincidiendo en parte con

los de la primera teoria y en parte con los de la segunda.

Todos creen tener razón. Los primeros, porque no puede dudarse de tantos testimonios como suelen alegarse en favor de los pretendidos hechos; los segundos, porque nunca consta con evidencia de ellos, y siendo, por otra parte, casos excepcionales, no han de admitirse mientras no consten plenamente; los terceros, porque es más prudente conceder que muchos de esos fenómenos que parecen realmente mágicos se han de atribuir a engaños, fraudes y artimañas de hombres de talento práctico.

Por otra parte, les parece que no se puede dudar de la posibilidad y existencia de otros muchos fenómenos, pues si bien, por lo general, los que de ellos escriben no los han presenciado, les consta que sucedieron por el testimonio de muchos varones graves, fidedignos y sabios. A los que no siguen este tercer camino les falta la prudencia, según los patrocinadores de esta última teoría.

No estará, pues, demás decir dos palabras acerca de esta prudencia y dar unas cuantas citas de lamentables equivocaciones. Y en primer lugar, ¿qué error de tantos como hemos mencionado arriba no han tenido durante mucho tiempo sus patrocinadores? ¿Cómo han ido desapareciendo sin más ni más las sibilas, los magos, los astrólogos, las brujas?

¿En los libros de filósofos y teólogos no ha ocupado la doctrina acerca de ellos muchas paginas? ¿Por qué hoy día o se la deja a un lado o se la trata más someramente? ¿No será porque los magos y las brujas, los adivinos, encantadores, ensalmadores y demás congéneres, se han retirado prudentemente ante el progreso de la ciencia, la experimentación y la facilidad de comunicaciones, que permiten en pocos días ponerse en el lugar de residencia del mago y convencerle del error?

Mas supongamos que, en efecto, el escritor vió el fenómeno por él atestiguado, y es un varón docto, grave y fidedigno, que son las condiciones que tanta fuerza hacen a los de la teoría de los llamados prudentes.

¿Es o ha sido nunca lo mismo ser docto, ser grave y ser fidedigno que tener la habilidad suficiente para percibir un engaño o para no dejarse robar el reloj por un raterillo de pocos años? ¿No es cosa vieja y mil veces repetida que se reúnan varios científicos a examinar un caso de espiritismo y estar a punto de convencerse de que aquello es ultranatural, cuando otro asistente menos científico que ellos, pero más avispado, les descubre el engaño en que no habian reparado?

Convengamos en que en estos asuntos en que tanta parte le corresponde al fraude, el valor del testimonio asertivo, aun de perso-

nas muy graves bajo otros respectos, es muy relativo. Y si esto decimos de muchos testigos de vista, de los de oídas ni que decir tiene que disminuye mucho más su valor.

Explicando un autor aquellas palabras del *Génesis*, «pondré enemistades entre ti y la mujer», dice: «Si el pie descalzo de una mujer se adelantase al diente de la serpiente y oprimiese, aunque levemente, su ligerísima cabeza, al punto cuerpo y cabeza quedan sin vida, sin movimiento ninguno y sin sensibilidad en parte alguna del cuerpo, lo cual, con tanta presteza y suavidad no se puede conseguir ni con martillos, ni con palancas, ni con espadas, puesto caso que, cortada la cabeza, dícese que aún sigue viviendo con tres y aun con dos centímetros (*digitulis*); y que esto así suceda, lo sabemos por testimonio y relación de aquellos que de industria lo ensayaron» (2).

Confieso no haber presenciado semejantes ensayos, y supongo que a mis lectores les pasará lo mismo. Esto no obstante, en el caso presente, ¿dónde está la prudencia: en creer al autor de la narración o en concederle, a lo sumo, los honores de la poesía?

El mismo autor nos narra lo siguiente: «Un día yacía en medio del camino público un hombre medio muerto a causa de una enfer-

---

(2) Así, Ruperto, citado por Tamburini en su *Teol. Moral*, lib. 2, cap. 6, núm. 67, pág. 56.

medad, y estando yo allí presente, acercóse al enfermo uno del pueblo y le dijo algunas palabras al oído, con lo que el enfermo, cual si despertara, recobró en seguida los sentidos.

Movido de curiosidad. pregunté a un anciano amigo mío que allí por casualidad se hallaba si sabía por ventura qué es lo que aquel hombre había murmurado al oído del enfermo, a lo que me respondió que sí, y que no habían sido sino estas palabras: «¡Oh criatura de Dios!, acuérdate de tu Creador; presente amuleto, decia, contra esa enfermedad.»

No añade el autor que precisamente atribuyese él a eso la salud; pero si tal confesión se diese, ¿bastaria para convencernos? ¿No pudo abrir los ojos el enfermo por haberse sentido ya mejor, precisión hecha de tal amuleto, o por creer él que, en efecto, aquellas palabras le curaban, viniendo, por tanto, a curarse por pura sugestión?

A veces la prudencia no consiste en admitir lo que dicen uno o varios varones probos, sino en rechazarlo, atendiendo a los postulados de la razón, que claman en voz muy alta pidiendo que aquello se rechace.

Hemos dado varios ejemplos en el decurso de este libro, por ejemplo, a propósito del pendulito que daba las horas, de las propiedades de la mujer menstruada y otros va-

rios (3). Ahí se trataba de varones probos, puestos para ser la luz de los demás.

Sin embargo, se engañaron inconscientemente, y la prudencia verdadera está no en negar su veracidad subjetiva, sino en negar los hechos que ellos tan fácilmente admitieron, o en explicarlos de un modo más fácil y verdadero de como ellos los explicaban.

Hay que ser amigo de nuestros semejantes, pero si sus pareceres son contrarios a la razón, hay que abandonarlos para seguir los dictados de la verdad.

---

(3) «De religiosos fidedignos hemos sabido que cierto provincial de nuestra Orden tiene un mozo de mulas. Yendo los dos de viaje, les salió al encuentro un toro inquieto, y ya se creían muertos cuando, fijando en él sus ojos el mozo de mulas, lo hizo caer en el suelo exánime. Atónito el provincial, lo despidió al momento para que no le sucediese en adelante algo parecido.» Se trae este hecho como comprobatorio de la fascinación o de hacer mal a otro con sola la mirada, en *Salmanticensis Theologia Moralis*, trat. 21, *De praeceptis decal.*, cap. 11, núm. 128. A pesar de todo, supongo que serán pocos los lectores que estén dispuestos a creerlo.

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

1. **MANUAL DE TEOLOGIA DOGMATICA**: En 536 páginas está claramente expuesto lo más importante que debe saber el cristiano acerca del dogma.

2. **TEOLOGIA MORAL PARA LOS FIELES**: Librito de bolsillo de 442 páginas, en que está condensado con claridad lo más importante que debe saber el cristiano acerca de la Moral.

3. **EXISTE DIOS**: Un librito de 150 páginas de 13 × 19 centímetros, en que se expone la prueba irrebatible de la existencia de Dios, deducida de la maestria con que están hechas las plantas, los animales y el cuerpo del hombre.

4. **MANUAL DE PIEDAD**: Libro de 485 páginas de 10 × 14 cms., utilísimo a los fieles. Contiene las oraciones y prácticas de piedad más corrientes, algunas muy útiles instrucciones, y las oraciones y ceremonias de la Iglesia en la administración de los sacramentos.

5. **VIDA ESPIRITUAL Y ELECCION DE ESTADO**: Un libro de 580 páginas de 12 × 18 cms., de sólida doctrina sobre las verdades eternas, la elección de estado, la oración y las virtudes que Jesús nos enseña en su vida.

6. **QUIERO SANTIFICARME, o MANUAL DE PERFECCION CRISTIANA**: Precioso librito de 352 páginas de 12 × 16,5 cms., para todos aquellos que, aun viviendo en el mundo, quieren llevar una vida sólidamente piadosa y aspirar a la perfección.

7. **CON JESUS Y MARIA**: Librito de 350 páginas que contiene 40 visitas, 33 al Señor y 7 a la Virgen, de, aproximadamente, cinco minutos cada una.

8. **TEOLOGIA DEL MAS ALLA**: En 260 páginas se explica con precisión y claridad lo que será del hombre después de la muerte.

9. **ENSEÑANZAS DE DOGMA Y MORAL EN EJEMPLOS Y NARRACIONES**: En 254 páginas de fácil y amena lectura se hallarán muy útiles enseñanzas sobre el dogma, la moral y las virtudes cristianas.

10. **EJERCICIOS IGNACIANOS PARA OCHO DIAS**: En un libro de reducido tamaño se encuentran: Plática preparatoria, modo de hacer la oración según S. Ignacio, cuatro meditaciones para cada día, doce pláticas o instrucciones, indicaciones de los números correspondientes del libro de los ejercicios de S. Ignacio, indicación de horario y lecturas para los ocho días, e indice alfabético. Libro utilísimo a quien da o hace ejercicios según el método ignaciano.

11. **EL ORIGEN DEL HOMBRE Y LA TEOLOGIA CATOLICA**: Se expone en este libro el origen del hombre según el transformismo y la Teología, si todos los hombres vienen de una o varias parejas, la antigüedad del humano linaje, y si hay o no habitantes en otros astros.

12. **VIDA DE S. PEDRO CANISIO**: Este libro es una traducción del que escribió en alemán el jesuíta Juan Metzler. Se publicó en español el año 1925, en que Canisio fué canonizado y declarado Doctor de la Iglesia.